

SIEMPRE ES 26 ★ SIEMPRE ES 26 ★ SIEMPRE



SIEMPRE ES 26 ★ SIEMPRE ES 26 ★ SIEMPRE



PORTADA
Diseño: Roberto Figueredo

© **Bohemia**

Fundada
el 10 de mayo de 1908

ISSN-0864-0777
La Habana, Cuba
Julio de 2013
Año 105. Número
Extraordinario
Precio: 2.00 pesos

DIRECTOR:

José R. Fernández Vega

Subdirector Editorial:

Carlos Piñeiro Loredo

**Subdirectora de
información:**

Marta Jiménez Sánchez

**Subdirector de Economía
y Administración:**

Santiago Rivero Cepero

Edición artística:

Francisco P. Blanco
Hernández

Información Nacional:

Caridad Carro Bello

Información Internacional:

Eduardo Montes de Oca

Cultura e Historia:

Tania Chappi Docurro

Fotografía:

Gilberto Rabassa Vázquez

**Redacción: Avenida
Independencia y San
Pedro, Plaza, La Habana.
Código Postal 10696
Teléfonos: 881-2353
881-1464 Internet:**

http://www.bohemia.cu

Correo electrónico:

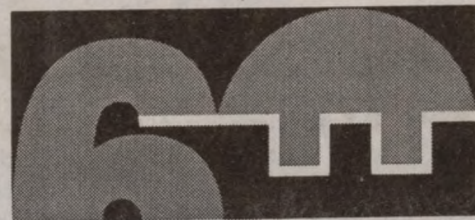
bohemia@bohemia.co.cu

Inscripta como impreso
periódico en la Dirección
Nacional de Correos,
Telégrafos y Prensa.

Impresa en el Combinado
de Periódicos Granma.

Portada: Empresa
Litográfica de La Habana.

Edición extraordinaria dedicada al Aniversario 60 del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes



VICTORIA DE LAS IDEAS

O FRECEMOS al lector una selección de trabajos publicados en BOHEMIA acerca de los sucesos ocurridos el 26 de julio de 1953 y sus posteriores consecuencias y desarrollo. La censura impuesta por la dictadura batistiana durante varios años impidió que la verdad de estos hechos se hiciera pública y en el trabajo que abre esta edición especial queda demostrado cómo se manipuló y tergiversó lo sucedido. Solo con el triunfo de la Revolución en enero de 1959 pudo la revista satisfacer plenamente esta deuda con la ética y la Historia. Los trabajos se reproducen respetando los originales, salvo cambios ajustados a las normas actuales de ortografía, por algún error sobre un asunto muy importante, aclarado en investigaciones posteriores o determinada precisión que la marcamos como una Nota de la Redacción (NR). En el caso de reducciones por motivos de espacio también se indica en el lugar adecuado.

Lo que dejó publicar
la censura de la tiranía/ 4

El asalto al Moncada/ **Marta
Rojas/ 9**

Itinerario y balance de un
infame crimen/ **Marta Rojas/ 16**

En el cuartel de Bayamo se
escribió otra página heroica/
Rubén Castillo/ 22

Un relato de Fidel / 26

Relato de Haydée
Santamaría/ 32

Fragmentos de un diario
escrito en el presidio/ **Raúl
Castro/ 35**

El grito del Moncada/ **Mario
Mencía/ 39**

El cuartel general de los
asaltantes/ **Mario García del
Cueto/ 52**

Historia de una granjita con
historia/ **Pedro Antonio García/ 55**

Mártires del 26 de Julio/ 57

Aquella asombrosa
organización/ **Mario Mencía/ 62**

El más generoso, querido e
intrépido de nuestros jóvenes:
Abel Santamaría/ **Ricardo
Villares/ 67**

Sí, doctor, ha llegado "la
hora cero" / **Jaime Sarusky/ 73**

Mirada al 26 de julio de
1953/ **Nydia Sarabia/ 81**

Una increíble cadena de
solidaridad humana/ **Jaime
Sarusky/ 86**

"La Patria se refugió en mi
casa"/ **Pastor Batista/ 99**

Juicio sin garantías y carnicería
humana/ **José M. Leiva/ 102**

La Causa 37/ **Marta Rojas/ 106**

Fragmentos del discurso
del Comandante en Jefe
Fidel Castro pronunciado el
26 de julio de 1973/ **118**

LO QUE DEJÓ PUBLICAR LA CENSURA DE LA TIRANÍA

ESTE fotorreportaje salió en la edición de **BOHEMIA** correspondiente al 2 de agosto de 1953. Fue lo único que la censura le permitió mostrar a la revista acerca de los sucesos del 26 de julio en el cuartel Moncada de Santiago de Cuba. En la edición siguiente, del 9 de agosto de 1953, se publicó otro material periodístico similar, caracterizados ambos por su ambigüedad y estar plagados de imprecisiones y mentiras que solo años después pudieron develarse. Del primero de ellos reproducimos ahora las fotos que se conservan en nuestros archivos, con sus correspondientes textos, respetando lo expresado en el original.

Los trabajos de Marta Rojas que aparecen seguidamente a estas fotos en la actual edición, fueron su mayor desmentido, aunque ya, aprovechando una vez más un cese de la censura de la tiranía, **BOHEMIA** publicó el 1° de noviembre de 1953 en su emblemática sección **En Cuba** —que no salía desde agosto— una amplia versión de los sucesos, en once páginas, incluyendo la información sobre el juicio (Causa 37) seguido contra Fidel y sus compañeros. Se trata de una versión de los reportajes que solo pudieron publicarse íntegramente al triunfo de la Revolución.



Gráficas de los trágicos y lamentables sucesos de Santiago de Cuba

Fotos: PANCHITO CANO, BEBO GUERRERO, OCAÑA, FLORO, LLANOS y LILLIAM BLANCO

El 26 de julio es una fecha dolorosa en nuestro almanaque histórico, los sucesos desarrollados en el campamento militar del regimiento número 1 Maceo han llevado sangre, con dolor y luto a la familia cubana. **BOHEMIA** deplora el trágico acontecimiento. En las páginas siguientes encontrará el lector un balance gráfico de lo ocurrido en la capital de Oriente.



El gobernador, Pérez Almaguer y el alcalde, Máximo Torres después de estar presentes en la refriega, contemplan los cadáveres.



El coronel-jefe del regimiento Maceo ofrece detalles, en rueda de periodistas, sobre los acontecimientos del domingo 26.



Una escena militar, varios soldados ripostan el fuego de los conjurados.



El soldado Agüero salvó la vida milagrosamente. Estaba enfermo en el hospital la madrugada de los hechos. Repelió la agresión hasta el último instante.



He aquí el teatro principal de la acción del 26 de julio. El domingo de Santa Ana fue trágico para los santiagueros.



Un soldado revisa el parque que, según la versión oficial fue ocupado a los asaltantes de la posta 3.



Familiares de las víctimas presencian el desfile del trágico cortejo, lágrimas, consternación, angustia infinita en el rostro de todos.



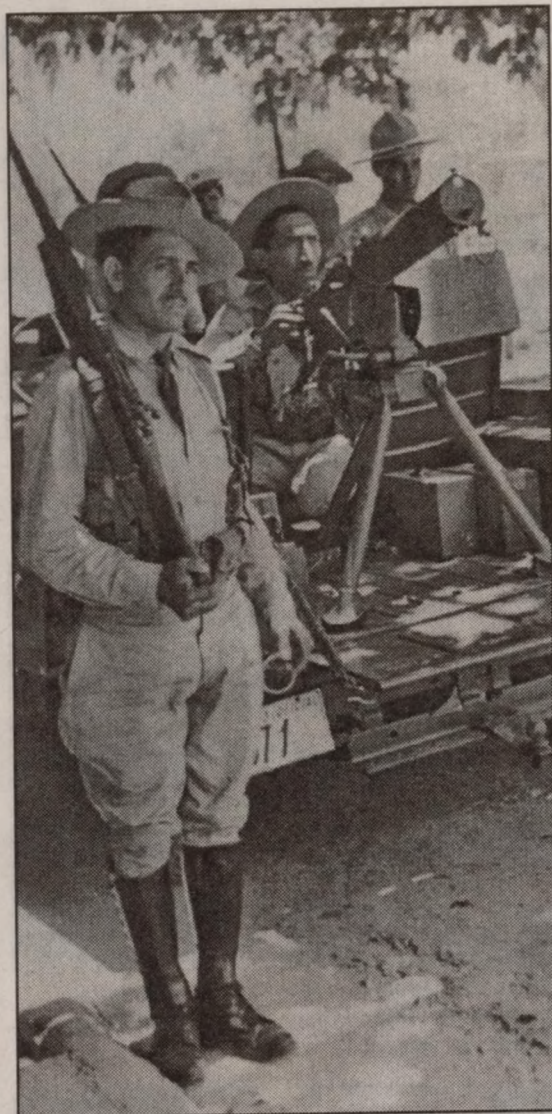
Waldo Pérez Almaguer, gobernador de la provincia oriental, preside la comitiva oficial que asiste al cementerio.



El coronel Alberto del Río Chaviano acompañado del coronel Ugalde Carrillo del SIM levantando un acta en el cuartel Moncada después de los sucesos del domingo de Santa Ana; el teniente Rico escribe.



Revolucionarios muertos dentro del cuartel cerca del dormitorio de los músicos; en la presente unos soldados cuidan de que nadie toque nada.



Al mediodía una ametralladora 50 continúa la vigilancia. Se ignora el balance de víctimas.



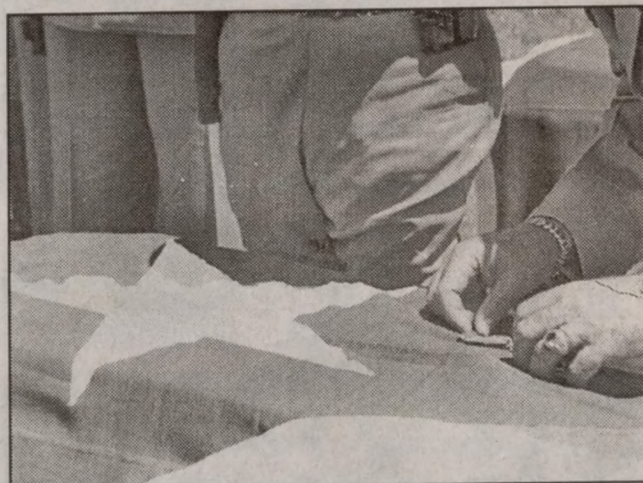
Después de la refriega en el Círculo Militar uno de los familiares de los soldados muertos se abraza al coronel Del Río reclamando ayuda futura.



Del campamento al cementerio. La extensa fila de ataúdes espera por las palabras finales de los oficiales superiores.



En los portales interiores del cuartel Moncada aparecen estos asaltantes muertos; cerca de ellos las armas que usaron para el ataque la madrugada del 26.



El general Díaz Tamayo impone las últimas condecoraciones por valor probado en el combate. Póstumo homenaje del ejército.



Un soldado que cayó en el Moncada en el cumplimiento de su deber. Más tarde como homenaje póstumo se le ascendió al grado inmediato superior.



Un grupo de féretros de los soldados muertos en el Moncada son expuestos en el Círculo Militar del Moncada y velados por familiares y amigos.



En la Conferencia de Prensa ofrecida unas horas después del asalto al Moncada el coronel Del Río es entrevistado por nuestra compañera Marta Rojas.



Otro muerto en una de las puertas de la barbería del cuartel Moncada. Cerca de él el rifle con que atacó el campamento militar. Lleva ropa de campaña.



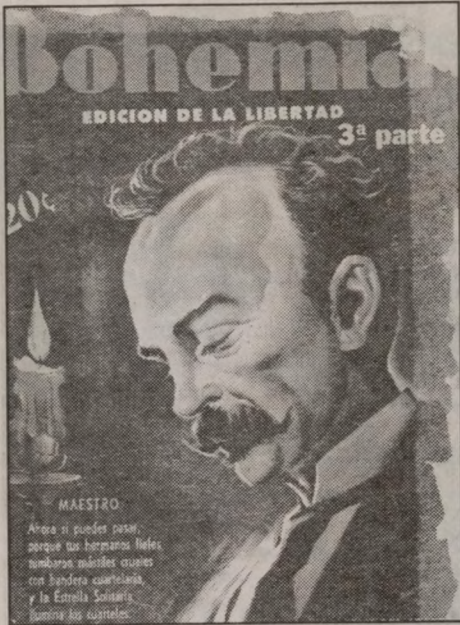
Insurrectos muertos en la entrada de la Auditoría del cuartel Moncada la madrugada del 26 de julio en Santiago de Cuba.



Revolucionario muerto cerca de la posta número 3, primer punto atacado por los asaltantes del cuartel Moncada.



Tres de los insurrectos a la entrada de una oficina del Moncada; el que está en el primer plano no lleva pantalón de militar; algunos de estos individuos vestían ropa de civil.



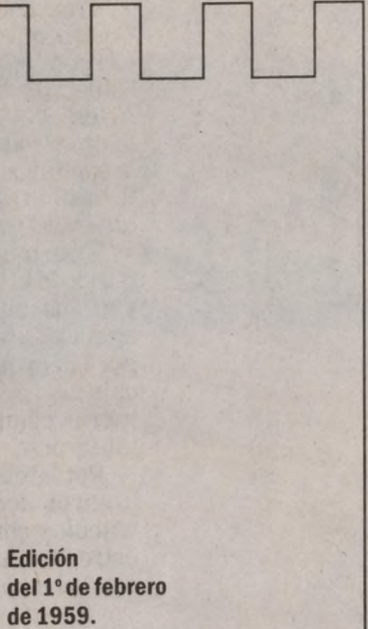
Nacimiento y Evolución Heroica de un Movimiento

EL ASALTO al MONCADA

¡Exclusivo!
Primera

La preparación de Eduardo Chibás...
El proceso de Batista...
El asalto al Moncada...
El itinerario y balance de un infame crimen...
La Causa 37...

PAZ A MIAS ROJAS
NUESTRO AMIGO FAMILIAR CAROL Y ANTONIO



Edición del 1º de febrero de 1959.



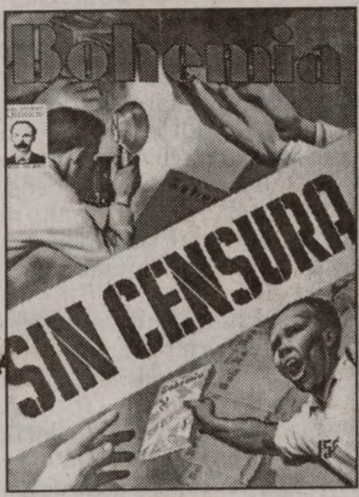
NACIMIENTO Y EVOLUCIÓN HEROICA DE UN MOVIMIENTO

El asalto al Moncada

Por MARTA ROJAS

CANCELADO el proceso electoral por el artero golpe del 10 de Marzo, que despidió a 135 gobernantes auténticos, legalmente constituidos, y frustró el ascenso al poder de quienes lucían en aquel momento con más ventaja para alcanzarlo —los ortodoxos—, el pueblo cubano volvió a sus faenas en actitud indiferente hacia toda acción o abstención política. Tal disposición ante los hechos se reafirmó al transcurrir los días y percatarse de que la llamada revolución del 10 de marzo no tenía nada de lo que define y entraña a una revolución, y que paralelamente, el gran partido ortodoxo, con sus colaterales y consejos se fragmentaba velozmente hasta desintegrarse.

Al pueblo lo colmó la desilusión, al extremo de que ya nada oía, y si oía no le importaba gran cosa. Por eso, cuando Fidel Castro dijo en el juicio por los sucesos del cuartel Moncada, que él había acusado a Batista ante los tribunales de justicia por producir el golpe militar y pedido para él la pena de más de cien años de cárcel, todos se extrañaron. El proceso judicial contra el general Batista lo había iniciado el doctor Fidel Castro en los días en que el pueblo se mostraba indiferente a todo.



Aprovechando el cese de la censura oficial, el 1º de noviembre de 1953 en la sección EN CUBA se publicó un resumen de los tres reportajes de Marta Rojas: "El asalto al Moncada", "Itinerario y balance de un infame crimen" y "La Causa 37", aparecidos íntegramente en febrero de 1959.

Fracasada la acción ante los tribunales, Fidel Castro, que había aspirado a representante a la Cámara en la columna del Partido del Pueblo Cubano en la provincia de La Habana se dirigió a Artemisa. A pesar de que su campaña electoral la desarrolló lógicamente, en los municipios de la capital, sabía que en Artemisa existía un fuerte bastión rebelde dentro de las filas de la juventud ortodoxa.

Eran muchachos, más que ortodoxos, seguidores de la línea del extinto Eduardo R. Chibás y a ellos antes que a ningún otro grupo, comunicó Castro sus ideas de derrocar el régimen por las armas. Las palabras de Fidel tuvieron calurosa acogida. La semilla prendió y las primeras células revolucionarias no tardaron en integrarse.

Por largos meses dejó de verse a Fidel por los lugares acostumbrados en La Habana; sus vínculos con el partido eran cada vez menos estrechos; tampoco en la Universidad se le encontraba.

—Es que estoy alejado de todo— respondía a algunas personas que se extrañaban de su actitud y que por mera casualidad se encontraban con él en el camino.

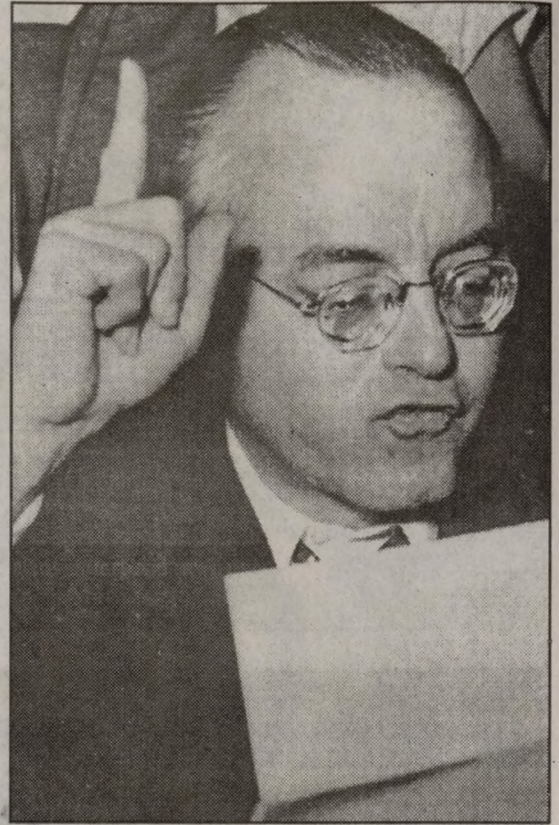
El único que sí sabía en qué andaba Fidel Castro era un joven contador público, radicado en La Habana, procedente del central Constancia, en Las Villas, Abel Santamaría Cuadrado, que trabajaba en una importante firma comercial en el Vedado. Abel lideraba una Peña de Contables con sede en el edificio de 25 y O, donde se hablaba de Martí, de Chibás y de una revolución distinta, basada en postulados de saneamiento moral y administrativo preconizado por el difunto fundador de la ortodoxia. A esa Peña concurría Fidel. De esa Peña salieron las primeras contribuciones económicas para financiar la acción del cuartel Moncada. La Peña de Contables de Abel Santamaría ofreció los primeros mártires del 26 de julio.

Adquiridas las armas necesarias; adoctrinadas en la disciplina militar; en la historia y en el pensamiento martiano, las células revolucionarias y dispuestos todos a morir si fuera necesario, Fidel y Abel trazaron el plan del asalto al Regimiento Uno de Santiago de Cuba. Ellos dos conocían cuándo y qué objetivo iba a atacarse.

¿Por qué Moncada y Bayamo?

Porque las páginas más heroicas de la historia de Cuba se escribieron allí, y la historia se repite. Por eso Fidel Castro insistió con Abel Santamaría en que el “grito” se diera en Oriente.

Pero si la operación debía ser en esa provincia era necesario tener hombres en aquel punto. El factor sorpresa era lo esencial para el éxito de los planes trazados y para lograrlo la discreción tenía que ser absoluta. Por eso los primeros sorprendidos el 26 de julio de 1953 fueron los santiagueros y los bayameses. Y solo un vecino de Santiago, Renato Guitart, colaboró en el plan con Fidel Castro y Abel Santamaría aunque no fue hasta la víspera del día del ataque que supo Guitart cuál era realmente el objetivo.



Eran muchachos, más que ortodoxos, seguidores de la línea del extinto Eduardo R. Chibás.

Renato Guitart, joven residente en Santiago de Cuba, natural de Cárdenas, alto, delgado, de rostro pálido, sombreado en la mejilla izquierda por una gran mancha roja, un muchacho tranquilo y discreto que conocía a Fidel Castro personalmente, fue la persona señalada para que recibiera en Santiago de Cuba a Ernesto Tizol Aguilera, técnico agricultor con modales sajones, que se establecería en las afueras de aquella ciudad como granjero, especializado en la crianza de pollos.

Abandonando un próspero negocio en la ciudad de Miami, Tizol, recién casado en esos días, se trasladó a Cuba para fundar la nueva empresa que culminaría en una acción bélica y en un juicio trascendental; el proceso político más importante de la historia judicial de Cuba republicana: La Causa 37, colofón del primer acto que cimentó una revolución armada que triunfó y cuya dimensión y fuerza son imprevisibles.

Ernesto Tizol, el presunto criador de pollos de granja, alquiló una bastante vieja y espaciosa residencia campestre, con dos acres de terreno, en el camino que conduce a la playa Siboney, a unos 15 minutos del centro urbano de Santiago de Cuba y a dos kilómetros de las primeras estribaciones de la Sierra Maestra, el sistema montañoso más extenso y elevado de la región de Oriente. Esto ocurría en abril de 1953, tres meses antes del 26 de julio. La estratégica finca fue arrendada a su propietario, el señor José Vásquez, un comerciante de la localidad.

Pronto comenzaron a llegar por expreso de ferrocarril cajas de alimento para aves, huevos, pollos e implementos agrícolas consignados a la granja de Tizol en Siboney, donde simultáneamente se laboraba en la instalación de incubadoras en lugares visibles desde la carretera. Frente a la vieja residencia se improvisó con tablonés un rústico garaje que ocultaba discretamente un enorme pozo.

Un viejo matrimonio español, vecino de la granja, Renato Guitart y un joven procedente de La Habana, Abel Santamaría, eran los más asiduos visitantes de Tizol. En una o dos oportunidades fue recibido en la finca un robusto abogado de Mayarí aparentemente interesado en la instalación avícola: era Fidel Castro.

Aquellos pacíficos jóvenes parecían vivir alejados totalmente de la pugna política nacida del golpe militar del 10 de marzo de 1952. Salidas en auto por los alrededores de la ciudad y constantes viajes al expreso ferroviario de la Alameda Michaelson era toda la distracción del magro granjero. Al segundo mes de su estancia en Santiago de Cuba arribó a la granja un colaborador que permanentemente compartiría las labores con él: Abel Santamaría acompañado de una mujer que resultó ser su hermana Haydée haciéndose pasar por su esposa.

A partir de ese instante, la actividad en la finca fue febril, los viajes se intensificaron de Santiago a La Habana y de La Habana a Santiago. El mayor trajín comenzaba en horas de la noche cuando se vaciaban las maletas que traían en sus excursiones de negocios a la capital y que contenían ropas y iarmas!

Entre los alimentos para aves y cajas de huevos consignadas, venían implementos bélicos e importante documentación. Próximos los festejos de carnaval que en Santiago duran aproximadamente un mes, incluyendo los ensayos de comparsas y grupos folclóricos, no llamaba la atención el inusitado movimiento en la antes apacible granja de Tizol.

La explicación acordada a posibles curiosos era sencilla: se preparaban para recibir a grupos de amigos que vendrían de La Habana para participar de los festejos de Santa Cristina, Santiago, Santa Ana, los días 24, 25 y 26 de julio, fechas apoteósicas de los mamarrachos de la ciudad oriental. No cabía la menor duda de que aquellos eran tranquilos ciudadanos que nada tenían que temer, lo que justifica que desde el portal de la casona vieran pasar sin inmutarse a los carros que acompañaban al coronel Alberto del Río Chaviano, jefe militar de la provincia, cuando se dirigía a la playa Siboney, donde el nefasto coronel tenía una residencia de verano muy frecuentada.

Aclarado que no existió nunca la menor sospecha en relación con los arrendatarios de la finca Siboney, ni aun para el matrimonio anciano que tenían como vecinos más próximos. La llegada de una mujer a la granja agregó naturalidad al desenvolvimiento de acontecimientos



Es que estoy alejado de todo, respondía a algunas personas que se extrañaban de su actitud.

futuros. Pronto fueron compradas más de dos docenas de colchonetas y una vajilla rústica.

—Venían amigos de La Habana para disfrutar de las fiestas y pensaban sacar algún dinero para mejorar el negocio hospedándolos allí, pues los hoteles no daban abasto en la ciudad!

Esa fue la respuesta que dio Haydée Santamaría a los empleados de la colchonería cuando ingenuamente le preguntaron: “¿Esta es una casa o un cuartel?” La respuesta satisfizo a los de la colchonería, los que auguraron a Haydée un buen negocio, pues los mamarrachos iban a estar “muy buenos ese año”.

En los días próximos a la hora cero convivieron con Tizol en su granja Abel Santamaría, Elpidio Sosa y Renato Guitart.

El día 24 de julio Guitart y Abel se dirigieron a la estación de ferrocarril para recibir a Haydée Santamaría que regresaba de un precipitado viaje a La Habana: con Haydée llegó la doctora Melba Hernández, ambas con un voluminoso equipaje que resultó contener uniformes y armas.

Melba Hernández relataba a sus compañeros cómo ellas habían dicho a sus familiares que iban a pasarse unos días en Varadero y que al “abogado” —se refería a Fidel— se le habían quedado los espejuelos sobre una estufa ornamental que adornaba la sala de la



Inmediatamente después les habló. Dijo Fidel, entre otras cosas: "Compañeros, podrán vencer mañana o ser vencidos, pero de todas maneras este movimiento triunfará. Si vencen mañana será lo que aspiró Martí, si no, el gesto servirá de ejemplo al pueblo de Cuba. Se les hará ver a los políticos que si estos 200 jóvenes con tan escasos recursos iban a tomar un regimiento, qué no harían con el dinero que ellos dilapidan. El pueblo nos respaldará en Oriente y en toda la Isla; como en el 68 y el 95 aquí en Oriente damos el primer grito de Libertad o Muerte".

(Al referirse a doscientos compañeros Fidel Castro contaba con los que habían sido señalados para atacar en la misma hora y día el cuartel de Bayamo).

Castro respondió a algunas preguntas y luego dio la palabra a Abel Santamaría, su lugarteniente.

Abel fue lacónico:

"...es necesario que todos vayamos con fe en el triunfo nuestro mañana, pero si el destino es adverso estamos obligados a ser valientes en la derrota, porque lo que pase allí se sabrá algún día. La historia lo registrará y nuestra disposición de morir por la Patria será imitada por todos los jóvenes de Cuba, nuestro ejemplo merece el sacrificio y mitiga el dolor que podemos causarles a nuestros padres y demás seres queridos: ¡Morir por la Patria es vivir!"

Después de las palabras de Abel, los primeros soldados del 26 de julio se disponen a descansar unas horas, quedan despiertos Léster Rodríguez, Pedro Miret, Renato Guitart, Boris Luis Santa Coloma, José Luis A. Zéndegui, Gómez García, Raúl Castro, Tizol, Abel, Fidel, Melba y Haydée. Las labores de la media noche se la distribuyen ellos. Sacan las armas depositadas en el profundo pozo de la granja, el pozo tan discretamente escondido detrás de los tablonés del improvisado garaje, que esta noche oculta la presencia de numerosos automóviles. También esa madrugada se distribuyen los grados y se determina el número de personas que deben ir en cada máquina, así como las armas. Finalmente se dan disposiciones estratégicas a los jefes.

Las actividades se desenvuelven sin gravedad ni aparente riesgo, entonan muy quedo el Himno Nacional y recitan versos de Gómez García; y Fidel lee y relee el manifiesto que se repartirá a la población.

Fidel Castro esa misma madrugada vuelve a Santiago de Cuba y retorna a Siboney a las 3 a.m. A su llegada despierta a la tropa y les dice que es el momento de ponerse los uniformes, pero que

casa de ella en Jovellar 107 y que para no despertar sospechas no retornó a recogerlos. Ellas hicieron el viaje en tren, pero la mayoría de los compañeros fue a Santiago en automóviles u ómnibus. Fidel Castro hizo el viaje de La Habana a Oriente en auto, así como Boris Luis Santa Coloma, Jesús Montané, René Betancourt, Vicente Chávez, Pedro Miret, Carlos Bustillo, Orlando Castro, Raúl Martínez Araras, Oscar Alcalde, Eduardo Granados, Gustavo Ameijeiras y otros. En total salieron de la capital unos 16 automóviles rumbo a Bayamo y Santiago.

El día 25 de julio lo dedicaron Melba Hernández, Haydée Santamaría y Elpidio Sosa a limpiar la casona de Tizol y disponer las colchonetas para que tan pronto llegasen los visitantes descansarían, pues Fidel les hizo advertir que el 26 sería un día muy activo. Mientras ese grupo ordenaba la casa Abel recordó que había prometido a unos vecinos de Siboney, un viejo matrimonio español de apellido Núñez llevarlo a pasar en auto por la ciudad para que vieran los mamarrachos.

—No puedo dejarlos plantados—dijo Abel—porque sabe Dios hasta cuándo no habrá otros carnavales como estos en Santiago y ya ellos están muy viejecitos para esperar.

A partir de las cinco de la tarde de ese día comenzaron a llegar los futuros combatientes a la ciudad de Santiago de Cuba. Fidel y Abel los recibieron en una casa del centro urbano de la población y allí les informaron a todos que iban a pelear; solo los que no se arrepintieron llegaron a conocer la granja de Tizol.

A las nueve de la noche mientras Melba y Haydée planchaban los uniformes, idénticos a los del Ejército y colocaban las insignias convenidas hicieron su entrada en la finca los primeros hombres. A las diez en punto llegó Fidel Castro a la granja y dispuso que antes de que se acostaran tomara cada uno un vaso de leche.

no se quiten las ropas de civil, con esa indicación les advierte:

—Ya conocen ustedes el objetivo, el plan sin duda alguna es peligroso y todo el que salga conmigo debe hacerlo por su voluntad, aún están a tiempo para decidirse. De todos modos algunos tendrán que quedarse por falta de armas, los que estén determinados a ir den un paso al frente.

Todos dan el paso al frente, están decididos.

Algo sorprende a Fidel y es que se han repartido los galones y las armas al gusto de cada cual. Hace que le devuelvan las armas y los galones. Todos quisieron ser sargentos porque los sargentos serían la tropa de choque. Fidel Castro designa los mejores entrenados y forma los grupos. Van en 16 automóviles, en cada carro nueve soldados y un jefe; en total 158 hombres y dos mujeres.

Ya vestidos de uniformes amarillos y equipados con sus armas, Fidel Castro ordena que se alineen y los amonesta.

—La consigna —dice— es no matar, sino por última necesidad.

Y explica:

—La primera acción consiste en tomar la posta por sorpresa, esa es una acción suicida y para ella hacen falta voluntarios.

Otra vez todos dan un paso al frente. Y Fidel escoge:

—Pepe Suárez, Renato Guitart, Jesús Montané...

Raúl Castro recibe la orden de su hermano de posesionarse del Palacio de Justicia y emplazar en la azotea una ametralladora.

El Palacio de Justicia está a un costado del cuartel Moncada y por su altura es un punto estratégico de suma importancia. Abel Santamaría recibe la misión de ocupar el Hospital Civil Sa-

turnino Lora, enclavado frente a la entrada principal del Regimiento.

Abel hace resistencia a Fidel:

—Yo no voy al hospital —le dice—, al hospital que vayan las mujeres y el médico, yo tengo que pelear si hay pelea, que otros pasen los discos y repartan las proclamas.

Fidel le riposta severamente:

—Tú tienes que ir al hospital civil, Abel, porque yo te lo ordeno; vas tú porque yo soy el jefe y tengo que ir al frente de los hombres, tú eres el segundo, yo posiblemente no voy a regresar con vida.

—No vamos a hacer como hizo Martí, ir tú al lugar más peligroso e inmolarlo cuando más falta haces a todos —responde impetuoso Abel.

Fidel Castro pone las manos sobre los hombros de Abel Santamaría y persuasivo le dice:

—Yo voy al cuartel y tú vas al hospital, porque tú eres el alma de este movimiento y si yo muero tú me remplazarás.

E inmediatamente Fidel dio la orden de partir, eran cerca de las cinco de la mañana y todavía gran parte de la ciudad festejaba el día de su patrón, Santiago Apóstol, aunque en realidad ya transcurría Santa Ana.

Por el camino de la carretera de Siboney a Santiago los autos suicidas se cruzaron con jeeps del ejército y sus hombres se saludaron afables y confiados. Al transitar por la Avenida de Trocha pudieron escuchar y ver de cerca el toque del bocú, la tumbadora y el bongó y el arrastre de los pies de cientos de personas, al golpe rítmico del piano de la conga o, la charanga. Por la parte alta de la ciudad coincidieron con los santiagueros que salían de las sociedades y clubes, todos au-



Ernesto Tizol, el presunto criador de pollos de granja. (De pie, el primero de la fila sin espejuelos).

Con Haydée
llegó Melba
Hernández
(a la izquierda
en la foto)
con un voluminoso
equipaje...



sentes del drama que los envolvería en el transcurso de unas horas.

Para los santiagueros el tableteo de las ametralladoras en el amanecer de Santa Ana eran cohetes y juegos de pirotecnia que había anunciado una firma cervecera para contribuir al mejor lucimiento de la alegre y tradicional fiesta de Momo.

En la intersección de las avenidas de Trocha y Garzón el contingente de automóviles se dividió en tres grupos, tomando cada uno respectivamente hacia la posta de la Avenida de las Enfermeras, la Carretera Central rumbo al Palacio de Justicia y al Hospital Civil Saturnino Lora. En el tercero de los que se dirigieron a la posta de guardia del cuartel Moncada iba Fidel Castro. El primero de los automóviles de la tropa de choque, que era la que invadiría el Campamento, entró fácilmente identificándose como aforados que regresaban a descansar al cuartel. Una vez en el interior, en acción de comandos, desarmaron a los soldados de la posta, en absoluto silencio.

Parecía que todo iba a ocurrir según lo planeado, pero acechaba la fatalidad, el segundo auto que iba algo rezagado al precipitarse chocó con el contén de la acera; y se produjo la alarma. Violentamente salieron de esa máquina y de las demás sus ocupantes irrumpiendo en el campamento militar. La guarnición se movió hacia la posta atacada y se inició el combate. Algunos revolucionarios, entre ellos Renato Guitart, que caía momentos después, logró entrar hasta el cuerpo del edificio, buscando el arsenal según los planos que poseía; pero donde antes se guardaban las armas estaba instalada ahora la barbería. Fidel Castro,

pegado al muro de la posta, dirigía la acción, pero al comprender el fracaso de la misma, ordenó la retirada hacia Siboney.

Un cerrado fuego de fusilería y ametralladoras mantenido firmemente por sus compañeros desde varios flancos permitió la huida momentánea de muchos. Una veintena se dirigió al Hospital Lora, otros abandonaron sus uniformes y quedándose con las ropas de civil que llevaban debajo se refugiaron en hogares santiagueros; en este caso estaban los menos. Los que siguieron a Fidel Castro hasta la playa Siboney y se internaron en las primeras ondulaciones de la Sierra, próximas al Caney, tuvieron mejor suerte.

El tiroteo había durado aproximadamente dos horas, a las siete de la mañana se escuchaban aún disparos en medio de una confusión imponderable.

Desde unos ventanales al fondo de la clínica Los Ángeles, que asoma a la Avenida de las Enfermeras, Panchito Cano y yo recogimos las primeras impresiones de la batalla. Esa madrugada estábamos terminando un reportaje sobre los carnavales para la revista **BOHEMIA** cuando escuchamos las inconfundibles ráfagas de ametralladora. Su sonido no admitía dudas, no eran cohetes ni juego de artificios, sino un combate de gran envergadura.

La clínica Los Ángeles donde primero estuvimos, está distante del Regimiento Uno, Maceo, solo cuadra y media, y del Hospital Saturnino Lora, unos seis metros atravesando la calle. Nuestra magnífica visibilidad desde el segundo piso del edificio la abandonamos media hora después: nuestro propósito era entrar en el Moncada. Los comentarios dentro de la clínica eran que los

soldados se estaban fajando entre ellos o que había un tiroteo entre marineros y guardias borrachos, no fue sino hasta avanzada la mañana que se conoció la verdad.

Mientras veíamos correr de un lado a otro a hombres uniformados disparando sus armas y a otros apostados en improvisadas trincheras haciendo blanco en el cuartel o en los paredones del hospital y a un tercer grupo emplazando una ametralladora en el Palacio de Justicia, en el interior del Saturnino Lora la tortura y la muerte aguardaban a dos docenas de jóvenes.

Momentos antes de que los primeros autos irrumpieran en el Moncada, Abel Santamaría, el doctor Mario Muñoz Monroy, Julio Trigo, Melba Hernández, Haydée Santamaría y algunos jóvenes más entraron en el hospital. Llevaban consigo algunas armas, el maletín facultativo del doctor Muñoz, un paquete con arengas impresas y un disco que contenía el histórico discurso del **aldabonazo**, el último que pronunciara Eduardo Chibás en la emisora **CMQ** y que ellos pretendían propalar a través de las estaciones de radio locales tan pronto ocuparan el Moncada.

Fue Abel Santamaría, vestido de militar, quien sostuvo una rápida entrevista con el policía que guardaba la entrada principal del hospital.

—No es el Ejército, sino el pueblo lo que va a ocupar el hospital, no le haremos daño alguno a usted, solo vamos a desarmarlo—le dijo al policía, que estaba perplejo.

—Él es médico; y ellas, sus enfermeras. No queremos que ocurran muertos ni heridos, pero si son inevitables ellos los atenderán—agregó Abel aclarando la presencia de sus acompañantes.

Tan pronto estuvieron dentro del edificio escucharon los disparos del cuartel.

—Hay que combatir—dijo Abel apenado.

—¿Qué fallaría?—se preguntaba—. ¿Habrá muerto Fidel?—comentaba desolado.

El grupo del hospital se dividió en dos, uno fue hacia el fondo, sector del edificio que queda exactamente enfrente de la posta principal del Moncada y el otro grupo se quedó protegiendo la puerta del hospital.

La refriega se prolongó por mucho tiempo solo en el Moncada. Fidel había dado la orden de que si se frustraban los planes los que pudieran se dirigieran al hospital para de allí evadirse y muy pronto comenzaron a llegar los primeros combatientes al Saturnino Lora, con el desaliento del fracaso. Detrás de ellos en su persecución entraron miembros de la Policía y del Ejército. Un reducido número de hombres sostuvo fuego de dentro hacia afuera con los aforados que querían desalojarlos del hospital. De esa manera distraían la atención del enemigo cubriendo la retirada a los compañeros.

El doctor Mario Muñoz, comprendiendo que iba a ser prácticamente imposible la retirada de todos sugirió que se vistieran de enfermos los que estaban dentro del centro benéfico y ocuparan camas como si estuvieran reclusos, enten-

día que esa era la única forma de eludir a sus perseguidores. El doctor Mauricio León, médico interno del hospital Lora, le señaló donde estaban los escaparates con la ropa necesaria y ayudó a vestirlos; entre los presuntos enfermos estaba Abel Santamaría.

Con extraordinaria destreza, el doctor Muñoz, Melba y Haydée vendaron en las piernas, en los brazos y en los ojos a sus compañeros y los condujeron a las camas. Muñoz se mantuvo con su bata de médico y las mujeres que no tuvieron tiempo de vestir de otra manera se quedaron con sus *slacks* en la sala de niños... Ahí ayudaron a las enfermeras a consolar a las criaturas que lloraban asustadas por el tiroteo.

Aproximadamente 45 minutos después entraban los soldados en el hospital. En la primera incursión por todo el edificio no tuvieron el menor éxito. A reserva de la detención de dos o tres jóvenes heridos, los que resistían en la puerta, no hallaron a nadie más. Todos permanecieron en sus camas simulando estar reclusos. Melba y Haydée desde la sala de niños presenciaron cuando los soldados se retiraban. Un acto desgraciado fue cuando un civil grueso de mediana estatura, de pelo negro, espejuelos de aro, vestido con un pantalón oscuro y camisa de cuadros, detuvo a los oficiales que se marchaban y les indicó que buscaran en las camas.

—Jamás olvidaremos ese rostro—dirían ellas luego.

Los militares se volvieron y violentamente comenzaron a levantar a los enfermos de sus camas e investigarlos; pronto descubrieron el ardid.

—¿Conque ojitos malos, no?—dijeron al encontrar a Abel Santamaría con los ojos vendados—pues te los vamos a sacar para que sea verdad.

A culatazos y patadas sacaron del hospital a los que serían los primeros mártires del 26 de Julio. ¡Faltaban las mujeres!... El delator llamó la atención a los soldados de que ellas estaban en la sala de los niños.

—Esas—dijo señalando a Melba y Haydée—no son enfermeras ni madres, esas vinieron con ellos, y también aquel disfrazado de médico—indicando para el doctor Muñoz.

Así detuvieron a los últimos.

Ya **Panchito** Cano y yo en una segunda y peligrosa incursión habíamos logrado acercarnos mucho más al cuartel Moncada por la parte norte del polígono que limita con la embotelladora Coca-Cola; muy próximo al lugar en los límites del Hospital Militar se escuchaban ráfagas y se veían hombres uniformados correr de un lado a otro, así como a civiles heridos, que podían andar por sus propios pies escoltados por soldados, entrar en el Hospital Militar.

Cuando iban detenidos del Hospital Saturnino Lora al cuartel Moncada, por la Avenida de las Enfermeras, el doctor Muñoz y las dos mujeres, los custodios dejaron que el médico se adelantara unos veinte pasos y gritando ¡disparen que huyen!... fue muerto Muñoz Monroy. Su caída era solo el comienzo de la tragedia.



Nacimiento y Evolución Histórica de un Movimiento

ITINERARIO Y BALANCE DE UN INFAME CRIMEN

PORTISTAS Y MUJERES.



ARTÍCULO SEGUNDO

EXCLUSIVO

ARTÍCULO SEGUNDO



"Nimrod e la Libertad"



EXCLUSIVO

ARTÍCULO SEGUNDO

Al igual que el reportaje anterior ("El asalto al Moncada") este texto no pudo ser publicado antes a causa de la censura. Salió en la edición del 8 de febrero de 1959.



Itinerario y balance de un infame crimen

Por **MARTA ROJAS** / Fotos: **ARCHIVO** y **PANCHITO CANO**

Lo menos asombroso de cuanto ocurrió y se supo en Santiago de Cuba el 26 de julio de 1953, y en los días sucesivos, fue el asesinato por la espalda del doctor Mario Muñoz Monroy en plena vía pública –sin el menor recato– en presencia de sus dos compañeras de luchas revolucionarias, la doctora Melba Hernández y Haydée Santamaría, cuando era conducido como prisionero, del Hospital Civil Saturnino Lora al cuartel Moncada; episodio que narramos en la primera parte de esta historia.

–¡Asesinos! –gritaron al unísono las dos mujeres cuando vieron caer el cuerpo inanimado del médico Muñoz. Otras expresiones de protesta o pena no pudieron salir de los labios de ellas, porque un barraje de ultrajes morales y físicos las redujeron al silencio y la obediencia por largo rato. Casi desfallecidas subieron las escaleras del SIR (Servicio de Inteligencia Regimental). Allí, en un salón ventilado y amplio, les tomaron sus generales y las huellas digitales. De ese departamento las condujeron a otro reducido y húmedo hasta donde llegaban, inconfundibles, las voces desgarradoras de sus compañeros pidiendo... ¡piedad!

Habían comenzado las torturas.

Ningún revolucionario respondía a la pregunta incesante del coronel Chaviano y de sus

más encarnizados esbirros: “¿Quién es el jefe de ustedes? ¿Quién es? ¿Aureliano, Prio, Millo Ochoa?”. Cualquier nombre se les ocurría menos el de Fidel Castro; estaban totalmente despistados.

Una de las consignas del movimiento, hecha juramento antes de dirigirse a la acción, fue no revelar el nombre del líder por ningún compromiso hasta tanto no transcurrieran seis u ocho horas de producido el ataque. En caso de que el intento de tomar el Moncada fracasara y se hicieran detenidos. Y el juramento se cumplía firmemente a pesar de los más atroces tormentos.

Un sádico propuso que llevaran a las mujeres a presenciar el interrogatorio. Cuando iban a ser conducidas a los calabozos un fotógrafo las enfocó con su cámara. Nadie pudo suponer en aquel momento la trascendencia histórica de esa fotografía, presuntamente tomada a las puertas de la cámara de torturas.

Cuando entraron a las mazmorras del SIR la doctora Melba Hernández y Haydée Santamaría fueron obligadas a sentarse en el suelo. En esa posición estaban cuando identificaron, aterrorizadas, al poeta del 26 de Julio, Raúl Gómez García; el cual, confinado en un extremo del estrecho salón, sangraba copiosamente por la boca: le ha-

bían sacado los dientes. Tenía las manos amarradas por detrás de la cabeza y resistía con entereza los azotes del vergajo. Lastimosamente recitaba una estrofa de su poesía *Reclamo del Centenario*:

*Maestro, bajo tu frente enorme,
En la profundidad perenne de tus sueños
Se vislumbra el recuerdo de tus luchas de
hombre;*

*Y en la angustia callada de este pueblo que
es tuyo*

Porque es solo tu alma quien nos puede salvar.

Raúl Gómez García cayó desmayado sin que sus labios se abrieran para pronunciar otras palabras que no fueran las de sus versos a Martí. Minutos después se escuchaba una descarga de ametralladora; por la tarde aparecería su cadáver tendido en un patio interior del Moncada y junto a él un arma, semejando un combatiente muerto en acción de guerra.

Después del poeta fue torturado Abel Santamaría. A la salida del Hospital Saturnino Lora recibió Abel los primeros ultrajes de manos de sus victimarios. Cuando su hermana Haydée lo vio con vida por última vez, ya le habían sacado un ojo.

El diálogo postrero entre los dos hermanos fue patético:

–Es mejor saber morir, para vivir siempre –dijo Abel con voz tranquila esforzándose en consolar a su hermana transida de angustia.

–Entonces yo quiero morir también, Abel, quiero morir –insistió ella abrazándose a él desesperadamente.

Abel la rechazó con ternura y predijo:

–Tú y Melba deben vivir; van a vivir; ustedes tienen que contarle todo.

Después de estas palabras solo se escucharon sus gemidos de dolor. Comprendiendo que era inútil el obstinado interrogatorio a Abel Santamaría sus verdugos se dirigieron a las mujeres estableciéndose un dramático coloquio entre ellas y los aberrados soldados que no ocultaban su decisión de hacerlas hablar por cualquier medio.

–Mira, esta sangre es de un ojo que le sacamos a tu hermano –le dijeron los esbirros a Haydée, a la par que le mostraban sus manos crueles– si no dices quién es el jefe le sacamos el otro.

–Ya le pueden sacar el otro ojo y los dos míos también, porque yo no lo sé –respondió ella.

Los criminales no tenían prisa ni se daban por vencidos, insistieron en torturarlas moralmente; hasta el tenebroso salón llegó otro militar que las interroga con tono y sonrisa burlona.

–¿Quién es Haydée? –pregunta.

–Soy yo –responde ella tajante.

–¿Y quién es Boris?

–Un amigo mío, un compañero. El guardia, mordaz, la insta a ser más explícita.

–¿Qué compañero más cariñoso tienes! –comenta y lee la dedicatoria de una foto.



–¿Dónde lo tienen? –pregunta imperativamente Haydée.

–Aquí, en el cuarto de al lado –responde, frío, el soldado.

–¿Qué le han hecho? –insiste ella.

El guardia, petulante y cínico, le relata las torturas a que han sometido a Boris Luis Santa Coloma. Y, finalmente, le advierte con burla:

–Como supondrás ya tu novio no te servirá para nada; pero puedes aún salvarle la vida, no lo hemos matado todavía –propuso el asesino.

–¡Si él supo guardar silencio no vamos a traicionarlo, criminales!

–Bueno, criminales no. Nosotros solo cumplimos órdenes –intervino un oficial.

–¿De quién, de hombres o de bestias? –le preguntó la doctora Melba Hernández, tan afligida como Haydée.

–De nuestro jefe, del coronel Río Chaviano –respondió.

Cerca de las siete de la noche, abatidas síquica y físicamente, fue ordenado el traslado de ellas a otro departamento.

¿Les habría llegado su turno en la cámara de torturas?

El teniente Teodoro Rico, uno de los ayudantes de Chaviano, visiblemente malhumorado por una terrible contrariedad, ordenó las llevaran arriba, a la Jefatura del Regimiento. ¡Estaban salvadas!

Más tarde, uno de los custodios les explicaba la causa de su salvación de la inquisición y la muerte.

–Agradézcanle la vida a un tipo que las retrató cuando ustedes estaban en las oficinas del SIR, porque si no... –hizo el soldado una seña con el índice alrededor del cuello, y agregó, “se la pelan”.

(Ciñéndonos a la verdad histórica aclaramos que esa fotografía nunca existió, pues el tipo que las “retrató”, que fue *Panchito* Cano, solo hizo un ademán con la cámara ya que esta no tenía, en ese momento, ni película ni *flash*).

La noche del 26 de julio, sentadas Melba y Haydée en un sillón en el cuartel Moncada, escucharon de nuevo el tableteo de las ametralladoras. Dirigiéndose Haydée a un sargen-

...El juramento se cumplía a pesar de los más atroces tormentos.



**Fidel Castro
pudo reunir
una tercera parte
de sus hombres.**

to de apellido Cárdenas que las custodiaba le preguntó:

—Dígame la verdad: ¿ahí cayó mi hermano?

El sargento Cárdenas no respondió, pero su silencio fue más elocuente que las palabras que pudo pronunciar.

Un rato antes los periodistas terminábamos el recorrido por toda el área del Moncada en compañía de Chaviano y su oficialidad. Desde las primeras horas de la mañana en que entramos en el campamento, estuvimos retenidos en sus dependencias. Nuestra insistencia en que se nos permitiera, inmediatamente de concluido el combate, recorrer el área donde se había librado la batalla, fue inútil.

—Aún no está todo preparado —respondía el excapitán Águila Gil, ayudante del “Chacal de Oriente”, como llamara todo el pueblo al tristemente célebre Alberto del Río Chaviano.

—El ayudante de Chaviano no mentía. Aún a las cuatro de la tarde cuando insistimos por última vez, no estaba todo preparado. Luego en el juicio por los sucesos del Moncada se conocería de una orden dada en La Habana, el 26 de julio de 1953, en la cual se indicaba que “a fin de mantener en alto la moral de la tropa debían caer un estimado de seis revolucionarios por cada militar muerto”. Calcúlese la cifra exigida cuando al terminar el combate habían muerto 13 del Ejército por ocho de los rebeldes.

La incursión por los terrenos del campamento y sus edificios anexos fue una procesión macabra que comenzó a las cinco de la tarde y terminó, aproximadamente, a las siete de la noche.

Casi todos los cadáveres tenían el cráneo destrozado por la metralla con avulsión de la masa encefálica, las uñas arrancadas, los brazos quebrados, los pies desprendidos, los intestinos a la intemperie y otras mutilaciones que hieren en lo más profundo la sensibilidad humana.

A excepción de un pequeño número, de los ocho que murieron en el combate, los demás estaban vestidos con uniformes nuevos y limpios, sin el menor daño, sin un hueco, sin una mancha de sangre, a pesar de las muchas heridas que a simple vista se observaban en los cadáveres. Los uniformes abotonados descuidadamente dejaban ver otras ropas ensangrentadas pegadas a los cuerpos sin vida.

Como prueba contundente e irrefutable de cuanto vimos los periodistas aquella tarde triste, además de las fotografías captadas y divulgadas, existen los certificados expedidos por los médicos forenses en presencia de la Sala de Vacaciones del Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba, constituida en el cementerio de Santa Ifigenia. En esos certificados redactados valientemente se consignan todas las atrocidades cometidas en el Moncada.

Antes de que se prendiera fuego a una sección del Palacio de Justicia de Santiago de Cuba, donde se guardaban pruebas importantes de la Causa 37 y de otros procesos revolucionarios, el oficial de secretaría, señor Adolfo Alomá, a riesgo de su vida, sacó copia de los más valiosos documentos judiciales en relación con los sucesos del cuartel Moncada y entre esos, de los certificados de autopsias; tan-

to de militares como de rebeldes muertos a raíz del asalto al Regimiento Uno.

Con carácter exclusivo transcribimos en este reportaje algunos de los referidos certificados, cuyos originales constan en los legajos secretos de la Causa 37.

Léase:

—En la ciudad de Santiago de Cuba, a los 27 días del mes de julio de 1953, la Sala Segunda de Vacaciones de la Audiencia de Santiago de Cuba, integrada por su Presidente el doctor Manuel Urrutia Lleó, (actual Presidente Provisional de la República) y los doctores Mario Vázquez Martínez y Evelio Morales Castillo, magistrados, con la asistencia de los doctores Manuel Prieto Aragón, Carlos Padrón Ferrer, Ramón Cabrales Arjona y Alipio Rodríguez López, médicos forenses, y el secretario que suscribe, se constituyó en el cementerio de esta ciudad, al objeto de proceder al reconocimiento de treinta y cuatro civiles muertos con motivo del asalto al Cuartel Moncada y que han sido remitidos a este cementerio, se presenta:

“Número 1.— Se presenta el cadáver de un individuo desconocido al parecer de la raza blanca, **que viste camisa, pantalón de kaki y debajo del pantalón otro pantalón blanco de enfermo**, faltándole de su dentadura los incisivos superiores y presenta herida de bala de grueso calibre en la región parietal derecha (orificio de entrada), gran herida en la región costo-lumbar derecha a nivel de la región vertebral, otra herida en la región temporo-oricular izquierda (orificio de salida de la primera), tres heridas en la región deltoidea izquierda, causa de la muerte directa, hemorragia craneana y la indirecta, heridas por proyectiles de arma de fuego.

“Número 2.— Se reconoce un cadáver que viste ropa militar, **pantalón de montar kaki sin entizar los cordones y al parecer con los amarres que tienen antes de ser usados**, zapatos negros y presenta una herida de salida en el hipocondrio izquierdo, una interparietal arriba y otra algo más adelante en la misma región, una de entrada en la región costal derecha posterior. Se dispone la ocupación de la ropa militar y zapatos observándose que la camisa del uniforme no tiene huellas de la bala que penetró por la espalda o por el hipocondrio. Siendo la causa directa de la muerte hemorragia abdominal y torácica, y la indirecta heridas por proyectiles de arma de fuego.

“Número 3.— Se reconoce un cadáver que viste pantalón militar sin cordones y **debajo de este un pantalón blanco con un letrero que dice ‘Sala Sexta’, al parecer del Hospital**, cuyos dos pantalones se ocupan. Presenta dos heridas grandes a derecha e izquierda del cráneo, que según los peritos pueden haber sido causadas por varias balas de ametralladora o por una granada. Siendo la causa directa de muerte hemorragia cerebral y la indirecta por proyectil de arma de fuego.

“Número 4.— Se examina un cadáver que **viste pantalón kaki, sin huellas de bala**, y zapatos negros, ocupándose dicha ropa. Presenta una herida en la región femoral izquierda y una en la rodilla izquierda con fractura del fémur izquierdo, una herida en el cuello, a la derecha, de entrada, con salida en el occipital izquierdo y **un hueco muy grande con avulsión como del tamaño de la huella de un pie humano** en la región ileolumbar derecha. Todas las heridas son al parecer de balas. Siendo la causa directa de la muerte hemorragia intercraneana y la indirecta, heridas por proyectiles de armas de fuego.

“Número 5.— Se examina un cadáver que viste pantalón kaki. **Presenta una venda en la pierna derecha sobre trece heridas de bala**, diseminadas por la cara antero-posterior de la pierna derecha; dos heridas de bala en la región occipital media, casi en la nuca, una en la cara postero-lateral izquierda del cuello, dos en el lado izquierdo de la cara, una al parecer de proyectil de gran calibre en la región externa. Se ocupan el pantalón referido y las vendas. Siendo la causa directa de la muerte hemorragia intracraneana y torácica, la indirecta, heridas por proyectiles de arma de fuego”. (Parece tratarse de un herido que fue asesinado después).

Hasta el número de 62 se reconocieron cadáveres de civiles en condiciones semejantes a las descritas por los forenses en presencia de la Sala de Vacaciones de Urgencia, presidida en esa fecha por el magistrado Urrutia Lleó. Los médicos que levantaron actas posteriores en el municipio de El Caney lo hicieron muy sucintamente, consignando que por el estado de descomposición de los cadáveres a estos no pudieron tomárseles las huellas digitales ni practicárseles investigación alguna. El levantamiento de cadáveres en el municipio de El Caney estuvo bajo la jurisdicción militar, si no de derecho si de hecho, ya que el juez doctor Antonio Menéndez Sotolongo estaba asistido del primer teniente médico Dr. Luis Montalvo Lefebre. Sin embargo, a pesar de lo sintética de las actuaciones en algu-



Deben atenerse los periodistas a las informaciones oficiales —dijo Chaviano.



Quiero en el jefe de noticieros. (Abstracción. P. M. M.)

ITINERARIO Y BALANCE DE... (Continuación)

Los periodistas de la sala 107... (Continuación del texto anterior)

los derechos de los noticieros... (Continuación del texto anterior)

que la subterfugio... (Continuación del texto anterior)

Número 2... (Continuación del texto anterior)

El carácter... (Continuación del texto anterior)

En la ciudad de Bogotá... (Continuación del texto anterior)

Como prueba... (Continuación del texto anterior)

El teniente Rico... (Continuación del texto anterior)

En la ciudad de Bogotá... (Continuación del texto anterior)

Como prueba... (Continuación del texto anterior)

El teniente Rico... (Continuación del texto anterior)

El teniente Rico... (Continuación del texto anterior)



Como prueba... (Continuación del texto anterior)

-El teniente Rico tiene órdenes mías de que inmediatamente recoja los rollos fotográficos o chasis de las cámaras. No traten de engañarme porque el que trate de salir del Moncada con una solo foto no autorizada por mí lo pasará muy mal.

Chaviano se retiró unos pasos para atender a su ayudante Águila Gil, dejando en su lugar al teniente Rico, despojando a los fotógrafos del precioso material informativo.

Panchito Cano y yo intercambiamos un gesto de aprobación. Cuando la requisita llegó al sagaz reportero gráfico de BOHEMIA este entregó sin protestar su cartera de cuero repleta de chasis; había docenas de fotos.

-¡No te quedes con ninguna, Panchito -le advertió el propio Chaviano- de nada te van a servir y te pueden costar la vida!

-Coronel -dijo tímidamente Panchito- el único chasis que no le entrego es el que está en la cámara porque no he tomado ninguna fotografía con él.

-Pues sácalo por si acaso y entrégaselo al teniente; o mejor, dame acá.

El propio Chacal extrajo la caja de película de la cámara de Panchito Cano.

Salimos del Cuartel precipitadamente, pues a juzgar por las palabras de Chaviano tan pronto se descubriera el ardid nuestras vidas corrían peligro. Los negativos entregados al Coronel eran los que tomamos durante toda la noche anterior en los carnavales. Las fotos de los muertos las llevaba yo en mi cartera y en un amplio bolsillo de la saya.

Cuál no sería su sorpresa cuando llevaron a su mesa de trabajo las imágenes de rumberos y tocadores de conga. El había asegurado al Estado Mayor de Columbia que todo el material gráfico del macabro espectáculo que él mismo había preparado estaba en su poder y que no sería conocido jamás.

Chaviano había entrado en el cuartel Moncada después de las ocho de la mañana y el comandante Andrés Pérez Chaumont, aproximadamente a las once. Pérez Chaumont justificaba su ausencia diciendo que los rebeldes lo tenían sitiado en su residencia de la playa Ciudadamar, extremo este que no era cierto.

Así que la defensa del Moncada la asumió el comandante Rafael Morales Álvarez desde los primeros momentos del ataque. Morales, tan pronto escuchó los primeros disparos se comunicó telefónicamente, desde su casa, con el capitán ayudante Manuel Águila Gil, y este le trasmitió órdenes de Chaviano de que entrara en el campamento por la puerta próxima a la residencia del Coronel, justamente en dirección opuesta a la posta por donde penetraron los revolucionarios. Cuando Morales se percató de la situación defendió el campamento del ataque enemigo. Al rechazar a los atacantes y cesar el fuego las bajas eran 13 militares y ocho rebeldes, más un grupo numeroso de heridos por ambas partes.

Tan pronto se restableció el orden dentro del Regimiento, Morales lo comunicó al ayudante y al poco rato llegó Chaviano con sus medidas de terror.

A media mañana fue detenido y conducido al Moncada un joven sospechoso de haber participado en el asalto al cuartel. La detención se efectuó en las proximidades del campamento. El interrogatorio estuvo a cargo del teniente coronel Rossell quien logró que el joven revelara la existencia del campamento rebelde de Siboney. Después de identificada la granja de Tizol, Rossell ordenó que lo condujeran al calabozo; la orden se produjo en los momentos en que entraba en el Moncada el comandante Pérez Chaumont, hombre de confianza del coronel Chaviano. Horas más tarde el joven aparecía entre los muertos: fue otro combatiente póstumo.

Con los anteriores antecedentes una patrulla al mando del comandante Pérez Chaumont y del capitán Lavastida, del SIR, se encaminó a la playa Siboney con el propósito de establecer contacto con los revolucionarios que pudieran escapar. La incursión de Chaumont y Lavastida por Siboney fue infructuosa; solo encontraron la granja abandonada. Pero por los alrededores corrían insistentes rumores de que los jóvenes se habían internado en los montes y que tomando por un lugar llamado Sevilla se dirigían a la Sierra Maestra.

Ya habían transcurrido más de seis horas del ataque y los detenidos revelaron que el jefe del movimiento armado era el doctor Fidel Castro Ruz, que el mismo no tenía vinculación alguna con ningún grupo o personalidad política de la oposición, ni tampoco con la Federación Estudiantil Universitaria.

Fidel Castro pudo reunir una tercera parte de sus hombres. Pero algunos desanimados por el fracaso, sin fe, con hambre y sed, decidieron entregarse a los soldados que merodeaban por los contornos en busca de ellos. Al rendirse fueron ultimados.

Al Moncada seguían llegando detenidos procedentes de Bayamo, Ciudad Monumento, donde esa misma mañana se había producido simultáneamente una acción semejante a la de Santiago de Cuba, la cual fracasó también; otros detenidos procedían de Veguita, de Palma Soriano y de los suburbios de la ciudad. Todos los que entraron por sus propios pies esa noche al cuartel Moncada salieron la mañana siguiente tendidos sobre una enorme rastra rumbo al cementerio de Santa Ifigenia. El macabro cortejo fue paseado a la vista de todo un pueblo por la Carretera Central hasta el paseo Martí y del paseo Martí a la avenida Crombet hacia el camposanto.

Mientras, el dictador Batista imponía la Cruz de Honor, por valentía en el combate, a la bandera del Regimiento Uno y exaltaba "las

virtudes y pundonor de Chaviano, Chaumont, Lavastida y otros", con un violento discurso a la tropa lleno de odio e incitaciones, y en el que decía, entre otras cosas, "que los soldados enfermos habían sido asesinados mientras dormían en sus camas del Hospital Militar, agredidos cobardemente con machetes y cuchillos". Los propios oficiales del Ejército, dos meses después, en el trascendental juicio por los sucesos del Moncada, desmintieron esa versión oficial de los hechos tan difundida por el régimen del 10 de marzo.

Los jóvenes que siguieron a Fidel Castro en la retirada y se mantuvieron a su lado tuvieron mejor suerte, fueron hechos prisioneros. A pesar de las vicisitudes de cinco días a monte traviesa, apenas sin agua, sin parque y sin alimentos, no sufrieron el relajamiento moral y físico de las torturas y la muerte lenta. A las 48 horas de iniciada la persecución al grupo alzado, las entidades cívicas y religiosas comenzaron a movilizarse en el sentido de obtener de las autoridades plenas garantías para la vida de los que quisieran rendirse.

Monseñor Pérez Serantes fue el prelado católico que lideró la campaña de respeto y entrega íntegra de los prisioneros y abogó por el rendimiento del doctor Fidel Castro y sus acompañantes. Las gestiones de Su Ilustrísima se iniciaron en Santiago, cerca del propio coronel Chaviano y culminaron en La Habana entre las esferas eclesiásticas y oficiales de mayor jerarquía. En una alocución que aludía manifiestamente a una anterior exhortación de Pérez Serantes, el coronel Chaviano, el 31 de julio, ofreció garantías al Prelado para que fuese en busca de los fugitivos, y los invitara a deponer las armas.

La gestión del Arzobispo de Santiago de Cuba tuvo rotundo éxito.

La **Operación Moncada** se había malogrado. Y Chaviano pretendió presentar al pueblo de Santiago de Cuba, ante la opinión pública, como hostil a los revolucionarios, aduciendo que: "vinieron de fuera a perturbar los marrachos". Pero el pueblo que conoció de los crímenes y atropellos cometidos con los prisioneros indefensos, condenó desde el primer momento la barbarie desatada por el **Chacal** y su camarilla. Uno de esos crímenes que conmovió a los santiagueros fue el alevoso asesinato del *Niño* Calá que nada tenía que ver con el hecho del Moncada. Desde ese momento se desencadenó el terror contra la población de la capital de Oriente; pero también desde ese instante la brava ciudad de los Maceo se incorporó a la lucha contra la dictadura.

El cortejo macabro de la rastra repleta de muertos colmó la copa de indignación que se desbordaría en septiembre cuando el pueblo escuchó toda la verdad en el recinto del Palacio de Justicia al abrirse la Causa 37 por los sucesos del cuartel Moncada.





Edición
del 23 de julio
de 1961.



VICTORIA DE LAS IDEAS

A LA MISMA HORA DEL MONCADA En el cuartel de Bayamo se escribió otra página heroica

Síntesis de una información de RUBÉN CASTILLO RAMOS

EL 25 de julio de 1953, Bayamo, la Ciudad Monumento, luce tranquila. Nada indica que en sus entrañas se gesta un movimiento que, dentro de pocas horas, habrá de conmoverla. Un cronista de aquel momento diría que la vida discurre sin relieves. En la calle General García —arteria comercial— el gentío va y viene. En el Liceo, el comandante Gilberto Santiesteban narra episodios de la epopeya independentista. Se “mata el tiempo” en el Círculo Bayamo y en la Colonia Española. Nada altera el ritmo durante la noche. En la cuna de Céspedes, Aguilera y Figueredo transcurren serenas las primeras horas de la madrugada. Es 26 de julio. Cinco y diez de la mañana. Un intenso tiroteo sacude a todos los hogares. Se escucha en la parte alta de la ciudad. Son diez minutos de creciente alarma. Después, tiros aislados. Calma... El vecindario se asoma a puertas y ventanas. Los primeros claros permiten ver que jeeps del ejército y la policía cruzan velozmente por las calles desiertas. ¿Qué ocurre? Vuelan las versiones. “Se han fajado entre ellos mismos. Es en el cuartel”. “No, son elementos revolucionarios que atacaron el cuartel. Parece que

hay muertos y heridos”. Llegan noticias: en la acción murió el sargento de la Policía Nacional, Gerónimo Suárez Camejo. Dos soldados fueron heridos. Uno de ellos, se nombra Antonio T. Blanco Rodríguez. Hay informes sobre detenciones. En el cuartel están presos Fernandito Fernández Catá, Juan Manuel Martínez y su hijo Juancito Olazábal y el chofer Carlos Fonseca. Hasta las 7:30 de la mañana no se sabla de ninguna baja entre los revolucionarios atacantes.

Antecedentes

En los primeros días de julio, Renato Guitart que había conocido a Fernandito Fernández en el Colegio La Progresiva, de Cárdenas, visitó a este en Bayamo.

—Quiero instalar aquí una granja de pollos —le dijo—. Consigueme un local.

—¿Tú metido a criador de pollos?—. Parecía extraño, pero Fernandito creyó al fin todo lo que le dijo su amigo. Pronto se dieron a la búsqueda. El 14 de julio alquilaron una casa propiedad de Juan Manuel Martínez, situada a la entrada de la ciudad, frente al Departamento de Obras Públicas, a dos cuadras del cuartel.

—Te dejo este grupo de compañeros que van a atender el negocio. Trátales como me tratas a mí —expresó un día Guitart, despidiéndose de Fernandito.

Nadie sospechó nada. La casa alquilada se pobló de jaulas para pollos, alimentos avícolas y libros sobre la materia. De vez en cuando llegaban caras nuevas. Eran amigos de Guitart. Con frecuencia se bañaban en el río, y hacían fotos de distintos ángulos del cuartel. Tampoco a esto se le concedía importancia porque se estimaba que era una actividad propia de elementos ajenos a la ciudad interesados en lugares históricos. Los amigos de Renato Guitart tuvieron contacto con Fernandito durante veinte días, sin que este sospechara —según confesó después— la tremenda realidad que se gestaba. Los “nuevos muchachos” hacían una vida normal. Consultaban todos sus pasos con Fernandito, quien, por otra parte, los relacionaba en la ciudad con elementos interesados en el negocio. Algunas veces viajaban a Santiago para ver a Renato Guitart, que también había organizado allí un negocio similar. (Unas seis visitas hizo Guitart a Bayamo en el período preparatorio del asalto.)

Una noche Fernandito fue a ver a los amigos de Guitart. Tocó fuertemente a la puerta:

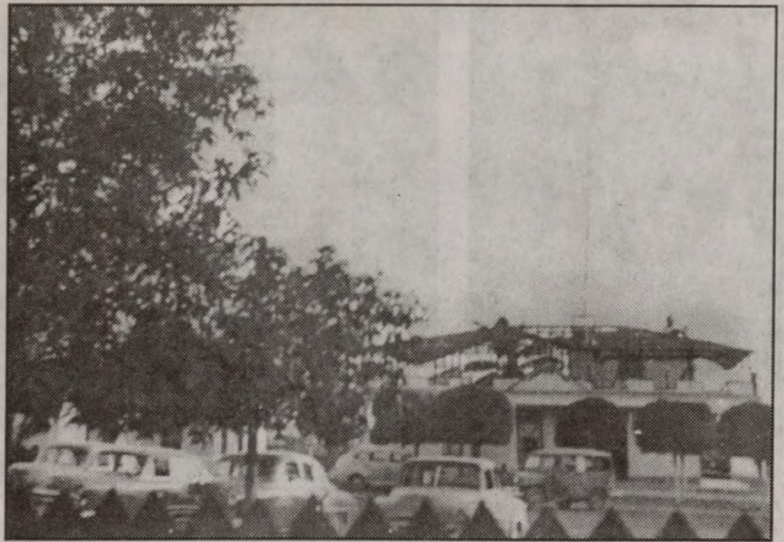
—¡Abran que es la Guardia Rural!

Era una broma que los muchachos no toleraron.

—¡No digas más eso, que no nos gusta!

—¡Ah, se me van a “caer” ahora por eso!

Otro día, el 24 de julio, Fernandito los visitó de nuevo. Sentados en una cama hablaron sobre distintos tópicos. De pronto uno de ellos lanzó una extraña invitación:



Esta riesgosa foto se hizo pocas horas después del asalto, desde el mismo lugar por donde atacó Pedro Aguilera, el dentista de Palma Soriano. Con esas cinco máquinas iban a operar los revolucionarios.

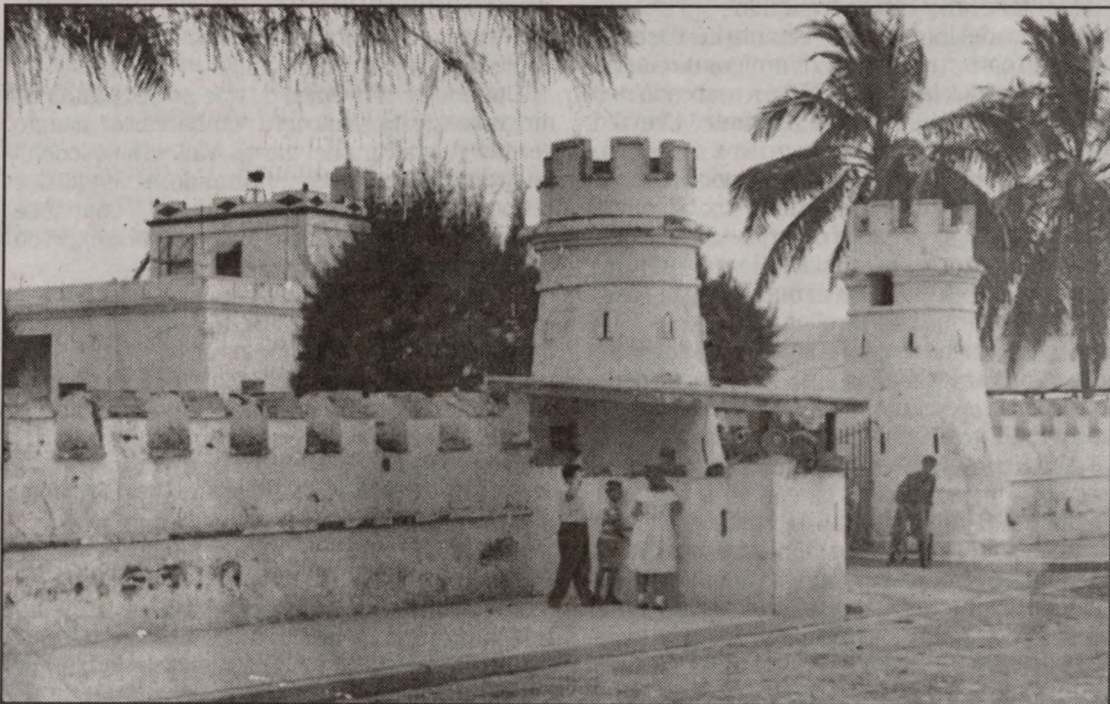
—Fernando, ¿quieres participar en el asalto al cuartel?

El aludido creyó que le estaban devolviendo la broma; que querían tomarle el pelo.

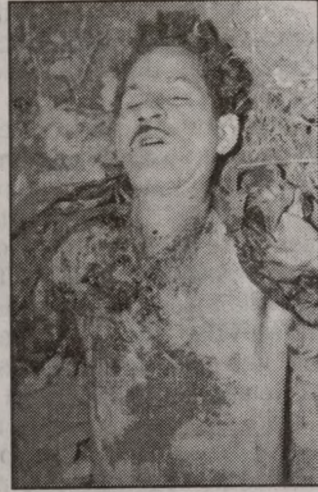
—¡Ah, viejo, para hablar tonterías hay tiempo!

¿Qué significaba aquel diálogo? ¿Era una indagación? ¿Estarían sondeando a Fernandito para saber si Guitart lo había puesto en antecedentes sobre el plan? O, por el contrario, ¿intentaban hacer una invitación formal?

(Días después del asalto, Fernandito comentaba con angustia aquella conversación: “Yo no sé cómo hubiera reaccionado si Renato me hubiera



El cuartel Carlos Manuel de Céspedes, de Bayamo, escenario del frustrado asalto, la madrugada del 26 de julio de 1953, por un puñado de héroes.



Asesinados durante un supuesto "encuentro con la fuerza pública".

confiado sus planes. Tal vez me habría ganado para la aventura, o, al menos, lo habría conectado con elementos buenos, conocedores del terreno".)

El asalto

-¡Queda usted detenido!

-¿Y por qué me detienen?

- ¡Quédese tranquilo que no le va a pasar nada!

El último que respondía era un amigo de Guitart, que parecía ser el jefe del grupo. La escena, en la casa de los muchachos, el 25 de julio a las 9:30 de la noche. El "detenido" era Juan Manuel Martínez, que se atrevió a ir a la casa "como de costumbre, para ver cómo andaban las cosas". Las cosas andaban a todo tren. El ataque se preparaba "a mil". A Juan Manuel Martínez no le iba a pasar nada.

-¡Siéntese ahí y esté tranquilo!

En torno del inoportuno visitante las cosas tomaban un cariz muy serio. Los amigos de Guitart se paseaban por la habitación con marcado nerviosismo. ¿Qué pasaría con Martínez? Creyó él que se tramaba algo grave, pero sus sospechas eran aún imprecisas. Se llenó de temores cuando vio llegar, a eso de las doce de la noche, a otro grupo de jóvenes, cargados con maletas y cajas de cartón. Empezaron a cambiarse la ropa por uniformes militares. Sacaron armas de distintos tipos. Las cargaron. Uno de ellos dijo:

-Bueno, muchachos. Son las 4:45. Ha llegado el momento. ¡Vamos! Faltan algunos, pero no podemos esperar. ¡Adelante!

Martínez oyó temblando una orden:

-¡Y usted, no se mueva de aquí, que en ello le va la vida!

Salieron. Unos cogieron la carretera. Otros cruzaron por el patio. A los veinte minutos ya estaba andando el tiroteo. En tres grupos se dividieron los revolucionarios. Uno se situó en el Acueducto, detrás del cuartel. El que comandaba, Pedro Aguilera, dentista de Palma Soriano, ganó el patio de la casa de la familia Corona. Fue el

que más se aproximó a la fortaleza militar. El tercer grupo avanzó por la calle delantera del cuartel, entrando por General García.

En el cuartel, la guarnición dormía. Solo cinco hombres estaban en pie, incluyendo al cocinero. Un soldado que estaba de guardia en la parte posterior resultó herido. Otro, nombrado Antonio T. Blanco Rodríguez, fue alcanzado por una bala que le atravesó el cuello y le salió por la boca. Se salvó milagrosamente. De los atacantes, en el momento de la acción, solo hubo que lamentar una baja: la de Raúl Martínez, herido en un pie, que logró escapar.

El desastre

Aquella mañana Juancito Olazábal comenzó temprano sus labores. Iba tranquilo por la calle General García. Dos hombres armados, con traje de militar, lo sorprendieron con un saludo revolucionario:

-¡Vamos a tumbar a la rata! ¡Coopera, que vamos a asaltar el cuartel!

Cuando se convenció de que no se trataba de ninguna estratagema para "embarcarlo", aceptó gozoso. A la altura del garaje Vallejo se escuchó un tiroteo que se iba generalizando. Al ver que los grupos situados más arriba y cerca del cuartel se retiraban, el que acompañaba a Juancito expresó con amargura:

-¡Esto ha fracasado, vámonos!

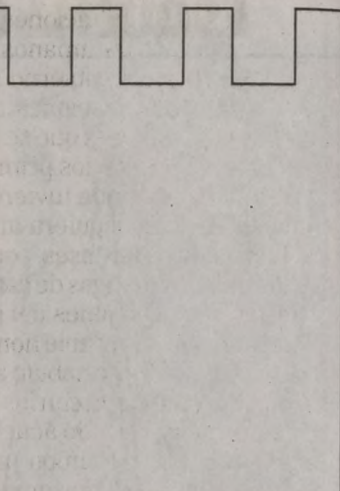
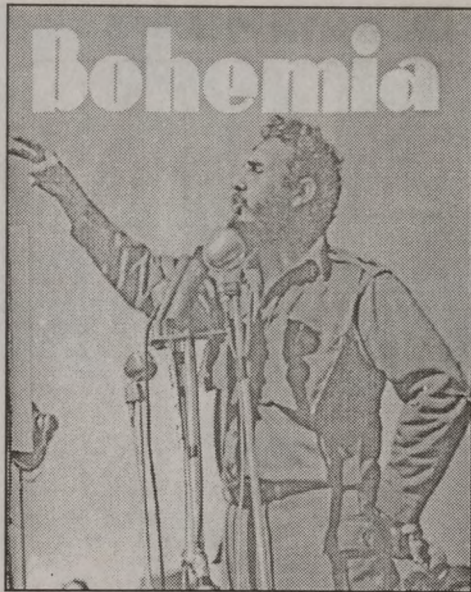
A partir de ese momento, la ciudad se entregó a proteger y a esconder a los atacantes dispersos. Olazábal les facilitó la fuga a sus compañeros. Cuando estaba en este trámite le salió al encuentro un jeep con soldados de la dictadura.

-¿Qué pasa?

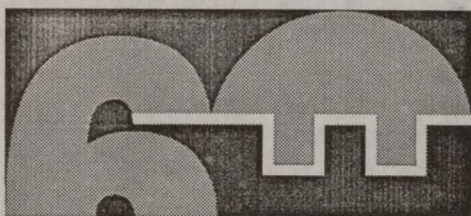
-Nada -respondió Olazábal-, estos son guardias que están persiguiendo a los asaltantes.

-¡Ah, bien! Nosotros vamos a ver al teniente Roselló.

El teniente Juan A. Roselló Pando era el jefe y la hiena del Escuadrón No. 13 de la Guardia Rural. Al ocurrir el asalto no se hallaba en la ciudad. Después, asesinó a mansalva.



Edición
del 23 de julio
de 1961.



VICTORIA DE LAS IDEAS

Un relato de fidel

Los crímenes de la tiranía por el asalto al Moncada

EN la prisión, después del asalto al Moncada, Fidel Castro escribió un relato estremecedor de los sucesos que siguieron al heroico episodio. Trátase de un folleto, que en aquella época circuló clandestinamente, donde el jefe del movimiento describió "con la sangre de sus hermanos muertos" todos los horrores de la tragedia. Por primera vez se dio a conocer la relación exacta de los asaltantes muertos, muchos de los cuales —la inmensa mayoría—, como bien dice Fidel, fueron salvajemente torturados y asesinados después por los esbirros de la tiranía batistiana.

"MANIFIESTO A LA NACIÓN"

Isla de Pinos Dic. 12 de 1953

CON la sangre de mis hermanos muertos, escribo este documento. Ellos son el único motivo que lo inspira. Más que la libertad y la vida misma para nosotros, pedimos justicia para ellos. Justicia no es en este instante un monumento para los héroes y mártires que cayeron en el combate o asesinados después del combate; ni siquiera una tumba para que descansen en paz y juntos los restos que yacen esparcidos en los campos de Oriente, por lugares que en muchos casos solo conocen sus asesinos; ni de paz es posible hablar para los muertos en la tierra oprimida. La posteridad que es siempre más generosa con los bue-

nos levantará esos símbolos a su memoria y las generaciones del mañana, rendirán, en su oportunidad, el debido tributo a los que salvaron el honor de la patria en esta época de infinita vergüenza.

¿Por qué no se han denunciado valientemente las atroces torturas y el asesinato en masa, bárbaro y vesánico que segó las vidas de setenta jóvenes prisioneros los días 26, 27, 28 y 29 de Julio? Eso sí es un deber ineludible de los presentes, y no cumplirlo es una mancha que no se borrará jamás. La Historia no conoce una masacre semejante ni en la época de la Colonia ni en la República. Comprendo que el terror haya paralizado los corazones por largo tiempo, pero ya no es posible sufrir más el manto de total silencio que la cobardía ha tendido sobre aquellos crímenes espantosos, reacción de odio bajo y brutal de una tiranía incalificable, que en la carne más pura, generosa e idealista de Cuba, sació su venganza contra el gesto rebelde y natural de los hijos esclavizados de nuestro pueblo heroico. Eso es complicidad bochornosa, tan repugnante como el mismo crimen, y es de pensar que el tirano esté relamiéndose los labios de satisfacción por la fiereza de los verdugos que lo defienden y el terror que inspira en los enemigos que lo combaten.

La verdad no se ignora, la sabe Oriente entero, la sabe en voz baja todo el pueblo; sabe tam-

bién en cambio, que eran completamente falsas las canallescadas imputaciones que se nos hicieron de haber sido inhumanos con los soldados. En el juicio oral, el gobierno no pudo sostener ninguna de sus afirmaciones; allí fueron a declarar los veinte militares que se hicieron prisioneros al enemigo desde los primeros momentos y los treinta heridos que tuvieron en el combate, sin haber recibido siquiera una ofensa de palabra. Los médicos forenses, peritos y hasta inclusive los mismos testigos de cargo se encargaron de destruir las versiones del gobierno, algunos declararon con admirable honradez; quedó probado que las armas se habían adquirido en Cuba; que no había conexión con los políticos del pasado, que nadie había sido acuchillado y que en el Hospital Militar sólo hubo una víctima, cierto enfermo herido que al asomarse a una ventana recibió la herida. Hasta el propio Fiscal –caso insólito– se vio precisado a reconocer en sus conclusiones “la conducta honorable y humana de los atacantes”.

En cambio, ¿dónde estaban nuestros heridos? Solamente habían cinco en total. **Noventa** muertos y **cinco** heridos. ¿Se puede concebir semejante proporción en ninguna guerra? ¿Qué era del resto? Por otra parte, ¿Dónde estaban los combatientes detenidos los días 26, 27, 28 y 29? Santiago de Cuba, sabe bien la respuesta. Los heridos fueron arrancados de los hospitales privados, hasta de las propias mesas de operaciones y rematados inmediatamente después, en ocasiones antes de salir del hospital. Dos prisioneros heridos entraron vivos con sus custodios en un elevador y salieron muertos del mismo. Los que habían sido reclusos en el Hospital Militar fueron inyectados con aire y con alcanfor en las venas; uno de ellos, el estudiante de Ingeniería, Pedro Miret, sobrevivió a este mortal procedimiento y narró todo.

Solamente cinco, repito, quedaron vivos. Dos fueron defendidos por el doctor Posada, quien no permitió que se los arrebataran los soldados en la Colonia Española, José Ponce y Gustavo Arcos, y otros tres que deben sus vidas al capitán Tamayo, médico del ejército quien con gesto valeroso de profesional digno, pistola en mano trasladó a los heridos Pedro Miret, Abelardo Crespo y Fidel Labrador del Hospital Militar al Hospital Civil. Ni aún a esos cinco querían dejar vivos. Los números son de una elocuencia irrefutable.

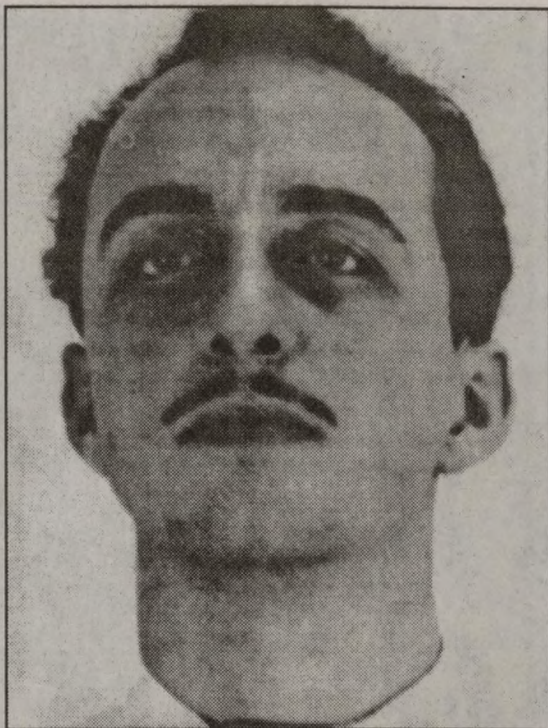
En cuanto a los prisioneros, bien pudo ponerse a la entrada del Cuartel Moncada, aquel letrero que aparecía en el dintel del Infierno de Dante: “Dejad toda esperanza”. Treinta fueron asesinados la primera noche. La orden llegó a las tres de la tarde con el general Martín Díaz Tamayo quien dijo que “era una vergüenza para el ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas, que los atacantes y que hacían falta diez muertos por cada soldado”.



Dicha orden era producto de una reunión sostenida entre Batista, Tabernilla, Ugalde Carrillo y otros jefes. Para allanar dificultades legales el Consejo de Ministros el mismo domingo por la noche entre otros suspendió el Art. 26 de los Estatutos que establece la responsabilidad del custodio por la vida del detenido. La consigna fue cumplida con horrible crueldad. Cuando los muertos fueron enterrados, no tenían ojos, ni dientes, ni testículos y hasta de las prendas los despojaron sus propios matadores que sin pudor exhibían después. Escenas de indescriptible valor tuvieron lugar entre los torturados. Dos muchachas, nuestras heroicas compañeras Melba Hernández y Haydée Santamaría, fueron detenidas en el Hospital Civil, donde se encontraban en calidad de enfermeras de primeros auxilios. A la última, ya en el Cuartel al anoecer, un sargento llamado Eulalio González, apodado “El Tigre”, con las manos ensangrentadas le mostró los ojos del hermano que acababan de arrancarle; más tarde le dieron la noticia de que habían matado a su novio, también prisionero; llena de infinita indignación se les encaró a los

Con la sangre de mis hermanos muertos, escribo este documento. Ellos son el único motivo que los inspira. Más que la libertad y la vida misma para nosotros, pedimos justicia para ellos.

Los que habían sido reclusos en el Hospital Militar fueron inyectados con aire y con alcanfor en las venas; uno de ellos, el estudiante de Ingeniería, Pedro Miret, sobrevivió a este mortal procedimiento y narró todo.



asesinos y les dijo: "El no está muerto, porque morir por la patria es vivir". Ellas no fueron asesinadas, los salvajes se detuvieron ante la mujer. Y ellas son testigos excepcionales de lo ocurrido en aquel infierno.

En los alrededores de Santiago de Cuba, fuerzas al mando del comandante Pérez Chaumont asesinaron veintiún combatientes que estaban desarmados y dispersos. A muchos los obligaron a cavar su propia sepultura; un valiente volvió la pica e hirió en el rostro a uno de los asesinos. No hubo en Siboney tales combates; los únicos que conservaban armas se habían retirado conmigo hacia las montañas y el ejército no trabó contacto con nosotros hasta seis días después que en un descuido nos sorprendió completamente dormidos, exhaustos por el cansancio y el hambre. Ya la matanza había cesado ante el enorme clamor popular. Aún así, únicamente el milagro de un oficial escrupuloso y la circunstancia de no haberme reconocido hasta que estábamos en el Vivac, impidió nuestro asesinato.

El día 27 a las doce de la noche en el Kilómetro 39 de la carretera Manzanillo-Bayamo, el Capitán Jefe de la primera localidad, ahorcó, arrastrándolos por el suelo con una soga al cuello, a los jóvenes Pedro Félix, Hugo Camejo y Andrés García, dejándolos a los tres por muertos. Uno de ellos, el último, pudo recobrase horas después, y presentado más tarde por Monseñor Pérez Serantes, ha referido la historia.

En la madrugada del día 28, junto al río Cauto, camino de Palma fueron ultimados los jóvenes Raúl de Aguiar, Andrés Valdés y otros, por el Teniente Jefe del Puesto de Alto Cedro, el sargento Montes de Oca y el cabo Maceo, que enterraron

a sus víctimas en un pozo situado a la orilla del río cerca de un lugar conocido por Bananea. Estos jóvenes habían logrado hacer contacto con amigos míos que los ayudaron; después se supo la suerte que corrieron.

Todos estos hechos se efectuaron siempre con conocimiento anticipado de la Jefatura del Regimiento

Es falso por completo que los cadáveres identificados hasta hoy —menos de la mitad del total— haya sido tarea del departamento de Dactiloscopia. En todos los casos procedieron siempre a tomarle el nombre y generales a las víctimas antes de matarlas y después iban revelando los nombres, poco a poco. La lista completa no la dijeron nunca. Mediante las huellas digitales identificaron solamente una parte de los que murieron en combate, con otra parte no lograron hacerlo. Los sufrimientos y la incertidumbre que han producido en los familiares con estos procedimientos, son indescriptibles.

Estos hechos y otros similares fueron denunciados por nosotros con todos los detalles en el juicio oral a presencia de los soldados que armados de ametralladoras y fusiles llenaban la sala del Plenum de la Audiencia en evidente actitud coercitiva. Ellos mismos se impresionaron ante el relato de las barbaridades que habían cometido.

A mí se me arrancó del juicio en la tercera Sesión violando todas las leyes del procedimiento, para evitar que como abogado aclarara los hechos mediante el interrogatorio como iba haciendo, temían mucho sobre todo que las preguntas a los testigos de cargo pusiesen en evidencia los horrendos crímenes, que ejecutados sin cumplir las más elementales apariencias saltaban a la vista; a pesar de todo no pudieron evitarlo y el juicio fue un escándalo, pues otros abogados se encargaron de ello.

Del testimonio deducido por las denuncias formuladas por nosotros se han radicado tres causas por asesinato y torturas: la 938, la 1073 y la 1083 de 1953, Juzgado de Instrucción del Norte de Santiago de Cuba, aparte de otras muchas de violación continuada de los derechos individuales. Todas absolutamente han sido ratificadas ya por nosotros en el Juzgado de instrucción de Nueva Gerona. Hemos acusado a Batista, Tabernilla, Ugalde Carrillo y Díaz Tamayo como autores de la orden de matar a los prisioneros, cosa que a ciencia cierta sabemos, y como ejecutores al Coronel Alberto del Río Chaviano y a todos los Oficiales, Clases y Soldados que más se destacaron en la orgía de sangre.

Salvo en el caso de Batista, según las leyes vigentes corresponde a los tribunales civiles juzgar a los autores de estos hechos y la Audiencia de Santiago de Cuba hasta ahora ha tenido en esto una actitud bastante firme. Sin duda de ninguna clase que el silencio en torno a este proceso, es el favor más grande que se les puede hacer

a los criminales y el incentivo más eficaz para que continúen matando sin freno de ninguna clase. No sueño desde luego ni en la más remota posibilidad de condena legal; no, eso es absurdo bajo un régimen en que los asesinos y torturadores pueden vivir libremente, vestir uniforme y representar a la autoridad mientras sufren prisión y cárcel los hombres honrados por el delito de defender la Constitución que el pueblo se dio, la libertad y el derecho. Para aquellos no hay, ni cárcel, ni sentencia, ni siquiera tribunales. ¿Podrán gozar, además, de absoluta impunidad moral cuando tantos han muerto generosamente por combatirlo, cuando tantos sufren la ignominia de la prisión?

Aquellos bravos que marcharon a la muerte con la sonrisa de la suprema felicidad en los labios, abrasados por la llama del deber; bien hicieron en morir porque no nacieron para resignarse a la vida hipócrita y miserable de estos tiempos, y murieron, en fin de cuentas, por eso, porque no pudieron adaptarse a la indigna y repugnante realidad.

De haber triunfado nuestro esfuerzo revolucionario, era nuestro propósito poner el poder en manos de los más fervientes idealistas.

El restablecimiento de la Constitución del 40 condicionada desde luego a la situación anormal, era el primer punto de nuestra proclama al pueblo. Una vez en posesión de la Capital de Oriente se iban a decretar en el acto seis leyes básicas de profundo contenido revolucionario que tendían a poner a los pequeños colonos, arrendatarios, aparceros, y precaristas en la posesión definitiva de la tierra, con indemnización del Estado a los perjudicados; consagración del derecho de los obreros a la participación de una parte de las utilidades finales de la empresa; participación de los colonos en el 55% del rendimiento de las cañas (estas medidas, como es natural, debían conciliarse con una política dinámica y enérgica por parte del Estado, interviniendo directamente en la creación de nuevas industrias, movilizandolas las grandes reservas de capital nacional, resquebrajando la resistencia organizada de poderosos intereses). Otra declaraba destituidos a todos los funcionarios judiciales y administrativos, municipales, provinciales o nacionales que hubieran traicionado la Constitución jurando los Estatutos. Por último, una ley que propugnaba la confiscación de todos los bienes de todos los malversadores de todas las épocas previo un proceso, sumarisimo de investigación.

El gobierno se ha encargado de hacer desaparecer todos estos documentos.

Nada pudo conocer el pueblo, porque adoptamos el criterio de no tomar las estaciones de radio hasta no tener asegurada la fortaleza para evitar cualquier masacre popular en caso de no tener éxito. El disco del último discurso de Chibás iba a estar constantemente en el aire, lo cual



Dos muchachas, nuestras heroicas compañeras Melba Hernández y Haydée Santamaría, fueron detenidas en el Hospital Civil, donde se encontraban en calidad de enfermeras de primeros auxilios. A la última, ya en el Cuartel al anochecer, un sargento llamado Eulalio González, apodado "El Tigre", con las manos ensangrentadas le mostró los ojos del hermano que acababan de arrancarle; más tarde le dieron la noticia de que habían matado a su novio, también prisionero. Llena de infinita indignación se les encaró a los asesinos y les dijo: "El no está muerto, porque morir por la patria es vivir".

daría fe instantánea de un estallido revolucionario completamente independiente de los personeros del pasado.

Nuestro triunfo habría significado un ascenso inmediato del patriotismo al poder, primero provisionalmente, y después, mediante elecciones generales. Tan cierto es esto en cuanto a nuestros propósitos que aún fracasando nuestro sacrificio ha significado un fortalecimiento de los verdaderos ideales de Chibás dado el nuevo curso de los acontecimientos.

Los pusilánimes dirán que no teníamos razón considerando "juris de juris" el argumento rastro del éxito o el fracaso. Este se debió a crueles detalles de última hora, tan simples que enloquece pensar en ellos. Las posibilidades de triunfo estaban en la medida de nuestros medios; de haber contado con ellos no me queda ninguna duda de haber luchado con un 90 por ciento de posibilidades.

Estas consideraciones traen a mi mente los viriles pensamientos que agitaron sus cerebros inquietos, aquel rebelarse indignado contra la mediocridad reinante y la grosera convivencia de los intereses creados siempre tan repugnantemente egoístas, aquel deseo de dar un ejemplo, de hacer algo grande por su patria. Cada día que pasa, justifica más la razón de su sacrificio.

Días atrás se conmemoró el 27 de noviembre. Todos los que escribieron y hablaron con relación al tema, volvieron sus palabras iracundas y fieras, tan pletóricas de epítetos altisonantes como de fingida indignación contra los voluntarios que fusilaron aquellos ocho estudiantes, sin embargo, no dijeron siquiera una sola sílaba para condenar el asesinato de setenta jóvenes, limpios como aquellos de pies a cabeza idealistas...

Inocentes..., y aún con su sangre caliente sobre el corazón de Cuba. Caiga sobre los hipócritas el anatema de la Historia. Los estudiantes del 71 no fueron torturados, se les sometió a un juicio aparente, fueron enterrados en lugares conocidos y los que tal horror cometieron se creían en posesión de un derecho de cuatro siglos, recibido de mano divina y consagrado por el tiempo, legítimo, inviolable, eterno. Según creencias abolidas ya por el hombre. NUEVE veces OCHO fueron los jóvenes que cayeron en Santiago de Cuba bajo la tortura y el plomo, sin juicio de ninguna especie, en nombre de una usurpación ilegítima y aborrecida de dieciséis meses, sin Dios y sin ley, violadora de las más nobles tradiciones cubanas y los más sagrados principios humanos, que después esparció los restos de sus víctimas por lugares desconocidos, en la República que nuestros libertadores fundaron para la dignidad



Treinta fueron asesinados la primera noche. La orden llegó a las tres de la tarde con el general Martín Díaz Tamayo quien dijo que "era una vergüenza para el ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes y que hacían falta diez muertos por cada soldado".

y el decoro del hombre, el mismísimo año del Centenario del Apóstol. ¿Cuál era el delito? Cumplir sus prédicas: "Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres; esos son los que se rebelan con fuerza contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarle a los hombres su decoro." ¿Cuál el interés lesionado? La ambición desmedida de un grupo de Caínes que explotan y esclavizan nuestro pueblo en provecho exclusivo de su egoísmo personal.

Si el odio que inspiró la matanza del 27 de noviembre "nacía babeante del vientre del hombre", según expresión de Martí, ¿qué entrañas engendraron la masacre del 26, 27, 28 y 29 de Julio? Mas, no sé de ningún oficial del Ejército cubano que haya quebrado su espada renunciando al uniforme; la única honra de ese ejército consistía en "matar diez jóvenes por cada soldado muerto en combate", esa fue la que quiso para él su Estado Mayor.

No debieron haber caído jamás teorías estériles e inoportunas sobre putch o revolución, cuando era hora de denunciar los crímenes monstruosos que había cometido el Gobierno, asesinando más cubanos en cuatro días que en once años anteriores. Además, ¿quiénes han dado en Cuba prueba de mayor fe en las masas del pueblo, en su amor a la Libertad, en su repudio a la Dictadura en desesperada miseria, y en su conciencia madura? ¿Hubiera podido llamarse putch a los intentos del pueblo de levantar el Regimiento Maceo la mañana del 10 de marzo, aun cuando ya, todos los demás mandos se habían entregado? ¿Habrá menos conciencia hoy de libertad que la que había la madrugada del 10 de Octubre de 1868? Lo que se mide en la hora de empeñar el combate por la libertad no es el número de las armas enemigas, sino el número de virtudes en el pueblo. Si en Santiago de Cuba cayeron cien jóvenes valerosos, ello no significa sino que hay en nuestra patria CIEN MIL jóvenes dispuestos también a caer. Búsqueselos y se les encontrará, oriénteseles y marcharán adelante por duro que sea el camino; las masas están listas, sólo necesitan que se les señale la ruta verdadera.

Denunciar los crímenes, he ahí un deber; he ahí un arma terrible, he ahí un paso al frente formidable y revolucionario. Las causas correspondientes están ya radicadas, las acusaciones ratificadas todas. Pídase el castigo de los asesinos. Exijase su encarcelamiento. Nómbrase, si es necesario un acusador privado. Impídase por todos los medios que pasen arbitrariamente a la Jurisdicción Militar. Antecedentes recientísimos favorecen esa campaña. La simple publicación de lo denunciado será de tremendas consecuencias para el gobierno.

Repito; que no hace esto es una mancha imborrable.

Espero que un día en la patria libre se recorran los campos de la indómita Oriente, recogiendo los

huesos heroicos de nuestros compañeros, para juntarlos todos en una gran tumba, junto a la del Apóstol, como mártires que son del Centenario y cuyo epitafio sea un pensamiento de Martí: "Ningún mártir muere en vano, ni ninguna idea se pierde en el ondular y en el revolverse de los vientos. La alejan o la acercan pero siempre queda la memoria de haberlo visto pasar."

Veintisiete cubanos, todavía tenemos fuerzas para morir y puños para pelear.

¡Adelante a conquistar la libertad!

FIDEL CASTRO RUZ

Víctimas de la barbarie

Dr. Mario Muñoz Monroy
 Manuel Cala Reyes, conocido por *niño Cala*
 Alfredo Corcho García
 José de Jesús Julio Madera Fernández
 Eduardo Ambrosio Hernández (a) *Chano*
 Oscar Alberto Ortega
 Reemberto Adab Alemán Rodríguez
 Abel B. Santamaría Cuadrado
 Fernando Chenard Piña
 Jacinto García Espinosa
 Juan Manuel Ameijeiras Delgado
 Rubén Cardero Sánchez
 Carmelo Noa Gil
 Flores Betancourt Rodríguez
 José Antonio Labrador Díaz
 Reinaldo Boris Luis Santa Coloma
 Julio Trigo López
 José Francisco Costa Velázquez
 Guillermo Granado Lara
 José Luis Tasende de las Muñecas
 Ramón Ricardo Méndez Cabezón
 Rigoberto Corcho López
 Raúl Gómez García
 Antonio Betancourt Flores
 Ismael Ricondo Fernández
 Félix Rivero Vasallo
 Emilio Hernández Cruz
 Roberto Medero Rodríguez
 Elpidio Casimiro Sosa González
 Francisco Viera Milián
 Rolando San Román de las Llamas
 Andrés Valdés Fuentes
 Pablo Cartas Rodríguez
 Armando Valle López
 Raúl de Aguiar Fernández
 Rafael Frevre Torres
 Mario Martínez Arara
 Hugo Camejo Valdés
 Gregorio Medina
 Víctor Escalona Benítez
 José Testa Zaragoza
 Luciano González Camejo
 René Renato Guitar Rosell.

Fallecidos no identificados

Hubo 19 cadáveres, todos de hombres jóvenes que no se pudieron identificar por el estado avanzado de descomposición en que se encontraban, pues aunque todos estaban a menos de media hora de viaje en automóvil de la ciudad de Santiago de Cuba, el Ejército no participó estas defunciones hasta varios días después de haberlas ejecutado.

Resumen

Muertos en el combate	8
Prisioneros muertos en el día del combate después de retenidos en el Cuartel Moncada	25
Prisioneros que se escondieron en la ciudad y se presentaron dentro de la semana de los hechos al ejército, y que fueron muertos en el Cuartel y sus cadáveres sacados y tirados fuera de la ciudad	10
Prisioneros que se presentaron al Ejército en los montes cercanos a la ciudad, y que fueron muertos después de rendidos.....	19

TOTAL DE MUERTOS..... 62

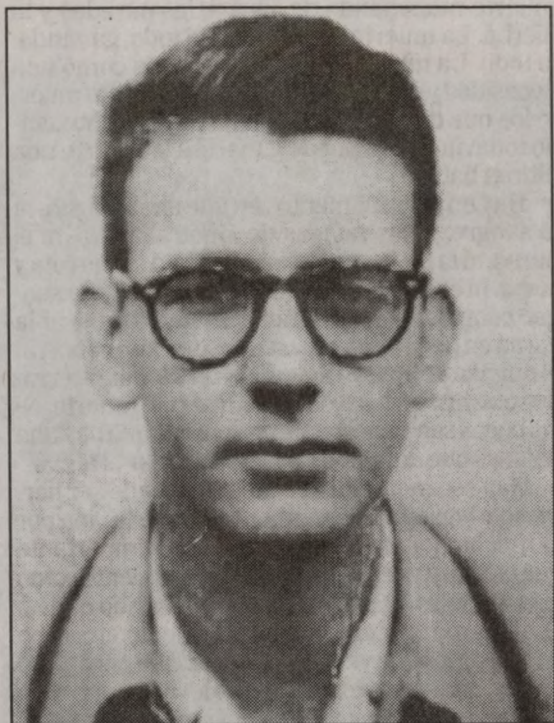
Excepto los ocho muertos en acción todos los cadáveres presentaban signos de torturas horribles y mutilaciones fantásticas, que no realizaron ni los chinos ni norcoreanos con sus prisioneros; aquí en Santiago de Cuba todos fueron muertos excepto los que se salvaron por la intervención del Arzobispo Pérez Serantes, que fueron 32.

Ante estos horrores, el caso de Corea es un juego de niños. Y mientras tanto el Gobierno de Eisenhower sigue vendiendo armas y protegiendo al Gobierno de la Tiranía Cubana.

Harían bien los que tanto gritaron en el mundo Internacional por lo que titulaban los horrores y la crueldad más grandes del mundo de echar un vistazo a nuestra querida y sufrida Cuba que ha tenido que contemplar horrores aún mayores, con la agravante baja y rastrera de que han sido hechas a hermanos de patria, profanando el suelo sagrado que es Oriente por estar regado por tanta sangre de mambí y por conmemorar el Centenario del gran Campeón de la Libertad y el amor de hermanos y con cuyo nombre quisiera terminar estas páginas como firma, como súplica, como ruego, como esperanza y como himno de combate...

JOSÉ MARTÍ.





Mirando a Abel pensaba en la última vez que estuvimos en el central a despedirnos de los viejos y la familia.



Estábamos en la casa de Siboney. A Renato de le ocurrió hacer un chilindrón de pollo.

—A lo mejor es en la carretera donde quedamos.

—No seas trágica —me dijo Aida, y nos fuimos.

Cuando estuvo hecho el “chilindrón” de Renato, Abel no quiso comer. Iba a Santiago a acompañar a un viejo matrimonio que vivía frente a la casa de Siboney. Tal vez sea el último carnaval que vean, pensé.

Melba estaba a mi lado, hacía siete meses que no nos habíamos separado ni un solo día.

Pensaba en casa, en Melba que estaba a mi lado, en los muchachos. A esa hora no se me hubiera ocurrido pensar en la muerte, pero había dos cosas que me punzaban con dolor. Si todo se acaba, que quede Fidel, por él se hará la Revolución y nuestras vidas y nuestros hechos tendrán una significación; la otra se me reveló mucho después, con una terrible angustia, cuando nuestros muertos quedaron entre la sangre y la tierra y ya supimos que no los volveríamos a ver; temí que me separaran de Melba. Recuerdo a Melba tratando de protegernos; yo tratando de protegerla a ella y unos a los otros tratando de protegernos. Cualquier cosa se hace, cualquier cosa cuando otras vidas están en nuestras manos. Cualquier cosa bajo las balas, bajo las ráfagas de ametralladoras, entre los gritos de dolor de los que caían heridos, entre las últimas quejas de los que morían. Cualquier cosa es poco y mucho, y nadie sabe cómo un hecho de esta naturaleza va a desarrollarse. Nadie sabe lo que va a hacerse en los minutos que siguen. Hay cosas que si se saben, como todo lo que se ama. Fui al Moncada con las personas que más amaba. Allí estaban Abel y Boris y estaba Melba y estaba Fidel y Renato y Elpidio y el poeta Raúl, Mario y Chenard y los demás muchachos y estaba Cuba y en

juego la dignidad de nuestro pueblo ofendida y la libertad ultrajada, y la Revolución que le devolvería al pueblo su destino.

Los muchachos llegaban con hambre. La media noche nos encontró conversando, riéndonos, se hacían y decían bromas a todos. Servíamos café y un poco de lo poco que había quedado de la comida, de la comida que Abel no comió. Volvíamos a los cuentos, a la anécdota de mi llegada a Santiago con dos maletas llenas de armas, de tal modo pesadas, que un soldado que las movió al pasar junto a mí en el coche del tren, me preguntó si llevaba dinamita. —Libros —le dije—. Acabo de graduarme y voy a ejercer a Santiago. Aprovecharé el carnaval para divertirme un poco después de los estudios. Usted sería un buen compañero para divertirme en el carnaval. El soldado sonrió amistoso y me dijo dónde debíamos encontrarnos. Bajó conmigo al andén, llevando mi maleta. Abel y Renato estaban esperándome en la Terminal. Yo me acerqué para decirles: “Esa es la maleta” y agregué: “es un compañero de viaje”. Y al soldado. “Son dos amigos que vienen a esperarme”. El soldado entregó la maleta y partimos.

Uno de los muchachos le hacía chistes a Boris.

—Ten cuidado con Yeyé que tiene una cita con un soldado de la dictadura —y todos nos reíamos.

Después llegó Fidel, y unos solos y otros en grupos, llegaron todos.

Después salimos.

Luego estábamos en la máquina, Melba, Gómez García, Mario Muñoz y yo. Después y durante todo el viaje al Moncada pensaba en casa, pensaba en la mañana que vendría: ¿qué pasaría?, ¿qué dirían en casa?, ¿cómo sería el día que comenzaba?

Bohemia



Después de nueve años Haydée y Melba evocan las horas dramáticas de aquel 26 de julio.

Después llegamos.

Después fueron los primeros segundos y los primeros minutos y luego fueron las horas. Las peores, más sangrientas, más crueles, más violentas horas de nuestras vidas. Fueron las horas en que todo puede ser heroico y valiente y sagrado. La vida y la muerte pueden ser nobles y hermosas y hay que defender la vida o entregarla absolutamente.

Estos son los hechos que Melba recordaba con precisión.

Los que yo inútilmente he tratado de olvidar. Los que yo envueltos en una nebulosa de sangre y humo recuerdo. Los que compartí con Melba. Los que Fidel narra en *La Historia me absolverá*. La muerte de Boris y de Abel. La muerte segando a los muchachos que tanto amábamos. La

La muerte
cegando
a los muchachos
que tanto
amábamos.
La muerte
manchando
de sangre
las paredes
y la hierba.



muerte manchando de sangre las paredes y la hierba. La muerte gobernándolo todo, ganándolo todo. La muerte imponiéndose como una necesidad y el miedo a morir sin que hayan muerto los que deben morir, y el miedo a morir cuando todavía la vida puede ganarle a la muerte una última batalla.

Hay en esos momentos en que nada asusta, ni la sangre, ni las ráfagas de ametralladora, ni el humo, ni la peste a carne quemada, a carne rota y sucia, ni el olor a sangre caliente, ni el olor a sangre coagulada, ni la sangre en las manos, ni la carne en pedazos deshaciéndose en las manos, ni el quejido del que va a morir. Ni el silencio aterrador que hay en los ojos de los que han muerto. Ni las bocas semiabiertas donde parece que hay una palabra que de ser dicha nos va a helar el alma.

Hay ese momento en que todo puede ser hermoso y heroico. Ese momento en que la vida por lo mucho que importa y por lo muy importante que es reta y vence a la muerte. Y una siente cómo las manos se agarran a un cuerpo herido que no es el cuerpo que amamos, que puede ser el cuerpo de uno de los que veníamos a combatir, pero es un cuerpo que se desangra, y una lo levanta y lo arrastra entre las balas y entre los gritos y entre el humo y la sangre. Y en ese momento una puede arriesgarlo todo por conservar lo que de verdad importa, que es la pasión que nos trajo al Moncada, y que tiene sus nombres, que tiene su mirada, que tiene sus manos acogedoras y fuertes, que tiene su verdad en las palabras y que puede llamarse Abel, Renato, Boris, Mario o tener cualquier otro nombre, pero siempre en ese momento y en los que van a seguir puede llamarse Cuba.

Y hay ese otro momento en que ni la tortura, ni la humillación, ni la amenaza pueden contra esa pasión que nos trajo al Moncada.

El hombre se nos acercó. Sentimos una nueva ráfaga de ametralladora. Corrí a la ventana. Melba corrió detrás de mí. Sentí las manos de Melba sobre mis hombros. Vi al hombre que se me acercaba y oí una voz que decía: "han matado a tu hermano". Sentí las manos de Melba. Sentí de nuevo el ruido del plomo acribillando mi memoria. Sentí que decía sin reconocer mi propia voz: "¿Ha sido Abel?". El hombre no respondió. Melba se me acercó. Toda Melba eran aquellas manos que me acampanaban. "¿Qué hora es?" Melba respondió: "Son las nueve".

Estos son los hechos que están fijos en mi memoria. No recuerdo ninguna otra cosa con exactitud, pero desde aquel momento ya no pensé en nadie más, entonces pensaba en Fidel. Pensábamos en Fidel. En Fidel que no podía morir. En Fidel que tenía que estar vivo para hacer la Revolución. En la vida de Fidel que era la vida de todos nosotros. Si Fidel estaba vivo, Abel y Boris y Renato y los demás no habían muerto, estarían vivos en Fidel que iba a hacer la Revolución Cubana y que iba a devolverle al pueblo de Cuba su destino.

Lo demás era una nebulosa de sangre y humo, lo demás estaba ganado por la muerte. Fidel ganaría la última batalla, ganaría la Revolución.



FRAGMENTOS DE UN DIARIO ESCRITO EN EL PR

“DURANTE AQUEL A DEL 26 DE JULIO SE INICIO EL FIN DEL CAPITALISMO EN CUBA”

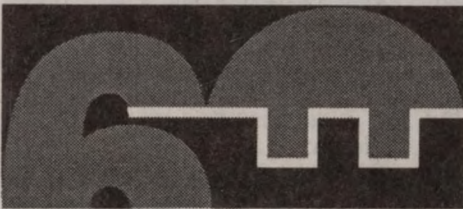
Comandante
RAUL CASTRO

Santiago de Cuba, 18 de julio de 1963.
Sr. Enrique de la Osa,
Director de BOHEMIA.
Estimado amigo,
MÁS que un saludo al pueblo de Cuba

compañeros de galera. Había salido muy temprano y cuando regresé al apartamento y encontréme con dolor de cabeza y sólo con el suéter bajó a la calle y regresé con un pago de cincuenta libras. Como en que lo busque "para hacer que estuviera asegurado", él se volvió a ir sobre la calle y a las cosas que él me

Un homenaje inapreciable a la gloriosa fecha del 26 de Julio es el de esta carta en que el

Edición del 26 de julio de 1963.



VICTORIA DE LAS IDEAS

Fragmentos de un diario escrito en el presidio

“Durante aquel amanecer del 26 de Julio se inició el fin del capitalismo en Cuba”

Por RAÚL CASTRO

Santiago de Cuba, 18 de julio de 1963
Sr. Enrique de la Osa, Director de BOHEMIA
Estimado amigo:

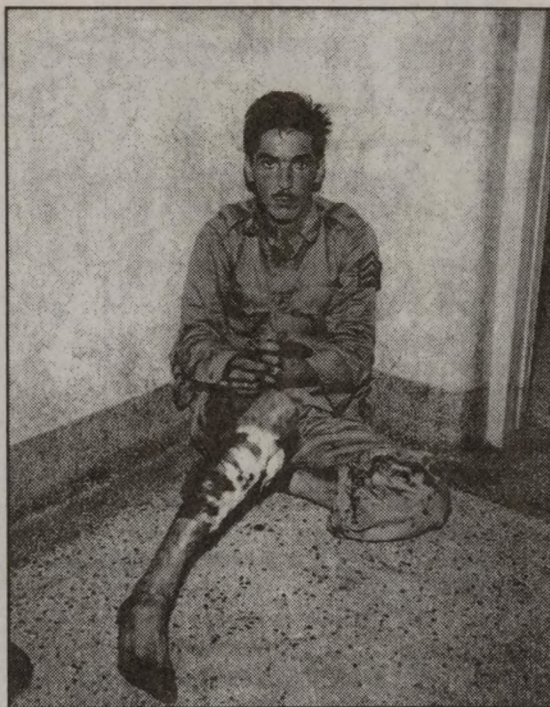
MÁS que un saludo al pueblo de Cuba a través de la revista que diriges, por lucirme demasiado formal, a última hora he decidido que mejor sería, con motivo de este décimo aniversario del ataque a los cuarteles del Moncada y de Bayamo, enviarte la copia textual de un viejo diario que encontré entre mis papeles en estos días precisamente que estamos recogiendo todo lo que pueda ser de interés para crear de una vez el Museo de la Revolución. Dicho diario fue escrito en el presidio de Isla de Pinos y la parte que inmediatamente transcribiré se refiere a los días 24, 25 y 26 de julio de 1954, o sea, un año después de los acontecimientos que hoy conmemoramos y como verás se refería exclusivamente a lo que hice durante esos tres días precisamente un año atrás, en 1953.

El relato en cuestión es como sigue:

“Presidio de Isla de Pinos, Sábado 24 de julio de 1954.



“El compañero Tasende abandonó mi cuarto después de algunas instrucciones...”.
 (En la foto, Tasende, después del combate presenta varias heridas. Más tarde sería asesinado vilmente).



...Retorno al mismo día de 1953... En compañía de Pedro Miret y Abelardo Crespo fui anoche a una fiesta familiar y por motivo de unos jaiboles que tomé, ahora me dolía mucho la cabeza y me quedé acostado hasta la media mañana; era un viernes. Miret, que entonces era mi compañero de cuarto en la esquina de Neptuno y Aramburu y ahora también con Crespo somos compañeros de galera, había salido muy temprano y cuando regresó al mediodía y encontrarme con dolor de cabeza y aún en el cuarto bajó a la calle y regresó con un jugo de manzana insistiéndome en que lo tomara “pues tenía que curarme enseguida”, él se volvió a ir para la calle y a los pocos minutos yo vomité el jugo. No obstante, sus palabras, así como la seriedad de su rostro me hicieron pensar que algo raro pasaba. Al poco rato recibí una llamada telefónica de José Luis Tasende, diciéndome que me mantuviera en la casa y esperara otra llamada de él o que tal vez pasaría a verme. Ya no me quedaba lugar a dudas: la “hora cero”, como solíamos decir, se acerca rápidamente. A media tarde recibo la anunciada visita del compañero Tasende, quien se presentó con una visita relámpago idéntica a la de Miret, abandonando mi cuarto un instante después de darme algunas instrucciones y también a entender que muy pronto tendríamos que actuar, sin más datos de ninguna clase. De acuerdo con esta conversación salí a la calle y en una peletería perteneciente a unos polacos en Belascoaín, compré un par de zapatos amarillos. Vuelvo a la casa y me acuesto para esperar, ya que seguía sintiéndome mal. A las ocho de la noche recibo la última llamada telefónica de Tasende, señalándome que me reuniera con él en el punto “L”

(casa de Léster Rodríguez, cerca de la Universidad), dirigiéndome inmediatamente al punto indicado, donde con Tasende recogí el último cargamento de armas, dirigiéndonos a la estación de ferrocarril, tomando el tren central rumbo a Oriente. Miret, Crespo y Léster se habían ido por otra vía. En la estación de ferrocarril nos reunimos con dieciséis compañeros más, todos subordinados al compañero Tasende.

Domingo 25 de Julio de 1954

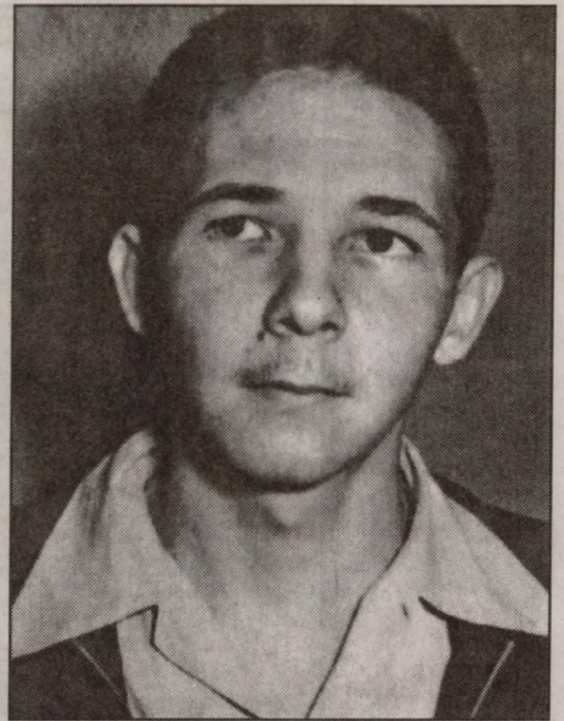
...1953. Nada dormimos en el viaje, el alba de aquel sábado caluroso se presentaba con esa tranquilidad que precede a los grandes acontecimientos. (En realidad era un amanecer como otro cualquiera, pero a mí se me ocurrió pensar que ese era diferente.)

En el coche comedor, donde los componentes del grupo íbamos a almorzar individualmente como si no nos conociéramos, con la excepción de Tasende y yo que llegamos juntos a tomar el tren y por lo tanto, fuimos a comer algo también juntos, allí él me informó del objetivo...

...Se me paraliza el estómago y desaparece el apetito, yo conocía la magnitud y fortaleza de ese objetivo por haber estudiado en Santiago de Cuba durante varios años, Tasende riéndose me decía: “come, Raulillo, que mañana no vas a tener tiempo”, yo seguía tomando solamente pequeños sorbos de cerveza. Ya el tren avanzaba por la provincia de Oriente y después de pasar por Cacocún y un tramo antes de llegar al entronque de Alto Cedro, mirando hacia la izquierda divisé el central “Marcané”, un poco más a la derecha de este punto, se veían las faldas de las montañas donde empieza la Sierra de Nipe, allí estaban mis padres, en el mismo lugar donde habían nacido todos sus hijos. Con la vista fija y el pensamiento recordando los años de la niñez por esos puntos, estuve con la cabeza fuera de la ventanilla hasta que ondulaciones del terreno los hicieron desaparecer de mi vista. En Alto Cedro, durante la breve parada del tren, tuve que cubrirme bien la cara con un pañuelo y fingir que dormía para evitar ser visto por alguna de las muchas personas que por allí conozco. Durante el viaje todo lo miraba con esa avidez que despierta el sentimiento de la última vez. Me agradaba infinitamente volver a ver esos lugares conocidos por mí, y sobre todo, saber que el teatro de los acontecimientos sería Oriente, mi tierra natal. A media tarde llegó el tren a Santiago de Cuba, en la estación esperaban Abel Santamaría y Renato Guitart, los que nos indicaron que atravesáramos la calle que teníamos por delante y fuéramos a hospedarnos al Hotel “Perla de Cuba”, que estaba frente a la estación del ferrocarril donde tenían separadas habitaciones para nosotros. Allí nos repartimos en unos cuartuchos del primer piso, y mientras unos esperaban con paciencia su turno



Fidel a la salida del presidio de Isla de Pinos.



Raúl al salir de la prisión.

para asearse un poco, aprovechando el único lavabo que había en el piso, otros nos echábamos en las camas para descansar un rato. Alrededor de las siete de la noche, fuimos para el restaurante del hotel, donde el diligente Abel Santamaría había ordenado preparar un succulento arroz con pollo, allí, entre tragos, risas y música, celebraban los carnavales algunos santiagueros. Con sus abigarrados disfraces algunos grupos se veían pasar a lo largo de la calle en forma de pequeñas comparsas, a veces entraban al restaurante donde comíamos, tomaban algo y seguían la fiesta.

Sentados en diferentes mesas comían los compañeros, cuyos rostros estaban alegres, serenos y decididos, se necesitaba ser muy observador para poder ver en los ojos la tensión del momento, y adivino para descubrir que esa alegría era ajena completamente a las fiestas carnavalescas. Para hacer más normales las apariencias, Tasende a pequeños intervalos depositaba algunas monedas en el tocadiscos, piezas que no llegamos a oír porque eran muchas las que otros habían seleccionado con anterioridad y apenas terminó la comida nos íbamos marchando a nuestras habitaciones a esperar que nos fueran a recoger.

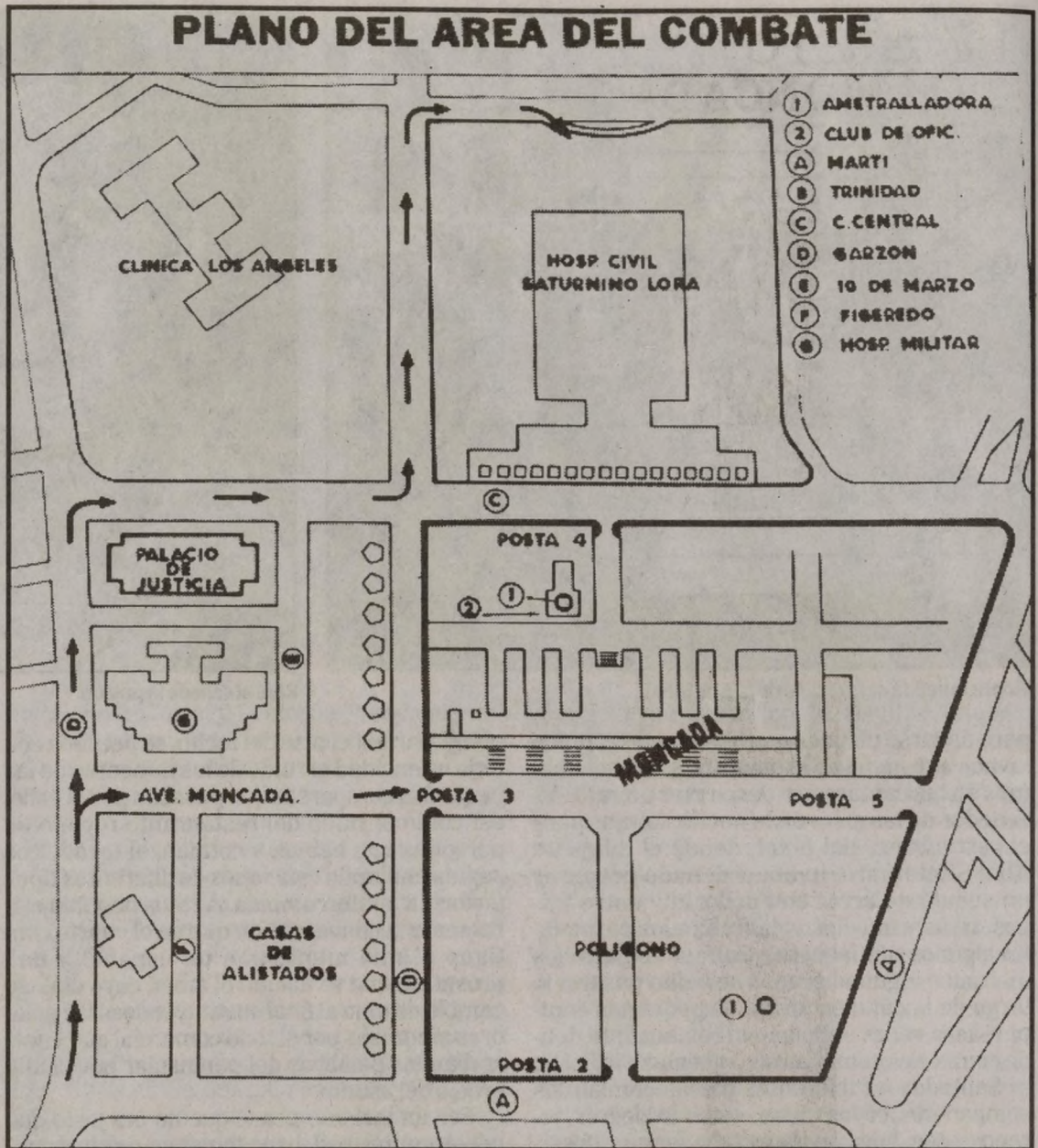
Cada pequeño cuarto solo tenía una cama y en la que a mí me tocó me recosté con ropa y zapatos y con ambas manos detrás de la cabeza, los ojos fijos en el alto techo del viejo hotel y la cabeza llena de pensamientos esperaba que transcurrieran los minutos más lentos de mi vida. Como las paredes que separaban los cuartos entre sí solo llegaban a la mitad del espacio

que separaba el piso del techo, se percibía con toda intensidad el ruido de los tambores de las pequeñas comparsas que pasaban por la calle, así como el ruido del restaurante repleto de personas que bebían y comían, el tocadiscos seguía chillando canciones de diferentes tipos en forma ininterrumpida. A ratos percibía claramente la conversación que en el cuarto contiguo al mío mantenían un español y una prostituta que se hacían el amor, cuyo diálogo cambió de tono al final sustituyéndose las palabras amorosas por el tono comercial que encerraban las palabras del peninsular por el alto precio del asunto.

Por un instante pensé que no era justo que mientras unos bailaban y tomaban, o se hacían el amor, todos divirtiéndose a su manera, nosotros estuviéramos allí esperando ser llamados de un momento a otro para una acción inminente, ¿para cuántos de los compañeros que hace un momento estábamos sentados en el restaurante sería la última comida? De los 18 que formábamos ese grupo, al frente de los cuales venía el compañero Tasende, creo que solo tres regresamos con vida.

A medida que pasaban las primeras horas de la noche seguía desarrollándose con creciente intensidad el carnaval santiaguero. Con ritmo frenético sonaban los cueros de los tambores, cuando próxima ya la medianoche, se apareció un compañero enlace de nuestro improvisado Cuartel General, situado en la carretera entre Santiago y Siboney; Fidel nos mandaba a buscar. Minutos después nos encontramos con él y el resto de los compañeros, estaba tocando a su fin el sábado 25 de julio y dentro de pocos minutos

PLANO DEL AREA DEL COMBATE



Plano del area de combate.

comenzaría un nuevo día, el domingo 26 de julio de 1953.” (Escrito en 1954.)

El resto de la historia ya todos la conocemos, breves horas después dejaron de hablar los tambores al ser silenciados por el idioma de los primeros disparos con los que se iniciaba una nueva etapa en el proceso de luchas de nuestro pueblo. Dejó de correr la bebida para dar paso a la sangre, inquieta de los primeros jóvenes que caían frente a los muros imponentes del Moncada. Con aquella primera sangre vertida, se dejaría iniciado el método correcto y fundamental de lucha de nuestro pueblo para destruir el andamiaje, en forma definitiva, del sistema económico-político y social existente en nuestro país.

¡Qué lejos estábamos todos de imaginarnos, en aquellos instantes, que durante ese amanecer del 26 de Julio, se había iniciado el comienzo del fin del capitalismo en Cuba!

Eso es todo, y desde Santiago de Cuba, ciudad heroica que supo recibir en su tierra caliente los despojos mortales de los primeros héroes, para convertirse en uno de los baluartes más firmes y cuna de la Revolución, recibe tú, así como los demás compañeros que laboran en la revista **BOHEMIA**, un fuerte abrazo de

PATRIA O MUERTE
¡VENCEREMOS!
RAÚL CASTRO RUZ

EL GRITO DEL MONCADA

(SEGUNDA PARTE)

Por MARIO MENCÍA
Fotos de archivo

EL AÑO DEL DESPERTAR

El 13 de enero de 1953 con la crisis definitiva entre la dirigencia ortodoxa y la fracción revolucionaria se escindió el partido ortodoxo. El martes 13 de enero se escindió su consejo director nacional cuando se intentó discutir la línea de no pacto con otros partidos políticos. A partir de ese momento, el partido quedó dividido en tres fracciones irreconciliables, tras una tumultuosa asamblea que terminó a golpes. El incidente promovió aún más el descontento de los jóvenes revolucionarios ortodoxos. Allí, y polarizando ese sentimiento, se alzó entre ellos la voz de Fidel: "Vámonos de aquí. Con estos políticos no se puede contar para hacer la revolución".



El 13 de enero de 1953 los revolucionarios atacaron la sede del partido ortodoxo en la plaza de la Moncada. A la izquierda se ve el busto de Julio Antonio Mella, que había sido develado solo cinco días antes en la explanada frente a la escalinata.



En la plaza de la Moncada se celebró una asamblea que terminó a golpes. El incidente promovió aún más el descontento de los jóvenes revolucionarios ortodoxos. Allí, y polarizando ese sentimiento, se alzó entre ellos la voz de Fidel: "Vámonos de aquí. Con estos políticos no se puede contar para hacer la revolución".

En la mañana del 27 de enero del '53, cientos de estudiantes y trabajadores con pancartas marcharon desde la universidad hasta la Plaza Marti.



Edición del 27 de julio de 1984.



VICTORIA DE LAS IDEAS

El grito del Moncada

Por MARIO MENCÍA



Fidel, jefe del Movimiento, dirigió el comando que atacó la posta 3 del Moncada.

ABRÍA el año 1953 con la crisis definitiva entre la dirigencia del partido ortodoxo. El martes 13 de enero se escindió su consejo director nacional cuando se intentó discutir la línea de no pacto con otros partidos políticos. A partir de ese momento, el partido quedó dividido en tres fracciones irreconciliables, tras una tumultuosa asamblea que terminó a golpes. El incidente promovió aún más el descontento de los jóvenes revolucionarios ortodoxos. Allí, y polarizando ese sentimiento, se alzó entre ellos la voz de Fidel: "Vámonos de aquí. Con estos políticos no se puede contar para hacer la revolución".

El interés público se desplazaba rápidamente, sin embargo, hacia la Universidad de La Habana. El 15 de enero amanecía manchado el busto de Julio Antonio Mella, que había sido develado solo cinco días antes en la explanada frente a la escalinata.

Los estudiantes se lanzaron esa misma mañana en oleadas de protesta hacia la calle. En L y 23 chocaron con la policía, que utilizó sus armas de fuego, lo que dejó un saldo de media docena de heridos. Al mediodía, los alrededores semejan un campo de batalla, llenas las calles de piedras, escombros, tanques de chapapote y tapas de alcantarillas echadas a rodar, así como cables extendidos de acera a acera para impedir el paso de las fuerzas represivas.

A las cuatro de la tarde una gigantesca masa estudiantil arrancó a caminar por la calle San



El 10 de enero de 1953 los estudiantes develaban un busto de Julio Antonio Mella en la plazoleta frente a la Universidad. El día 15 aparecía ultrajado.

Lázaro rumbo al monumento a los estudiantes de medicina en Malecón y Prado, cerca del palacio presidencial. Al llegar a Infanta arrolló a los policías que intentaron cerrarle el paso y rompieron también el cordón policiaco en San Lázaro y Belascoaín, en tanto se le sumaban centenares de personas del pueblo. Miles de voces, acompañadamente, pedían la cabeza de Batista, mientras la compacta multitud avanzaba con paso firme.

En San Lázaro y Prado carros patrulleros y carros de los bomberos junto a centenares de policías y marineros taponearon el paso. La gigantesca manifestación se aproximaba sin temor, cantando el Himno Nacional. El choque se produjo con inusitada violencia. Contra los palos, porras y fuertes chorros de agua los manifestantes oponían sus puños y una lluvia de piedras. Cuando empezaba a ceder la resistencia represiva se dio la orden de disparar. Las balas hacían saltar pedazos de las paredes y pronto comenzaron a caer personas heridas. Después de varios minutos de combate cuerpo a cuerpo la manifestación quedó disuelta. Decenas de jóvenes fueron a parar a los hospitales y estaciones de policía. Al hospital Calixto fue llevado el más grave de los heridos, el estudiante Rubén Batista.

El 16 de enero, mientras se efectuaba un acto de desagravio ante el busto de Mella, los estudian-

tes se declaraban en huelga y el Consejo Universitario suspendía las actividades docentes hasta al 2 de febrero y prohibía el acceso a la Universidad de toda persona que no fuera profesor o estudiante. Esta última medida constituía un boicot a los actos que organizaba la FEU para la conmemoración del Centenario del Natalicio de Martí, el 28 de enero.

Los festejos oficiales de la tiranía comenzaron el 25 de enero, con gran fastuosidad pero carentes de pueblo. El gobierno invitó a varias personalidades extranjeras, por lo que durante esos días se vio obligado a suprimir las acciones represivas.

Desde el sábado 24 de enero, acogida a la protección todavía respetada de la autonomía, la FEU había comenzado a reunirse con representantes de la segunda enseñanza, de las secciones juveniles de los partidos de oposición y las mujeres martianas para concretar las actividades de recordación.

De las numerosas sugerencias debatidas, surgieron varios acuerdos: representación de obras de Martí en el teatro universitario; inauguración de un rincón martiano en la universidad; firma en la escalinata del Libro de Oro del Centenario; impresión y distribución de folletos con pensamientos de Martí; desfile con antorchas hasta la Fragua Martiana la noche del 27 de enero; manifestación hasta el monumento en el Parque Central, el miércoles 28 a las dos de la tarde. Se invitó al pueblo a participar en todas estas actividades.

Convocado también por la FEU se efectuaba en el local sindical de los yesistas el Congreso Martiano en Defensa de los Derechos de la Juventud. Con la participación de más de 200 delegados de todo el país, el congreso sesionó los días 26 y 27 de enero como un verdadero tribunal de conciencia contra el régimen.

Durante la noche del 27 de enero, en tanto frente al Capitolio se desarrollaba el acto oficial patrocinado por el régimen, filas de estudiantes y gentes del pueblo arribaban ininterrumpidamente al área universitaria hasta integrar una enorme masa bulliciosa. La Plaza Cadenas y la monumental escalinata quedaron abarrotadas. Una visión a distancia descubría la fantástica perspectiva de miles de serpenteantes lenguetas de fuego que comenzaron a deslizarse hacia Infanta y San Lázaro a las 11:30 de la noche. Cada uno de los manifestantes llevaba una antorcha en alto.

Varios carros con equipos de los noticieros cinematográficos y de la televisión se adelantaban tomando escenas del desfile que estaba encabezado por una gigantesca bandera sostenida por muchachas universitarias y de la enseñanza media. Detrás, el ejecutivo en pleno de la FEU.

El río de llamas bajaba por San Lázaro hasta la calle Espada. Sobre la marcha se sumó el contingente que acababa de clausurar el congreso juvenil martiano. Las mujeres martianas aportaban otro nutrido bloque.

Mas, la sensación de la noche fue una columna como de 500 jóvenes, perfectamente formados, que iban detrás de Fidel. Se veía que estaban bien entrenados por la demostración de disciplina y cohesión que dieron. Cuando se empezó a corear los gritos de "¡Revolución! ¡Revolución!" resaltaban las voces de estos jóvenes. Era un torrente atronador que hizo más espectacular la nutrida manifestación.

En contrario a lo previsto, ningún choque se produjo con las fuerzas represivas. No hubo policías a lo largo del recorrido. Ante sus invitados y con la prensa internacional focalizada en la conmemoración, el régimen asumió una fachada de paz y respeto a los derechos democráticos.

De ahí que el desfile también multitudinario que al siguiente día marchó desde la Universidad hasta la estatua de Martí, en el Parque Central de La Habana, tampoco fuera interceptado. Fue otra oportunidad para que los jóvenes dirigidos por Fidel dieran una nueva demostración de su organización y adiestramiento.

Después de tres intervenciones quirúrgicas durante los 29 días que duró su agonía, el 13 de febrero fallecía Rubén Batista. El consejo universitario suspendió las actividades docentes por cuatro días. Una medida similar era adoptada en todos los institutos de segunda enseñanza. El cadáver fue tendido en el Aula Magna de la universidad, por donde desfilaron miles de personas durante la tarde y la noche hasta el siguiente día, en que más de 30 mil personas integraron al cortejo fúnebre hasta el cementerio de Colón.

Numerosos disturbios se produjeron a lo largo de la calle 23 después del entierro, por los que se radicó causa judicial contra Fidel. Similares altercados ocurrieron en los institutos y otros cen-

tros de enseñanza de La Habana, Marianao, Sagua la Grande, Camagüey, Guantánamo y Santiago de Cuba.

Los desórdenes se repitieron nuevamente a lo largo del país el 10 de marzo de 1953, mientras en todos los cuarteles y campamentos militares se festejaba el primer aniversario del golpe.

El ciclo se cerraría el domingo 5 de abril con el frustrado plan del MNR para la toma de Columbia. Ese día, a media mañana resultaban apresados en el apartamento de Eva Jiménez en el reparto Almendares, Marianao, Rafael García Bárcena y diez jóvenes de su organización, que aguardaban allí para marchar tres horas después hacia Columbia, al igual que centenares de personas que se agrupaban en otros muchos lugares:

En el plan estaba presupuesto que un grupo de oficiales del ejército neutralizara la guarnición y mandos del campamento, y a la 1:55 permitiera el paso por la posta 13 de los civiles comprometidos. La acción se había planificado para un mes antes, el 8 de marzo. Pero determinados ajustes que faltaban por hacer, según supuestamente alegaron los oficiales comprometidos, llevaron a su aplazamiento hasta el 5 de abril.

Lo cierto es que este plan era ampliamente conocido en los denominados medios insurreccionales, muchos de los cuales estaban infiltrados por agentes enemigos. Su aplazamiento aumentó su vulnerabilidad, y llegó a ser perfectamente conocido por los cuerpos represivos.

Al mediodía del 5 de abril ya los detenidos eran más de 30. Todos fueron conducidos al SIM, donde resultaron bárbaramente golpeados y torturados. Durante varios días se les mantuvo incomunicados, sin siquiera poder ser vistos por sus abogados defensores. El 10 de abril, García Bárcena y los



En la medianoche del 27 al 28 de enero un inmenso torrente de estudiantes y trabajadores con antorchas marchó desde la Universidad hasta la Fragua Martiana.

Todo el día 15 de enero duraron los choques entre estudiantes y fuerzas represivas. Por la tarde el saldo era decenas de jóvenes heridos, algunos graves, y medio centenar de presos.



demás presos eran conducidos hacia el Castillo del Príncipe, y Eva Jiménez, a la cárcel para mujeres de Guanabacoa.

En medio de la ola de indignación pública que aumentaba en la medida en que se conocían los abusos contra los detenidos, ya el 13 de marzo, al cumplirse el primer mes del fallecimiento de Rubén Batista, los estudiantes se habían lanzado de nuevo a la calle. Y otra vez ahora, el 13 de abril, en J y 23, por la mañana, ocurría un fuerte enfrentamiento del que resultaban 12 estudiantes heridos. En la noche, después de un combativo acto celebrado a oscuras en lo alto de la escalinata, nuevamente la policía agredió a los jóvenes cuando estos se retiraban, resultando tres de ellos gravemente heridos por balas.

La repulsa estudiantil al régimen tuvo inmediata resonancia nacional. En las tres universidades se suspendían las clases. Los alumnos de los institutos de Matanzas, Santa Clara y Sancti Spiritus declararon paros por 48 horas. Los de la Escuela de Comercio de Camagüey chocaron en la calle con la fuerza pública. En Santiago de Cuba la huelga abarcó toda la enseñanza media y varios jóvenes fueron detenidos y puestos a disposición del tribunal de urgencia. En Guantánamo los disturbios asumieron mayor violencia, con quema y lanzamiento de muebles hacia la calle, en medio de gran conmoción en toda la ciudad. El ejército asaltó el instituto y hubo varios estudiantes heridos mientras 40 eran encarcelados.

El 27 de abril comenzaba al juicio contra García Bárcena y sus compañeros. Finalizó el 24 de mayo cuando el jefe del MNR fue condenado a dos años de cárcel y a varios meses once de los demás encartados.

El plan insurreccional

Mucho antes del 10 de marzo de 1952, el joven Fidel Castro había asumido el criterio de que una transformación revolucionaria solamente sería posible en Cuba por caminos extraparlamentarios y con la participación en torrente de las masas populares. Adoptó la militancia ortodoxa por ser el PPC (O) el partido que aglutinaba mayoritariamente las masas, lo que facilitaría la promoción en ellas de un proyecto en sí que serían el factor determinante.

El 10 de marzo aclaró las perspectivas sobre el método a emplear; completó la base objetiva en lo político y sentó las premisas para un desarrollo acelerado de las condiciones subjetivas que coadyuvarían a desencadenar un proceso que condujera hacia esos cambios revolucionarios. De ahí que, desde el primer momento enarbolará Fidel la línea de la insurrección armada como el método adecuado de oposición al régimen dictatorial.

Rechazado por la quietista y simplemente reformista dirigencia ortodoxa su proyecto de integrar una fuerza armada dentro del partido; creada esa fuerza pero frustrado su propósito de obtener recursos para armarla, tanto del PPC (O) como de otras organizaciones "insurreccionales" y totalmente convencido de la ineptitud de la dirigencia del partido fundado por Chibás para conducir las masas en aquella nueva situación, Fidel y sus compañeros se independizaron de toda atadura partidaria y decidieron seguir un camino propio, apoyándose en la combatividad de las masas ortodoxas y con una ilimitada confianza en las reservas morales y en la esencia revolucionaria del pueblo.

Fue de esa manera, paso a paso, pero ininterrumpidamente, cómo se gestó la concepción del asalto al Moncada, acción inicial para el desarrollo de la insurrección armada y la revolución popular.

Ya un mes antes del fracaso del MNR para la toma de Columbia, Fidel había decidido llevar a cabo con las fuerzas y escasos recursos de su movimiento un plan propio de lucha contra la tiranía.

La limitación de recursos (toda vez que el movimiento estaba integrado en su inmensa mayoría por jóvenes trabajadores de situación muy humilde) determinó la forma que asumiría el plan insurreccional.

Como no había dinero para adquirir buenas armas de combate, en el plan se concibió arrebatárselas al enemigo. "Nosotros éramos un puñado de hombres —ha dicho Fidel—. No pensábamos con un puñado de hombres derrotar a la tiranía batistiana, derrotar a sus ejércitos, no. Pero pensábamos que aquel puñado de hombres podía ocupar las primeras armas para empezar a armar al pueblo; sabíamos que un puñado de hombres podría bastar, no para derrotar aquel régimen, pero sí para desatar esa fuerza, esa inmensa fuerza, esa inmensa energía del pueblo que sí era capaz de derrotar a aquel régimen."

De ahí la decisión de que la primera acción debía ser la toma de un cuartel, lo cual implicaba

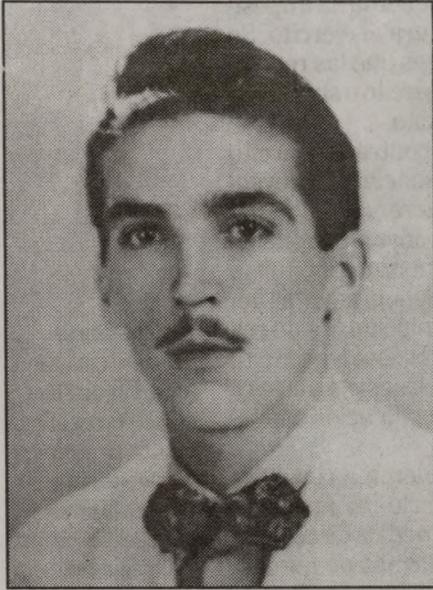
a la vez romper con un viejo esquema: la imposibilidad de luchar con éxito contra el ejército. Se decía desde mucho tiempo antes que las revoluciones se podían hacer con el ejército o sin el ejército; pero nunca contra el ejército.

Esta necesidad de luchar contra el ejército concordaba con otro aspecto esencial del proyecto revolucionario de Fidel. A diferencia de las demás llamadas organizaciones insurreccionales que, en general, solamente querían sustituir a Batista en el poder, Fidel se proponía además llevar adelante una verdadera revolución. Y esto era imposible sin la derrota y liquidación del ejército profesional que reprimía a las clases populares y servía de sostén al sistema de explotación capitalista e imperialista.

Ahora bien, existía un problema a resolver: para tomar un cuartel y quitarle las armas al enemigo hacían falta algunos medios de combate, aunque no fueran buenas armas de guerra. Fue entonces que se decidió adquirir fusiles baratos, de cacería, que se podían comprar en determinados comercios que los vendían al público, y adiestrar a los militantes del movimiento en su uso, de forma tal que combatir con ellos resultara efectivo. El 26 de julio de 1953 quedaría demostrado que esa apreciación fue correcta pues, a corta distancia, cada disparo de esas armas de pequeño alcance y calibre —y más aún las esco-

El 10 de marzo acortó el camino y le permitió a Fidel completar en lo táctico su proyecto revolucionario. Se dio a la tarea del adiestramiento militar masivo de sus seguidores. En la foto, en una de las fincas utilizadas para las prácticas junto a Fidel (1), Abel (2), Níco López (3), José Luis Tasende (4), y Ernesto Tizol (5).

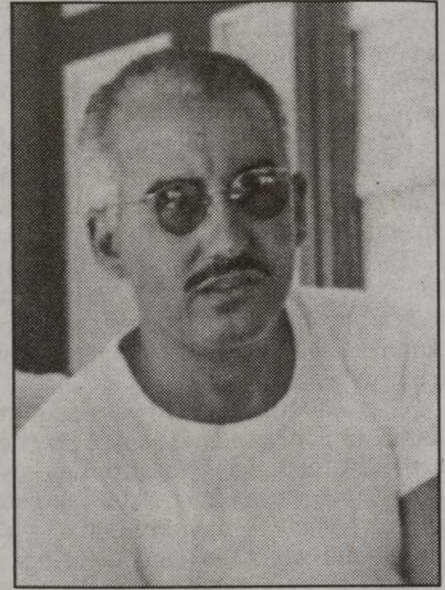




El técnico en refrigeración José Luis Tassende, miembro del Comité Militar de la dirección del Movimiento. Asesinado después del asalto al Moncada.



El comisionista abastecedor de barcos Renato Guitart, miembro del Comité Militar de la dirección del Movimiento. Como parte del grupo vanguardia cayó en combate.



El médico Mario Muñoz combatiente contra el Machadato, miembro del Comité Civil de la dirección del Movimiento. Asesinado después del asalto al Moncada.

petas que lanzaban varios balines de una sola vez— era mortífero.

Mientras todavía era utilizada la universidad como centro de adiestramiento hasta diciembre de 1952, se efectuaron dos prácticas en fincas cercanas a La Habana, en las que comenzaron a hacerse disparos con ese tipo de armas deportivas. Pero, a partir de febrero de 1953, este adiestramiento en fincas fue el único utilizado, aparte de las prácticas en un campo de tiro legalmente establecido, el Club de Cazadores del Cerro, a donde fueron a practicar muchos compañeros.

Esto comportaba ya necesidades económicas que hasta ese momento no habían surgido, y comenzó la recaudación de dinero para cubrir los gastos de ese adiestramiento e ir comprando las armas. Entre los mismos combatientes se coleccionaron más de 20 mil pesos, con inmensos sacrificios hasta de las más perentorias necesidades familiares.

¿De qué manera se manejaban esos fondos? Cuenta Pedro Trigo que una noche, después de todo un día de recogidas de dinero, pasó con Fidel frente a donde éste vivía. Su pequeño hijo de tres años estaba enfermo. El apartamento, a oscuras..., les habían cortado la electricidad. Escribió Fidel una nota para que el niño fuese visto por un médico amigo. Le preguntó a Pedro si tenía dinero encima. Los cinco pesos que Trigo pudo darle los dejó en la casa para medicina y algún alimento, y continuaron ellos sus gestiones hasta la madrugada. En el momento que eso ocurría, Fidel tenía en sus bolsillos más de 100 pesos que ya habían recaudado ese día.

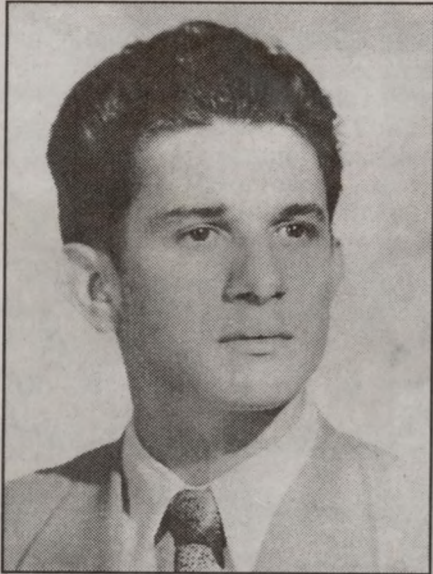
Concentrados en la preparación de su propio plan, a partir de marzo de 1953 los militantes del movimiento se desvinculan de las demás organi-

zaciones que pretendían inútilmente derrocar a Batista en pocas horas, y dejan de participar en las manifestaciones públicas contra el régimen, para no poner en peligro la marcha de su plan.

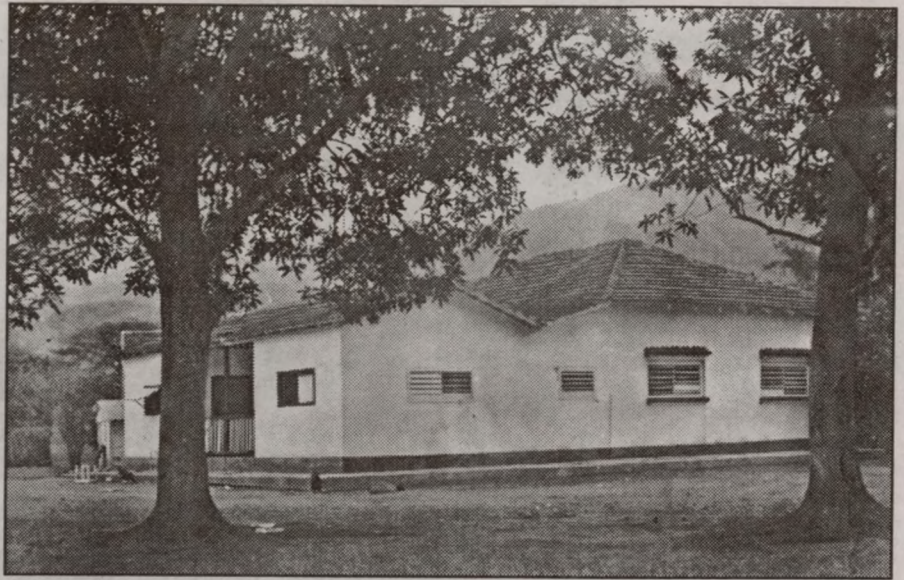
Así, para los futuros moncadistas se dan varias situaciones que ocurren paralelamente a partir de ese momento: la separación de los trajines de las demás organizaciones, la ausencia a actos públicos, la maduración y el perfilamiento del plan propio, la recolección de fondos, la compra de parque y el adiestramiento en las fincas, la compra de armas, y los preparativos finales para la ejecución del proyecto, entre los cuales tendrán no menor importancia la búsqueda y acondicionamiento en Bayamo y Santiago de Cuba de los lugares de acuartelamiento, la adquisición de uniformes, la elaboración en detalles del plan táctico de acciones y del programa político con el que se llamaría al pueblo para la insurrección.

Cada situación y sus soluciones ejercía influencia en las demás, sobre un denominador común: la voluntad de desarrollar la insurrección armada popular en ajuste al propósito de llegar hasta la revolución social, de una parte; y, de la otra, la cantidad de recursos de que se iba disponiendo para desatar la insurrección. En este último sentido se actuó con un sentido rigurosamente realista; todos los pormenores del plan, la cantidad de hombres, de armas, el transporte, el alojamiento, se ajustaron estrictamente a la limitada disponibilidad de recursos económicos y materiales.

La desventaja en cuanto al tipo de armas y la cuantía de hombres tenía que ser suplida con pericia, astucia y audacia. Así surgió la idea de usar los mismos uniformes del enemigo para ejecutar la acción inicial. La mayor parte fue comprada por el enfermero cabo del ejército Florentino



El contador, estudiante y dirigente sindical Reinaldo Boris Luis Santa Coloma, miembro del Comité Civil de la dirección del Movimiento. Asesinado después del combate.



Vista de Villa Blanca, más conocida como la granjita Siboney último lugar de acuartelamiento en Santiago de Cuba de los combatientes del Moncada.

Fernández, captado para el movimiento. Otra pequeña parte la confeccionó un grupo de compañeras en la casa de los padres de Melba Hernández, que después del apartamento de Abel y Haydée Santamaría resultaría el segundo lugar de reunión en importancia de los revolucionarios seguidores de Fidel.

Mientras todo esto ocurría en el occidente del país, allá en Oriente—donde sería decisiva la actividad de Renato Guitart—se preparaban las condiciones para que el plan pudiera iniciarse. Fue arrendada una casa quinta en la carretera de Santiago de Cuba a la playa Siboney, al igual que un viejo hospedaje en Bayamo y dos casas más en Santiago. En junio viajó hacia allá Abel, quien colaboró con Renato no solo en la compra y alquiler de lo necesario para habilitar esos lugares sino también en la adquisición de armas y municiones, y en la reservación de habitaciones en distintos hoteles hasta completar las necesidades de alojamiento de los 160 hombres, aproximadamente, que se calculó podrían movilizarse para comenzar las acciones.

En su primera parte, el plan consistía en promover una insurrección armada popular, apoyada por una huelga general revolucionaria. A partir de las experiencias mambisas y de las vivencias de Fidel en Colombia (1948) cuando el bogotazo, las armas de guerra serían arrebatadas al enemigo y entregadas al pueblo. La táctica del asalto por sorpresa al cuartel Moncada perseguía este fin inicial.

La toma del cuartel de Bayamo sería la operación de apoyo a la acción militar de Santiago de Cuba, con el propósito de cortar la principal vía de acceso de refuerzos de la tiranía desde Holguín hacia la capital oriental, e interceptar las comunicaciones telegráficas entre esta y el resto del país.

Afianzada la insurrección en Oriente, se promovería su extensión a las demás provincias hasta transformarla en un movimiento armado de todo el pueblo.

De fallar esas acciones iniciales continuaría la lucha en las montañas, razón de más por la que, junto a otras consideraciones favorables como la tradición de lucha de los orientales y su peculiar campesinado, se escogió la provincia de Oriente, caracterizada, además, por los mayores grupos montañosos de Cuba. Estos aspectos, coincidentemente, también habían sido considerados por Antonio Guiteras en sus planes insurreccionales de la década del treinta.

Más de 800 kilómetros separan a Santiago de Cuba de La Habana, centro del poder militar de la tiranía donde se concentraban sus fuerzas blindadas, aéreas y artilleras. Situada en la costa sur de Oriente y amurallada entre montañas, con escasas vías de acceso, Santiago de Cuba se presentaba como un punto ideal por sus defensas naturales para una guerra irregular. El cuartel Moncada, sede del regimiento No. 1 Antonio Maceo, era la tercera guarnición en importancia militar del país.

La determinación del 26 de julio como fecha para el comienzo de la insurrección, curiosamente, se asentaba en las mismas consideraciones que condujeron al señalamiento del 24 de febrero de 1895 (Grito de Baire) para el inicio del alzamiento final organizado por José Martí contra la dominación colonial española: la posibilidad de desplazamientos menos sospechosos ante el enemigo por ser día domingo y en celebración de festividades carnalescas.

Con todas esas previsiones, el viernes 24 de julio comenzó el traslado hacia Oriente. Los días

Por la Avenida Moncada, que desemboca en la posta 3, entró el comando vanguardia de los asaltantes.



anteriores al 26 de julio Fidel había dormido muy poco. Y desde el miércoles día 22 que recogió a Raúl Gómez García para la elaboración del manifiesto en que se explicaría el porqué de las acciones que iban a iniciar, prácticamente no durmió en absoluto. Alternando carros, ayudantes a interlocutores fue febricitante centro de todos los ajustes y repastos de cada aspecto táctico y estratégico de las acciones militares, dentro del plan de asalto concebido para Bayamo y Santiago; determinación final del plan de movilización de las masas en el cual se hallaba el llamado al pueblo mediante una programación especial de radio para la rápida creación de milicias armadas populares; órdenes de movilización de células, cálculo de hombres y armas, últimas compras de parque, renta de automóviles, determinación de sus conductores, de las vías de transporte que utilizaría cada hombre, envalijamiento de armas y uniformes, medios a utilizar para su despacho, instrucción personal a todos los responsables de las medidas de seguridad que debían adoptarse, búsqueda y distribución de dinero, expedición de cheques para gastos finales y una multitud de detalles más, ninguno de los cuales podía quedar desatendido.

De esa manera, el sábado 25 de julio llegaron a Santiago de Cuba sin ningún contratiempo 131 militantes del movimiento; 81 viajaron en 15 automóviles, 30 lo hicieron en ómnibus y 18 por ferrocarril. Además de Renato y Abel, en Santiago de Cuba ya estaban Elpidio Sosa, Haydée y Melba, y hacia allá se había conducido con anterioridad parte del armamento y los uniformes. La mayoría de los recién llegados se alojaron provisionalmente en las casas de la calle 1 No. 204 y Celda No. 8, en los hoteles Rex y Perla de Cuba y en la casa de huéspedes La Mejor. Desde esos lugares, a partir de las 10 de la noche, fueron trasladados escalonadamente a

la granjita de Siboney, donde quedaron concentrados todos los grupos.

A Bayamo arribaban simultáneamente 25 hombres, 23 viajaron en cuatro automóviles, y dos por tren, los que transportaron las maletas con armas, parque y uniformes. Ya de noche, se alojaron en el punto de concentración que se les había fijado: el viejo hospedaje Gran Casino, cercano al cuartel que les correspondería atacar.

Durante la madrugada se repartieron las armas y uniformes y Fidel explicó en detalles cómo se desarrollaría el plan. Para el ataque al Moncada el contingente se subdividiría en tres grupos. Fidel había decidido tomar el mando directo del más importante y de mayor riesgo, el que penetraría en el campamento fortificado. Léster Rodríguez, a la cabeza de una escuadra, se posesionaría del palacio de justicia. Y Abel, con 20 hombres, más el médico Mario Muñoz y Haydée y Melba, debía ocupar el hospital Saturnino Lora. Desde lo alto del palacio de justicia se dominaban las azoteas del cuartel Moncada, y desde el Saturnino Lora, su parte posterior. Fue entonces que la inmensa mayoría de los combatientes supo para qué había viajado hasta Santiago de Cuba.

Se leyó el Manifiesto a la nación, redactado para dar a conocer al pueblo las razones que los impulsaban a luchar contra la tiranía y el programa de transformaciones con que se iniciaría el proceso revolucionario en caso de que triunfara la insurrección, y Raúl Gómez García recitó su poema *Ya estamos en combate*. Movidos por un secreto resorte emocional, todos comenzaron a cantar el Himno Nacional, en un susurro, refrenando sus impulsos de expandir el pecho y gritarlo a plena voz. Al terminar, de nuevo se alzó la voz de Fidel:

“Compañeros: podrán vencer dentro de unas horas, o ser vencidos, pero de todas maneras, ¡oiganlo bien, compañeros!, de todas maneras

este movimiento triunfará. Si vencen se hará más pronto lo que aspiró Martí. Si ocurriera lo contrario el gesto servirá de ejemplo al pueblo de Cuba y de ese propio pueblo saldrán otros jóvenes dispuestos a morir por Cuba, a tomar la bandera y seguir adelante. El pueblo nos respaldará en Oriente y en toda la Isla. Jóvenes del Centenario del Apóstol, como el 68 y el 95, aquí en Oriente, damos el primer grito de ¡Libertad o Muerte!”

Subieron a los autos y empezaron a partir. Eran las cinco de la mañana del domingo 26 de julio de 1953.

El grito

Aquella madrugada, el primer carro que salió de la granjita fue el de Abel Santamaría, seguido por el de Juan Manuel Ameijeiras. Con el de Mario Muñoz, se completaban los que transportaron el personal que ocuparía el hospital Saturnino Lora. A este le seguía un Chevrolet negro tripulado por Mario Dalmau, con un grupo que se encargaría de ocupar el palacio de justicia, en el que iba Raúl Castro.

Un cuarto auto lo guiaba Pedro Marrero, que conducía la vanguardia del contingente de Fidel, encargado de forzar la posta 3. Tras él debían entrar en el cuartel los demás carros. Fidel, manejando un Buick de 1953, ocupaba el quinto lugar del convoy, seguido por la máquina que guiaba Boris Luis Santa Coloma. Seguían al de Boris los autos manejados por Pepe Ponce, Oscar Alcalde, Fernando Chenard, Gildo Fleitas, Héctor de Armas, Oscar Quintela, Ciro Redondo y Ernesto Tizol. El de Mario Muñoz, llevando a Haydée y Melba, fue el último en salir.

Cuando la caravana entraba por la avenida Garzón era muy cerca de las 5:15 de la madrugada, hora prevista para el ataque. Los dos primeros autos, del grupo de Abel, seguían adelante para cumplir su misión. El que ocupaba Raúl continuaba la marcha para alcanzar su objetivo. La máquina de Marrero, con la vanguardia, tuvo que aminorar la velocidad para doblar por la avenida Moncada, a cuyo extremo se encontraba la posta 3. Fidel detuvo su carro para que el de Marrero entrara con un poco de distancia. Había que dar tiempo a ese grupo para que neutralizase los centinelas y para que desajustase la entrada.

Segundos antes que el carro de la vanguardia se detuviera frente a la posta 3 habían salido de allí dos soldados y un sargento, que integraban una de las cuatro patrullas volantes que hacían el recorrido alrededor de los muros del campamento militar.

Pedro Marrero detiene su automóvil a unos 10 metros de la posta 3 y bajan todos mientras Renato grita imperativo: “¡Abran paso, que aquí viene el general!” Esta frase había sido cuidadosamente calculada para intimidar a los centinelas, y llenó a maravilla su función. Los



guardias se pusieron en atención y presentaron armas. Tres de los “sargentos”, Pepe Suárez, Ramiro Valdés y Jesús Montané se dirigieron hacia ellos y les quitaron de las manos los Springfield. Pálidos y estupefactos, dejaron que les quitaran las armas. Montané y Ramiro quitaron la cadena. El camino estaba libre, la posta 3, neutralizada. Sin embargo, el cabo avanza hacia el timbre de alarma. Pepe Suárez le hace tres disparos y aquel cae, pero en la caída logra tocar el timbre de alarma que suena con estridencia en todo el campamento.

Para comprender todo lo que sucede simultáneamente es preciso volver algunos segundos atrás. El auto número dos que manejaba Fidel seguía al auto uno de la vanguardia a unos 30 metros aproximadamente, y muy despacio, para darle tiempo a que realizase su misión. Al lado de Fidel en el asiento delantero estaban sentados Reinaldo Benítez y Pedro Miret; en el asiento de atrás, de izquierda a derecha, se habían situado Gustavo Arcos, Abelardo Crespo, Carlos González e Israel Tápanes.

Entre el hospital militar y las casas de una planta de los suboficiales, a la izquierda de la calle, hay una pequeña avenida y mientras que el auto de Fidel sobrepasaba el hospital militar, la atención de los combatientes que ocupaban el asiento de atrás fue atraída por un sargento del ejército que bajaba por esa pequeña avenida a pasos rápidos, llevando en la mano un cartucho con víveres. Mientras caminaba, miraba el auto dos —de Fidel— y el auto tres con aire sospechoso y, con un gesto maquinal, llevó la mano a su revólver.

Fidel no vio a ese sargento. Tenía la vista fija más adelante, en los soldados con metralletas de la patrulla volante que, en ese instante, estaban de espaldas a él. El grito de Renato (“¡Abran paso, que aquí viene el general!”) los había paralizado de sorpresa, y miraban sorprendidos a los “sargentos” del auto número uno desarmar a los centinelas. “En ese momento —diría Fidel

Con el fusil apoyado en las almenas de los muros del Moncada los soldados de la dictadura se protegieron ventajosamente frente al heroico asalto. La foto corresponde a la época, cuando posaron para identificar la escena del cuartel.

10 años después-, he tenido dos ideas en la mente. Temí, puesto que cada uno tenía una metralleta, que los hombres de la patrulla volante se pusieran a disparar sobre nuestros compañeros que estaban ocupados desarmando a los centinelas. En segundo lugar, quise evitar que sus disparos alarmasen al resto del cuartel. Concebí pues la idea de sorprenderlos y de hacerlos prisioneros. Eso parecía fácil, puesto que me volvían la espalda...”

Fidel dijo: “Vamos a arrestarlos”. Y al decir esto, disminuyó la velocidad. Ninguno de los ocupantes del asiento de atrás puso atención a ese plural y ninguno creyó que se trataba de la patrulla volante. Tenían la vista fija en el sargento del cartucho que, siempre tan nervioso y desconfiado, había llegado a su altura. Gustavo Arcos agarró el puño de la portezuela y sacó el revólver; dispuesto a saltar sobre el hombre y detenerlo en cuanto el auto se detuviera.

Lo que sucedió a continuación fue cosa de dos o tres segundos. Fidel seguía despacio junto a la acera de la izquierda, no estaba ya más que a tres o cuatro metros de la patrulla, abrió suavemente la portezuela y sacó su pistola Luger de la funda. Hecho eso, paró el auto. Gustavo Arcos, detrás de él, abrió la portezuela y puso un pie en la acera.

En ese momento, los soldados de la patrulla se volvieron al mismo tiempo, como movidos por el mismo instinto, hicieron frente al auto de Fidel y apuntaron sobre él sus metralletas. Fidel aceleró, y volviendo el timón a la izquierda lanzó el auto en dirección a ellos.

Gustavo Arcos, empuñando el revólver, gritó “¡Alto!” al sargento del cartucho. En el mismo momento, el Buick –del que apenas había salido, manteniéndose en equilibrio sobre un pie– dio un brusco salto hacia adelante, la portezuela se cerró sobre él. Cayó y rodó por el suelo. El Buick estaba demasiado cerca de la acera y giró demasiado en ángulo recto, lo que dificultó al auto subir a la acera; la rueda izquierda delantera chocó violentamente con el contén y el motor se detuvo.

Cuando el sargento del cartucho vio rodar por el suelo al hombre que le había gritado “¡alto!” apuntando un arma sobre él, tuvo un reflejo de miedo: y terminó de sacar su revólver. Inmediatamente, del auto número tres sonaron varios disparos y, en el mismo momento en que Gustavo Arcos se levantaba del suelo, el sargento se desplomaba fulminado. Al mismo tiempo, los guardias de la patrulla hacían accionar en ráfaga sus armas contra el auto de Fidel.



Se enseñó la soldadesca.

Todos estos disparos efectuados casi al mismo tiempo más los de Pepe Suárez en la posta 3 y la alarma que comenzó a sonar impidieron que el factor sorpresa se completara. Otra situación se producía: en el plan se había concebido que el auto de Fidel continuara su marcha dentro del cuartel hasta el final de la edificación, seguido por los demás carros. Al parar Fidel, los otros harían lo mismo. De esa manera cubrirían toda la longitud del campamento y, al bajarse y penetrar por sus diferentes puertas en sus dependencias y dormitorios, podrían sorprender de una vez toda la guarnición y rendirla sin necesidad de disparar un solo tiro.

Cuando el auto de Fidel se detuvo, en efecto, los demás lo imitaron y se bajaron. Pero, como ya habían sonado los primeros tiros, lo hicieron disparando y fuera del cuartel!

Los disparos y el constante sonido de la alarma despertaron a la guarnición que, a medio vestir en muchos casos, tomó sus armas y comenzó a ripostar el ataque. Dos ametralladoras 50, situadas en el polígono y en la azotea del cuartel, empezaron a barrer con sus ráfagas el área de la posta 3, por donde había penetrado el grupo de vanguardia, lo que impedía ya tanto la entrada como la salida por ese lugar. Cuando intentaran bajar para ocupar otras posiciones, serían abatidos allí Renato Guitart, Pedro Marrero, Carmelo Noa y Flores Betancourt.

Fidel trató desesperadamente de reagrupar a los combatientes, de hacerles ver que no estaban dentro del campamento y de lanzarlos de nuevo hacia adelante. Pero la confusión ya estaba sembrada. Todavía era oscuro. Algunos no veían a Fidel, otros no entendían lo que quería decir en medio del ruido del combate.

Cerca de medio millar de hombres, un armamento pesado, de mayor calibre, excelentes posiciones de tiro desde adentro del edificio y detrás de los muros, la guarnición, despierta, hacía sentir su peso. Aunque la reacción inicial de los guardias había sido de confusión, pasados

10 minutos el final ya estaba claro. Fidel disparaba sin interrupción, desde el medio de la calle, sobre los servidores de las ametralladoras, y al mismo tiempo se preguntaba cómo podría modificar la situación.

Ciento veintisiete kilómetros al noroeste, en Bayamo, las cosas no marchaban tampoco según lo previsto. De acuerdo con el plan, el jefe de la acción –vestido de sargento– debía acercarse al cuartel con un conocido hombre de negocios de la localidad que lo identificaría como un amigo militar de paso hacia Santiago que solicitaba le permitieran pasar la noche allí, lo cual era una práctica acostumbrada que no provocaría recelos. Al estar junto a la posta de la entrada principal, la encañonaría y entraría con algunos de los demás hombres también uniformados que rápidamente se le unirían, desarmarían al sargento de guardia y, mientras unos iban hacia los dormitorios, otros neutralizarían al guardia de posta en el patio para franquear la entrada posterior al resto de los compañeros.

Sin embargo, el hombre comprometido en Bayamo desertó. Después de discutirse la situación, se decidió atacar el cuartel por la parte de atrás. Llegada la hora, el grupo salió del albergue y llegó sigilosamente a la parte trasera del cuartel, donde había dos cercas de alambre de púas. En silencio, los hombres se arrastraban hacia la cerca exterior y comienzan a pasarla por debajo del primer alambre. La avanzada lo logra. Pero no se había tenido en cuenta que, hacia ese lado, había una gran cantidad de latas desechadas lanzadas por el cocinero durante meses, y una carga de bolos de madera decomisada en los últimos días.

En el arrastre alguien choca con las primeras latas que comienzan a sonar unas contra otras. “¡Alto!”, grita el soldado de posta. Un certero disparo le hiere el brazo izquierdo, y los revolucionarios se yerguen y avanzan sobre las latas ya sin preocuparse del ruido. El sargento de guardia corre hacia ese lugar: “¡Alto! ¿Quién vive?” No detienen el paso. Abren fuego varios a la vez y siguen avanzando. El sargento, que ha pertenecido por años al equipo nacional de tiro, se arrodilla y comienza a disparar con su Thompson. Los demás soldados, despertados tan bruscamente, cogen sus Springfield y disparan por las ventanas hacia el patio, paralizándolo con su fuego el avance de los revolucionarios, quienes tienen que lanzarse a tierra y protegerse detrás de los troncos.

Perdido el factor sorpresa, el débil armamento de los atacantes no puede contrarrestar la potencia de las armas de los guardias. A pesar de la enorme diferencia en las armas, sin embargo, el encuentro en el cuartel finalizará igualado en bajas: un soldado herido en un brazo, y uno de los combatientes, en un muslo. Y comienza la retirada. En medio de la última balacera, un soldado que está llegando al escuadrón es alcanzado por

una bala que le penetra por el cuello. A pesar de la peligrosa herida, salvará su vida. En la retirada, Nico López hirió mortalmente con un disparo de escopeta a un sargento de la policía que venía en jeep a indagar qué sucedía en el cuartel.* Aún no eran las 6:00 de la mañana y ya había terminado en Bayamo la acción.

Mientras tanto, en Santiago de Cuba se había desarrollado una serie de acciones hasta ese momento. Parte del grupo de la vanguardia que había podido entrar al cuartel, con Ramiro, Suárez y Montané sorprendieron e inmovilizaron durante algún tiempo a unos 50 soldados. Al comprender que el resto del contingente no había podido penetrar, y viendo en movimiento al resto de la guarnición, decidieron regresar hacia la calle y pudieron hacerlo saltando los muros aspillados. Afuera, Fidel disparaba continuamente frente a la posta 3 con algunos hombres, mientras otros lo hacían desde la entrada del hospital militar y jardines y portales de las casas de los militares que rodean la fortaleza.

El palacio de justicia había sido tomado por la escuadra en que iba Raúl. Detuvieron y desarmaron al sereno, tres guardias que hacían allí guarnición y cinco policías que llegaron mucho después a reforzar esa posición. Desde la azotea disparaban hacia los tejados del cuartel y del club de oficiales.

Abel, con los 21 hombres y Melba y Haydée que lo acompañaban, más Julio Trigo que se sumó a su contingente, ocupó sin dificultad el hospital civil, desde cuyo fondo cubría con el fuego de sus armas la parte posterior del Moncada.

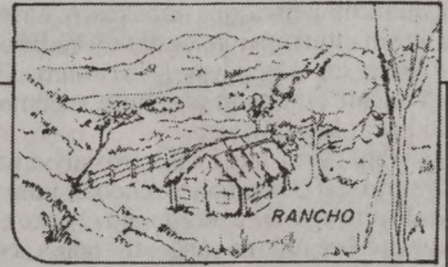
Hacia cerca de una hora que duraba el combate. Desde que sonó el timbre no se hacían ya ilusiones sobre el resultado de la lucha. Pero su odio a la dictadura y su impulso revolucionario eran tales que ninguno pensaba en abandonar el combate. Llegado un determinado momento Fidel comprendió que era absurdo continuar el encuentro. Habría otros. Lo importante era preservar los hombres y el Movimiento. Lo importante no era morir gloriosa pero inútilmente, sino vencer. Y dio la orden de retirada. Al dar esa orden, encomendó a Chenard transmitirla a Abel en el hospital civil y al grupo del palacio de justicia. Chenard fue capturado sin poder llegar a ninguno de los dos lugares.

Cuando Fidel creyó que todos sus hombres habían partido subió al último carro que retrocedía entre una lluvia de balas. Al momento, sin embargo, se bajó y cedió su espacio a un combatiente herido y quedó en medio de la calle solo. Comenzó a retirarse caminando de espaldas y disparando hacia el cuartel, por la avenida Moncada hacia la calle Garzón. Ya había rebasado el hospital militar, cuando inesperadamente otro auto vino hacia él, en marcha atrás, casi desde la calle Trinidad, frente a la posta 3; era conducido por el artemiseño Ricardo Santana. Fidel se montó y el carro completó su salida de la zona recogiendo tres compañeros más.

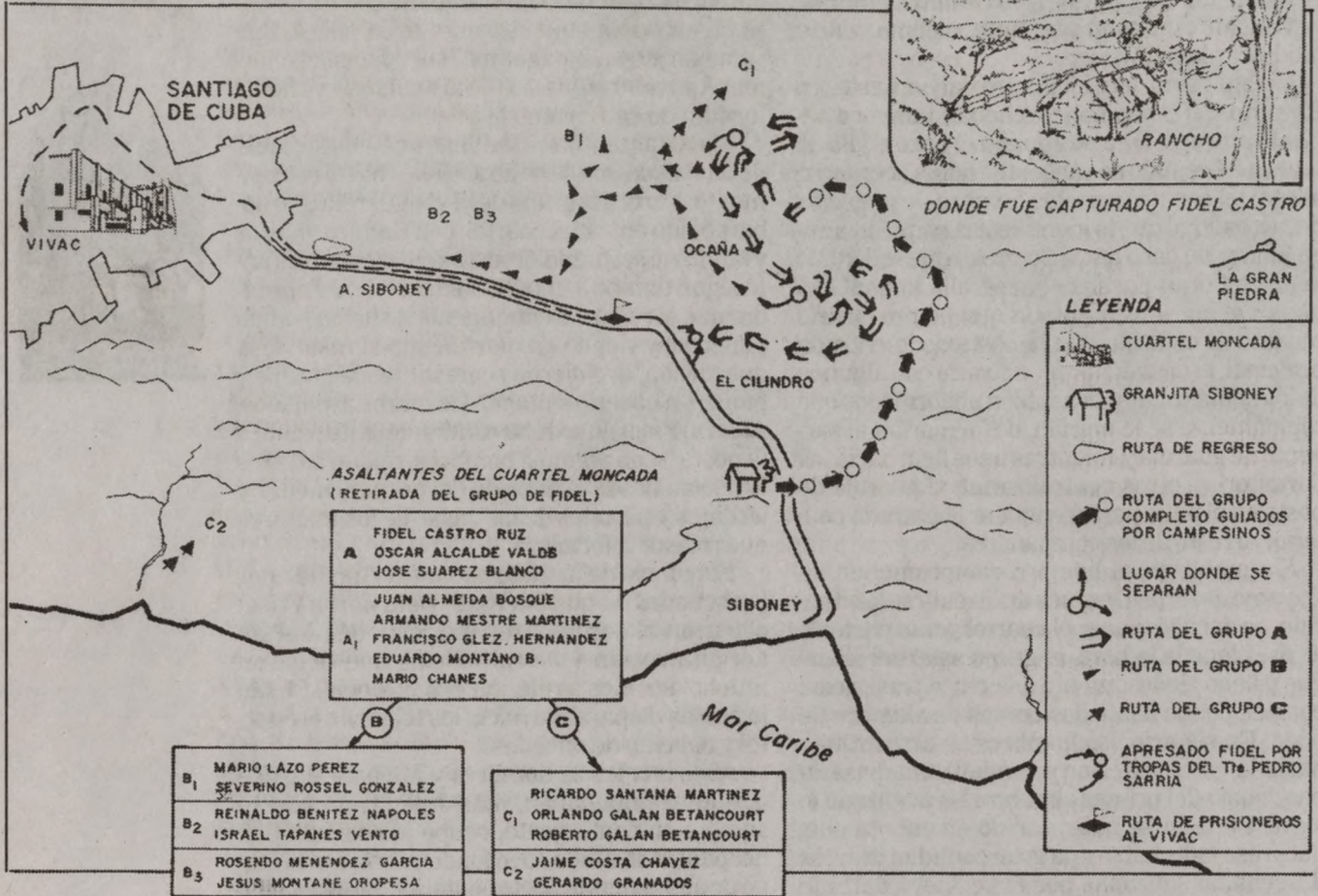


RETIRADA DE LOS COMBATIENTES DEL MONCADA

GRUPO DE FIDEL CASTRO RUZ (26 de Julio al 1 de Agosto de 1953)



DONDE FUE CAPTURADO FIDEL CASTRO



Fidel ordena a Santana tomar rumbo a la carretera de El Caney. En esos momentos, su preocupación fundamental se centra en los compañeros de Bayamo. Si han tomado Bayamo es necesario unirse a ellos para continuar la lucha, si no lo han hecho, de todas maneras la seguirá él en las montañas. De ahí su decisión emergente para ir hacia El Caney, tomar el pequeño cuartel de allí y ocupar sus armas y municiones.

Santana, que no conoce de Santiago de Cuba más que el recorrido que hiciera poco antes desde la granjita, en vez de coger la carretera de El Caney lo hace por la que va hacia Siboney. Al pasar el puente, Fidel comprende el error pero ya han avanzado demasiado y ven delante el carro que Boris había abandonado, para montarse en otro y seguir, cuando se le poncho una goma. Ordena parar, y entre la yerba que rodea la cuneta salen y se le unen los que allí habían quedado sin poder ir al combate.

Un auto particular se acerca. En él viajan dos personas. En medio de la carretera, Fidel lo detiene, "Un grupo conmigo y los demás sigan ahí", dice al montarse en el auto que acaba de dete-

nerse, y ordena al que lo maneja que siga adelante hasta llegar a la granjita, donde baja con sus compañeros.

Desde el palacio de justicia Raúl sintió cómo disminuían los disparos del contingente que con Fidel debía tomar las instalaciones del regimiento. Comprendió que se estaba produciendo la retirada y que su posición pronto podría ser cercada. Deliberó sobre eso con sus compañeros. Los habían situado en el palacio de justicia como apoyo al ataque, pero el ataque había fracasado. Estaba claro que lo mejor era retirarse. Pero, aparte de Léster que se había ido a pie, nadie conocía a Santiago. Después de haber tomado al azar un cierto número de calles, con su automóvil, se encontraron de nuevo delante del palacio de justicia. "Vamos a Ciudadamar", dijo Raúl. Era una playa de los alrededores de Santiago de Cuba, y él conocía el camino.

Desde las ventanas del hospital civil, Abel no podía ver lo que sucedía en la calle que llevaba a la posta 3 del Moncada. No vio tampoco la retirada del grupo de Fidel. Solamente cuando el fuego de los soldados comenzó a concentrarse sobre las ventanas del hospital se dio cuenta de que era el único que quedaba en acción. Pero, en ese momento, el

hospital estaba cercado y la retirada era imposible. Quizás hubiera podido intentar cruzar la línea de soldados, a costa de grandes pérdidas, y decidió quedarse y luchar hasta que se le acabasen las municiones, lo que ocurrió cerca de las 8:00 de la mañana.

A excepción del más joven combatiente, Ramón Pez Ferro, todos los que componían el grupo del hospital civil serían hechos prisioneros, torturados y asesinados. Solamente Haydée y Melba sobrevivirían para relatar la odisea dentro del Moncada.

No obstante la orden de retirada, Pedro Miret siguió ocupando el jardincito de la casa más cercana a la posta 3, junto con Gildo Fleitas, Fidel Labrador y otros cuatro combatientes. En la heroica resistencia sería herido Labrador y caerían dos hombres en el combate. Uno de ellos fue Gildo.

Cerca de media hora después de la retirada todavía este reducido grupo compuesto entonces por solo cuatro combatientes seguía luchando. Dispararon hasta quedar sin balas. Entonces, seguido por sus tres compañeros en fila india, Miret salió sin armas del jardín y cruzó el espacio libre que separa a las casas del hospital militar.

En ese momento, los soldados se pusieron a hormiguar en todas direcciones. Salían de todas partes. Se les veía por las calles, por las ventanas, por los tejados. Unos 20, de pie delante del hospital, veían venir a Miret y sus compañeros, sin moverse. Pedro Miret pensó: "Es quizás el momento de levantar las manos". Las levantó. Sus compañeros las levantaron también.

Había terminado el combate del Moncada.

Empezaba así para Fidel el momento más duro de su vida, cuando tuvo que afrontar la tremenda adversidad de la derrota, según diría él mismo poco después en una de sus cartas desde el presidio.

Derrotado pero no vencido, en aquel instante preciso, Fidel tomaba rumbo a las montañas con un grupo de 18 hombres, extenuados, faltos de armas, algunos heridos, hasta que el 2 de agosto, agotado, mientras dormía, fue hecho prisionero.

En más de una oportunidad Fidel ha expresado su confianza en lo certero del plan, que una serie de factores fortuitos hicieron fallar. Ha dicho que de tenerlo que desarrollar otra vez lo haría más o menos de la misma forma.

Mas, a pesar del revés, lo importante del hecho fue el ejemplo y haber sido el inicio de la puesta en marcha de su metodología para la insurrección popular.

Así, de esa manera, el Movimiento inició su primer combate armado en la madrugada del 26 de julio de 1953 con un centenar y medio de rifles de pequeño calibre y armas cortas, con solo tres de guerra. Y las perdió todas.

Así, el Movimiento Revolucionario 26 de Julio trajo en la expedición del *Granma* (2 de diciembre de 1956) más de 100 fusiles ya calificables como de guerra, y quedó con menos de 20 al su-

frir su segundo revés en Alegría de Pío, el 5 de diciembre de ese año.

Pero así, el Ejército Rebelde comenzó el 17 de enero de 1957 un combate en la desembocadura del río La Plata con menos de 30 fusiles, y lo terminó con 11 más que arrebató al enemigo! Con esta acción, aquella concepción militar revolucionaria del Movimiento comenzó a asumir su carácter de verdad a partir de la práctica; verdad que desde ese momento se reiteraría centenares de veces hasta el triunfo revolucionario del 1ro. de enero de 1959.

Sesenta y cinco meses después de haber perdido aquellas 150 modestas armas de su primer combate en el Moncada, el Movimiento -transformado en Ejército Rebelde de todo el pueblo- habría recuperado al frente de las masas populares más de 80 000 fusiles y armas de todo tipo, incluidos cañones, morteros, ametralladoras y todos los tanques, aviones, navíos y equipos de guerra del enemigo, cuarteles, instalaciones y polvorines.

Culminaba de esa forma la fase inicial de la Revolución, la guerra, con el derrocamiento de la tiranía y la toma real del poder por el pueblo.

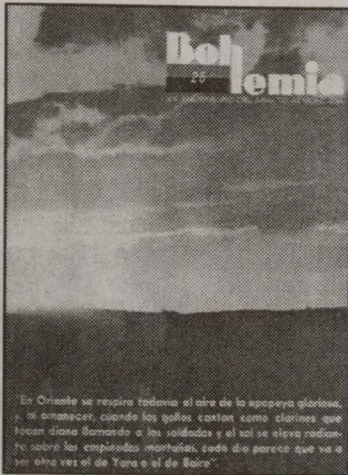
La tesis del Movimiento sobre la insurrección armada popular como requisito para la revolución económica, política y social, avalada con germinadora sangre de héroes desde la madrugada del 26 de julio de 1953, se insertaba así, para siempre en nuestra historia, como irrefutable criterio para una verdad por la que el pueblo transitó en llamaradas su camino hacia la libertad.

El Moncada se alzaba en multitud de símbolos. Cuba en el fiel de las Américas; en Cuba, Oriente; en Oriente, el Moncada; en el Moncada moriría definitivamente Leonardo Wood y Estrada Palma tendría sepultura definitiva... De Bolívar, la espada; de Maceo el machete redentor; de Marx, el índice; de Lenin, la acción primera; en el Moncada resurgió Céspedes, en el Moncada renació Martí.

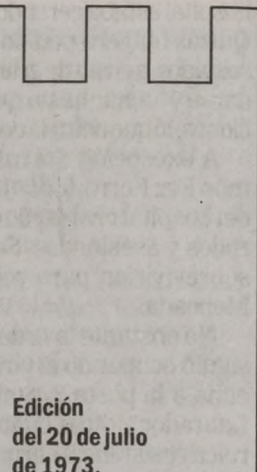
Con todas esas concepciones y significados se llevó a cabo el asalto al Moncada. No fue una derrota. Fue un grito, un llamado a la conciencia social de los cubanos. Tampoco fue solamente el primer acto de un amplio proyecto de insurrección armada. Fue síntesis de lo mejor de nuestras tradiciones revolucionarias, y, sobre todo, es la irrupción del nuevo tiempo histórico en el que empieza su tránsito triunfal la Revolución Cubana.

*** Sumadas las bajas de Santiago de Cuba y Bayamo del ejército y la policía, el aparato represivo militar de la tiranía sufrió 46 bajas: 19 muertos y 27 heridos. En contraste, las fuerzas revolucionarias tuvieron 6 muertos y 10 heridos en el combate propiamente dicho. La cifra de los mártires se elevaría a 61 con los asesinatos que contra ellos cometieron ese y los siguientes cuatro días.**





En Oriente se respira todavía el aire de la epopeya gloriosa, y el amanecer, cuando los gallos cantan como clarines que anuncian días gloriosos o los soldados y el sol se eleva radiante sobre las cumbres montañosas, todo da la impresión que va a ser otra vez el día de Yara o el de Baire.



Edición del 20 de julio de 1973.



VICTORIA DE LAS IDEAS

LA GRANJITA SIBONEY

El cuartel general de los asaltantes (fragmento)

Texto de MARIO G. DEL CUETO / Fotos: TONY MARTIN

NO era precisamente un viaje de placer el que realizaban en auto aquellos jóvenes, Fidel Castro y Ernesto Tizol, que tras abandonar la urbe santiaguera seguían por la carretera de Siboney, rumbo a la playa, en una calurosa mañana —la fecha no se ha podido determinar con exactitud— de los primeros días de mayo de 1953. La finalidad del “paseo” era otra. Andaban buscando una pequeña finca con casa de vivienda, no lejos de la ciudad, que sirviera a sus objetivos revolucionarios, pero encubriendo el verdadero propósito con el proyecto de establecer en ella una granja avícola. Tizol, que conocía el negocio, porque entre otras actividades se dedicaba en La Habana a la crianza y venta de pollos, era el hombre indicado para sugerir el mejor lugar.

A poco de salir de Santiago comenzaron a explorar con detenimiento el paisaje. La zona estaba bastante despoblada. Ya habían pasado por el puente de hierro sobre el río San Juan. A la derecha observaban los pozos artesianos del viejo acueducto que aún seguía abasteciendo de agua a la capital oriental. La Sierra Mestra, tal vez objeto de algún comentario entre ellos ante la perspectiva de tener que alcanzar las montañas para proseguir la lucha armada si fracasaban los planes iniciales, se erguía majestuosa a la izquierda del camino. Poco interés ofrecía, entonces, la mayor parte de las tierras, plagadas de aromales y marabú, salvo el hermoso panorama de la cordillera, envueltos sus picachos en

ceadales de nubes. Si acaso, alguna que otra finca de enorme extensión, feudos de voraces latifundistas, nacionales y extranjeros, daba pie al diálogo político, empeñados como estaban los jóvenes revolucionarios en la lucha por erradicar del país las injusticias sociales.

No es improbable que la conversación se extendiera, incluso, a temas históricos vinculados al origen de los males patrios. Sabían ellos que transitaban por un territorio que había sido hollado por las tropas norteamericanas, cuyo desembarco, precisamente por la playa Siboney, en junio de 1898, vino a arrebatárselos a los cubanos el triunfo que ya tenían prácticamente asegurado frente al ejército español. No desconocían que al general Calixto García, cuyas fuerzas contribuyeron conjuntamente a derrotar al enemigo, se le había negado no sólo su presencia en la capitulación, sino hasta la entrada victoriosa en Santiago de Cuba con los “rough riders” del coronel Leonard Wood. La república surgía mediatizada. El naciente imperialismo yanqui se apoderaba del país.

Luego de ascender por el alto de Sevilla —único poblado de la zona— y de pasar por el entronque de la Gran Piedra, el auto aminoró la marcha al bajar la loma de Las Guásimas. Era que, por entre unos cocales Tizol había divisado, a la derecha, una casa de mampostería pintada de blanco. Acercándose a ella pudieron ver un cercado de madera, también pintado de blanco con las puntas de las estacas ro-

jas, y a partir de la verja de entrada, hasta el portal de la casa, un corredor flanqueado de arecas.

—Qué, ¿te parece buena? —exclamó Fidel.

—Creo que sí, a primera vista ... —respondió Tizol.

—Bueno, vamos a la playa para refrescar, y a la vuelta la vemos con más calma...

En ese instante comenzaba la historia política de la casa de Siboney: cuartel general de los combatientes para el asalto al Moncada.

De regreso de la playa, los jóvenes se detuvieron nuevamente frente a la casa. Muchos años después Tizol contaría, en testimonio a **BOHEMIA**, los pasos que se dieron hasta culminar en el alquiler de la “granjita”:

—Recuerdo —expresó— que estuvimos caminando por los alrededores examinando el terreno. En la casa no parecía haber nadie. Estaba cerrada. Le comuniqué a Fidel mi impresión: el sitio era un buen lugar para montar el supuesto negocio de pollos. Había que medir la distancia a Santiago, cosa que hicimos después al entrar en la ciudad... Mientras Fidel permanecía en la máquina, averigüé con un vecino de enfrente, el campesino Ángel Núñez, los detalles que nos interesaban: si la casa estaba vacía, quién era su dueño, si la alquilaba... Núñez me informó que el propietario, José Vázquez Rojas, vivía en Santiago y que esa casa la quería para disfrutarla con su familia o para presársela a sus amigos en las temporadas de playa.

“Pepe” tenía un garaje en la avenida Garzón 357. Era un próspero negocio. Vendía gasolina, piezas de automóviles y gomas marca Goodrich. Además, contaba con una ruta de guaguas que cubría el itinerario Santiago-Siboney-Santiago. Cuando Tizol lo visitó allí por primera vez y le dio

Foto aérea de GILBERTO ANTE



Vista de la granjita Siboney.

a conocer sus propósitos, Vázquez se negó rotundamente a ceder la casa. Alegaba que jamás la había alquilado, y si alguna vez lo hizo, los arrendatarios se la devolvieron en muy malas condiciones. Desde entonces la tenía para uso exclusivo de sus familiares —o de amigos—, con los cuales solía pasar en ella los fines de semana.

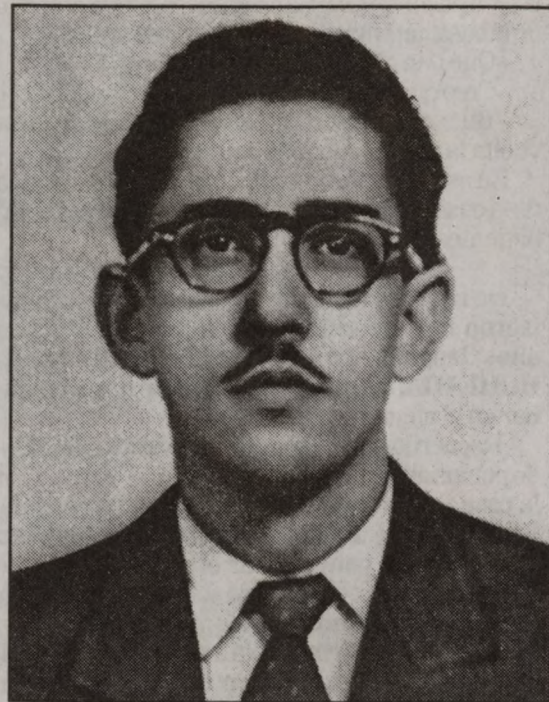
Tizol arguyó que él la necesitaba para fomentar una cría de pollos, negocio que lo administraría un amigo suyo que vendría de La Habana, subrayando que estaba dispuesto a hacerle una buena oferta. En el curso de la conversación, Vázquez habló de que tenía en la capital un íntimo amigo que también se dedicaba al mismo giro avícola, llamado Inocencio del Real. Por ahí vio Tizol, pese a las reiteradas negativas de “Pepe”,

El pozo donde se guardaban las armas. “Me dijeron —dice Ramón Salmón, mozo de limpieza de la granjita— que lo habían arreglado para quemar los pollos que se murieran”.





Abel Santamaría, como "administrador del negocio" vivió en la casa de Siboney desde la última semana de junio hasta el momento del asalto al cuartel.



Cuidando la casa de Siboney, durante todo el tiempo que precedió al ataque al cuartel, vivió en ella el combatiente Elpidio Sosa, asesinado por los guardias de la dictadura.

una brecha para insistir en el alquiler de la casa. Se lo comunicó a Fidel:

–Ese Inocencio del Real es muy amigo de mi padre –le dijo–; pudiéramos utilizarlo para que me recomiende ante Vázquez; pero para eso tendría que emplear mi verdadero nombre.

–¿Y qué tú crees?

–No sé. Estamos usando pseudónimos; pero en este caso estaría dispuesto a dar mi verdadero nombre...

–Bueno, ¿te arriesgarías?

–Asumo el riesgo. Lo haré –expresó decidido Tizol.

Cuando Tizol –que hacía frecuentes viajes en avión de La Habana a Santiago– vio a Vázquez por segunda vez, tuvo el vago presentimiento de que la gestión culminaría en un éxito. Sin embargo, Vázquez seguía empecinado

–¡No, no voy a alquilarla! ¡Me van a acabar con esas matas que tanto trabajo me han dado!

–Si es por eso, desprecúpese. Se las cuidaremos mucho. Además, construiremos las naves para los pollos donde no las afecten. ¿Quiere usted referencias mías de Del Real? Es muy amigo de mi padre, que también tenía un garaje en Holguín...

Vázquez lo observó, confiado. Tizol, con sus palabras reposadas y con el ademán propio de un hombre de negocios, había dejado en él la más grata impresión. Le preguntó:

–¿Cómo se llama usted?

–Yo me llamo Ernesto Tizol, hijo de Rafael Tizol; pero, mire, yo tengo un socio, como le

dije, que es el que maneja la plata para el negocio y se hará cargo de esto; es como si fuera de la familia...

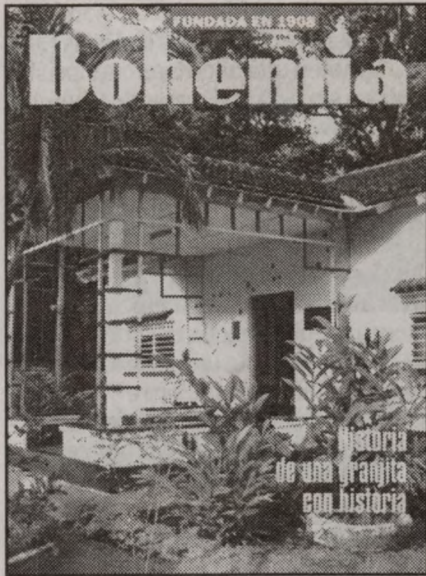
–Está bien –concluyó diciendo Vázquez–, venga mañana.

Tizol, profundizando en sus recuerdos, a 20 años de aquel diálogo, cuenta al reportero de **BOHEMIA**, cómo se llevó a cabo la operación:

–Vi a Vázquez al día siguiente. A poco de saludarme me dijo que estaba en disposición de alquilarme la casa. Entonces me di cuenta que el hombre se había puesto en contacto con Del Real, a quien a lo mejor llamó por teléfono a La Habana, y que había obtenido buenas referencias de mí como para formalizar la operación... Vázquez me pidió 600 pesos anuales. Creo que estuvimos regateando el precio. Simulé que no estaba de acuerdo con él. "En menos de eso yo no la alquilo", me dijo. Al fin, acepté. Me parece que en ese momento no tenía el dinero. Fui a La Habana y volví a Santiago a los pocos días. Le entregué un anticipo de 100 pesos, una especie de opción de arrendamiento (...)

No había dudas, sin embargo, que la granja no empezó a ocuparse por los primeros combatientes –Abel Santamaría y Elpidio Sosa, y Renato Guitart, que la visitaba de vez en cuando– hasta después del 31 de mayo. El testimonio es del propio Vázquez, que no la alquiló o la entregó antes, porque en esa fecha se le casaba su hija Viora, con Luis Méndez López, y la fiesta se daría en la casa de Siboney.

(...)



SANTIAGO DE CUBA
Historia de una granjita con historia
Llamada originalmente Villa Blanca por su propietario, el pueblo de Cuba la bautizó para siempre cuando Granjita Siboney.

26 DE JULIO
Viechito de los Ideas

Edición del 13 de julio de 2012.



Historia de una granjita con historia

Por PEDRO ANTONIO GARCÍA / Fotos: MARTHA VECINO

CORRÍA el mes de abril de 1953. En los preparativos del asalto al cuartel Moncada, Fidel y Ernesto Tizol andaban buscando un lugar que sirviera como cuartel general. En la carretera de Siboney, a mano derecha viniendo de Santiago, divisaron una casa de mampostería pintada de blanco, delimitada por una cerca de madera también de blanco, con la punta de las estacas en rojo. Al corredor de entrada, hasta el portal de la vivienda, lo flanqueaban arecas. “Qué, ¿te parece buena?”, indagó Fidel. Tizol asintió: “Creo que sí, a primera vista”.

Pronto contactaron con el propietario de la granjita, José Vázquez Rojas, *Pepe*, como le conocían los clientes de su garaje en la avenida Garzón. Supieron por él que la finquita se llamaba Villa Blanca y que el terreno una vez había pertenecido a la Juraguá Iron Company. Tizol presentó a Abel Santamaría como el supuesto dueño de la granja de pollos que pensaban establecer en el lugar. Con su carisma, el segundo jefe del Movimiento se ganó el afecto de los santiagueros. Como encargado del negocio, ordenó la construcción de gallineros con el frente cerrado hacia la carretera, ya que su verdadero uso era ocultar los autos de los asaltantes.

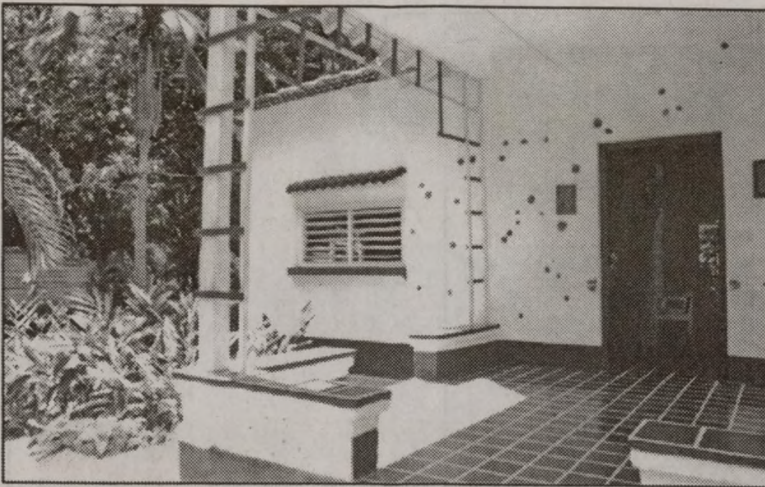
Cuenta Ramón Salmón, uno de los contratados para la preparación de la granjita que un día Abel le mandó a buscar un cubo con mezcla. Al

día siguiente se lo encontró de lo más contento. “¿Se fijó en el trabajo que hicimos en el pozo?” El empleado pudo comprobar que le habían hecho un brocal con ladrillos a aquel pozo seco, al cual iban a tapar con una palangana llena de tierra. Años más tarde Salmón confesaría a un periodista: “Después me di cuenta de que era la coartada que habían preparado para esconder las armas”.

A casi seis décadas de aquellos sucesos, la museóloga María Modesta Coya García recibe al equipo de **BOHEMIA** a la entrada de Villa Blanca, bautizada por el pueblo cubano, para siempre,

Erigida en un terreno comprado a la Juraguá Iron Company, Villa Blanca era la vivienda de veraneo de su propietario.

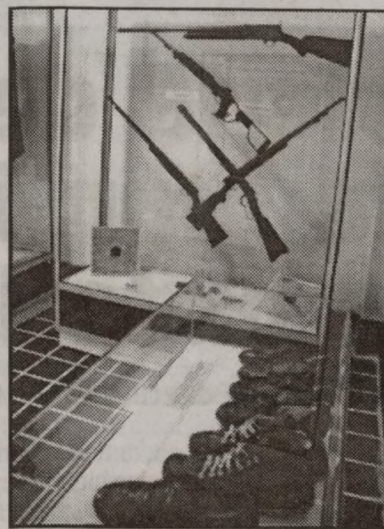




Para aparentar un enfrentamiento armado y ocultar sus crímenes a sangre fría, los batistianos tirotearon el portal de Villa Blanca.



Máquina de coser original con la cual Melba y Haydée hicieron arreglos a la ropa de los revolucionarios y pertenencias de los asaltantes al Moncada que atesora hoy la Casa Museo.



como Granjita Siboney. Nos señala el portal con visibles impactos de bala. "Aquí nunca hubo combate. En la noche del 26 de julio, trajeron cinco cadáveres y los colocaron en distintas partes. Luego tirotearon la fachada para simular un enfrentamiento armado. Esta no es la puerta original, de dos hojas, destruida por los guardias".

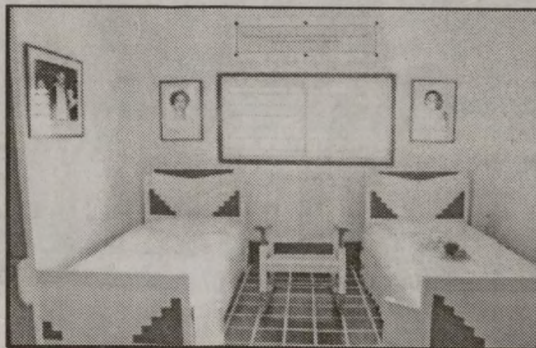
Entramos. Casi junto a la puerta, nos dice, colocaron a Manuel María Rojo, torturado y asesinado en una mazmorra del Moncada. Al fondo de la sala central depositaron los restos de Boris Luis Santa Coloma, también ultimado tras caer prisionero. A los cuerpos sin vida de Fernando Chenard Piña, Giraldo Córdova Cardín y José Antonio Labrador Díaz los arrojaron en distintos puntos afuera de la casa. A Miguel A. Ravelo, ya cadáver, lo trajeron en la madrugada del 27 y lo tiraron ante la entrada de vehículos. "Esta es la habitación de las muchachas", nos indica María Modesta. "La de la derecha era de Haydée, es la única original. La de Melba es una réplica hecha después". Encima de la cama de Yeyé dormita una rosa roja. "Esta es una petición que Melba nos hiciera el 23 de julio de 2003, cuando nos visitó, que todos los días le pusiéramos una flor cualquiera de las que crecen en el museo", explica nuestra guía.

Salimos al traspatio. "Aquello es una réplica de un gallinero mandado a construir por Abel, mucho menor que el original". A una interrogante nuestra, la museóloga responde: Los familiares de José Vázquez habitaron la casa hasta 1965. El 23 de julio de ese año pasa a ser museo y toma el nombre definitivo de Granjita Siboney".

Llegó la hora de la partida. La fotógrafa acciona una y otra vez su cámara para captar la fachada de la vivienda. Imagino una escena, 59 años atrás. En la sala central están reunidos unos 120 jóvenes, entre ellos dos muchachas.

Fidel, con apenas 27 años, se dirige a sus compañeros: "Podrán vencer dentro de unas horas, o ser vencidos, pero de todas maneras, oiganlo bien, compañeros, de todas maneras este Movimiento triunfará... (1)". Abel toma la palabra: "Es necesario que todos vayamos con fe en el triunfo, pero si el destino nos es adverso, estamos obligados a ser valientes en la derrota, porque lo que pase en el Moncada se sabrá algún día, la historia lo registrará y nuestra disposición de morir por la patria será imitada por todos los jóvenes de Cuba... (7)". Raúl Gómez García se adelanta, con unas cuartillas garbateadas en la mano, y recita: *Ya estamos en combate./ Por defender la idea de todos los que han muerto/ para arrojar a los malos del histórico tempo/ .../ Luchemos hoy o nunca por una Cuba sin esclavos./ Sintamos en lo hondo la sed enfurecida de la Patria/ Pongamos en la cima del Turquino la Estrella Solitaria.* Se hace un breve silencio, roto por unas 120 voces emocionadas que entonan el Himno Nacional.

Camas en las que, durante su estancia en Villa Blanca, durmieron Melba y Haydée. Solo la derecha es original. Foto de la derecha, sala central. Aquí Fidel y Abel arregaron a sus compañeros en la madrugada del 26 de julio y Raúl Gómez García recitó su poema *Ya estamos en combate.*





VICTORIA DE LAS IDEAS

Edición del 25 de julio de 2003

Mártires del 26 de Julio

Dibujos: XIOMARA CRESPO

CAÍDOS EN EL CUARTEL MONCADA



Remberto Abad Alemán
Rodríguez



Gerardo Antonio Álvarez
Álvarez



Tomás Álvarez Breto



Juan Manuel Ameijeiras
Delgado



Antonio Betancourt Flores



Flores Betancourt
Rodríguez



Gregorio Careaga Medina



Alfredo Corcho Cinta



Pablo Cartas Rodríguez



Rigoberto Corcho López



Giraldo Córdova Cardín



José Francisco Costa
Velázquez



Fernando Chenard Piña



Juan Domínguez Díaz



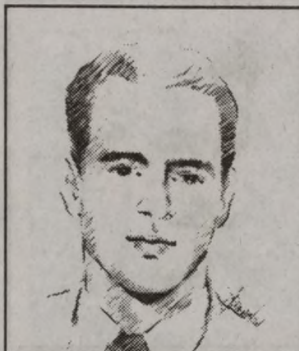
Víctor Escalona Benítez



Gildo Fleitas López



Jacinto García Espinosa



Raúl Gómez García



Virgilio Gómez Reyes



Manuel Gómez Reyes



Renato Miguel Guitart Rosell



Guillermo Granados Lara



Emilio Hernández Cruz



Manuel Enrique Isla Pérez



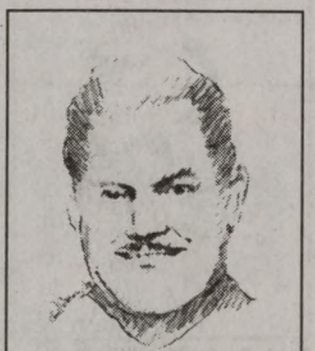
José Antonio Labrador Díaz



Reinaldo Boris Luis
Santa Coloma



José de Jesús Maderas
Fernández



Pedro Marrero Aizpurúa



Marcos Martí Rodríguez



José Wilfredo Mathéu Orihuela



Horacio Mathéu Orihuela



Roberto Mederos Rodríguez



Ramón Ricardo Méndez Cabezón



Dr. Mario Muñoz Monroy



Carmelo Noa Gil



Miguel Ángel Oramas Alfonso



Oscar Alberto Ortega



Julio Máximo Reyes Cairo



Ismael Ricondo Fernández



Félix Rivero Vasallo



Manuel María Rojo Pérez



Manuel Saiz Sánchez



Abel Santamaría Cuadrado



Osvaldo Socarrás Martínez



Elpidio Casimiro Sosa González



José Luis Tasende de las Muñecas



Julio Trigo López



Gilberto Barón Martínez

**CAÍDOS
EN EL
CUARTEL
DE BAYAMO**



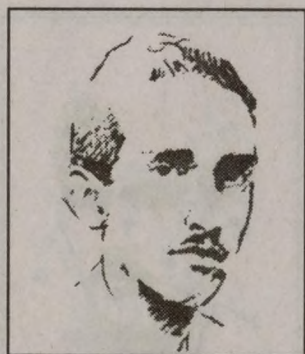
Pablo Agüero Guedes



Hugo Camejo Valdés



Raúl de Aguiar Fernández



Armando del Valle López



Rafael Freire Torres



Luciano González Camejo



Ángel Guerra Díaz



Lázaro Hernández Arroyo



Mario Martínez Ararás



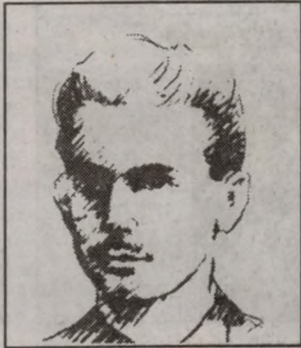
Rolando San Román
y de las Llamas



José Testa Zaragoza



Andrés Valdés Fuentes



Pedro Véliz Hernández

Víctimas de la población civil

Miguel Cala Reyes (*Niño Cala*)
 Miguel A. Ravelo Ravelo
 Rubén Cordero Sánchez
 Eduardo Ambrosio Hernández Ravella
 Rolando del Valle
 Armando Miranda Montes de Oca
 Pedro Romero Fonseca
 Francisco Viera Millán
 Raúl Villarreal

**CAÍDOS
 POSTERIORMENTE
 EN LA LUCHA
 CONTRA
 LA TIRANÍA**



Antonio *Níco* López
Fernández



José Ramón Martínez Álvarez



Julio Díaz González



Ciro Redondo García



Humberto Valdés Cazañas



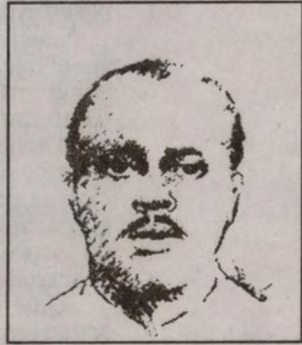
Vicente Chávez Fernández



René Bedía Morales



Reinaldo Castro Fernández



Armando Mestre Martínez



Edición
del 23 de julio
de 1971.



LA GENERACIÓN DEL CENTENARIO

Aquella asombrosa organización

Por MARIO MENCÍA

CUANDO en la madrugada del 26 de julio de 1953 se escucharon repetidas detonaciones en el cuartel Moncada, de Santiago de Cuba, y en el de la capitanía del ejército en Bayamo, muy pocos pudieron quizás deducir que anunciaban el inicio de la última etapa de un proceso de liberación, comenzado en verdad en La Demajagua desde el año 1868. Aquellos fueron, al mismo tiempo, los primeros disparos efectivos contra la dominación del imperialismo yanqui en nuestro Continente, engarzados en la medianía de una lucha más amplia que no terminará sino hasta su completa liquidación a escala mundial.

Esta es la significación más totalizante en que pueden ser enmarcados hoy aquellos sucesos.

Ambos aspectos, sin embargo, solo eran imaginables entonces en tanto que perspectiva de futuro, por lo que —consecuentemente— no es raro que pasasen inadvertidos en aquel momento.

Nuestro pueblo presenciaba asombrado —eso sí— el nacimiento en su seno de una verdadera vanguardia revolucionaria. La **Generación del Centenario** irrumpió con las armas en la mano en el acontecer histórico, mediante una acción sin precedentes en nuestra vida republicana.

Mas, no fue sólo el pueblo el asombrado. Todo el aparato policiaco y represivo de la tiranía quedó sorprendido por los acontecimientos que se desarrollaron aquel domingo 26 de julio.

¿Quiénes eran, de dónde procedían, cómo se armaron, cómo se adiestraron, cómo pudo coordinarse durante meses más de un millar de hombres para tan arriesgada acción armada sin ser descubiertos, sin que se produjeran en sus filas

traiciones ni delaciones?, fueron preguntas que todos se plantearon inmediatamente después.

Diez y ocho años han pasado (este trabajo fue publicado en el año 1971. NR), y el tiempo ha permitido ya dar respuesta a cada una de esas interrogaciones.

Génesis de "El Movimiento"

"Ahí van los comunistas", "esos son los comunistas" cuentan que oyeron decir a su paso algunos de los que participaron en aquel desfile multitudinario hacia el Parque Central de La Habana, el 28 de enero de 1953. La inusual disciplina con que marcharon aquellas compactas escuadras de jóvenes motivó esos comentarios desde las aceras a lo largo del recorrido. Mas, ¿qué factor en verdad catalizaba las voluntades de los hombres que ese día se manifestaron masivamente por primera vez en público, y que seis meses más tarde se inscribirían en nuestra historia como los **Asaltantes del Moncada**?

La realidad concreta entonces existente en Cuba condicionó el surgimiento de una vanguardia que venía a receptor en su coraje el acervo revolucionario de nuestro pueblo.

Concentraba en su actitud toda la fuerza del odio popular a la opresión, toda la energía acumulada ante tanto escamoteo reformista y entreguista de sus sacrificios y luchas por la libertad y la felicidad; heredaba la dignidad de un pueblo siempre insumiso, y su inagotable capacidad de reacción ante la adversidad, su tradición patriótica y su intransigencia revolucionaria.

Una tarea heroica a cumplir, luchar contra la dictadura y todo lo que esta representaba y sostenía, fue el factor de energizante de aquella legión de avanzada.

Nueve meses habían transcurrido desde el cuartelazo que derrocó el último gobierno "democrático" burgués -constitucionalmente elegido- que conocería la República satelizada.

Estrechados miserablemente los gobiernos "auténticos" a una práctica desvergonzada que resultaba la negación de sus orígenes, el madrugonazo batistiano devino entierro final de las esperanzas revolucionarias de la lucha contra Gerardo Machado. De esta manera, los escasos disparos por confusión en las inmediaciones del Palacio Presidencial, la mañana del 10 de marzo de 1952, fueron los últimos contra el cadáver de la Revolución del Treinta.

Una vez más, en la larga historia -que diez y seis años después completaba su primer siglo- el pueblo se veía forzado a enfrentar la tarea de extraer fuerzas a sus frustraciones para iniciar de nuevo la lucha por su liberación.

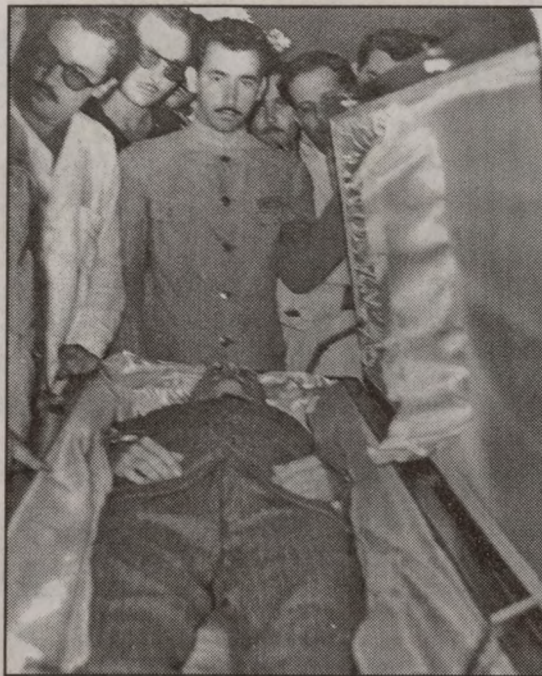
Mientras en la tramoya politiquera se escenificaba un bochornoso espectáculo de división, sumisión, entrega o miedo, día a día tomaba cuerpo, cada vez más estructurada, una nueva organización, clandestina, orientada hacia la lucha armada y que en nada era similar a los partidos políticos convencionales de esa época en nuestro ámbito: "A un Partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular que salve a Cuba", había anticipado el periódico mimeografiado **El Acusador**, distribuido ante la tumba de Eduardo Chibás (fundador del Partido del Pueblo Cubano -Ortodoxo-) el 16 de agosto de 1952, entre los asistentes al acto de recordación con motivo del primer aniversario de su muerte.

"Quien tenga un concepto tradicional de la política podrá sentirse pesimista ante este cuadro de verdades", también se decía en aquel mensaje: "Para los que tengan, en cambio, fe ciega en las masas, para los que creen en la fuerza irreductible de las grandes ideas, no será motivo de aflojamiento y desaliento la indecisión de los líderes, porque esos vacíos son ocupados bien pronto por los hombres enteros que salen de las filas".

A principios del año 1953 esos vacíos ya habían comenzado a llenarse. No obstante, fuera de los comprometidos con la organización, nadie conocía que los bloques iniciales de jóvenes que encabezaban el desfile del 28 de Enero estaban integrados por los primeros militantes del futuro Partido de la Revolución que en aquellos tiempos únicamente ellos sabían existente, aunque todavía sin un nombre y sin una estructura formal, y al que se referían con el simple apelativo del Movimiento.

Un Partido para hacer la Revolución

El golpe militar de Batista -con la aquiescencia del gobierno estadounidense, ante la inminente posibilidad de un triunfo en las urnas del Partido Ortodoxo- solo tres meses antes de las elecciones presidenciales, cancelaba de inicio toda perspectiva electoral.



Quedaba únicamente agotar la vía jurídica. Y ésta demostró su total obsolescencia y total supeditación al poder ejecutivo en aquella sociedad, con el engavetamiento indefinido de la denuncia por sedición, traición, rebelión y ataque nocturno hecha por Fidel contra el tirano, ante el Tribunal competente. "Pasaron los días y pasaron los meses. ¡Qué decepción! El acusado no era molestado, se paseaba por la República como un amo, le llamaban honorable señor y general, quitó y puso magistrados, y nada menos que el día de la apertura de los tribunales, se vio al reo sentado en el lugar de honor, entre los augustos y venerables patriarcas de nuestra justicia", ironizaría Fidel durante el juicio por sucesos del 26 de Julio meses después.

Liquidadas las vías electoral y jurídica, quedaba desbrozado el único camino a seguir con dignidad y decoro: la lucha armada revolucionaria. Ya esta decisión imbuía el espíritu de aquellos jóvenes que encabezaban el desfile del 28 de enero de 1953.

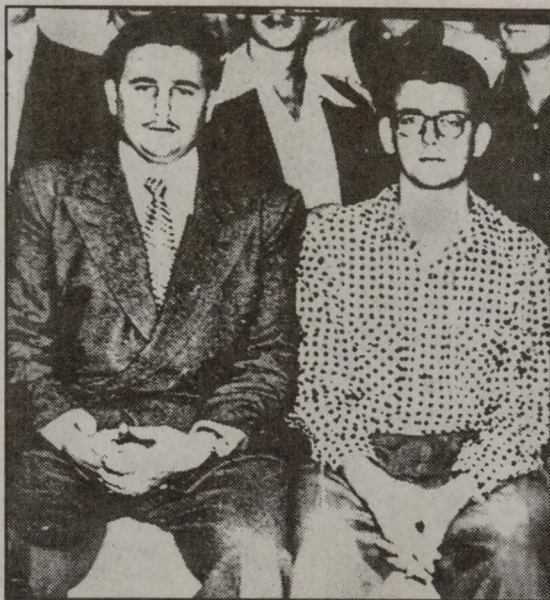
Durante todo ese tiempo -de marzo del 52 a enero del 53- se estuvo gestando un hecho de especial significado. Aparente coincidencia temporal, en los precisos instantes de conmemorarse el Centenario del Natalicio de Martí, el Movimiento resultaba históricamente la segunda organización partidaria secreta que se creaba en Cuba con el fin de promover la revolución y utilizando como vía la lucha armada.

Sin olvido de los inconclusos proyectos revolucionarios de Antonio Guiterras, el único antecedente sustancialmente válido por los resultados -en efecto- se remontaba al año 1892 con la estructuración del Partido Revolucionario Cubano de José Martí.

Más adelante, cuando en la instrucción de la causa por los sucesos del 26 de julio de 1953, Fidel señalaba a Martí como autor intelectual de aquellos acontecimientos, esa coincidencia transpa-

El Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) concentra las esperanzas populares de rectificación, con la figura de Eduardo Chibás al frente. Su inmolación fue su último llamado a la conciencia pública. La escena recoge el instante de su cadáver a la Universidad de La Habana. Fidel está entre los presentes, a la derecha.

Fidel y Abel, máximos dirigentes del Movimiento, durante un acto cívico en Santiago de las Vegas.



rentó nitidamente la continuidad histórica entre el Movimiento y el Partido martiano.

El programa de transformaciones económicas y sociales que el Movimiento se proponía poner en práctica tras el triunfo, determinaba una ruptura conceptual con el fatalismo geopolítico y la supeditación de nuestra nación a los dictados imperialistas; la vía para la toma previa del poder infería a su vez la liquidación del concepto de la imposibilidad de un triunfo armado contra el ejército, usual no sólo en nuestro país sino también en las demás repúblicas latinoamericanas, donde se había erigido en axioma el mito de “con el ejército o sin el ejército, pero jamás contra el ejército”.

El plan consistía en promover una insurrección armada popular. Partiendo de las experiencias mambisas, las armas serían tomadas del enemigo para ser entregadas al pueblo. La táctica del asalto por sorpresa al cuartel Moncada conllevaba este fin. La toma del cuartel de Bayamo sería una operación de apoyo a la acción de Santiago de Cuba, con el propósito de cortar las vías de refuerzos militares de la tiranía sobre la capital oriental. Afianzada la insurrección en Oriente se promovería su extensión hacia las demás provincias hasta transformarla en un movimiento armado de todo el pueblo.

Nada quedaba al azar: de fallar estas acciones se continuaría la lucha en las montañas, razón por la que junto a otras consideraciones favorables señalaban la conveniencia de iniciar la revolución en la región oriental.

La determinación del 26 de julio como fecha de inicio –curiosamente– se asentaba en las mismas consideraciones que condujeron al señalamiento del 24 de febrero de 1895 como comienzo del alzamiento final contra la dominación española: la posibilidad de movimientos desapercibidos por ser día domingo y en celebración de festividades carnalescas.

No adolecería esta identidad entre el Movimiento y el PRC la deficiencia de todo trasplante mecánico. Tomaba los principios polí-

ticos y organizacionales vigentes en las más radicales corrientes revolucionarias de nuestro pasado –en tanto que reiteradas similares motivaciones– ajustándolos a las necesidades del nuevo presente.

El decurso del tiempo, por otra parte, configuraba una distinta realidad social, nacional e internacional, a la que no podía sustraerse una correcta práctica revolucionaria. El libro de Lenin –perteneciente a Abel Santamaría– tomado entre las pertenencias de los moncadistas, y la diáfana metodología leninista de análisis del Estado evidente en la autodefensa de Fidel –“La Historia me absolverá”–, completaban los parámetros ideológicos profundamente arraigado uno (el martiano) y otro en sedimentación (el marxista leninista), con que ese núcleo inicial haría irrupción en la historia.

De esta manera, en primera y última instancia, el contexto económico, político y social del país –como parte de una determinada coyuntura internacional en la que engranaba– había generado El Movimiento y éste, a su vez, “creó una nueva dirección y una nueva organización, que repudiaban el quietismo y el reformismo, que eran combatientes y decididas y que en el propio juicio levantaban un programa con las más importantes demandas de la transformación económico-social y política exigida por la situación de Cuba y que, como consecuencia, rechazaban el plattismo de los viejos dirigentes que fueron dejando atrás, perdiendo influencia en las masas”, según puntualizaría el comandante Raúl Castro, ocho años más tarde.

La Organización

El Movimiento comenzó a estructurarse inmediatamente después que un pequeño grupo de jóvenes ortodoxos, formado entre otros por Abel Santamaría, Jesús Montané, Melba Hernández, Haydée Santamaría, Boris Luis Santa Coloma, Raúl Gómez García y otras, se unieron al joven abogado –también militante del Partido Ortodoxo– Fidel Castro, pocos días después del golpe militar del 10 de marzo, en abril de 1952.

En la medida en que ingresaban en El Movimiento, todos sus miembros quedaban incorporados a una determinada célula, integrada por seis o siete hombres, uno de los cuales fungía como su jefe. Las células estaban perfectamente compartimentadas. Entre ellas no existía contacto alguno, aunque varias formaban un grupo, y así sucesivamente hasta llegar al comando superior del Movimiento.

En la Universidad de La Habana –uno de los diversos sitios donde desarrollan las prácticas de tiro y ejercicios de combate– “nos veíamos ciento y pico de compañeros entre un día y otro –han relatado algunos de los sobrevivientes del grupo de Lawton–, pero jamás se nos ocurrió preguntar el nombre de los demás. No nos preocupábamos por intimar con otras células ni averiguar lo que hacían: estaban prohibidas esas relaciones; y de esa forma, disciplinadamente, funcionábamos y ejecutábamos las labores que nos indicaban”. Estos dos rasgos, la discreción y la disciplina, constituyeron aspectos funda-

mentales de estricto cumplimiento para todos los miembros del Movimiento.

A lo largo de toda la estructura de la organización era observable la división de funciones. El comando superior de dirección era como un pequeño Estado Mayor; a él pertenecían, dirigidos por Fidel, Abel Santamaría, que era el segundo jefe de el Movimiento; José Luis Tasende, Renato Guitart, Antonio (Nico) López, Pedro Miret, el doctor Mario Muñoz y Jesús Montané. Cada uno ejecutaba un determinado tipo de función y solo él conocía los detalles de la tarea que se le encomendaba.

Esta norma también regía la actividad de los miembros de las células. "En una, oportunidad —ha referido Reinaldo Benítez— Fidel citó a Israel Tápanes para una misión. En aquel momento yo era jefe de la célula, y ésta es la hora en que todavía no sé lo que conversó con él, porque a pesar de que yo era el responsable, no tenía por qué enterarme: fue una tarea que Fidel le encomendó directamente. Carlos González Tápanes y yo vivíamos en la misma casa de huéspedes. Éramos amigos personales, pertenecíamos a la misma célula, pero jamás nos comunicábamos las cosas cuando no correspondía".

Esta característica fue un factor determinante para la seguridad de la organización. Se mantuvo en todo instante, incluso en las horas previas a la ejecución del plan. Raúl Castro —que dirigiría uno de los operativos— solo supo que la operación se ejecutaría en la provincia de Oriente, cuando junto a otros compañeros le fue entregado el boleto para hacer el viaje por tren, y vio que el destino era Santiago de Cuba. A excepción de quienes conducían los automóviles, el resto de los participantes ni siquiera supo a dónde se dirigían. Únicamente cuando se distribuyeron las armas en la granja de Siboney, pocos instantes antes de salir para la acción en la misma madrugada del 26 de julio, es que se dio a conocer en qué consistía el plan: hasta ese momento solo fue conocido por algunos de los ocho miembros del comando superior de dirección.

La Militancia

—Pero diga al Tribunal cómo los convenció— insistía el Fiscal durante el interrogatorio al acusado por los sucesos del 26 de julio de 1953, al tiempo que señalaba al resto de los detenidos en la sala del Tribunal.

—Lo cierto es que no tuve que persuadirlos. Ellos se mostraron ante mí convencidos de que el camino que debíamos tomar era el de ha armas; una vez agotados todos los demás caminos posibles, había el peligro de que esta generación se anquilosara y se perdiera. Conociendo cómo pensaban, les expuse mi plan y lo aceptaron. Los conocía a casi todos como militantes del Partido Ortodoxo...

Se escogían los mejores, los que más trabajaban, muchachos honrados, sin maldad en el sentido de ser confiables, de no descubrir el Movimiento. Explicó en cierta oportunidad Gabriel Gil: "Nosotros teníamos un grupo de veintitres a veinticuatro compañeros. Sus integrantes teníamos que ser los mejores; velar que no fueran

gente viciosa, de escándalos, no podíamos estar bebiendo. Existía un sistema de chequeo mutuo; todo el mundo vigilaba a los demás".

"Suspender todo tipo de actividad peligrosa no dispuesta por la dirección del Movimiento; ejecutar en completo secreto las instrucciones; estar dispuesto a hacer lo que fuese necesario, estar pendiente para movilizarse cualquier día, a cualquier hora y en cualquier lugar", explica el hoy capitán Pedro Aguilera, que fueron las normas que puntualizó Fidel en la primera entrevista que tuvo con el grupo de Palma Soriano, encabezado por Oscar Alberto (Nito) Ortega. "Y nuclear muy cuidadosamente nuevos compañeros, gente sana, modesta, decidida: vigilar mucho su origen", agrega.

"Todo el que ingrese en el Movimiento lo hará como soldado de fila. Los méritos o cargos que hubiera tenido en el Partido Ortodoxo no cuentan para nada aquí, la lucha no será fácil y el camino a recorrer largo y espinoso: nosotros vamos a tomar las armas frente al régimen", enfatizó Fidel a los miembros de una fracción de ese Partido, que acababa de incorporarse al Movimiento en septiembre de 1952.

El Movimiento jamás se preocupó por captar ninguna figura de relieve dentro del juego de los partidos políticos. La única excepción fue hecha con otro joven dirigente de gran arraigo popular en las filas de la ortodoxia: Juan Manuel Márquez, por su probadas condiciones revolucionarias que, con el transcurso del tiempo, lo llevarían a ocupar la segunda responsabilidad en la expedición del *Granma*.

Días antes del 26 de julio intentó tomarse contacto con él para que participara, pero Juan Manuel se encontraba trabajando en la clandestinidad en la provincia de Matanzas, y no pudo ser localizado.

La extracción social, política y económica modesta, fue un elemento determinante para la selección de los participantes en el Movimiento. Las personalidades con que se obtuvieron peso a peso a los \$16 480 a que ascendió el total de los gastos básicos efectuados para el 26 de julio (cifra que encierra increíbles gestos de desprenderse, desinterés y sacrificio aún en las más perentorias necesidades familiares) es una dramática demostración de cómo este aspecto fue cumplido dentro del más estricto rigor. Por eso, cuando en el juicio el Fiscal preguntó a Fidel si contaba con la ayuda de algún miembro del gobierno para el triunfo de su plan, recibió una respuesta aguda: "Solo contamos con nuestro propio esfuerzo y con la ayuda de todo el pueblo de Cuba, que la habríamos obtenido si hubiéramos podido comunicarnos con él a través de la radio. La posibilidad de que algún personero civil o militar del régimen nos ayudara es totalmente inverosímil".

—¿Entonces, solamente contaba con el pueblo?

—Sí, con el pueblo; yo creo en el pueblo.

Disciplina, decisión y discreción

A las 5:15 de la madrugada del 26 de julio de 1953, con precisión de minutos y segundos, comenza-





Nico López,
Melba Hernández,
René Reyné
y Raúl Castro,
poco tiempo antes
del asalto al cuartel
Moncada.
Nico López y René
Reyné, caerían
cuatro años
después cuando
el desembarco
del Granma.

ron simultáneamente las acciones armadas en Bayamo y Santiago de Cuba. Culminaban así dieciséis meses de ardua preparación caracterizados por una rigurosa disciplina, discreción, responsabilidad, organización y dedicación revolucionaria, que permitieron mantener en absoluto secreto las actividades clandestinas de cerca de dos mil personas entrenadas por El Movimiento durante ese periodo. La limitada cantidad de pertrechos obtenidos tan trabajosamente impidió que muchos más participasen en las acciones de ese día.

La disciplina y la discreción estaban dadas en la propia estructura de la organización, que adoptaba todo tipo de medidas de seguridad. Sólo Renato Guitart residía en Santiago de Cuba, lugar donde se efectuó el ataque principal, y en Bayamo —el segundo punto táctico elegido para las acciones— no vivía ninguno de los combatientes.

Los miembros del Movimiento que participaron ese día en las acciones fueron escogidos muy

cuidadosamente. Entre otros aspectos determinantes, tenían que haber pasado una especie de examen de capacitación militar.

El valor y la disposición a entrar en combate en cualquier instante, eran factores determinantes para mantenerse dentro del Movimiento. En distintas ocasiones se hicieron citaciones de alarma para concentrarse en alguno de los apartamentos disponibles. La ausencia a estos llamados o a las prácticas se tomaba en cuenta para desconectar de la organización al infractor.

Los propios militantes se encargaban de vigilar el cumplimiento de las normas de disciplina y discreción aunque la facultad de decidir la separación de cualquiera que las infringiera solo podía ser ejercida por Fidel y Abel.

“¿De qué forma llegábamos a la Universidad? ¿De aquí estoy porque llegué?” —ha detallado un combatiente de entonces—. “No. Había un sistema especial. Sencillamente se nos citaba —en el caso nuestro siempre estábamos en Prado No. 109, que era uno de los lugares de contacto con Fidel—, nos daban una contraseña, digamos un papel escrito cortado a la mitad, que se completaba con la del ‘portero’ de la Universidad. Se nos decía: ‘Ve a la Universidad y pregunta por fulano (siempre un nombre supuesto, desde luego) y entrega este papel’. Esa era la contraseña”.

Ilustrar con todo el posible anecdotario el elevado concepto de cumplimiento de las reglas de disciplina y discreción por parte de los miembros del Movimiento, resulta —por copioso— prácticamente imposible. Baste señalar que, por ejemplo, los hermanos Pedro y Julio Trigo pertenecían a la organización, pero incorporados por separado a distintas células, ninguno de los dos sabía que el otro también era militante. “La camaradería, la disciplina y la discreción se ha hecho entre nosotros cosa cotidiana”, ha llegado a afirmar uno de los asaltantes que después también vino en el *Granma*: “En México, por ejemplo, mantuvimos el sistema de no preguntar a dónde se iba ni a qué. Hoy día todo es menos dramático; pero aún así si un compañero nos llama, enseguida estamos donde nos cita, sin preguntar nada, porque ése es el espíritu de disciplina que hemos desarrollado”.

Y de ese espíritu estaban imbuidos aquellos hombres que una madrugada, hace 18 años, con simples “escopetas de matar pájaros... trataron de tomar el cielo por sorpresa”, y señalaron con su sangre el camino de nuestra liberación.

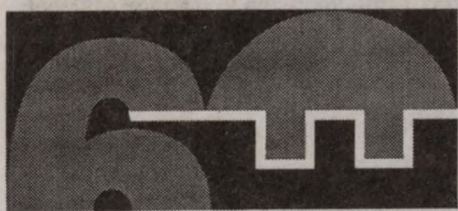
De los 152 hombres que participaron en las acciones del 26 de julio de 1953, apenas la mitad pudo presenciar el triunfo de la causa por la que luchó.

Solo 76 sobrevivientes vieron el amanecer del Primero de Enero de 1959. Sesenta y siete entregaron sus vidas —la mayor parte de ellos asesinados— en aquel mes de julio de la gesta inicial.

A partir de entonces, y para los años futuros que se cuentan en la memoria de los pueblos con la magnitud de siempre, fueron ellas el aliento esencial del Movimiento, aquella asombrosa organización. Ellos son los primeros abanderados de nuestra Revolución.



Edición
del 27 de julio
de 1973.



VICTORIA DE LAS IDEAS

**El más generoso, querido e intrépido
de nuestros jóvenes:**

Abel Santamaría

Por RICARDO VILLARES

BUSCAN fresco los vecinos a la sombra de sus portales, donde la teja amansa el sol de junio en húmedos matices de tierra. Es la estampa endomingada de la gente a lo largo de la calle, en sus tertulias de café y esquina, acodados a los barandales de reja, meciéndose los viejos en sus macizos sillones, penca en mano. Poco cambió Encrucijada desde que se descubriera pueblo en 1909, ya con más de cinco mil habitantes, multiplicada en la matriz de las casonas de madera que medio siglo atrás se construyeran "los señores Juan Alba y Bonifacio Herrera". La imagen de los nuevos tiempos cruza sin detenerse por la calle principal, la carretera, rumbo al central, a Santa Clara o las cercanas playas de la costa norte. Como ese carro rojo que siguen las miradas y algunos reconocen:

—Es el hijo de Santamaría, el carpintero jefe del Constancia.

Y aprueban las condiciones del buen hijo, que viene a ver al viejo en el Día de los Padres. Quien puede demuestra su memoria: Ese es Abel, que nació aquí mismo por octubre del 27, pero luego toda la familia se mudó al batey: Joaquina y Benigno con sus cinco hijos de nombres asonantes, como para que rimen en una buena décima: Aida, Aldo, Ada, Haydée y Abel.

Constancia

La casa de la niñez. El jardincillo que rodea los portales con verde frescura. El saludo del tejado rojo sobre el cielo casi blanco de luz. La sala pequeña, siempre en su orden, sólo modificado para abrir espacio al televisor que hace poco Abel le regaló al padre.

Es el segundo domingo de junio de 1953. Abel y Haydée vienen de paso desde La Habana, a saludar a los padres, a los hermanos, a los viejos amigos. Él sabe a dónde va: "Me habló de tomar cuarteles de la tiranía", recordará muchos años después su maestro de primaria, Eusebio Lima Recio. "¿Con qué, muchacho?" —le dije y me respondió: "Con palos o lo que sea". Abel es visita frecuente, desde que dejó Constancia hace cinco años, para trabajar y estudiar en la capital. Con los íntimos, siempre habla de la lucha por un tiempo mejor: primero en la esperanza de la ortodoxia, luego en la indignación contra el golpe militar de Batista. "Pero sobre todo aquel día me impresionó, con sus ideas insurreccionales". Está alegre como siempre Abel, vivaz, extrovertido, de nuevo en la raíz familiar de sus primeros veinte años.

La escuela

¿Cómo se le habrá ocurrido, tan pequeño? Joaquina lo cuenta sorprendida. Abel tiene seis



Al llegar a La Habana, por el día trabajó en la textilera Ariguanabo, por la noche estudia bachillerato.

años –aún viven en Encrucijada– y quiere ir a la escuela, pero no hay matrícula: están repletas las seis aulas y principalmente los primeros grados: habría que esperar al curso próximo... Pero no entiende Abelito aquellas razones dilatorias, y un día sale a la calle detrás de un policía: “Oiga, lléveme para la escuela, que estoy regado, sin estudiar”.

Un hueco más en el piso, porque ya no le alcanzan los pupitres, le ofrece la maestra Matilde Borroto, en su primer grado.

–Llegó con sus hermanas, muy limpios pantalones cortos, de tirantes, atento siempre, desenvuelto.

Así pide un pedazo de asiento y mesa:

–Claro, chico, la mitad para ti, la otra para mí.

A muchos niños de Encrucijada enseñó a leer esta maestra, pero siempre recordará con orgullo una cabeza rubia, una cabeza negra. Separadas en el tiempo, completándose en la historia, son las de Abel Santamaría y la de Jesús Menéndez.

Ese hombre que hoy le escucha hablar de “tomar cuarteles”, a quien ya clarea el pelo rebelde y le apuntan arrugas por la mejilla morena es

el Dr. Lima Recio, su maestro de segundo a sexto grado en la escuela del batey.

–Fue el mejor alumno de su curso: Hasta 25 muchachos se me reunían, era el aula única, de todas las edades...

El 24 de febrero de 1938 hay acto cívico. Abel –cuarto grado– viste guayabera y yarey. Empuña, bélico, el machete, recitando versos sobre la miseria del campesinado. Haydée también actúa. Joaquina cosió los trajes y ayudó en la escenografía y la cortina a modo de telón de boca.

Joaquina recuerda una alegría y una decepción: Abel había ganado un premio provincial del Ministerio, con el mejor trabajo escolar sobre “los tres reyes magos de la patria”. El título mitificaba la estampa revolucionaria de Martí, Maceo y Gómez, y traía un mensaje de promesa milagrosa: “Creí que en una beca y me puse muy contenta”. Pero todo se limitó al diploma. Abel arguyó: “¿Quiéres algo más lindo que haber ganado un premio por escribir sobre Martí?”.

En Constanza la escuela terminaba en el sexto grado. Lima aconseja lo posible: que vaya con el tío al central, a la oficina y la tienda para formarse en la práctica del comercio. Y que siga leyendo.

Estudio y trabajo

Abel trabajará desde los once años con vales y miserias, pagando y cobrando el hambre. Un día cuenta al llegar a casa:

–Hacían cola para pedir trabajo, para pedir pesetas... Mamá, había uno pidiendo para medicinas, pero no le dieron nada.

Una noche entra con gran prisa por lavarse las manos:

–Tienen peste a dinero.

En 1947 decide irse a trabajar a La Habana, porque allí podrá estudiar. Su primo Fito –“su mejor amigo desde niños, su hermano mayor”– le ofrece la casa y empleo en la textilera Ariguanabo. Por el día matricula Comercio y por la noche Bachillerato. Quiere ser médico o ingeniero. Milita en la juventud ortodoxa. En 1948 viaja al central, para promover con Haydée y un grupo de amigos la campaña presidencial de Chibás. Vuelve en 1951, tras el suicidio del líder político. Luego en 1952, después del cuartelazo. Trae en el bolsillo el carnet 250 del Instituto de La Habana, sesión nocturna, tercer año, con su foto en camisa, expresión seria, espejuelos, pelo lacio. Dice a un amigo:

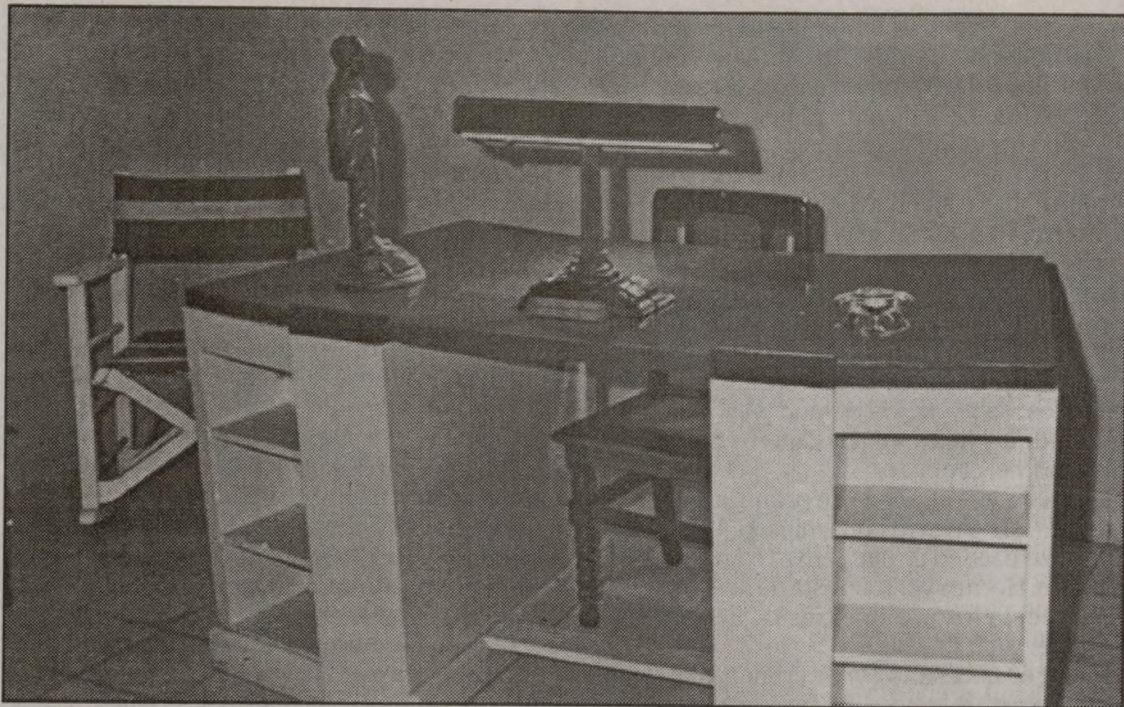
–Ya verás que aparece el sustituto de Eddy, pero con una ideología distinta.

–Ya conocía a Fidel.

La Habana del cuartelazo

Cuenta su primo –Adolfo Vázquez– que, por las noches, Abel salía dormido a la azotea. Recorría aquella Habana escudriñando su pobreza. Cuando los padres le visitan, les muestra un portal lleno de indigentes: “¿Qué ustedes creen de esto, mamá, Nino? ¡Aquí hay que hacer algo!” Es el

El escritorio
que Fidel trasladó
a O y 25.



Montané. Pero *El Acusador* fue repartido y aunque les destruyen el mimeógrafo –“nos había costado una fortuna: 75 pesos”– se seguirá imprimiendo en el laboratorio de otro joven de esos tiempos: Oscar Alcalde.

Tras “un juicioso sermón” el esbirro Ugalde Carrillo deja en libertad a las mujeres, y al día siguiente van con Fidel y Yeyé a visitar a los presos. Por el camino, Fidel se registra los bolsillos, encuentra un peso y lo invierte en fuma para los detenidos. Abel recobrará su habitual aspecto “siempre con un tabaco en la boca”, y se las arregla para sacar risas del relato de su prisión.

Fecha y retrato de Abel

El SIM lo describe aquel día, y así consagra su imagen revolucionarla en los siniestros archivos:

Abel Benigno Santamaría Cuadrado Pérez. Natural de Encrucijada, Las Villas. Nacido el 20 de octubre de 1927. Empleado. Soltero. Vecino de 25 número 164 apartamento 603, Vedado. 180 centímetros. Fuerte. 75 kilogramos. Rubio. Ojos pardos. Cutis blanco. Fichado por desacato y clandestinidad. Detenido imprimiendo en mimeógrafo “El Acusador” donde se injuria al general Batista.

Pero este Abel, que comienza a elevar con la revolución su talla precursora de líder y combatiente, deja por ese tiempo otra imagen familiar: la de sus 25 años en plenitud de vida, trabajador y estudiante, enamorado, lector y bailarín.

–Le gustaban las fiestas, el baile, y era de muchas amigas –lo dice su compañera del Instituto, Rosita Fernández–. Tenía una cierta atracción para las mujeres. Sin embargo no se enamoraba

fácilmente. Se ilusionaba con una muchacha y cuando salía varias veces con ella, se aburría.

Se cuenta que salió varias veces con una amiga a la que sabía divorciada, con una hija de cinco años. Sería la última vez, la única que fue a buscarla a la casa: le vio dejar a la niña durmiendo, sola, y Abel no lo pudo olvidar: en medio del baile le dijo: “nos vamos”. A la puerta le advirtió: “cuando tengas con quién dejar a la niña, me llamas”. No quiso volverla a ver.

Físicamente, así lo describe Rosa:

–Era un muchacho más bien rubio, de pelo lacio, casi siempre despeinado, con los ojos de mirada triste. Usaba espejuelos con armadura de carey. En contradicción con los ojos, la boca siempre reía, mostrando los dientes grandes. (Sin embargo, otros compañeros hablan de la “expresión vivaz” y hasta “pícaro” de sus ojos). Era alto, robusto, de cuello y hombros anchos. Se paraba con las rodillas hacia atrás y los codos hacia delante, como si tuviera descoyuntados los brazos. Sus manos eran bonitas, de dedos largos. En general, se cuidaba poco su apariencia personal.

En su apartamento, el mueble principal era el librero.

–Abel y yo estábamos orgullosos de él –dice Yeyé–. Había novelas y ensayos, pero sobre todo biografías, historia y mucha política. Martí y Lenin estaban bien representados.

La Habana del centenario

Escalinata abajo, desde las columnas del pórtico, viene una juvenil multitud, encendiendo la noche con sus antorchas. Van hacia la Fragua Martiana, donde el archivo de José Martí se guarda en las canteras de su presidio político. San

Lázaro abajo corean **Revolución, revolución.** Al frente del grupo más compacto va Fidel. El pueblo, asomado a ventanas y balcones, se sorprende con aquella combativa disciplina. Abel "corre de un lado para otro, impartiendo instrucciones a los jefes de grupo de los 500 compañeros que desfilan bajo nuestra organización, al lado de los obreros y estudiantes que miraban hacia el Apóstol en un momento trágico de la Patria", recordará Montané.

Era el 27 de enero de 1953, víspera del Centenario de José Martí.

El Movimiento se había organizado a partir del primero de mayo del año anterior, del encuentro que sellaba "la sorprendente identificación revolucionaria de Fidel y Abel", que haría del segundo "la mano derecha" del primer acusador de la tiranía.

Al apartamento de O y 25 llevó Fidel su escritorio. La organización se integró en forma celular, con un jefe por célula. Radicaban en La Habana y Marianao, en el interior de la provincia, en Pinar del Río, en Palma Soriano, Oriente. A fines del 52 comenzaron a entrenarse. Fidel, Abel, Pedro Miret, Ernesto Tizol y Pedro Trigo formaron el primer grupo de prácticas de tiro; en la finca de Calabazar donde vivía el último. Sobre la cobija de yarey de un bohío, en las prácticas pioneras, se retrataba Fidel, los brazos sobre los hombros de Abel y Tasende, junto a Níco López y Tizol. Otras células practican en el Club de Cazadores, en la Universidad...

Movimiento secreto y selectivo, formaron la Dirección Nacional, un Comité Militar y otro Civil, Jefe del Movimiento: Fidel Castro. Segundo jefe: Abel Santamaría. Ambos integraban también los comités Militar y Civil, en el primero junto a Pedro Miret, Tizol, Tasende y Renato Guitart; en el Civil, con Oscar Alcalde, Boris Luis Santa Coloma, Mario Muñoz y Jesús Montané.

En el Día del Centenario, ya 1,500 jóvenes estaban en el Movimiento, definidamente orientado a la lucha armada como paso hacia la Revolución social.

-En mi casa se discutía mucho -recuerda Haydée-. Abel y Fidel exponían el ideario martiano, el Manifiesto de Montecristi, los estatutos del Partido de Martí. Se hablaba de Reforma Agraria...

Abel ha dejado la agencia Pontiac y trabaja en una firma de contadores de la calle Industria. Le detienen otra vez, y amenazan de muerte en el Buró de Investigaciones. Registran su casa y lo interroga el siniestro Irenaldo García Báez. Son meses de intenso entrenamiento y ajuste de planes, reuniones en Prado 109, el café La Aurora de Artemisa, la Universidad. Se adquieren armas y uniformes. Abel entrevista y analiza a cada nuevo incorporado. "Con Fidel, ejerce una severa y justa crítica sobre cada militante". En ese tiempo, su vida es la historia del Movimiento.

A mediados de junio desaparece de La Habana. A las preguntas responde Fidel: "Está bien, en Pinar del Río, trabajando en una arrocera".

Hacia el Moncada

Aquel segundo domingo de junio Abel y Haydée van a acompañar a los padres hasta la playa de Isabela. Abel se acerca a su sobrina, la hija de Aida, a quien los revolucionarios hicieron cuna de una gaveta de O y 25. La niña duerme y Abel, para besarla, la va a cargar. La madre le detiene, celosa del sueño infantil.

-Déjanos, a lo mejor es la última vez -dice Yeyé, y trata de disolver en broma la alarma de la hermana:

-A lo mejor quedamos en la carretera.

En realidad, sólo dos personas del Movimiento -Fidel y Miret- saben a dónde se dirige Abel, luego de dejar a los padres en Isabela "porque me voy a otra playa con Haydée".

Luego cobrarán todo su sentido en la memoria los detalles de aquella despedida.

-En la máquina -recuerda Joaquina- hablé de mi familia y de mis bienes de España. Él me dijo que esos bienes se los diera a los arrendatarios, porque no me pertenecían a mí, sino a los trabajadores la tierra, y las casas a los que las viven.

-En Cuba, verás, nadie podrá tener más que una casa -le dice-

-Hijo, ¿qué vas a hacer con Sarrá?

-Pues le dejamos una: la mejor. ¡Y ya!

Siboney

La carretera va de Santiago a la Playa Siboney por un paisaje de montañas. A unos quince minutos de la capital oriental está la granjita, con su clara casa, a pocos pasos de la cuneta. Enfrente vive el campesino Carlos Núñez y Abel se le presenta como el administrador de la granja de pollos que instalan en la casa contigua, recientemente alquilada por Tizol. Núñez tiene las llaves, esperando por Abel, quien aprovecha para interesarse por un carpintero y algunos peones. El vecino recomienda nombres y jornales. Hay un solo desacuerdo: ese administrador no aprueba los salarios en uso por la zona, los encuentra injustos y ofrece más.

Con Tizol y Elpidio Sosa, Abel trabaja cerca de un mes en la adaptación de la granjita. Se hacen buenos amigos de los Núñez. Sobre todo Abel, quien a menudo los acompaña a la ciudad.

Hay un normal trasiego de cajones para el nuevo negocio. Los tres granjeros van mucho a la terminal de Santiago. Reciben primero muchos paquetes, en todo tipo de envases, y luego a numerosos amigos, que también llegan con pesados equipajes. Melba trae un gran cajón de flores. Haydée, varias maletas "de libros, porque me acabo de graduar en La Habana", le dice para explicar su peso a un soldado cortés que se las carga.

Son las armas que van escondiéndose en el pozo cegado de la granjita.



Abel conoce Santiago por primera vez, y le entusiasma. Se lo muestra a Melba. "Mira, cuando termine esto, yo me quedo a vivir aquí".

El 24 de julio es un día de extraordinaria actividad. A muchos compañeros debe recibir y alojar en los hoteles Perla de Cuba y Rex, la casa La Mejor, la casa de Celda número 8. . . Llegaban desde Artemisa, Marianao, Calabazar, La Habana y Colón. Es sábado de carnaval en Santiago de Cuba.

-Por esos días -recuerdan los padres de Abel- Fidel pasó por nuestra casa, con Chenard. Aquí almorzaron. Eran días de ciclón y, llevan hachas en las máquinas "por si se obstruía el camino".

El domingo 25 Abel se va a Santiago con los vecinos "a ver el carnaval".

-Núñez, tengo un negocio entre manos, que si me sale bien, será bueno también para ti.

Como advirtiera, ese día van llegando e la granjita "jóvenes habaneros que vienen a las fiestas". Esa tarde come en el Perla de Cuba con un grupo de recién llegados, entre ellos Raúl Castro.

Por la noche la casa de Siboney está repleta de jóvenes silenciosos. Todos tienen experiencia en este tipo de cita, muchas veces realizada como entrenamiento. Pasada la una, ya 26 de julio llega Fidel.

Había estado en Bayamo, con el otro grupo insurreccional. Sólo entonces se explica el plan de acción, y se reparten las armas y uniformes.

Habla Abel:

-Es necesario que todos vayamos con fe en el triunfo, pero si el destino nos es adverso, estamos obligados a ser valientes en la derrota. Lo que pase allí se sabrá algún día y nuestra disposición de morir por todos los jóvenes de Cuba, nuestro ejemplo, pertenece al futuro y mitiga el dolor que podemos causarles a nuestros padres y demás seres queridos.

Dirá Fidel:

-Compañeros: Podrán vencer dentro de unas horas, o ser vencidos. Pero de todas maneras -¡oiganlo bien, compañeros!- este Movimiento triunfará. Si vencen mañana se hará pronto lo que aspiró Martí. Si ocurre lo contrario, el gesto servirá de ejemplo al pueblo de Cuba y de ese propio pueblo saldrán otros jóvenes a tomar la bandera y seguir adelante.

La vida en la Revolución

Joaquina Cuadrado y Benigno Santamaría aún están en la playa donde les dejara el hijo. Alguien les trae la noticia:

-Asaltaron el Moncada.

-Ese seguro que es Fidel -sintió la madre, y supo que allí estaban Abel y Haydeé.

Su radio no sintoniza la capital. Van a una casa cercana. Allí han oído que en la acción había mujeres: "una, Melba, otra, Haydeé". De inmedia parten hacia Santiago.

Abel reclama el puesto de mayor peligro: el asalto de la posta 3.

-Tienes que cuidarte, para sustituirme si caigo- dice Fidel y es una orden: Abel tomará al frente de 21 hombres el hospital civil, y desde sus ventanas, como francotiradores, apoyarán el resto de la acción. Con ellos irán, para curar a los heridos, el Dr. Muñoz, Melba y Haydeé.

El grupo sólo encuentra la resistencia de un centinela a la puerta del hospital. Rápidamente toman posiciones y cumplen su misión, combatiendo hasta la última bala. Son las siete de la mañana y nada saben de la acción principal, comandada por Fidel. El silencio hace temer lo peor. Abel repite: "Fidel no puede morir; lo importante es que no muera la revolución".

Terminado el parque, ordena tratar de retirarse, cumpliendo el previsto plan de repliegue hacia las montañas. Están rodeados, y deciden vestirse como enfermos y personal hospitalario. Les dice a Melba y Haydeé:

-Estamos perdidos. Ustedes saben lo que me va a pasar a mí y posiblemente a todos. Pero lo que más me interesa es que ustedes no se arriesguen: como mujeres, son las que más oportunidades tienen de conservar la vida: consérvenla, para que puedan contar lo que pasó aquí.

La soldadesca no se atreve a entrar al edificio de donde le hicieran tan tenaz resistencia, aún una hora después del último disparo. Abel tiene tiempo para reír. Ríe cuando Haydeé y una enfermera le vendan un ojo y le ponen un pijama: "Si eso les tranquiliza, me disfrazo. Pero ustedes son las que pueden y deben salvarse".

A las 8 entra la tropa y un delator viene identificando a los revolucionarios. Haydeé y Melba ven cómo sacan a Abel hacia el patio a golpes de puño y culata: "Ahora sí vas a perder el ojo".

Horas de ayes, gritos, disparos sin lucha, noticias macabras. Un teniente le tiende a Haydeé un pañuelo:

-Lo vas a necesitar, ya pasó lo que ustedes esperaban.

Luego escuchan una ráfaga de ametralladora.

-Ahora sí mataron a tu hermano.

Haydeé recuerda que preguntó por Abel, que preguntó la hora. "Son las nueve -dijo Melba-. Y las dos pensamos en Fidel, que tenía que estar vivo para hacer la Revolución".

Meses después, en el juicio del Moncada, Fidel lo menciona dos veces; "dio su vida, que no tendría precio el día que la Revolución triunfara", "Abel Santamaría, el más generoso, querido e intrépido de nuestros jóvenes, cuya gloriosa resistencia lo inmortaliza ante la historia de Cuba".

Luego, en el presidio de Isla de Pinos, sus compañeros dan su nombre al Círculo de Estudios donde continúa la Revolución.

Quien le conociera bien, le sigue viendo vivo, oyendo su palabra en esta tierra que ya es sólo de quien la trabaja, en cada casa, en cada tienda del pueblo, en cada cuartel abierto a la risa de los niños.



Edición del 27 de julio de 1973.



VICTORIA DE LAS IDEAS

LAS HORAS QUE PRECEDIERON AL ASALTO EN BAYAMO Y SIBONEY

Sí, doctor, ha llegado "la hora cero"

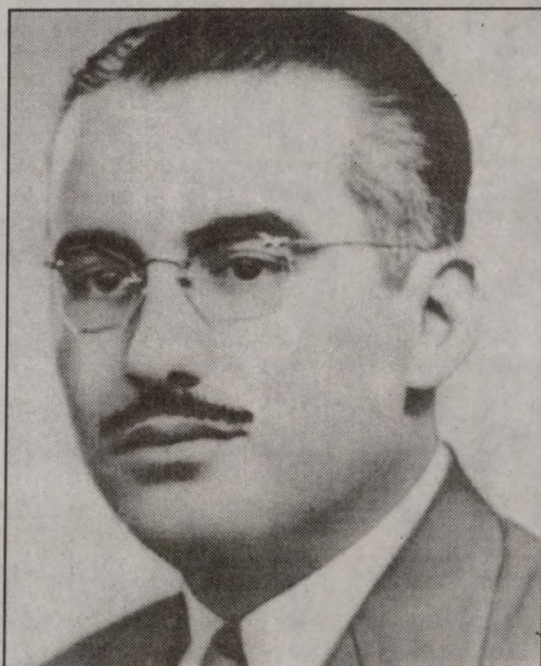
Seis combatientes del Moncada y de Bayamo hablan para BOHEMIA

Por JAIME SARUSKY / Fotos: ENRIQUE CASTRO

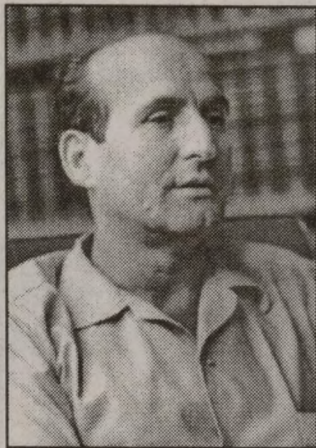
Los relojes se confrontan

FIDEL miró su reloj y Mario Martínez Arará el suyo. Coordinaron sus relojes para que la hora fuera exacta, al minuto, al darse la orden de asaltar los cuarteles de Santiago de Cuba y Bayamo. "Fidel se informó de la situación en general allí y dió las últimas orientaciones alrededor de las nueve de la noche del 25 de julio cuando confrontaron sus relojes en el hospedaje de Bayamo", dice Ramiro Sánchez, uno de los asaltantes al cuartel de la Ciudad Monumento.

Dos horas antes, en la Granjita Siboney, Calderín, el carpintero, y dos trabajadores más, daban los últimos toques a las empalizadas o "jaulas para pollos" que el "administrador" de la granja, Abel Santamaría, le había ordenado construir. Los otros dos trabajadores ya se habían ido y Abel invitó a Calderín a que se quedara a comer un arroz con pollo. Era un Santiago en Carnaval y Calderín tenía prisa por partir. Pero antes le indicó a Renato Guitart dónde podría conseguir unos pollos en la Estrella de Siboney. Allí se diri-



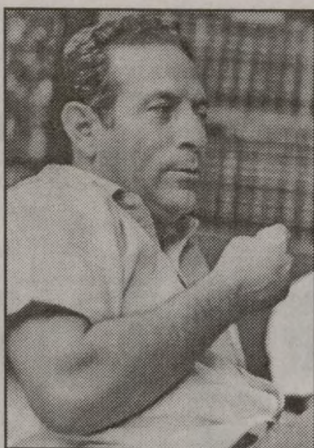
El doctor Muñoz al encontrarse con Fidel le dijo: "Hoy, 26 de julio de 1953, cumpla 41 años. ¡Y los pongo en un joven de 26!".



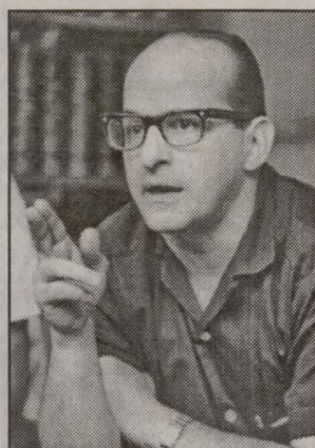
Genaro Hernández.



Orbein Hernández.



Pedro Trigo.



Ramiro Sánchez.

gió Renato en compañía de Elpidio Sosa, quien fungía como “encargado” de la granja de pollos.

Entretanto, Haydée Santamaría y Melba Hernández se quedaron limpiando el patio, cuidadosa, minuciosamente, buscando cada clavo junto a las empalizadas terminadas de construir, temiendo por los neumáticos de los automóviles que, un rato después, empezarían a fluir a aquel lugar y que quedarían ocultos tras aquellas rústicas construcciones. Mientras limpiaban llegaron los colchones que Renato Guitart había alquilado en una tienda de Santiago. Había previsto que sobre ellos podrían descansar los combatientes mientras durara su estancia en la granja.

Las colchonetas fueron colocadas en el piso de la habitación principal, pieza de unos 15 metros de largo por unos tres metros y medio de ancho. La

casa tenía, además, tres habitaciones, un recodo, la cocina y el baño. Todos estos recintos tenían acceso a la sala.

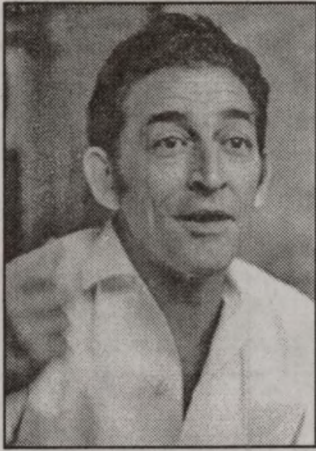
Al caer la noche la casa estaba en penumbras. La sala estaba a oscuras y en la fachada se encendieron tres bombillas amarillosas, tenues. Días antes el campesino Ángel Núñez le preguntó su amigo Abel Santamaría si le había dado por el espiritismo, mientras señalaba para las bombillas. Abel le explicó que esas luces espantarían a los mosquitos, viejos enemigos de los pollos y las gallinas.

En el hospedaje de Bayamo mientras tanto

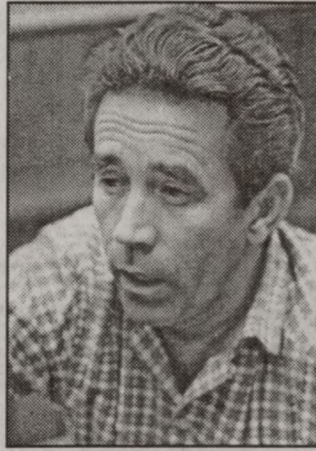
Al hospedaje de Bayamo, mientras tanto, empezaban a llegar los combatientes en pequeños grupos. Dice Ramiro Sánchez: “Ya como a las siete y media



La granjita Siboney: allí se sucedieron las horas previas al asalto.



Pedro Gutiérrez.



Gabriel Gil.



VICTORIA DE LAS IDEAS

se concentraban la mayoría de los compañeros allí. Aquello no era muy grande. El hospedaje tenía como seis o siete habitaciones. Como a las ocho u ocho y media de la noche se les dijo a los compañeros que podían salir, comer algo, dar una vuelta por el parque. Ya estaban allí, lo recuerdo, Aguilera y los compañeros de la célula de Marianao. Entre las ocho y media y nueve y media llegó Fidel. La mayoría de los combatientes de Bayamo habían salido pero permanecieron Martínez Arará, Orlando Castro, Gerardo Pérez Poey, Níco López y nosotros. En una de las habitaciones, cerrada con llave, estaban los uniformes y, además, las dos maletas con las armas que utilizaríamos en combate y que habíamos llevado un compañero y yo”.

“Ya llegamos”, dijo Montané muy contento

Gabriel Gil dice: “Recuerdo aquellos tres bombillos amarillentos en el frente de la casa de Siboney. Los vi. El automóvil que manejaba Montané se detuvo y este dijo muy contento: ‘Ya llegamos’. Al fondo de la casa vi una gente haciendo guardia. También vi una nave, un terreno, una cerca más atrás. Alguien dijo: ‘Bájense rápido y entren por allí’. A quienes primero vi fue a Melba y Haydée. Estaban trajinando cerca de la cocina y en esos momentos precisos estaba una de ellas planchando algo...”

“A mí me llama Boris Luis –dice Orbein Hernández– para sacar los bultos con las armas del pozo situado al lado de la casa. Estaban envueltas en una lona. Las pusimos en un punto intermedio entre el lugar donde planchaban Haydée y Melba y otro cuartico. Allí había un grupo y uno de ellos tenía una linterna. Entonces ahí empezaron a abrir los paquetes y a sacar las armas”.

Fidel ordena preparar las armas

“Cuando llega Fidel –dice Orbein– yo era como que estaba buscando con la vista a Fidel. Tan pronto lo vi se forma el comentario. Todo el mundo se entusiasmó y el propio Fidel tuvo que mandar a

hacer silencio. Fidel significaba para nosotros lo que no podíamos expresar pero sentíamos y él lo expresaba y manejaba tan bien. Él era quien podía llevar a cabo lo que sentíamos”.

Fidel había dado la orden de preparar las armas. Además de Boris Luis y Orbein los paquetes fueron sacados del pozo por Abel, Tizol y Pedro Miret. Otros dos compañeros los llevaron a una habitación donde otros compañeros los abrieron. Miret y Tizol revisaron las armas y tuvieron que armar algunas. En una mesa grande habían situado cuidadosamente las pistolas. Los fusiles los alinearon a lo largo de las paredes y en un rincón, en el suelo, se colocaron las cajas de municiones. Las armas eran un muestrario. La mayoría de ellas, fusiles calibre 22 y escopetas de caza.

Pedro Gutiérrez recuerda que también se sacaron armas de un chiforrober con doble fondo. Dice Gutiérrez: “El chiforrober estaba situado en el salón mayor, donde estaban los compañeros reunidos. De allí se sacaban las armas y se pasaban al cuarto contiguo, a la derecha. Allí se fueron armando”.

Abel Santamaría y Renato Guitart no descansaban un instante aquella noche. Iban y venían de Santiago a la granjita y en cada viaje traían en el Oldsmobile verde y blanco y el Mercury negro a los distintos grupos concentrados en los hoteles Rex y Perla de Cuba, en la casa de huéspedes La Mejor, frente al Rex, y en las casas que había alquilado Renato en Celda número 8 y en la calle I número 218, detrás del stadium Maceo en el reparto Sueño.

Luego fueron sacados los uniformes escondidos en un falso techo de la casa. Casi todos los combatientes tienen presente la imagen de Haydée y Melba planchando sus uniformes, amarillos, idénticos a los que usaban los enemigos que en pocas horas enfrentarían en combate. Solo descansaban unos instantes para abrir el refrigerador situado frente a ellas, y servirles un poco de leche, jugo o agua”.

Fidel ordena preparar las armas

"Cuando llegó a Bayamo... Fidel ordena preparar las armas..."

Fidel y Abel van a Santiago

"El señor Abel... Fidel y Abel van a Santiago..."

Nico López dijo: "Está usted detenido"

"El hospedaje de Bayamo... Nico López dijo: 'Está usted detenido'..."

¡O TENGO MÁS REMUNERACION PARA OFRECER QUE EL PLACER DEL SACRIFICIO.

El doctor Muñoz al encontrarse con Fidel en Bayamo

"Fue el día 20 de 1958, cuando él dijo: '¡Yo pago en un preso de \$6!'"

"Venimos a atacar el cuartel Moncada"

Fidel

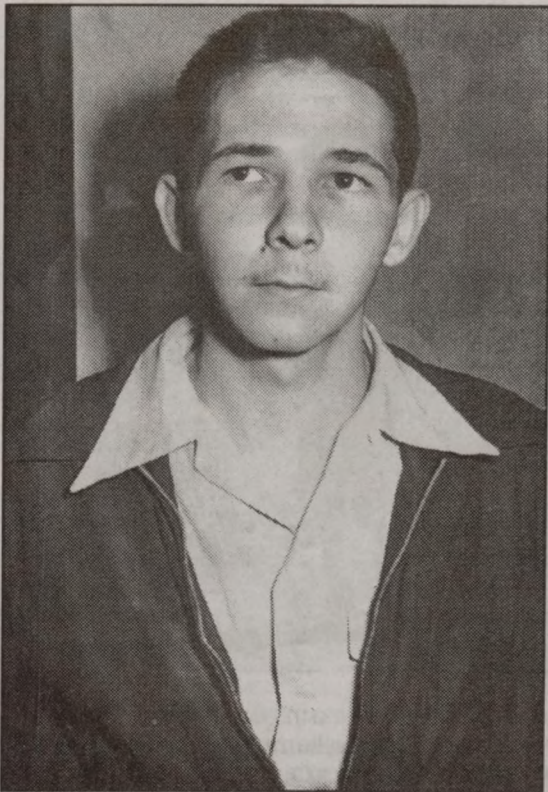
híref y Tizol entregan las armas a los combatientes

Nico López dijo: "Está usted detenido"

SOLO LA FLOR DE MALA HERBA NECESITA EL RIEGO DE TODOS LOS DIAS

El salón donde se agrupaban los combatientes estaba en penumbras. Hasta allí llegaban los haces de luz de las dos únicas bombillas encendidas en la casa: la de la habitación donde Haydée y Melba planchaban, a ratos ayudadas por Pedro Miret, Boris Luis Santa Coloma o Ulises Sarmiento y la otra donde el propio Miret y Tizol preparaban las armas. En los alrededores de la casa, a la entrada, y en distintos puntos del patio, habían sido apostados centinelas. Muchos combatientes recuerdan a Elpidio Sosa, Pepe Suárez y Florentino Fernández, entre otros, haciendo guardia. Todavía había mucho que hacer y Fidel se fue con Abel y Pedro Trigo a Santiago. Dice Trigo: "Íbamos hacia Santiago. Abel manejando, Fidel al lado y yo en el asiento posterior. Los dos comentaron el enorme esfuerzo realizado y que en la última semana apenas habían dormido. Pero iban contentos, alegres, optimistas por la forma en que ellos veían a los muchachos, por el modo exitoso en que habían llegado, lo bien que iba todo, cómo todo se iba logrando. Al llegar a Santiago se detuvieron en un parque, creo que en la Plaza de Marte, y Fidel le dice a Abel: "Fíjate, ahora vas a buscar al doctor Muñoz, quien se encontraba cerca de El Cobre, que yo me voy a quedar con Trigo y aquí mismo te esperamos cuando recojas al doctor Muñoz".

El hospedaje de Bayamo, como en la casa de Siboney, también estaba en penumbras y las únicas luces encendidas eran la de la cocina y la habitación donde se guardaban las armas y los uniformes. Algunos jefes de células se encargaron de distribuirlos. Sonaron unos golpes en la puerta y todos se pusieron en tensión, a la expectativa. Uno, aún vestido de civil, fue a abrir. Era el propietario del hospedaje, Juan Manuel Martínez. Nico López lo reconoció inmediatamente y dijo: 'Está usted detenido'. Martínez protestó indignado, intentó dirigirse a la puerta pero en la mano de Nico apareció un revólver que lo apuntaba y Martínez cambió de opinión. Al ver que palidecía, Nico lo tranquilizó diciéndole que no le pasaría nada. Luego se les mostró a los combatientes un plano del cuartel de Bayamo fijado a la pared y se les explicó cómo se llevaría a cabo el ataque. El primer grupo atacaría por el fondo del cuartel, separado del descampado por donde llegarían, por una cerca de alambre de púas que el propio Nico se encargaría de romper con un alicate. Los otros dos grupos, del total de 27 combatientes de Bayamo, irían por la puerta principal. Para esta fase de la acción contaban con un individuo de Bayamo, que conocía a los soldados y oficiales del cuartel. Este iría con Martínez Arará, quien llevaría puesto el uniforme del ejército con los grados



Raúl participa en la toma del Palacio de Justicia.



Aquella madrugada se escuchó la voz del poeta, Raúl Gómez García, y los combatientes escucharon su poema: "Ya estamos en combate".



de sargento. Le dirían a la posta que 'el sargento' había ido a los carnavales a Santiago y pediría que lo dejaran dormir en el cuartel. En ese momento aprovecharían para desarmar a la posta y penetrar en el cuartel apoyados por el resto de los compañeros. Nico dijo que buscaran al hombre pero este había desaparecido. Algunos combatientes afirman que aprovechó un momento de descuido para escabullirse. 'Es evidente: se ha escapado', comentó alguien. Y Nico añadió en voz baja: 'Con tal de que no traicione'.

La presencia de Haydée y Melba allí impresionaba

Para casi todos los combatientes, desde Juan Almeida y Ramiro Valdés hasta Gabriel Gil o Genaro Hernández la presencia de Haydée y Melba allí impresionaba, causaba emoción. La presencia de la mujer cubana junto a los combatientes, vísperas de la batalla tan esperada desde hacía meses, les daba un nuevo sentido a aquellos combatientes tanto colectiva como individualmente. La mujer era la ternura en la guerra y el acicate para la guerra; era la confrontación y la reafirmación; ante la posibilidad de la muerte la mujer era allí la encarnación misma de la vida. Aún más: ya a esas alturas muchos sabían que ellas estaban listas para pelear; dispuestas a llegar hasta el final, junto a sus compañeros.

Tarde ya, pasada la medianoche, llegó el grupo que se había alojado en el hotel Perla de Cuba.

Con ellos llegaban el jefe del grupo, José Luis Tassende y Raúl Castro. Uno de aquellos hombres, Genaro Hernández, dice: "La primera impresión que nos llevamos al llegar a Siboney fue al ver a Haydée y Melba planchando los uniformes. Para mí fue una sorpresa porque no sabía que se iban a utilizar uniformes de militar. Desde luego, me di exacta cuenta que se iban a utilizar para confundir y que esto era parte del plan que se llevaría a cabo. Vi las colchonetas en el suelo y algunos compañeros acostados, otros de pie y ya en ese momento algunos se estaban poniendo los uniformes. Aquello estaba un poco oscuro y no reconocí a nadie. Todo estaba en silencio".

"Sí, doctor, hoy es la hora cero"

Fidel se dirigió solo y a pie rumbo a la calle Estrada Palma donde vivía el comentarista político Luis Conte Agüero, entonces llamado "La voz más alta de Oriente". Conte tenía un programa diario que transmitía a través de la Cadena Oriental de Radio, cuya sede estaba en Santiago. Fidel quería confiarle la labor de locución por radio una vez tomado el Moncada.

Pedro Trigo se quedó deambulando por los alrededores de la Plaza de Marte. Vio a los santiagueros divirtiéndose en los carnavales: Dice: "Fidel estuvo un buen rato ausente. Cuando regresó venía muy serio. Comentó: "Luis Conte está para La Habana y me dijo que iba a estar aquí". Y añade Trigo: "Fidel venía contrariado. Me dijo que Gómez García lo ha-

Haydée y Melba:
"ellas estaban
listas para pelear,
dispuestas a llegar
hasta el final, junto
a sus compañeros".



ría muy bien y añadió que nuestro grupo, con las armas de grueso calibre que se ocuparían en el cuartel, no solo ocuparía la Cadena Oriental de Radio sino que, además, debíamos proteger a Gómez García durante su arenga. Inmediatamente después vemos que viene arrollando Gildo Fleitas: gordo, corpulento, pero arrollando. Al verlo, a Fidel le dio gracia. Gildo se le acercó y entonces se forma el grupo. Y es en eso que llegan Abel y el doctor Muñoz. El doctor se acerca muy efusivo a Fidel y le dice: "Fidel, ¿ha llegado la hora cero? Y Fidel responde: "Sí, doctor, hoy es la hora cero". Y Muñoz radiante le dice: "¡Te felicito! ¡Qué fecha has escogido! ¡Hoy, 26 de julio de 1953, cumpla 41 años de edad! ¡Y los pongo en un joven de 26!" Y se abrazó a Fidel. La arrolladera de Gildo le causó gracia a Fidel y le dispó la mala impresión que traía de Conte Agüero: su ausencia. Fidel, en forma jovial, le preguntó a Gildo qué le había pasado, por qué se habían demorado. Luego Fidel le dice a Abel: "Regresa tú con Trigo que yo voy a regresar con el doctor Muñoz para conversar y ultimar los detalles con él" y ambos se dirigieron al automóvil, y Fidel echándole el brazo por encima de los hombros a Muñoz. Yo regresé con Abel en el automóvil rumbo a la granjita. En el trayecto le pregunté a Abel si la cosa de Bayamo estaba debidamente sincronizada con nosotros, si la acción estaba debidamente coordinada. Entonces Abel me dice que por qué le hago esa pregunta. Le digo que por saber no fuera a haber alguna falla, alguna cosa. Dice Abel: "Mira, todo está debidamente coordinado para la acción. Debes de estar consciente que la acción es de un riesgo gravísimo. Fíjate: que perezcamos todos en la acción, pereciendo todos, salvamos la dignidad de nuestro Apóstol y la dignidad de nuestra juventud frente al zarpazo de Batista". Así más o menos es lo que él me dice, pero me lo dice en un tono vigoroso, enérgico, como diciendo, si nos

matan no importa, no importa, el ejemplo nuestro va a trascender. Aquello me emocionó en una forma tal que me estremeció".

Aquella atmósfera de fraternidad antes del combate

Aquella atmósfera de fraternidad antes del combate no había surgido allí mismo, aquella noche, en las penumbras y el calor sofocante de un Santiago en julio. Hacía meses que aquellos hombres se venían entrenando física y psicológicamente para aquel momento, para el combate que seguiría aquel momento. Sabían que había llegado ese momento; sabían que había algo, no sabían qué ni cómo, pero tenían la certidumbre de que ese algo había llegado. Era la hora de la acción, de hacer algo, de entrar en combate contra la dictadura de Batista y todos los males que entrañaba. Y aunque muchos de ellos, de aquellos hombres juntándose en el pequeño recinto, nunca se habían visto o no se hablan dirigido la palabra, sabían que este y aquel y el otro era su semejante, su hermano que lucharía junto a él, por la misma causa, contra el mismo enemigo. Y unos discretamente, otros, más expresivos, mostraban aquella cálida confraternidad que los embargaba. Así, Melba ayuda a Boris, a quien conocía, a ponerse la corbata y el doctor Muñoz le hace el nudo de la corbata a Rosendo Menéndez, a quien no conocía.

Los grupos se mantenían cohesionados entre sí, cercanos unos de otros: los de Artemisa, Nueva Paz, los de Marianao o Calabazar.

Tensa, alegre, fraterna, la atmósfera era una mezcla de sentimientos. Todos bromeaban mientras se ponían el uniforme del ejército que iban a combatir. A Orbein Hernández le quedaba un poco ancho el uniforme pero además llevaba zapatos blancos y amarillos; a Genaro Hernández le que-

daba un poco ancho también y la gorra suelta. “En el caso de nosotros –dice Pedro Gutiérrez– más bien fue cosa de jarana, que si te queda bien o no te queda bien, que si te está ancho o estrecho y a Quintela que llevaba zapatos blanco y negro le decían: “¿Quién ha visto guardias con zapatos de dos tonos?”

Gabriel Gil no sabía ni qué pensar al ver aquellos uniformes amarillos y se decía, bueno, ¿y qué es esto? ¿pero qué es esto? No sabía ni qué pensar. Pero no preguntó.

De prono se escuchó un disparo. Inmediatamente todos reaccionaron pero la alarma se disipó al aclararse que no era nada, simplemente se había escapado un tiro.

En Bayamo

En Bayamo la atmósfera era tensa para los combatientes. En los alrededores del hospedaje habían visto a un guardajurado y varios de los allí reunidos propusieron coger preso al hombre que estaba cuidando unos materiales de una obra en construcción. “Había –dice Ramiro Sánchez– una ventana rota, a cierta altura, y allí se encaramó Níco López, el más alto, para verlo. Se pensaba que cuando viera salir a toda la gente, tal como salió el grupo, el guardajurado podía alarmarse, tirar un tiro o avisar nuestra presencia. Y cuando ya faltaba poco para que saliéramos el hombre recogió sus cosas y se fue”.

“Las armas –prosigue Sánchez– nos las fueron entregando a cada cuatro compañeros, según las habitaciones que ocupábamos. Los cuartos eran chiquitos, en la mayoría de ellos había literas. Toda una banda del hospedaje daba a la calle, por esa calle se salía directamente al cuartel que estaba a dos cuadras o dos cuadras y media de allí. Entonces a cada grupo se le distribuyó las armas y los uniformes. A mí se me entregó un 22 además de la pistola que yo tenía y como cuatro cajitas de balas y un uniforme pero sin grados. Todos los compañeros se sentían exaltados ante la inminencia de la acción; nadie pensaba que habría problemas; estábamos convencidos de que íbamos a una cosa segura. Incluso dormí, creo que unos quince a veinte minutos. Tiempo antes de la partida me despertaron”.

Miret y Tizol entregan las armas a los combatientes

Alrededor de las dos de la madrugada de aquel 26 de julio llegó Fidel a Siboney de regreso de Santiago. En aquel momento estaban reunidos allí 131 combatientes. Poco después Pedro Miret y Ernesto Tizol empezaron a distribuir las armas y con ellas una buena cantidad de balas del calibre correspondiente. “A los de la cédula de Nueva Paz –dice Genaro Hernández– como nos habíamos reunido todos, allí mismo se nos fue entregando. A mí me dieron tres cajitas de balas”. A Gabriel Gil le entregaron “una escopeteca marca U y una cantidad de balas a granel que me eché en los bolsillos”.

Las horas se hacían densas y todos, con mayor o menor intensidad, recordaban a los seres amados: madres, hijos, esposas, novias. Orbein Hernández no tenía identificación. Pensó que tal vez caería en combate y que sus familiares jamás conocerían la suerte que había corrido. Al dorso de una cajetilla de cigarros escribió su nombre y dirección, dobló el cartoncito y se lo echó en el bolsillo. Gabriel Gil: “No pensé en la muerte nunca pero no me preocupaba mucho. Yo pensé que íbamos a triunfar. Yo no tenía miedo de morir, nunca, nunca”.

“Vamos a atacar el cuartel Moncada”, dijo Fidel

La voz de Fidel quebró el silencio en aquella madrugada de Siboney. “Compañeros, escúchenme”, dijo y esperó unos instantes hasta que el silencio fue total. Luego añadió: “Vamos a atacar el cuartel Moncada. Será un ataque por sorpresa. No debe durar más de diez minutos”.

Fidel expuso su plan a grandes rasgos. La sorpresa y la rapidez eran factores determinantes para el éxito. Todos los combatientes se dirigirían a la acción en los automóviles (18 en total) estacionados en el patio y alrededor de la granjita.

Hizo una pausa y continuó: “Ustedes se adhieren voluntariamente al Movimiento y voluntariamente es como ustedes deben participar hoy en el ataque. Si alguien no está de acuerdo es ahora cuando debe retirarse”.

Alguien preguntó lo que se haría con los prisioneros y Fidel respondió: “Trátenlos humanamente. No los insulten. Y recuerden que la vida de un hombre desarmado debe ser sagrada para ustedes”. Después dijo que debían poner mucho cuidado en no tirar unos sobre otros si había combate. Como los uniformes eran iguales a los del ejército la confusión era fácil. Sin embargo, se distinguían por el armamento, las insignias de sargento que llevarían casi todos y los zapatos corte bajo de civil. Fidel mostró un Springfield y dijo que ese era el fusil del enemigo y que a quien vieran con uno igual en las manos podían disparar contra él.

Fidel dijo que todavía tenía algunas cosas que decir pero que las diría más tarde, cuando todas las armas estuviesen completamente distribuidas.

Dice Gabriel Gil: “Ya cuando Fidel nos dice la cosa yo me dije: ahora ya si sé lo que vamos a hacer. Tenía fe en él; además, con la confianza que teníamos en Fidel y como nos iba saliendo todo, porque todo nos salió como si fuera planificado que no iba a pasar nada; todo: los entrenamientos en todos los lugares, las armas trasladadas, la gente, más de 150 hombres desde Occidente hasta Oriente sin que el Ejército, ni el SIM ni nadie se diera cuenta. Cuando Fidel se para y habla yo nunca pensé en derrota, jamás pensé en derrota. Yo me dije: bueno, es cierto, cogemos la posta, tomamos el cuartel, agarramos los guardias prisioneros, no tenemos problema”. Añade Gil: “Fidel dijo también que eran dos ataques simultáneos; que



el de Bayamo sería para que una vez tomado el Moncada aquella avanzada impidiera el paso de los refuerzos del ejército hacia Santiago —porque ya Fidel daba el cuartel por tomado. ¡Y yo daba el cuartel por tomado!”

Todos los combatientes recuerdan aquellos instantes vividos intensamente y luego la voz del poeta Raúl Gómez García que recitaba su poema “Ya estamos en combate”. Era un silencio estremecedor mientras el poeta decía sus combativos versos.

En Bayamo la hora cero se acercaba

“Desde horas antes de partir hacia el cuartel de Bayamo —dice Ramiro Sánchez— yo sabía que tenía que ir con Aguilerita, —una vez tomado el cuartel— hasta las minas de Charco Redondo a recoger a unos mineros y una dinamita y dirigirnos a los puentes que separaban a Holguín de Bayamo y el de la carretera de Manzanillo y volarlos”.

“Antes de la salida —prosigue— Martínez Arará le habló al grupo. Dijo unas palabras, relativamente cortas, “que la misión había que cumplirla, que se hacía una acción igual en Santiago, que es por el triunfo y que aquello era fundamentalmente para evitar que las tropas de Holguín pasaran hacia Santiago de Cuba”.

En Bayamo la hora cero se acercaba

“Tú, Abel, es preciso que vivas”

Y en Siboney también, también se acercaba la hora cero.

Fidel había decidido tomar el mando del grupo más importante, nutrido y expuesto de los tres que participarían en la acción. Raúl participaría del segundo grupo que tomaría el Palacio de Justicia. Pero todavía era preciso convencer a Abel para que se pusiera al frente del grupo que debía ocupar el hospital civil Saturnino Lora. Abel, de acuerdo con Montané y Renato Guitart, quería ofrecerse como voluntario para integrar, juntos los tres, el grupo de vanguardia que debía neutralizar a los soldados de guardia en la posta 3 y ser el primero en entrar al cuartel. Cuando Fidel le informó que él mismo iría al frente del grupo que atacaría el Moncada, Abel no cesaba de repetirle: “No vas a hacer como José Martí, sacrificarte inútilmente”. Y Fidel respondía: “Mi puesto está al frente de los combatientes. No puede estar en otra parte. Pero tú, Abel, es preciso que vivas. Si yo muero, tú me sustituirás”. La discusión por ocupar el primer puesto en el combate prosiguió un rato hasta que Fidel dijo con firmeza: “No, no Abel. Está decidido, tú irás al hospital civil”. Abel comprendió. Dijo: “Está bien. Iré”. Fidel lo rodeó con los brazos por los hombros y le dijo. “Vamos, Abel, todavía quedan algunos detalles que ajustar”.

“¡Libertad o Muerte!”

El doctor Mario Muñoz ya se había puesto el uniforme del ejército y cuando Fidel lo vio le dijo que eran necesarios sus servicios como médico, que

se pusiera la chaqueta blanca y que el puesto que se le había asignado era en el hospital civil bajo el mando de Abel. Según Pedro Trigo “además, se pensaba utilizar el doctor Muñoz por sus conocimientos de radio”.

Haydée y Melba se acercaron a Fidel. Ellas querían participar también en el ataque. Fidel se negó de plano pero insistían con tanta vehemencia que Fidel dejó en manos de Abel la decisión definitiva. Abel las escuchó. Su negativa fue firme pero en ese instante se acercó el doctor Muñoz, quien argumentó que serían unas enfermeras muy útiles en el hospital. Abel, luego de escuchar al doctor, accedió.

Para el grupo de vanguardia que debía tomar la posta 3 Fidel escogió a Pepe Suárez, Ramiro Valdés, Flores Betancourt y Carmelo Noa, todos de Artemisa. Y entre los numerosos voluntarios que se presentaban escogió a Montané, Renato Guitart, Tasende y Pedro Marrero.

Fidel conversó con cada combatiente. Y a cada combatiente le comunicaba su vehemencia, su entusiasmo, la absoluta certidumbre que tenía en la victoria.

La hora cero era inminente.

Abel se dirigió a los combatientes:

“Es necesario —dijo— que todos vayamos con fe en el triunfo; pero si el destino es adverso estamos obligados a ser valientes en la derrota porque lo que pase allí se sabrá algún día y nuestra disposición de morir por la Patria será imitada por todos los jóvenes de Cuba. Nuestro ejemplo merece el sacrificio y mitiga el dolor que podemos causarles a nuestros padres y demás seres queridos. ¡Morir por la Patria es vivir!”

Ya se habían distribuido los hombres en los distintos grupos. Usa intensa emoción los embargaba a todos. Aclaraba en Siboney anunciando las luces del 26 de julio.

A una orden de Fidel todos empezaron a cantar el Himno Nacional. Se alzó aquel coro de voces, fuertes pero entrecortadas por la emoción: “...que la Patria os contempla orgullosa...”

Fidel anunció que diría unas últimas palabras. Fue breve, pero sus palabras, pronunciadas con una emoción retenida, multiplicaban su fuerza.

“Compañeros: Podrán vencer dentro de unas horas o ser vencidos, pero de todas maneras, ¡oi-ganlo bien, compañeros!, de todas maneras este movimiento triunfará. Si vencen, se hará más pronto lo que aspiró Martí. Si ocurriera lo contrario, el gesto servirá de ejemplo al pueblo de Cuba, a tomar la bandera y seguir adelante. El pueblo nos respaldará en Oriente y en toda la Isla. ¡Jóvenes del Centenario del Apóstol, como en el 68 y en el 95, aquí en Oriente damos el primer grito de Libertad o Muerte!”

Eran las cinco menos cuarto de la mañana del 26 de julio.

Una nueva fase en la historia de América daría inicio instantes después.

Mirada al 26 de julio de 1953

Datos de interés histórico y una visión personal sobre los sucesos que conmovieron a Santiago, Bayamo y a toda Cuba, nos legó el desaparecido periodista santiaguero Miguel Mariano Medina Puig

NYDIA SARABIA

En 1959, cuando escribía para el periódico *El Mundo*, que dirigía el talentoso periodista Luis Gómez Wangüemert, uno de los profesionales más respetados y queridos, recibimos de una lectora un testimonio acerca de los sucesos del 26 de julio de 1953, es decir, el asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, de Santiago de Cuba y Bayamo, respectivamente.

La remitente decía llamarse Dionisia Martínez y que los datos que me remitía para la historia eran *post-scriptum*, dejados por su esposo. Añadía que "a través de los personajes vivos, relacionados en estos *apuntes históricos* puede confirmarse la veracidad de los mismos". Sin embargo, no añadía nada más. Ni el nombre del autor del mencionado testimonio. Solo rogaba que se corrigiera su redacción.

Cumpliendo su deseo, después de leerlo detenidamente y al cabo de más de 40 años, nos dimos a la tarea de investigar quién había sido el autor de ese trabajo, pues en su contexto añadía que era



Bohemia 29 de julio de 2002

un periodista de Santiago de Cuba, corresponsal entonces del periódico habanero *Mañana*. Hemos indagado sobre él, Miguel Mariano Medina Puig, y su compañera Dionisia, ambos ya fallecidos, y como un mandato y un recuerdo para ellos, por su preocupación para que la verdad histórica no sea distorsionada, aunque pueda ser vista desde otra óptica más o menos en su interpretación subjetiva y objetiva, creemos ha de servir de análisis valorativo para historiadores, investigadores y todos los interesados en aquel trascendente suceso de la historia de Cuba.

Datos para la historia

"A las cinco de la mañana del 26 de julio de 1953, la ciudad de Santiago de Cuba se despertó víctima del más indescriptible pánico, al ser sorprendida su población por fuertes y continuadas descargas de fusilería y de ametralladora.

"La ciudadanía ignoraba lo que acontecía, por lo que no podía explicarse el porqué los

terrores de la noche siguieron agridos del asalto por el asalto de un grupo de soldados de la Policía Nacional de Bayamo, cuando ya se había iniciado el asalto a los cuarteles de Moncada y Carlos Manuel de Céspedes en Santiago de Cuba.

El asalto a los cuarteles de Moncada y Carlos Manuel de Céspedes en Santiago de Cuba se inició a las 5 de la mañana del 26 de julio de 1953. Los rebeldes, liderados por Fidel Castro y Che Guevara, atacaron los cuarteles con fusiles y ametralladoras. El asalto fue exitoso y los cuarteles fueron tomados.

El asalto a los cuarteles de Moncada y Carlos Manuel de Céspedes en Santiago de Cuba se inició a las 5 de la mañana del 26 de julio de 1953. Los rebeldes, liderados por Fidel Castro y Che Guevara, atacaron los cuarteles con fusiles y ametralladoras. El asalto fue exitoso y los cuarteles fueron tomados.

Edición del 26 de julio de 2002.



Mirada al 26 de julio de 1953

Por NYDIA SARABIA

Datos de interés histórico y una visión personal sobre los sucesos que conmovieron a Santiago, Bayamo y a toda Cuba, nos legó el desaparecido periodista santiaguero Miguel Mariano Medina Puig

EN 1959, cuando escribía para el periódico *El Mundo*, que dirigía el talentoso periodista Luis Gómez Wangüemert, uno de los profesionales más respetados y queridos, recibimos de una lectora un testimonio acerca de los sucesos del 26 de julio de 1953, es decir, el asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, de Santiago de Cuba y Bayamo, respectivamente.

La remitente decía llamarse Dionisia Martínez y que los datos que me remitía para la historia eran *post-scriptum*, dejados por su esposo. Añadía que "a través de los personajes vivos, relacionados en estos *apuntes históricos* puede confirmarse la veracidad de los mismos". Sin embargo, no añadía nada más. Ni el nombre del autor del mencionado testimonio. Solo rogaba que se corrigiera su redacción.

Cumpliendo su deseo, después de leerlo detenidamente y al cabo de más de 40 años, nos dimos a la tarea de investigar quién había sido el autor de ese trabajo, pues en su contexto añadía que era

un periodista de Santiago de Cuba, corresponsal entonces del periódico habanero *Mañana*. Hemos indagado sobre él, Miguel Mariano Medina Puig, y su compañera Dionisia, ambos ya fallecidos, y como un mandato y un recuerdo para ellos, por su preocupación para que la verdad histórica no sea distorsionada, aunque pueda ser vista desde otra óptica más o menos en su interpretación subjetiva y objetiva, creemos ha de servir de análisis valorativo para historiadores, investigadores y todos los interesados en aquel trascendente suceso de la historia de Cuba.

Datos para la historia

"A las cinco de la mañana del 26 de julio de 1953, la ciudad de Santiago de Cuba se despertó víctima del más indescriptible pánico, al ser sorprendida su población por fuertes y continuadas descargas de fusilería y de ametralladora.

"La ciudadanía ignoraba lo que acontecía, por lo que no podía explicarse el porqué los



Cada vez más, historiadores e investigadores que se dedican al estudio serio y profundo de aquel trascendente suceso de la historia de Cuba tendrán que volver a aquellos días de julio de 1953.

soldados, marineros y policías del gobierno del general Batista corriendo –a medio vestir– abandonaban sus hogares para reintegrarse a sus respectivos mandos. La primera versión se sustentó en que estos se habían amotinado.

“En nuestra condición de contador del Club Náutico de Santiago de Cuba, de repórter-corresponsal del rotativo habanero **Mañana** y de secretario de la Academia Naval de Patronos, cargo este que debíamos a nuestro buen amigo, el comandante Andrés González Lines (1), quien más tarde sufriera prisión por la rebelión de Cienfuegos y, a quien también debe el que suscribe, la plaza de delegado –recaudador de Fomento Marítimo, ante la Aduana de Santiago de Cuba –que en la actualidad desempeña–, fueron factores determinantes para conocer, cabalmente, lo que a continuación relacionamos, en lo concerniente al asalto al cuartel Moncada.

“Al producirse sorpresivamente el ataque al mencionado bastión castrense por parte de los combatientes de ese hecho heroico, el compañero Ernesto Ocaña, repórter gráfico del **Diario de Cuba**, cuyo director propietario, Eduardo Abril Amores, gozaba de notoria consideración por parte de los personeros del régimen por su condición de amigo del general Batista, fue agredido salvajemente por los soldados del coronel Alberto del Río Chaviano, que ostentaba el cargo de jefe del Regimiento Uno Maceo. La soldadesca ubicada en las afueras del cuartel, se posesionó y destruyó la cámara fotográfica del compañero Ocaña, haciendo con tal represión imposible toda actividad de información periodística.

“**Panchito Cano** (2), del *staff* del rotativo santiaguero **Prensa Universal** obtuvo los únicos reportajes gráficos del asalto, por el precedente de que, por afición fotogénica del coronel Chaviano, fungía Cano, además, como primer teniente de la Policía Nacional, destacado al Buró de Prensa Regimental.

“Cuando Cano recibió órdenes de Chaviano de entregarle toda fotografía alusiva al asalto, Panchito solo entregó algunos rollos de películas, reservándose los mejores, que días después vendió a la revista **BOHEMIA** en elevadísima suma.

“En el instante en que Cano se disponía a trasladarse a La Habana, para efectuar dicha venta de fotos, cumpliendo instrucciones de la redacción de **Mañana**, nos trasladamos a la residencia de Panchito, sita en la calle Factoría y Maceo, con la finalidad de adquirir algunas fotografías o negativos de los rollos de películas en cuestión. Cano nos conectó con su ayudante Carlitos Morales, quien nos vendió en la cantidad de 90 pesos seis fotos que al siguiente día aparecieron publicadas en **Mañana**, no así otras que no se atrevió a vendernos y que hubo de mostrarnos en el café El Baturro, sito en la calle San Félix y Marina. En las fotos referidas, los mártires combatientes aparecían inmolados después de su rendición: con los rostros destruidos a culatazos y con grandes agujeros producidos en sus espaldas desnudas por las bayonetas de los fusiles. En tal estado contemplamos, profundamente impresionados e indignados a esa pléyade de mártires inolvidables. Veíanse unos a montones, en largas y profundas zanjas, mientras otros, macabramente se hallaban completamente desnudos y desfigurados, por crueles torturas, en toscas cajas de madera. Por el terror y la censura imperantes, el compañero Morales quemó, días después, las fotos de referencia.

“Si mal no recuerdo, el comandante Andrés Pérez Chaumont (3) y otro miembro de la oficialidad del Moncada, cuyo nombre escapa a nuestra

memoria, se trasladaron en un auto de alquiler, desde el reparto Sueño a la Plaza de Marte, en los momentos en que el ataque estaba en su apogeo y, cuando el día no había aclarado aún.

“En la Plaza de Marte, los oficiales se apoderaron de un ómnibus de la ruta 80, cuya agencia representaba el señor Tobío (4).

“Como el coronel Chaviano se encontraba borracho, en el baile de carnaval que se celebraba en el local del Club Militar y Naval de Ciudadamar, los oficiales a que antes hicimos mención, se trasladaron en el ómnibus al Distrito Naval de Oriente, en Punta Blanca, con la finalidad de buscar tropas para contraatacar, por fuera, a los asaltantes del cuartel Moncada, a fin de capturarlos a todos, objetivo que no lograron porque el teniente coronel Gumersindo Fernández, oficial del distrito Naval de Punta Blanca, en funciones de responsable del mando de esa guarnición, en ausencia del jefe, coronel Carlos León Sanz, que se encontraba en La Habana, se negó rotundamente a proporcionar al Morcada tales refuerzos, secundado por el oficial de retén, capitán Mario Ramírez Delgado, quien horas después sufrió prisión por su cívica conducta, en compañía de los tenientes Armando Pardillo Pardillo, Humberto Castro, José Gil y otros. Todos fueron expulsados de la Marina de Guerra por no prestarse a ayudar y cooperar en el contraataque al Moncada; no así el capitán custodio Febre, que ascendió a comandante porque en defensa del Gobierno del general Batista, con su pistola agredió e hirió de bala al teniente coronel Gumersindo Fernández. Lo hubiese matado, de no haberlo desarmado, valientemente, el capitán Mario Ramírez Delgado con su oportuna intervención.

“Al dominar y controlar la situación, alrededor de las 9 de la mañana, los seguidores de Chaviano comenzaron la *vendetta*: ansiosos de sangre, en las calles, establecimientos y en iglesias, en patrullas cazaban, implacablemente, cual si fueran fieras, a los jóvenes asaltantes del Moncada, que en retirada buscaban refugios (5).

“La Academia Naval de Patrones, que funcionaba en los bajos del edificio de la Aduana, fue tomada militarmente al siguiente día por ser considerada centro de conspiración, porque en ella fungían como profesores los oficiales del Distrito Naval de Oriente, destituidos y encarcelados. El capitán Mario Ramírez Delgado era su director y, el que suscribe, su secretario. Figuraban en ella como alumnos Raúl Pujol Arencibia, Jorge Sotús Romero (6) (que luego fuera capitán del Ejército Rebelde) y otros, que fueron connotados exponentes de la Revolución.

“Al llegar a Santiago de Cuba el general Martín Díaz Tamayo, en calidad de inspector general del Ejército de Batista, dio la orden de captar aquellas escenas donde los militares del Moncada apa-



recían muertos, como resultado del asalto. Intervino en este trabajo el fotógrafo Zenén Caravia Carey, quien entregó las fotografías al mismo general Díaz Tamayo, que a su vez iba a entregárselas a Batista. Fue entonces cuando el coronel Chaviano, al darse cuenta de que había sido engañado por Panchito Cano y que este se había llevado las películas para vendérselas al doctor Miguel Ángel Quevedo, director de **BOHEMIA**, lo declaró desertor; y procedió a nombrar en su lugar, como primer teniente de la Policía Nacional, destacado en el Buró de Prensa del Regimiento Uno Maceo, a dicho fotógrafo Zenén Caravia Carey...

“Al igual que otros precedentes de la misma cantera, que fueran consagrados como héroes y mártires por la Revolución iniciada el 26 de julio de 1953, no podemos dejar de aludir a Renato Guitart Rosell, cuya abnegación y ejemplo imponderables, rutila como astro inaccesible en los anales de esa gesta de nuestra historia.

“En el Club Náutico de Santiago de Cuba –hogano en ruinas–, Renato forjó su cuerpo y robusteció su alma como joven amante del deporte y como miembro de los Exploradores del Mar, al igual que Otto Parellada, Pepito Tey, Raúl Pujol, Jorge Sotús, Carlos y Emiliano Díaz Fontaine, Hugo de Dios, William Soler, Ibrahim Fontanilla,

El capitán Pedro Manuel Sarria Tartabull dijo que él conocía como luchador de la FEU en la Universidad de La Habana.

En las oficinas del cuartel Moncada en Santiago de Cuba, su jefe, el coronel Alberto del Río Chaviano, célebre por sus crímenes, interroga a Fidel. A su derecha, de pie, el entonces teniente Sarria, militar honesto que posteriormente hiciera suya la causa revolucionaria.



entre otros que desarrollaron sus cuerpos y sus ideas revolucionarias, en la antañona casona de la Alameda Michaelson, que hoy se va destruyendo y desintegrándose, por la indiferencia criminal de los que ignoran y menosprecian la grandiosidad de su historial, que fue Cuartel General de las Milicias de la revolución en la crudísima época del claudestinidad (7).

“Renato fue siempre muy querido por sus consocios y empleados del Club, quienes mucho lo admiraban por su proverbial discreción y aún lo recuerdan en sus trajines, en los días azarosos de su preinmolación.

“Al adquirir Renato la lancha *Francisco*, construida por el también socio del club Francisco Garriga Jiménez (*Paquito*), a quien le abonó la suma de 2 mil 500 pesos en pago de esta, recuerda el que suscribe su participación, para indicarle a Paquito que no vacilara en vendérsela, pasando por alto los deseos de Renato de no legalizar de inmediato la venta ante la Capitania del Puerto y de no dar por enterado de la operación hasta pasado unos días a René (padre del referido Renato).

“A la semana siguiente de haber comprado Renato la lancha, ignoramos la razón por la cual Luis Casero Guillén fue a verla cuando la embarcación se encontraba fondeada frente al Club.

“Renato acostumbraba a salir en la lancha, acompañado de los jóvenes que con él luego sucumbieron (días antes del asalto al Moncada), llamando la atención de los empleados del Club: Ramón Hierrezuelo, Rafael Odio, Benito Romero, José García Ayala, José Romero Rivero, Da-

niel Jaime y Rafael Premián, quienes no hacían comentarios de tales salidas nocturnas para no perjudicarle.

“Cuando la cacería de combatientes del Moncada descollaba por su saña, para salvar las vidas de Fidel y sus compañeros, y como modo de apaciguar la indignación popular en aumento, intervinieron los señores Enrique Pérez Serantes, arzobispo de Santiago de Cuba; el presidente del Club Rotario Local y comerciante establecido en la ciudad; así como el también comerciante Enrique Canto Bory, residente de la Asociación de Caballeros de Colón de Santiago de Cuba.

“Estos señores, después de obtener el ofrecimiento de clemencia para los asaltantes que aún quedaban con vida, dudando por la experiencia de tal promesa, salieron en busca de Fidel y de sus seguidores, en un vehículo habilitado con altavoces, con el cual recorrieron las cercanías de Siboney y de la Gran Piedra, diligencia que ayudó al teniente Pedro Sarria (8) en la conducción de tales prisioneros, hasta ser internados en el Vivac Municipal de Santiago de Cuba. De no haberse producido así la detención, es muy posible que la población santiaguera se hubiese amotinada.

“Las fuerzas de persecución, en ámbito general, estaban bajo las órdenes del comandante Andrés Pérez Chaumont, cuya sed de sangre, de venganza y obcecación contra los jóvenes asaltantes del Moncada, lo cegaron, a tal extremo, de dar instrucciones a sus subalternos de

ultimar sin miramientos a todo prisionero capturado, en contradicción a la clemencia otorgada ya por el coronel Alberto del Río Chaviano, en su afán de congraciarse con la ciudadanía, a punto de sublevarse”.

26 de julio de 1959

Hasta aquí la narración de este testimonio, cuyo autor hemos podido descubrir a través de su único hijo, el compañero Miguel Medina Martínez, en la actualidad delegado del Poder Popular en Río Verde y residente en Mazorra; ambas localidades pertenecen al municipio de Rancho Boyeros, en la capital del país. Es biólogo del Hospital Psiquiátrico de La Habana. Sus padres se trasladaron en 1966.

Como quiera, puede que en la narración de este testimonio no aparezcan detalles más precisos y ajustados a la veracidad de los hechos, pero de todas maneras fue su testimonio, el cual respetamos y se ha transcrito tal y como su autor lo escribió.

NOTAS:

(1) El comandante Andrés González Lines estuvo involucrado en el levantamiento de la Marina de Guerra de Cienfuegos, organizado por el Movimiento 26 de julio, el 5 de septiembre de 1957.

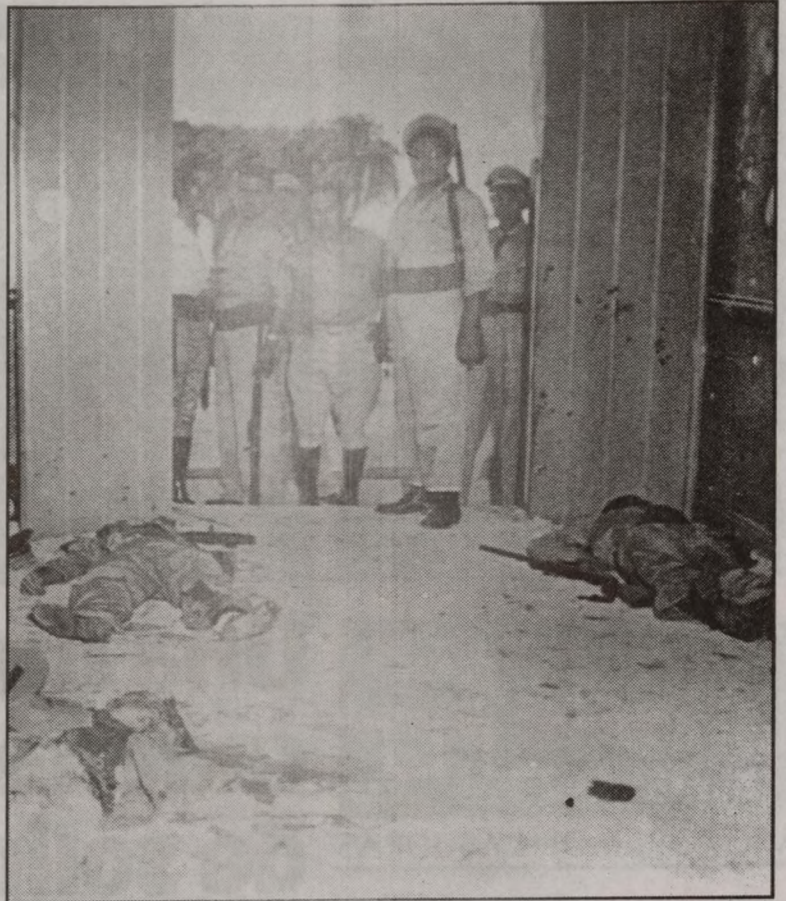
(2) Panchito Cano, fotorreportero. En Santiago de Cuba fue corresponsal de la revista **BOHEMIA** y otras publicaciones. Miguel Ángel Quevedo logró esconderlo en su finca después de los sucesos del Moncada.

(3) Al comandante Andrés Pérez Chaumont, según versiones de vecinos suyos en el reparto Ciudadamar, lo vieron salir de su residencia con otros militares, vestidos de uniforme, en pleno ataque al Moncada, pero luego regresaron y se vistieron de civil, con guayaberas, y en vez de tomar sus automóviles se montaron en uno de alquiler.

(4) José Tobío era el administrador de esa ruta de ómnibus. Terminada la acción del Moncada, lo llevaron preso al cuartel acusado de estar implicado en el asalto.

(5) Varias familias santiagueras, entre ellas Cayita Araujo, viuda de Figueroa, las Atala, las Valentino y otras, protegieron a algunos de los asaltantes que en vez de tomar el monte se refugiaron en la ciudad. Menos suerte corrieron los que sin conocer Santiago, se perdieron en Siboney y otros lugares y fueron ultimados.

(6) Jorge Sotús Romero combatió el 30 de noviembre de 1956 en el levantamiento de Santiago de Cuba en apoyo al desembarco del *Granma* y dirigió y tomó la Aduana. Después integró el primer contingente que envió Frank País a la Sierra Maestra. Disgustado se fue a Miami y al triunfar la Revolución regresó y se le reintegraron sus grados de capitán del Ejército Rebelde. Posteriormente,

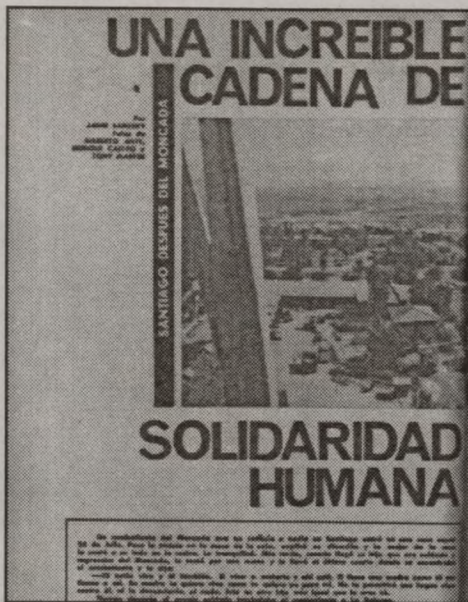


te, se asiló y regresó nuevamente a Miami, donde fue ultimado por elementos batistianos.

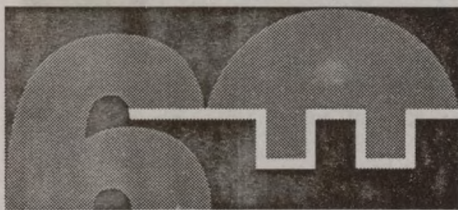
(7) El autor de este testimonio se refiere al deterioro del Club Náutico en 1959. En la actualidad ha sido restaurado el valioso e histórico balneario santiaguero.

(8) En 1960 el ya capitán del Ejército Rebelde Pedro M. Sarría Tartabull y yo (Nydia Sarabía) por casualidad coincidimos en un ómnibus que iba para Santiago de Cuba, donde ambos residíamos. A una pregunta mía me contestó que él conocía de vista a Fidel como luchador de la FEU, en la Universidad de La Habana y que él era un negro pobre que estudiaba por la libre una carrera sobre Derecho Internacional. Que cuando pasaron por Sevilla el comandante Andrés Pérez Chaumont, como jefe de Operaciones le pidió le entregara al prisionero, a lo que Sarría, con gran valentía y en peligro de que fuera juzgado luego y expulsado del Ejército se negó, alegando que el prisionero lo había capturado en la jurisdicción de la guardia rural a él asignada y que estaba en obligación de entregarlo al máximo jefe militar de la provincia (...). Cuando le pregunté por qué había tomado el trayecto más largo para llegar al cuartel Moncada, me confesó que estaba dando tiempo a que el pueblo santiaguero, a través de las instituciones cívicas, pudieran ver vivo a Fidel y por eso lo llevó directo al Vivac Municipal.

Foto horrenda de los crímenes cometidos con los asaltantes al Moncada.



Edición del 21 de julio de 1972.



VICTORIA DE LAS IDEAS

Una increíble cadena de solidaridad humana

Por **JAIME SARUSKY**

Fotos de **GILBERTO ANTE, ENRIQUE CASTRO y TONY MARTIN**

SANTIAGO DESPUÉS DEL MONCADA

Un combatiente del Moncada que no conocía a nadie en Santiago entró en una casa aquel 26 de julio. Puso la pistola en la mesa de la sala, explicó su situación y la mujer de la casa lo sentó a su lado en la cocina. Lo tranquilizó. Más tarde, cuando llegó su hijo que era soldado y regresaba del Moncada, lo tomó por una mano y lo llevó al último cuarto donde se encontraba el combatiente y le dijo:

—Tú estás vivo y el también. Él vino a matarte y ahí está. Él tiene una madre como tú me tienes a mí. Su madre lo quiere vivo como te quiero yo para mí. No te permitiré que hagas algo contra él, ni lo denunciarás ni nada. Este es otro hijo mío igual que lo eres tú.

Tiempo después el propio soldado trasladaba al combatiente a La Habana.

COMO otras tantas veces la Historia tenía una cita con el pueblo de Santiago de Cuba aquel 26 de julio de 1953. Santiago de los Maceos antes, o Santiago de los País, después, era la misma ciudad y era su mismo pueblo generoso y abierto, bravío y audaz, arriesgado y alegre. El heroísmo era natural como pan de cada día. Desde el mismo 10 de marzo dijeron NO al tirano. Ama demasiado la vida el san-

tiaguero para hacerse cómplice de tan grotesco enviado de la muerte.

Habían transcurrido minutos, horas apenas, de aquel asalto al cielo cubano que fue el Moncada y ya se abrían para los héroes errantes por la ciudad los campos aledaños, las casas y los bohíos y hasta las cuevas.

Muy poco o nada sabían los santiagueros de aquellos hombres que armados de viejos fusiles

coincidían con ellos en su amor a la vida porque iban al asalto de la fortaleza símbolo de la muerte. Y tan era así que pocas veces registra la historia ejemplo de una ciudad que establece tan pronta y espontáneamente tan fantástica e increíble cadena de solidaridad humana para con personas desconocidas como la que brindó Santiago y muchos santiagueros a los muchachos del Moncada.

Es verdad, no se conocían combatientes y santiagueros, nada sabían unos de otros, pero aquellas horas desgarradoras y terribles que siguieron evidenciaron que eran del mismo partido: el Partido de la Vida, el Partido del Mañana.

Y salieron los hombres y mujeres de Santiago a las calles a salvar a aquellos hombres que era como salvar sus propios hermanos, sus propias ideas; y defendieron a los heridos de una muerte no ya posible sino segura; y entregaron sus hogares a los que no tenían protección y consiguieron alimentos y ropas y dinero y aquello que no tenía precio y sin embargo es tanpreciado: calor humano; y así fue también con los heridos en los hospitales; y los caídos en combate o asesinados por el bando de la Muerte tuvieron manos y brazos amorosos que todo lo arriesgaban para que quedara fijado para la Historia aquel pedazo de tierra santiaguera que cubría sus restos.

El 26 de Julio les da a los santiagueros y al resto de los cubanos una bandera, un símbolo: Fidel y los muchachos del Moncada. Después se sabría pero entonces, entre tanto dolor y tanta muerte, surgía la esperanza y la lucha, es decir, la vida. Porque la generosidad y la valentía de los santiagueros en la ciudad, y la de los campesinos en las zonas aledañas, seguramente conformaban ya, anticipando con su actitud arriesgada y su espíritu de sacrificio, lo que sería la participación popular en la insurrección y luego la victoria que culminó el primero de enero de 1959.

En este XIX Aniversario del Asalto al Moncada recogemos los testimonios de algunos de aquellos hombres y mujeres que interpretando las mejores virtudes de su ciudad, participaron, de un modo u otro, en aquella increíble y espontánea cadena de solidaridad humana que forjó el pueblo de Santiago para con los combatientes que aquel día abrieron un nuevo camino para Cuba.

MARÍA ANTONIA FIGUEROA

El primero que nos puso sobre aviso de lo que realmente había ocurrido en el Moncada fue el compañero Rubén Pérez, quien vino a mi casa y me dijo:

—No, no, no es asunto de militares, se trata de un grupo de jóvenes que vienen de occidente y quieren producir una situación revolucionaria en Cuba. Lo peor es que ha fracasado el golpe y los están asesinando. Algunos, como no son de Santiago, no conocen la ciudad y se encuentran

desperdigados y es posible que ese desconocimiento los haga caer en manos de los soldados de la dictadura.

Entonces nos dimos a la tarea Rubén, mi hermano Max, otro compañero y yo a buscar estos jóvenes donde estuvieran y salvarles la vida. Inmediatamente nos pusimos en contacto con la familia Díaz Cominche, que hizo una magnífica labor de salvamento, y logró rescatar a varios de ellos.

También nos ocupábamos de los presos, especialmente de Melba y Haydée.



Para los otros combatientes que estaban detenidos logramos, a través del colegio de abogados, mandarles ropa, medicinas, alimentos. Esto nos ligó ya directamente con “los muchachos del Moncada” como les llamábamos.

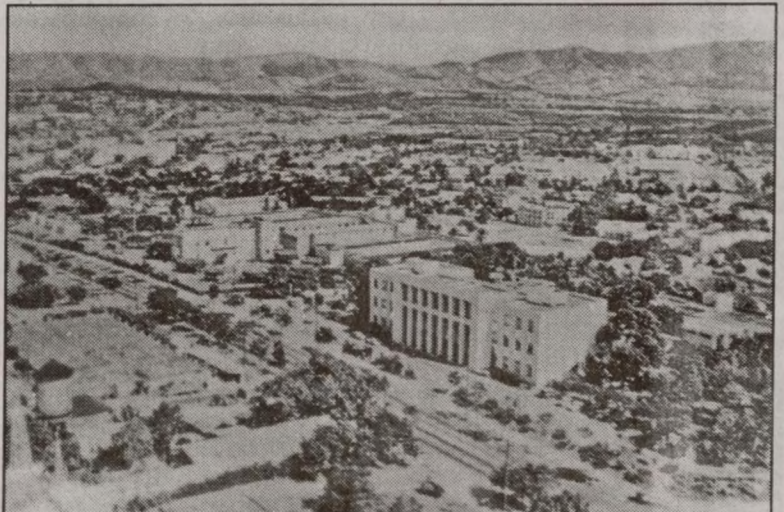
Cuando se conoció en Santiago la

realidad del hecho del Moncada, la mayor parte de la ciudadanía se volcó a ayudar a estos compañeros. Tanto a los presos como a los heridos, como a los que estaban escondidos en diferentes lugares.

Recuerdo cuando me fue entregado uno de los combatientes. Él salía de la imprenta de los Díaz Cominche. Yo tenía que esperarlo en la esquina de San Francisco y San Félix. Mi hermano pasaría en la máquina —a pesar de que el tránsito estaba prohibido por las calles de Santiago a esa hora— pero teníamos que arriesgarnos para salvar esa vida. Lo tomé del brazo, fuimos hasta la esquina, pasó mi hermano, lo metimos en la máquina y siguieron. Yo tuve que



El Hospital Civil —a la izquierda—, el Moncada —al centro—, y el Palacio de Justicia: escenarios de los acontecimientos del 26 de julio de 1953.



tomar una guagua para disimular mi presencia allí. Me bajé de la guagua dos cuadras más adelante. Cuando me dirigía a mi casa, una pareja de las tantas que recorrían la ciudad, me preguntó qué era lo que hacía en la calle. Dije que tenía un enfermo muy grave y que había ido a solicitar la ayuda de un médico. Sólo así pude seguir hasta mi casa.

MICHAELA COMINCHE

En 1952 un policía le dio un cabillazo a José Ramón Martínez, uno de los combatientes del Moncada, allá en Guanajay, y fue ingresado en el Hospital de Emergencia en La Habana. Yo llevé un hijo mío grave y así fue como se iniciaron las relaciones con José Ramón. —Cuando nos despedimos en el hospital le di mi dirección en Santiago de Cuba.



Aquel domingo al regresar de la iglesia, como a las ocho y cuarto de la mañana, me encontré a tres hombres sentados en el sofá de la sala y al reconocer a José Ramón le pregunto:

—¿Están en los carnavales o están paseando? Él me contestó que estaban buscando trabajo.

Al hacerlos pasar para que desayunaran hicieron confianza y les contaron a mi esposo, Alfredo Díaz, y a Rubén Pérez, en lo que estaban. Después me llamaron y me dijeron todo lo que había ocurrido. Les dije que tuvieran confianza, que se quedaran encerrados en el cuarto ya que en la imprenta de mi esposo, que estaba al lado de la casa había muchos empleados.

Joaquín Méndez, mi hijo de crianza, me buscó el enlace para que los otros dos compañeros se refugiaran en lugares seguros.

José Ramón se quedó dos días más y entonces lo llevamos en un automóvil para La Habana. En todo el trayecto hubo registros hasta Matanzas.

José Ramón tenía un aire de familia y en cada registro yo decía que era sobrino mío.

Al llegar a Holguín nos retuvieron en el cuartel. En el automóvil íbamos mi esposo, dos de mis hijos que tenían nueve y diez años en aquel entonces y mi “sobrino” José Ramón. Unos guardias nos hicieron abrir el maletero. Llevábamos una maleta y mangos bizcochuelos. Cuando vieron los mangos se volvieron locos de contento y ni abrieron la maleta. Mi esposo les dio una buena cantidad y dijeron:

—Buena, siga viejo, sigan...

Sin embargo, vi a José Ramón que estaba pálido porque lo hicieron bajar de la máquina, entonces yo le dije:

—Mírame el zapato, amárrame el cordón —y al agacharse, la sangre le subió a la cabeza, le volvieron los colores y no hubo mayores inconvenientes.

Al día siguiente de estar en La Habana, yo no sé cómo, José Ramón, Alfredo mi esposo y mi hijo Alfredito se reunieron con José Antonio Echeverría y otros dirigentes estudiantiles en un sótano de la Universidad. José Antonio y los otros muchachos tenían mucho interés en saber por boca de uno de los asaltantes lo que había ocurrido en el Moncada con todos sus detalles. Ya llevaban un buen rato reunidos, cuando de pronto José Ramón tuvo una corazonada y les dijo a mi esposo y a mi hijo:

—Vamos, que nos estamos tardando demasiado.

Al poco rato, efectivamente, llegaba la policía y asaltaba el lugar. Después en tono de broma, mi esposo le decía a José Ramón:

—Oye, yo creo que tú tienes algo de brujo, chico...

Por último, mi hijo Alfredito hizo las conexiones para el asilo de José Ramón en la Embajada de Panamá. Luego se fue a Panamá, y de allí a México a unirse a los muchachos que luego vinieron en el *Granma*, cayendo heroicamente en los días posteriores al desembarco.

ÁNGEL NÚÑEZ

Pude hacer buena amistad con Abel porque desde un principio, en las semanas que estuvo en la



Al fondo la granjita Siboney.

granjita de Siboney, antes del 26 de julio, me demostró sus cualidades: su trato, su educación, aquella familiaridad con que me ganó su confianza desde el primer momento.

Del 26 recuerdo que tempranito en la mañana, cuando fui a encerrar los terneros, vi a un grupo (más tarde supe que entre ellos iba Fidel) cruzar la carretera y atravesar mi finca.

Inmediatamente me fui a casa. A todo esto yo no sabía ni lo que había pasado ni lo que estaba pasando. Llegan unos vecinos y me dicen que en la granjita hay un muerto. Voy hacia allá y veo que el "muerto" estaba tratando de levantarse. Después me enteré que era Abelardo Crespo. Lo ayudé a llegar al borde de la carretera. Pasaron por lo menos sesenta máquinas y nadie quiso parar hasta que llegó un amigo mío, Julio Mongolé, y accedió a llevarlo. Y me dijo:

—Núñez, ahí me quedan ocho hijos... ¡Si me matan tú te haces cargo de ellos!

A la entrada de Santiago de Cuba, donde está el Árbol de la paz, se cruzó con la caravana del ejército al mando de Pérez Chaumont que se dirigía a la granjita de Siboney.

Como las carreteras no estaban tomadas todavía, Mongolé pudo llegar sin problemas hasta la Quinta del Centro Gallego y allí dejó a Crespo.

Minutos más tarde llegó la caravana. Y abriéndose en abanico, tomaron toda esta zona militarmente. Al poco rato me viene a buscar una pareja y me lleva a la granjita. Entonces Pérez Chaumont me mete en uno de los cuartos y trancó la puerta. Me apuntaba con el revólver y me dijo que tenía que informarle el rumbo que ellos habían cogido. Pensé en Abel, y lo primero que se me ocurrió fue despistar a Pérez Chaumont indicándole el lado contrario al que habían cogido los muchachos.

Esa misma noche, sería como la una de la mañana, oía desde mi casa, que está como a unos cincuenta metros frente a la granjita, los gritos de los muchachos que estaban torturando allí; también oí los tiros de fusil y luego se hizo silencio... Después no oí más gritos. Inmediatamente empezaron a sonar las ametralladoras 50 y las 30 y las voces de mando simulando un combate. Mi casa temblaba. Aquello duró más de una hora.

Al día siguiente vi cinco cadáveres al fondo de la granjita. Y al otro día apareció un nuevo cadáver en la portería. Tres estuvieron tirados allí.

RUBÉN PÉREZ

Aquel 26 por la mañana yo había salido a buscar ropa para los tres combatientes del Moncada que se habían refugiado en casa de la familia Díaz Cominche. Al llegar a la esquina de Santo Tomás y San Francisco veo que viene otro joven: sucio, rípiado, pero afeitado y peinado y con zapatos buenos. Me sorprende y enciendo un cigarro para dar tiempo a que se acerque a mí. Al llegar le pregunto:

—¿Tú eres de Pinar?

Y él muy asustado y sorprendido me dice que sí. Entonces le tiro el brazo por el hombro, nos echamos a caminar y le digo:

—No temas, estás en buenas manos, no te va a pasar nada—. Intentó detenerse varias veces por temor pero yo lo animaba y le daba confianza. Lo llevé a casa de mis padres que quedaba cerca de allí hasta que pudimos mandarlo para La Habana.

Más tarde tuve que recoger durante dos días seguidos, a la misma hora, a dos muchachos que se habían refugiado en una finca en El Cristo. El lugar que habíamos fijado para recogerlos fue en la parada de guagua que había en San Francisco entre San Pedro y San Félix donde siempre había muchas personas porque todas las rutas de guaguas de Santiago pasaban por allí. El primero de los combatientes se lo entregué a Max y María Antonia Figueroa que estaban esperándonos en un automóvil a media cuadra de allí. Para poder refugiar al otro llamé a casa de la doctora Zenaida Zambrano, hija de un dominicano perseguido por Trujillo, que llevaba muchos años en Santiago.

Cuando Zenaida consultó con su padre la posibilidad de que un combatiente se refugiase en su casa él respondió:

—¿Cuántos son? Los que sean pueden traerlos para acá.

Luego se hicieron las gestiones para sacarlo del país en un barco maderero que hacía la travesía entre Santiago y algunos países de la América Central. Logramos meterlos en el barco haciéndose pasar por pintores para evitar la posible reacción de los portuarios y los chivatos. Acordamos con el capitán y el primer oficial que esos dos compañeros permanecieran escondidos en el fondo del barco, y ya en alta mar, a una distancia donde se hacía difícil el regreso, el primer oficial haría una señal para que los dos "pintores" salieran y fueran descubiertos. Acto seguido se los llevarían al capitán como polizontes y, tratando de que la tripulación los oyera, confesarían ser asaltantes del Moncada.

Es ahí donde el capitán, como parte de la trama, reúne a la tripulación y le hace saber la



En el sitio donde recogió a dos de los asaltantes del Moncada.



existencia de los dos polizontes. El capitán se dirige a la tripulación y afirma, fingiendo, que por ser dos prófugos de la justicia regresaría a Santiago a entregarlos a las autoridades competentes. Entonces interviene el primer oficial –ya también como parte de la combinación– haciéndole ver al capitán que al entregarlos en Santiago serían irremisiblemente asesinados y que sobre su cabeza pesaría ese cargo de conciencia. Todo esto lo decía buscando el apoyo de la tripulación.

Efectivamente, la tripulación unánime, le pidió al capitán que no regresara a Santiago de Cuba. El capitán los comprometió diciéndoles que se dieran cuenta de lo que hacían ya que todos eran cómplices –incluyéndose él mismo– de la salvación de esos muchachos y esta actitud los obligaba a la mayor reserva. Además, el capitán les recordó que debían atracar en Nicaragua, que allí estaba Somoza, íntimo amigo de Batista. La tripulación le dijo al capitán que también habría que tocar puertos en otros dos países donde había dictaduras pero que ellos se comprometían a protegerlos. Y así mismo fue.

DOCTOR ALEJANDRO POSADA

EL 26 de julio de 1953 el doctor Alejandro Posada era director de la Clínica de la Colonia Es pañola.



Además de los soldados heridos, había allí dos moncadistas que estaban siendo atendidos. De pronto se oyeron unos golpes violentos y aparecieron seis soldados ametralladora en mano.

–Traemos la orden de llevarnos los heridos para el Hospital Militar– gritó ásperamente uno de los soldados.

–¿Y el director dónde está? –gritó otro.

–Soy yo –contestó el doctor Posada. Y añadió:

–Y como director de esta clínica, prohíbo terminantemente el traslado de los heridos. Todos se quedarán aquí hasta que estén completamente curados.

Se retiraron pero una hora más tarde descendieron de cinco yips, ametralladora en mano, otros treinta soldados bajo el mando de un oficial. Invadieron los pasillos y las salas amenazadoramente.

Indignado, el doctor Posada respondió a la provocación:

–¡Retire sus hombres, teniente! ¡Es criminal que molesten a mis enfermos!

–La orden que tengo del coronel Chaviano es la de llevarme de aquí a los heridos –dijo este.

–Le repito que me responsabilizo con la vida de esos heridos y le prohíbo que me los mueva de aquí.

La discusión se hacía cada vez más acalorada hasta que el teniente enfurecido grita:

–Entonces me los llevo a la fuerza.

–¡En ese caso –contestó el doctor Posada en tono firme– usted tendrá que pasar por encima de mi cadáver!

ARTURO CAMPANAL

En esa época yo tenía trece años. Por la mañana en Siboney se comentaba que eran guardias contra guardias, inclusive que eran los de Pedraza contra los de Batista.

Recuerdo que estaba en la casa, salgo, veo desde el corredor a gente extraña, entro y le digo a mi papá:

–Padre, ahí van dos muchachos que no son de por aquí.

Entonces mi papá me dijo:

–Turi, llámalos, llámalos, que van hacia la muerte.

Como a trescientos metros de nuestra casa estaban los guardias cazando a los que pasaban por la tienda de Siboney.

Esto fue después de almuerzo.

Entonces les dije a los dos:

–Entren, entren a la casa.

Entraron. Empecé a conversar con ellos. Mi padre los llevó para el cuarto y allí entablaron un diálogo. A mi padre le parecía que no estaban hablando con toda claridad.

–Tengan confianza en mí –les dijo mi padre– que yo soy republicano español y estoy en contra de Batista.

Mi mamá, Mercedes Moya, también participó en la conversación.

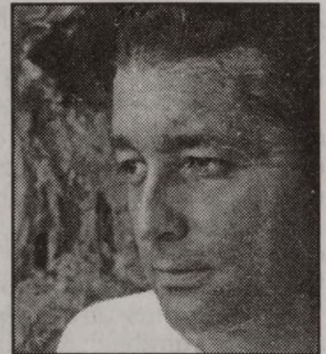
Mi papá les enseñó la pierna herida de la guerra civil española.

–Tengo una pierna más corta que la otra –dijo mi padre.

Creo que ese gesto les dio confianza y confesaron que habían participado en el asalto al Moncada. Se cambiaron de ropa, uno de pantalón y el otro de camisa porque estaba impregnada de mucho olor a pólvora. Se franquearon y dijeron los nombres: el del pantalón era Ciro Redondo, el de la camisa, Marcos Martí.

Mi padre les preguntó quién era el jefe de ellos y se negaron rotundamente a dar el nombre. El no insistió.

Se quedaron en el cuarto y mi padre fue rumbo a la finca pero vio que un grupo de guardias



venía avanzando, registrando todas las casas de los alrededores. Volvió de inmediato a la casa y me dijo:

—Súbelos para la cueva y escóndelos enseguida.

La cueva es “La Cueva del Muerto” y se encuentra a unos cincuenta metros detrás y a un costado de la casa. La entrada de la cueva estaba protegida y cubierta por unos saos muy altos y tupidos.

Yo me quedé un rato largo con ellos en la cueva. Conversábamos. Regresé a la casa y por la tarde volví y les llevé agua en dos botellas. Al oscurecer les llevé lataría y un cuchillo para que abrieran las latas.

Ya todo aquello estaba plagado de soldados y de agentes del SIM vestidos de civil. Al otro día no pude moverme de la casa y solo por la noche les llevé alimentos y agua.

Casi todos los vecinos se fueron para Santiago ante la situación que había en Siboney.

Pérez Chaumont ordenaba el asesinato de varios combatientes en la granjita adonde los habían llevado. Incluso asesinaron a seis en el camino de Juraguá.

El 29 de julio fuimos a Santiago y cuando regresábamos el 30 a Siboney, al llegar al entronque de la Anacahuita, nos dijeron que había un muerto en la carretera y que no se podía pasar por allí. Dimos la vuelta por el cruce de Firmeza que estaba al fondo de la finquita nuestra y llegamos a la bodega de Siboney antes de ir para la casa. Allí nos informaron que un chivato vecino de Siboney los había denunciado. Los guardias rodearon la cueva y los sacaron de allí.

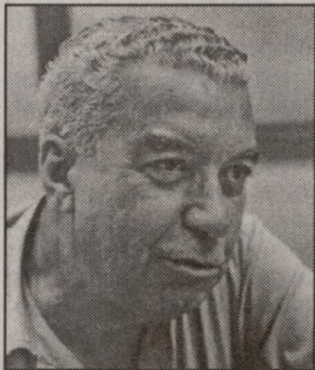
Los llevaban a pie a la Anacahuita. En el trayecto asesinaron a Marcos Martí.

MAX FIGUEROA

En la tarde del 26, a partir del momento en que se hablaba que Fidel venía al frente del grupo que había asaltado al Moncada, hubo inquietud en Santiago. Se decía que entre los que se habían retirado algunos estaban regados por la ciudad y necesitaban auxilio.

Creo que en la población entera —y en esto no se puede individualizar— la reacción fue de ayuda y de solidaridad con los que atacaban al Moncada.

Día y noche se sentían tiros y ya la gente empezaba a hablar de que estaban asesinando a los prisioneros; también se hablaba de que las tropas de Pérez Chaumont habían realizado una matanza de combatientes apresados en Siboney.



El pueblo santiaguero se movilizó. Las distintas organizaciones: profesores, estudiantes, obreros, instituciones cívicas, organizaban la defensa para impedir que los prisioneros fueran asesinados y buscaban refugios, ropa y alimentos para los combatientes en las casas de Santiago y para los heridos en el hospital.

Como teníamos un contacto muy estrecho con la familia Díaz Cominche, y en su casa había varios combatientes refugiados, me tocó trasladar a algunos de ellos.

Hicimos los contactos para buscarles refugios a Mario Lazo y Severino Rosell, “Vero”, quienes fueron trasladados de una finca en la zona de Santiago a la ciudad.

Ambos tuvieron que cambiar de refugio varias veces hasta que Mario Lazo se fue para la casa de las hermanas Atala Medina y “Vero” Rosell fue para la casa de Vilma Espín.

A Léster Rodríguez hubo que trasladarlo de Palma a Santiago. Fue necesario buscar una casa donde permanecería un tiempo en Santiago hasta que se hicieran las gestiones para trasladarlo a La Habana y de ahí al extranjero.

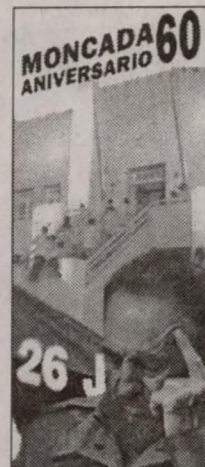
Pero el caso más difícil fue el de un asaltante del Moncada con quien tuve que pasarme el día entero porque nos había fallado la casa donde debíamos llevarlo. Como era de Artemisa y el acento lo delataría le sugerí que no hablase una palabra con nadie. Estuvo buena parte de la tarde en la biblioteca de la Universidad. Alguien se le acertó pero no habló. Luego, hicimos un recorrido muy largo por las calles de Santiago. Lo llevamos a un colegio y allí conoció a Frank País. Al fin por la noche pudo encontrar refugio en casa del compañero Rodríguez en la calle Gallo.

Los atacantes del Moncada se ganaron a la población de Santiago y ya a partir de ahí no se pensaba en otro tipo de oposición al Gobierno de Batista que no fuera el de los muchachos del Moncada. Aquello fue un impacto muy fuerte y mucho más a medida que se fueron conociendo todas las injusticias, torturas y asesinatos que se habían cometido.

Es necesario destacar en primera línea la actitud de la mujer en aquellos momentos. Porque se trataba en muchos casos de mujeres que no estaban en partidos ni en ninguna organización. Se formaron grupos de mujeres y toda su labor se canalizaba a través de comités de auxilio y de ayuda.

La reacción popular fue masiva en Santiago pero luego se extendió a todo Oriente. Se formaron comisiones de ayuda en toda la provincia. Se había roto con un cierto conformismo; se iniciaba una nueva etapa con una nueva estrategia en la lucha, ahora frontal contra Batista. Eran los únicos que habían utilizado la lucha armada contra el tirano.

Tuve la oportunidad de oír la entrevista que le hicieron a Fidel por radio cuando estaba en



el Vivac. Fueron unas palabras de tanta fuerza emocional que impresionaron hasta a los soldados que estaban allí. La entrevista la cortaron y después no la volvieron a retransmitir ni fue publicada en los periódicos. Fidel habló de las razones y los objetivos del asalto al Moncada, del significado de aquella acción frente a la tiranía.

También pude escuchar la entrevista que le hicieron a Raúl cuando lo detuvieron. Le preguntaron si lo habían vejado o había sido víctima de maltratos. Y Raúl contestó enérgicamente:

—¿Que si me han vejado? ¿Que si me han maltratado? En primer lugar eso no hubiera ocurrido porque yo habría contratado, no lo hubiera permitido.

Y añadió que solo dándole un tiro, muerto, lo habrían podido maltratar. Y luego, al igual que Fidel, explicó cuáles eran los objetivos que ellos se habían propuesto al asaltar el Moncada pero también le quitaron el micrófono.

Estas dos alocuciones escuchadas en la propia voz de Fidel y Raúl produjeron una reacción todavía más solidaria porque fue una identificación con los ideales que habían movido aquella gesta y la valentía con que fueron defendidas esas ideas en momentos en que estaban detenidos por la tiranía.

GLORIA CUADRAS

Después del asesinato a los combatientes del Moncada era preciso conocer el destino de los restos de esos compañeros.

Hubiera sido una vergüenza, un deshonor para los orientales que de aquellos muchachos que habían venido a morir

aquí por la libertad de Cuba se perderían sus restos.

Nos propusimos fijar el lugar donde reposarían los héroes del Moncada en el cementerio de Santa Ifigenia para que cuando el pueblo supiera que estaban ahí lo convirtiera en lugar de peregrinaje. Era también un incentivo para recordarles a los hombres y mujeres de esta tierra que ellos habían venido a abrirnos un camino.

Seguros ya donde estaban enterrados en las nueve fosas, decidimos marcarlas en el patio común a la izquierda y al fondo del cementerio, muy cerca del basurero, donde enterraban a los pobres. No quisimos hacer una tumba

lujosa, no diferenciarlas sino hacerles una igual que a los desposeídos. Una especie de cajones de madera con una cruz y entonces sembrarlas todas de flores. Así lo hicimos. Había un terror muy grande. Ellos querían hacer desaparecer los cadáveres y en aquellos momentos sí era peligroso emprender esta tarea de construir las fosas. No había ningún sepulcero que quisiera hacerlo. El único que lo hizo fue Juan Caternaux y un muchacho medio anormal que lo ayudaba. No es que yo confiara tanto en él pero como él vivía de eso ofrecí pagarle a Caternaux y le dije:

—Tú me haces las fosas, los cajones, las cruces y te vas a ocupar de todo y además te voy a pagar todos los meses para que atiendas las tumbas, les siembres flores, las riegues y las mantengas bonitas y no vas a correr ningún peligro pues yo te autorizo a que tú les digas, si ellos te preguntan, que tú trabajas particular y que yo, Gloria Cuadras, te pago para que tú las cuides. Échame la responsabilidad a mí.

Comenzamos a hacer las gestiones para conseguir la madera. Me dirigí con dos compañeras y un compañero a un aserrío. El aserrío era de un viejo amigo mío quien accedió a dármele a escondidas de su socio. Después fui a buscarla en una carretilla que alquilé y la trasladé al cementerio entregándosela a Caternaux para que comenzara a construir los cajones.

Los construyó pero el ejército los destruyó al día siguiente y tuvimos que empezar de nuevo. Se llevaron preso a Caternaux y él dijo lo que yo le había autorizado. Tal como lo esperaba, recibí la visita de los guardias quienes me instaron a desistir de mis propósitos y a explicar las razones que me llevaban a velar por las tumbas de los combatientes del Moncada. Yo les expliqué que porque soy mujer que esos muchachos no son bandidos, no son ladrones, no son asesinos sino que se sintieron inflamados por el amor a la patria y han muerto por un ideal. Les dije que esos muchachos hoy están muertos y ningún mal les podían hacer a ellos y añadí que mi deber como cubana, y como revolucionaria es hacer eso para que las madres, el día de mañana, sepan dónde están enterrados sus hijos.

Así les dije.

Poco después del Moncada hubo un ciclón. Como yo era comentarista radial de CMKC hice un llamamiento para que todo el que se sintiera apto acudiera en auxilio de los necesitados. Frank acudió al llamado, y como ya trabajábamos juntos, salimos él, mi esposo y yo. Instintivamente nos dirigimos al cementerio porque los tres habíamos pensado exactamente igual: saber en qué estado se encontraban las tumbas de los Mártires del Moncada. El viento soplaba fuerte y algunas cruces habían caído. Entonces Frank bajó, las recogió con gran amor



y respeto (se le notaba en la cara) y las colocó de nuevo en su lugar. Salimos de allí empapados pero satisfechos de haber estado con los muchachos.

MARIO LAZO

(Combatiente del Moncada)



Aquella mañana del 26 regresamos a la granjita de Siboney, tal como se nos había planteado. Si mal no recuerdo fuimos 18 compañeros los que seguimos a Fidel. Íbamos

con rumbo a la Gran Piedra que por su altura era el lugar que él había escogido.

En cada una de las casas de los campesinos donde nos deteníamos en nuestro ascenso siempre recibíamos la ayuda y la cooperación más desinteresada.

Luego, accidentalmente, se disparó mi pistola y la bala me penetró por la axila derecha saliendo por la espalda. A la mañana siguiente Fidel se reúne con todos nosotros y plantea que había algunos compañeros que por su estado de salud, por las heridas que tenían, debían regresar a Santiago. Éramos seis. Empezamos a descender y a pasar por los mismos lugares anteriormente recorridos. Ya me había quitado un pantalón y una guayabera. En casa de un campesino donde ya habíamos estado se asombraron al verme porque yo iba lleno de sangre de pies a cabeza. Nos curaron, lavaron y plancharon la ropa de un compañero y la mía y allí permanecimos hasta que oscureció. Otro compañero y yo planteamos quedarnos más tiempo en el monte porque conocíamos la situación y, sobre todo, teníamos presente todo el tiempo que Emilio, uno de los compañeros que había subido con nosotros y que había decidido regresar a Santiago, había sido detenido y asesinado aunque en la información que oímos por radio los voceros de la dictadura lo daban como muerto en combate.

Después, junto al compañero Severino Rosell, nos refugiarnos en la finca de unos campesinos que tenían una vaquería. Allí estuvimos alrededor de un mes. Primero estuvimos en pleno monte y luego en un bohío de la misma finca. Se hicieron las gestiones y los contactos para trasladarnos a Santiago de Cuba. Esa familia nos alimentó y consiguieron medicinas para poder curarme la herida. Después de dos intentos infructuosos por fin pudimos llegar a Santiago. En un lugar acordado previamente nos estaban esperando los compañeros Evelio Goderich y

Alfredo Guerra, llevándonos este último para su casa donde estuvimos tres o cuatro días. De ahí nos trasladaron a casa de un abogado donde estuvimos también muy breve tiempo hasta que fuimos llevados a la casa de la familia Atala Medina donde permanecemos 20 meses. Tuvimos que iniciar el aprendizaje de Santiago: sus costumbres, sus calles y su historia, su manera de hablar y su léxico particular y además perdimos el nombre porque allí nos llamábamos Mariano Arce Medina, es decir "primo" de la familia Atala Medina.

EVELIO GODERICH

Max Figueroa me planteó que se estaba tratando de localizar a los muchachos para ayudarlos y que me tendrían en cuenta para estos trabajos.

En esos días, dos de los combatientes del Moncada que habían encontrado protección en una finca tenían necesidad de trasladarse a lugares donde tuvieran mejor protección. Supimos la cosa y la planteamos a través de Max Figueroa.

Estos compañeros bajaron escondidos en un carro de leche. Los recibimos en un garaje que se encontraba en Garzón y Sueño. Después, un compañero se hizo cargo de ellos.



A partir de esta coordinación, Max Figueroa comenzó a utilizarme en una forma más intensiva; comencé a tener una labor muy estrecha cambiando compañeros de lugar; algunos los llevaba a mi casa

hasta tanto pudieran ser trasladados a otro lugar o el propio Max los llevaba a mi casa.

En el mes de agosto vino a vivir a casa, durante un tiempo, Léster Rodríguez con quien tuve largas conversaciones sobre los objetivos de la Revolución. Esta estancia de Léster en casa nos sirvió para iniciar una politización más amplia.

La preocupación y el desinterés con que se trabajaba para proteger a los combatientes del Moncada que estaban en peligro en esos momentos, se puede entender mejor cuando afirmamos que ningún compañero de los localizados por nosotros fue apresado por la policía.

NAYIBI ATALA

Al día siguiente del Moncada empezamos a tratar de hacer algo sin tener una idea precisa de lo que se iba a hacer. Buscamos ropa usada porque ya nos habíamos enterado que había combatientes escondidos y era necesario cambiarles la ropa. Se tomaban las precauciones quitándoles las marcas de tintorería.



El pueblo de Santiago se conmovió mucho cuando el 27 de julio por la tarde salió una rastra repleta de cadáveres. A plena luz del día, por la tarde, bajó por la calle Martí; fue una afrenta al pueblo. A su paso el pueblo se descubría y el ejército daba bofetones y golpes. La gente lo comentó y la reacción fue tremenda. Aquellos cadáveres los tiraron en el cementerio sin poder apenas identificarlos.



También se habló mucho de los militares que exhibían las prendas, las cadenas, los relojes, después de haber saqueado los cadáveres de los combatientes.

Recuerdo aquella cantidad de mujeres que fueron al reparto Santa María, en la ruta por donde pasaban los muchachos que estaban presos en la Cárcel de Boniato y los trasladaban a la Audiencia en aquellos días de los Juicios. Era emocionante porque los aplaudían, les gritaban, les tiraban flores...

Cuando Mario Lazo llegó a nuestra casa estaba receloso. No quería ni hablar. Le pregunté su nombre y me dijo:

—Me llamo Mariano Arce.

Yo insistía y él repetía lo mismo. Le expliqué que había un compañero que quería conocer el destino de algunos combatientes de Artemisa. Entonces cogí una figurita que estaba en una repisa, saqué una tirita de papel y le dije que esa lista de nombres me la había dado el padre de Ramiro Valdés para ver qué se sabía de ellos. Cuando leyó se sorprendió y me dijo:

—El primer nombre de la lista soy yo.

IBIS ATALA

No olvido cuando nos llevaron dos ejemplares de *La Historia me absolverá* a la casa. De un tirón nos sentamos. Un poco leía mi madre, otro poco mi hermana y luego yo. Mario, que había combatido en el Moncada, no pudo seguir oyendo y se fue al último cuarto.

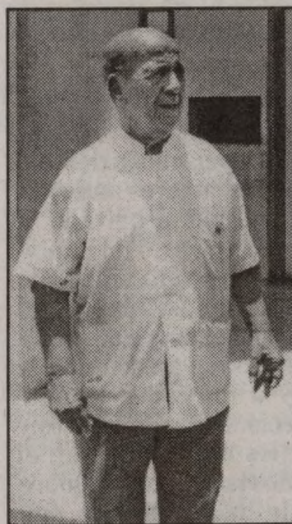
Fui a la habitación y lo vi llorando. Una noche, como a las nueve y media un combatiente del Moncada que estaba herido en un hospital me mandó a buscar. Me dijo que un Magistrado había sustraí-



do una de las actas del juicio de Moncada y que era necesario que alguien de confianza hiciera copias mecanográficas. Pero ese trabajo debía hacerlo durante la noche, ya que por la mañana el Magistrado debía restituirla de nuevo sin que nadie se diera cuenta. Me pasó la noche entera copiándola, le llevé una copia a ese compañero y devolví el original.

Difícilmente podré olvidar el encuentro de Ramón, el padre de Ramiro Valdés, con Mario Lazo. En Artemisa todos daban por muerto a Mario. Cada vez que el padre de Ramiro iba a Santiago preguntaba por los muchachos de Artemisa pero nosotros no sabíamos nada. Esta vez, sin embargo, cuando vino a nuestra casa llegó el mismo día que Mario, que ya estaba en la habitación junto a la sala. Cuando lo vio no quería creerlo de ninguna manera. Su alteración fue tan grande que hasta yo me asusté. Echó a llorar como un niño, se enjugaba las lágrimas, pero enseguida volvían de nuevo. Fue tan emotivo que lloramos todos. Hasta el propio Mario. De pronto la muerte se le transformaba en vida

DR. MANUEL PRIETO ARAGÓN



En los dictámenes emitidos por los médicos forenses, doctores Manuel Prieto Aragón, Carlos Padrón Ferrer, Ramón Cabrales Arjona y Alipio Rodríguez López, el 27 de julio de 1953 y los días subsiguientes, ante las autoridades judiciales competentes, previo reconocimiento de los cadáveres, uno por uno, emitieron los correspondientes dictámenes sobre

los 33 cadáveres.

A1 respecto dice el doctor Prieto Aragón:

“El reconocimiento Médico-Legal de los cadáveres fue horripilante. Todos vestían uniformes de kaki amarillo, unos camisa y pantalón y otros solamente pantalón. Todos estos uniformes estaban intactos, no tenían huellas de bala. Otros cadáveres tenían el uniforme puesto al revés. A1 desvestirlos se apreció con toda su rudeza la crueldad y ensañamiento que se había cometido con ellos. Unos, debajo del uniforme, tenían ropas de enfermos del hospital civil Saturnino Lora, y otros ropas de civiles. Había un gran número con la cabeza destrozada por granadas o por ráfagas de ametralladoras. Muchos estaban mutilados, otros habían perdido los dientes y los ojos como consecuen-

cia de las torturas a que fueron sometidos antes de asesinarlos

Debo añadir que en el asalto al cuartel Moncada sólo murieron ocho combatientes y trece soldados. Los demás cadáveres fueron añadidos en las horas siguientes al heroico hecho.

En aquella época la dictadura pregonó, con ánimo de confundir al pueblo y para justificar sus atrocidades, que muchos militares habían sido pasados a cuchillo, pero nuestro reconocimiento Médico-Legal que obra en los Dictámenes, desmintió tal falacia, comprobándose que todos ellos murieron por heridas de armas de fuego, recibidas en un plano anterior, es decir, de frente, lo que demuestra que murieron en combate”.

MARÍA TERESA VALENTINO



El 27 de julio a las 4 de la tarde llegó a mi casa la compañera Arminds Castellanos y me dijo que en una finca de Siboney unos vecinos tenían tres muchachos escondidos, que no querían dar sus nombres porque temían

ser descubiertos, pero que era necesario que se les mandara ropa porque todavía llevaban puestos los uniformes de militar. Fui al escaparate de mis hermanos, cogí tres mudas de ropa, les quité las marcas de la tintorería y se las di a Arminda, quien se encargó de enviarlas a través de los dueños de la finca donde estaban escondidos esos compañeros.

Los santiagueros que estaban ayudando a los asaltantes me suministraban ropa, dinero y provisiones para los muchachos que estaban escondidos en distintas casas de Santiago.

Luego se me indicó que fuera al hospital civil Saturnino Lora, a visitar a un asaltante herido que estaba recluido allí. Fui con Arminda Castellanos. Ya ante él nos presentamos. Era Abelardo Crespo. Sus condiciones de salud eran muy precarias por la pérdida de sangre que había tenido. Había recibido un balazo en un pulmón.

Empezamos a visitarle todos los días y le llevábamos alimentos, medicinas y ropa. Había transcurrido algo así como una semana cuando llegué un día al hospital y el capitán Porro, que era el director, me mandó a llamar. Me preguntó si yo era familiar del recluso hospitalizado allí. Le dije que no, que no era familiar mío. Me respondió que ese individuo tenía muy poca vida, y que si por desgracia se salvaba, nadie le quitaba treinta años de las costillas por atentar contra los poderes del Estado.

Entonces le contesté que bastaba media vez que fuera un cubano con ideales para que todavía hubiera gente capaz de interesarse por su salud y de velar por su seguridad. Me replicó que para lo poco que le quedaba de vida podía seguir visitándolo.

La sala donde estaba recluido en realidad era una celda. Una de las veces que lo visité me encontré a unos albañiles raspando las paredes para que al aspirar el polvo del repello le hiciera daño.

También le inyectaron aire en las venas.

Tres días después, estando en la visita acostumbrada, llegó una pareja de guardiajurados del hospital, abrieron la puerta y tiraron a un señor endrogado en la misma celda de Crespo. Este señor enseguida se puso a tirar muebles, pateaba, gritaba malas palabras y no se estaba quieto ni un momento. Era una provocación del director del hospital para que Crespo se rebelara, se enfrentara con el endrogado, se levantara de la cama, hiciera esfuerzos que en su debilidad y gravedad podían precipitar su muerte. Pero Nicolás, un preso común encerrado en la misma celda y que se portaba muy bien con Crespo, pudo al cabo de dos horas de terribles momentos, someter al endrogado.

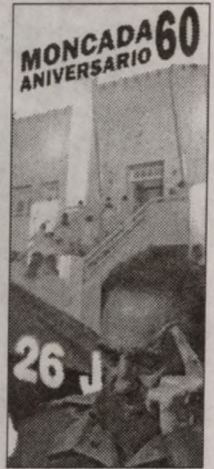
En todo ese tiempo yo le hablaba y le hablaba a Crespo, tratando de convencerlo para que no interviniera ni hiciera esfuerzos que pudieran perjudicarle la salud.

Claro que los vaticinios del director del hospital no se cumplieron. Crespo iba mejorando su salud cada día y luego fue trasladado para la cárcel de Boniato.

CIRA FERRER

A los dos o tres días del asalto al Moncada, supimos por la compañera María Antonia Figueroa, que había necesidad de proteger a un asaltante: Angel Sánchez. En la misma casa de Calvario 416, donde vivía mi hermano Armando Ferrer, casado con Carmelina Palasí, hicimos el primer contacto con él.

Acordamos con Carmelina y Armando traerlo para esta casa puesto que en la mía, mi esposo, el doctor Quinidio Armaignac, tenía consulta



Con su hermana Berta Ferrer.





Junto al bohío donde fuera apresado Fidel.

y la puerta permanecía siempre abierta y no ofrecía seguridad en aquellos momentos.

Ángel permaneció aquí día y medio. Esta casa es larga y estrecha y tenía pocas posibilidades de escapar. Determinamos que fuera trasladado para la casa de mis padres que viven aquí, al voltear, en San Jerónimo 474.

Allí permaneció hasta el 31 de agosto. Este muchacho, aún en esos momentos de persecución permanente y en una situación tan dura, hablaba con fervor y una admiración tan grande por la personalidad de Fidel que nos decía:

—Si ahora mismo él nos invita a participar de otra acción, estoy listo para incorporarme.

Hablaba con una convicción profunda de los ideales y de las proyecciones del Movimiento.

En los primeros días, dada la frecuencia con que eran registrados todos los hogares de la ciudad y previendo que esto nos ocurriera, mi esposo, que entonces era profesor de la Universidad de Oriente y compañero del doctor Julio López Rendueles, habló con este para buscar la forma de borrar todo vestigio de pólvora que pudiera quedar en las manos de Ángel. El doctor López Rendueles le entregó una preparación química que mi esposo aplicó a sus manos. Recuerdo cómo se retorció por el ardor que le producía.

Ya en contacto con María Antonia y con la familia Méndez Cominche, se empezaron a crear las condiciones para su traslado a La Habana y su asilo en la embajada de Panamá.

BERTHA FERRER

El 31 de agosto de 1953 yo acompañé a Ángel Sánchez en la guagua hasta La Habana. Pero antes fue necesario hacerle una fotografía para un carnet que le estaba preparando mi cuñado el doctor Armaignac con el nombre cambiado que era el de Rubén.

En el trayecto registraron varias veces la guagua. Teníamos los nervios de punta pero el impacto terrible fue cuando llegamos a Camagüey. Bajamos a un café donde paraba la guagua para tomar un refresco y al sentarnos a

la mesa llegan dos guardias rurales, se sientan con nosotros y nos dicen:

—¿Hacia dónde van?

Y les dijimos, como era natural, que íbamos para La Habana Quizás a ellos les llamó la atención que parecíamos una pareja de recién casados.

—Nosotros nos quedamos antes -dijeron ellos mientras Ángel los miraba a través de sus gruesos espejuelos de aros de metal blanco, de esos que acostumbran a usar los viejos, y que transformaban la expresión de su rostro.

Al llegar a La Habana pudimos trasladar a Ángel a la Embajada de Panamá.

JUAN LEIZAN MONTERO

El día 26 yo estaba en la fiesta de los carnavales. Estuve como hasta las cuatro de la mañana y cuando regresaba a mi casa —que está situada a nueve kilómetros en la carretera de Siboney—, me encontré con una caravana de automóviles que luego resultó ser la de los que iban al asalto del Moncada. En aquel momento pensé que eran gentes que regresaban de fiestar en la playa Siboney.

A partir del asalto al Moncada se puso muy difícil la situación por toda la zona de Siboney pues allí estaba enclavado el cuartel general de los asaltantes. La carretera era patrullada noche y día por el ejército y las casas de toda la zona eran periódicamente registradas para que no pudieran darles ayuda a ninguno de los asaltantes. Así, el jueves 30 de julio, andando yo por dentro de la finca, me encontré con un grupo de asaltantes y a las primeras palabras que nos cruzamos ellos se identificaron como tales, y a partir de ese momento, por la peligrosidad de la situación que había junto a la carretera, les dije que quería tratar con su jefe. Dando un paso adelante uno de los ocho muchachos, robusto y con toda la piel rasgada por el sol, me dijo que él era el jefe. A partir de ese momento empezamos a tomar acuerdos de lo que se iba a hacer. Una de las primeras cosas que me pidió fue alimento y agua para los que venían con él. A él no le interesaba otra cosa que hablar del asalto y de la situación del país en aquellos momentos. Y por su forma de expresarse comprendí que era Fidel. Me ganó su confianza. Me planteó vestirse de campesino. Le conseguí ropa mía y de mis hermanos. Así podría confundirse con los campesinos, despistar al ejército y poder hacer la revolución en la montaña. Eso fue el 31 de julio.

Al otro día al amanecer, que él pensaba volver a la montaña, el ejército rodeó la zona y detuvo a Fidel, Oscar Alcalde y Pepe Suárez en el bohío que está en mi finca, y al otro grupo donde estaban Juan Almeida, Mestre, Montano y dos más que no recuerdo, los detuvieron más abajo.

Al mando del ejército venía el teniente Sarría. A mí me cogen pegado al grupo de Almeida. El

teniente Sarría me reconoce, y me pregunta si tengo algún camión en el batey de mi casa.

Le respondí afirmativamente y mandó conmigo a dos soldados a buscar el camión plancha que yo tenía para cargar madera y carbón.

Cuando llegamos al lugar donde habían reagrupado a los asaltantes del Moncada también estaba Fidel. Por la forma en que obraba Sarría me di cuenta que ya lo había reconocido.

Cuando dio la orden de subir al camión, situó a Fidel en la cabina. Sarría iba junto a la ventanilla, Fidel al centro y yo manejando.

Sarría, con voz de mando militar, arengó a su tropa:

-No permitan que ningún soldado se sume a nosotros y de ustedes que no se quede ninguno.

Y con voz tajante me dijo:

-Arranca, muchacho, y dale.

Arranco por la carretera de Siboney a Santiago. En el recorrido, a mitad de camino, nos intercepta el convoy al mando del comandante Pérez Chaumont. Cuando se iba acercando a nosotros Sarría me ordenó que detuviera la marcha. Así lo hice. El teniente Sarría se percató de la presencia de Pérez Chaumont. Se desmontó rápidamente para no darle oportunidad a que viniera hacia el camión e identificara a Fidel.

Presencié la discusión que sostenían ambos. Sarría mantenía una posición firme y decidida en su responsabilidad para con los prisioneros.

La polémica duró varios minutos. Sarría regresó al camión, tiró la puerta con violencia y me ordenó que prosiguiera la marcha. Durante el trayecto Fidel conversaba con Sarría y me parece que su propósito era conocer sus intenciones. Así llegamos a la avenida Garzón. El teniente ordenó desviar por calle cuarta del reparto Sueño y Fidel le preguntó por qué íbamos por esa vía. Sarría le contestó:

-Si seguimos por Garzón es peligroso por la cercanía del Moncada.

Así fuimos dándole la vuelta a la ciudad hasta llegar a Lorraine. De ahí a Aguilera hasta llegar al vivac donde el teniente Sarría desplegó sus soldados, cerró el tránsito a ambos lados, y desmontó a los prisioneros.

Fidel fue el primero que bajó por el lado del timón. Sonrió y me dijo: -¡Buena suerte, Juan!

NILDA FERRER

El 26 sobre las 5 de la tarde llegaron unos compañeros, entre ellos Rubén Pérez, quienes le manifestaron a María Antonia Figueroa que el asalto lo habían llevado a cabo un grupo de muchachos de La Habana y Pinar del Río. Enseguida nos dimos a la tarea con estos compañeros del traslado de un atacante del Moncada y a la búsqueda de ropa, medicinas y algunas casas para poder disponer de ellas si era necesario trasladar a algún otro compañero.

En octubre recibimos noticias de que Fidel iba a ser juzgado en el Hospital Civil.

La noche antes del juicio nos dirigimos María Antonia y yo al Hospital Civil. Hablamos con el portero para que nos dejara pasar ya que -tenemos una tía muy grave-. El portero no accedió porque tenía órdenes de no dejar pasar a nadie. Entonces María Antonia me dice:

-La cosa es meternos.

Y en ese momento viene una señora y empieza a hablar con el pobre viejo portero.

--A la izquierda en el primer cuarto- me dice María Antonia cuando ya iba entrando.

Allí nos encontramos con cuatro enfermas, dos de ellas muy viejitas. Les dijimos que teníamos una tía muy grave y debíamos permanecer toda la noche allí. Parecían de origen campesino, se compadecieron de nosotras y allí estuvimos toda la noche. Como a las seis o siete de la mañana sentimos pasos. Me dice María Antonia:

-Me parece que ahí viene la gente.

Efectivamente, cuando nos asomamos, vimos a Fidel que venía esposado y detrás de él



aquel grupo de sicarios con ametralladoras. Incluso Chaviano. Se le veía el miedo en la cara. Cuando Fidel pasaba fuimos al encuentro de él. La mirada de Fidel -era como una mirada de asombro, como si nos preguntara ¿pero qué hacen? ¿quiénes son?-. Lo que queríamos es que él supiera

que no estaba solo, que estábamos trabajando y que la lucha proseguía. Lo seguimos con la vista hasta el salón de las enfermeras donde se celebró el juicio.

Salimos del hospital con un poco de trabajo porque estaba rodeado por el Ejército y nos dirigimos a la Escuela Normal de Maestros. María Antonia era muy conocida allí: era maestra, doctora en Pedagogía y de inmediato se puso a hablar con un grupo de estudiantes dónde se encontraba Fidel y que en ese mismo momento había que hacer algo, algún tipo de protesta. Inmediatamente se oyeron voces de ¡Abajo Batista! y ¡Viva Cuba!

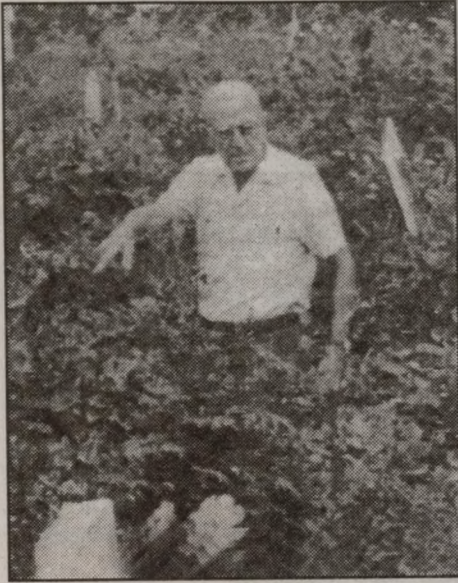
Creímos que había sido una protesta efectiva porque se estaba haciendo un poco de conciencia en los estudiantes de la Escuela Normal de Maestros.

RENÉ GUITART

Yo lo que supe del contacto de Renato con Fidel fue un día que él vino de La Habana y estábamos comiendo y me dijo:

-Viejo, conocí en La Habana a un muchacho que ése sí es un verdadero líder. Te aseguro





ro que como él nace uno cada quinientos años. Como Martí.

—¿Y quién es, Renato?— le pregunté.

—Es Fidel Castro papá. Lo conocí en el Hospital Calixto García donde fui a ver a Rubén Batista (el primer mártir de la tiranía).

A pesar de esto Renato nunca me hizo saber nada de sus actividades revolucionarias. Sé que como trabajábamos juntos me pidió vacaciones en aquel mes de julio de 1963. El 23 de julio llega una tarde a la oficina y me pide que le preste 500

pesos. Le hice un cheque y se lo di. Y cuando ya se iba, se volvió sonriente, extendió el cheque y dijo:

—Oye, viejo, este cheque es para la libertad de Cuba.

Aquel 26 siento los disparos. Salgo, me quedo en el patio oyéndolos, subí a la azotea de la casa y ahí me orienté: los tiros procedían del Moncada.

Un yipi del SIM lleno de gente con ametralladoras me vino a buscar a las diez y media de la mañana.

Me preguntan:

—¿Aquí vive Renato Guitart?

—Sí —contesté.

—¿Él no vino a dormir anoche?—volvieron a preguntar.

—No, él no vino a dormir anoche. Yo no sé dónde está.

Violentemente me llevaron al Moncada, me condujeron a una oficina donde había un teniente y me interrogaron. Sólo después de la una de la tarde me dejaron ir.

A las ocho de la noche me llamó un amigo que conocía a Renato. Fui a su casa y me dijo que había estado en el Moncada, que allí había visto a Renato muerto.

Recabé ayuda y al día siguiente por la mañana pude ir al Moncada, pero Renato no estaba allí. Lo habían tirado al fondo del Hospital Militar junto con otros compañeros entre los cuales había algunos con señales de torturas.

A las cuatro de la tarde me entregaron a Renato y lo llevé para el Cementerio de Santa Ifigenia.

Como una hora después llegó una rastra llena de cadáveres y de soldados encima de los sarcófagos. Lo primero que hicieron fue tirar las cajas al suelo junto al necrocomio. Muchas se rompieron y los muertos se salieron de ellas. Había cuatro sin cajas, los soldados los agarraron por brazos y por las piernas y los tiraron como si

fueran sacos de papas. Caminando por entre los cadáveres vi a tres soldados que señalaban, entre la larga hilera de sarcófagos destapados ya, a uno de ellos. Uno de los soldados dijo:

—Mira, este es Santamaría, el que cogieron preso en el hospital.

Gracias a Pablito Lavadí, que había sido designado jefe de los enterradores, de los caídos en el Moncada pudimos señalar para la posteridad el lugar exacto donde primero fue enterrado Abel Santamaría y todos sus compañeros del Moncada en un patio común al fondo del Cementerio de Santa Ifigenia.

Una vez a la semana llevaba flores y las depositaba en las tumbas de los combatientes.

—A mediados del 1955 me enteré de las expresiones de Chaviano en su oficina. Decía que ya se estaban cumpliendo dos años de lo del Moncada, que había que barrer con esas tumbas que eran motivo de que los estudiantes estuvieran dando escándalos. Frente a esta situación determiné robarme los restos de los 33 muchachos para colocarlos en una tumba secreta en el propio cementerio de Santa Ifigenia y así impedir que Chaviano cumpliera sus amenazas.

Hablé con Pablito Lavadí de las pretensiones de Chaviano y le pedí ayuda para ver de qué forma nos podíamos robar los restos lo más rápidamente posible, sin que la gente del SIN que estaba allí se enterara.

Inmediatamente compré un terreno. Por cierto que una vez que Renato y yo fuimos al entierro de un amigo nuestro, me pidió que si moría antes que yo lo enterrara en algún lugar desde donde se viera la tumba de Martí. El terreno, precisamente, quedaba cerca de la tumba de Martí. No perdí tiempo y mandé a construir una bóveda modesta. Todo esto se hizo ocultamente. Como Lavadí solo no podía exhumar y transportar los 33 cadáveres en los casi 300 metros que los separaban de la nueva tumba secreta, buscamos a otro sepulturero conocido por el Chino para que lo ayudara.

Los dos empezaron a sacar los restos a las 5 de la mañana. A esa misma hora, después de haber saltado la tapia del cementerio me encontré con ellos. Esto duró hasta las siete de la mañana. Cuando se cerró el cementerio a las doce del día, reiniciamos el trabajo hasta las dos de la tarde. Y cuando se cerró el cementerio a las seis de la tarde continuamos hasta las ocho de la noche. Ya al día siguiente, al mediodía, habíamos terminado.

Por cierto que la mayor inquietud al trasladar los restos fue que al contarlos faltaba uno. Como los muchachos habían sido enterrados en un lugar pantanoso que siempre que llovía se inundaba, había una tumba cubierta de agua y el fango calaba profundamente. Era debajo de ese lodazal que Pablito, con el agua a las rodillas encontró el cadáver perdido.

FUNDADA EN 1909
17 DE JULIO DE 2009. AÑO 101. No. 35

Bohemia



MARCHA DEL 26 DE JULIO

Marcharon, como todos los años, en la celebración que conmemora el inicio del año del poder y la libertad.

La marcha del 26 de julio se celebró en la ciudad de La Habana, en un momento de gran tensión política.

Además, se celebró una gran concentración en el estadio de la Habana, donde se dio a conocer el programa de la revolución.

El día 26 de julio de 1953, un grupo de jóvenes revolucionarios encabezados por Fulgencio Batista, se levantó en armas.

26 DE JULIO
Fue el día del

TRAS LOS SUCESOS DEL 26 "La Patria se refugió en mi casa"

Un hogar de Omaja, en Las Tunas, refugio a cuatro asaltantes del cuartel Carlos Manuel de Céspedes, de Bayamo. Con años de vida sobra de colón hoy, Encarnita Lores recuerda la tensión y los riesgos de aquellos días

Al ver al soñoliento guardia de turno en la estación de Omaja no le extrañó que, pasada la media noche, aquel muchachón de 23 años volviera raudo sobre el caballo hacia su casa. Quizás tampoco reparó en la sofocación del animal... ¡A cuántos enamorados melosos había visto regresar él en plena madrugada, luego de estar horas puliendo el cuero de taburetes para robar, si acaso, un furtivo beso!



Pero Encarnación Lores sí supo de inmediato que algo grave había sucedido para que Luis Ramón Batista (su hijo mayor) no se quedara a dormir en Saladillo y regresara a todo galope desde la finca de Inocencio Balmaseda, donde trabajaba como empleado.

—Parece que los denunciaron, mamá. ¿Y ahora qué hacemos; cómo podemos salvarlos?

La respuesta estalló como un rayo en medio de la noche: "¡A caballo, M'ijo, a caballo."

Encarnita Lores recuerda a su hijo mayor y a los otros tres que se refugió en su casa durante los días de la marcha del 26 de julio de 1953.

Los cuatro hombres que se refugió en su casa fueron: Fulgencio Batista, Gerardo Pérez Rodríguez, Raúl Martínez y Ramiro Sánchez.

Por el riesgo de ser atrapados, los cuatro hombres se escondieron en la granja de Omaja, en Las Tunas, a unos kilómetros de Bayamo.

Encarnita Lores recuerda que durante esos días se sintió muy protegida por su hijo mayor y los otros tres.

Edición del 17 de julio de 2009.



VICTORIA DE LAS IDEAS

TRAS LOS SUCESOS DEL 26 DE JULIO DE 1953

"La Patria se refugió en mi casa"

Un hogar de Omaja, en Las Tunas, refugio a cuatro asaltantes del cuartel Carlos Manuel de Céspedes, de Bayamo. Encarnita Lores recuerda la tensión y los riesgos de aquellos días

Texto y fotos: PASTOR BATISTA VALDÉS

TAL vez al soñoliento guardia de turno en la estación de Omaja no le extrañó que, pasada la media noche, aquel muchachón de 23 años volviera raudo sobre el caballo hacia su casa. Quizás tampoco reparó en la sofocación del animal... ¡A cuántos enamorados melosos había visto regresar él en plena madrugada, luego de estar horas puliendo el cuero de taburetes para robar, si acaso, un furtivo beso!

Pero Encarnación Lores sí supo de inmediato que algo grave había sucedido para que Luis Ramón Batista (su hijo mayor) no se quedara a dormir en Saladillo y regresara a todo galope desde la finca de Inocencio Balmaseda, donde trabajaba como empleado.

—Parece que los denunciaron, mamá. ¿Y ahora qué hacemos; cómo podemos salvarlos?

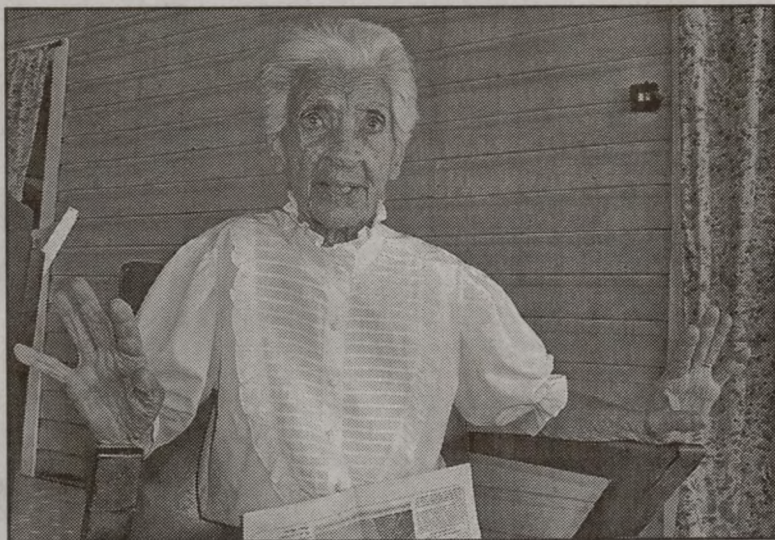
La respuesta estalló como un rayo en medio de la noche: "¡A caballo, M'ijo, a caballo."

Tráelos para aquí sin perder tiempo; no hay otra solución!"

Nunca, como en ese instante, Luisito había sentido el deseo de saltar sobre su madre y llenarla de besos. Al ofrecer su casa para proteger a cuatro hombres perseguidos por la tiranía batistiana tras participar en el asalto al cuartel Carlos Manuel de Céspedes de Bayamo, el 26 de julio de 1953, Encarnita firmaba su compromiso con la Patria, pero también su posible sentencia de muerte.

Esbirros en los talones

Con cien años de edad (cumplidos el pasado 25 de marzo de 2009, N. R.) y excelente memoria, la anciana evoca aquellas jornadas, cuando Rolando Rodríguez, Raúl Martínez, Ramiro Sánchez y Gerardo Pérez llegaron a la zona, en desafío a la represión desatada por el régimen de Fulgencio



“La Patria necesitó de mi familia y respondimos”, opina hoy Encarnita.

Batista, más sediento de sangre aún luego de las acciones armadas del 26 de julio contra sus fortalezas militares en Santiago de Cuba y Bayamo.

Por el relato de su hijo, Encarnita sabía que uno de los asaltantes estaba herido, que primero encontraron refugio en la finca de Balmaseda (tío de Gerardo), y que también recibieron apoyo de Chovi y su hermano: dos trabajadores empleados en las tierras de los Villoch. Pero aun así, crecía el riesgo de que los jóvenes fuesen descubiertos, capturados y asesinados.

“Por eso —afirma la anciana— sentí un gran alivio cuando Luisito llegó a casa con Rolando y Ramiro. Los trajo antes de comida. Recuerdo que, como había una celebración religiosa en el pueblo, los sentó muy normalmente en el portal de la

casa, como si nada hubiera ocurrido, para no llamar la atención de nadie.

“Yo estaba muy preocupada; en Omaja había un esbirro que si llega a descubrirnos no sé qué habría hecho con mi familia. Teníamos cuatro hijos: Luisito, Róger, Mirtha y Porfirio. Fueron días muy tensos, de peligro. A veces mi esposo Luis estaba conversando con el juez en el portal y los demás nos manteníamos a la expectativa, con los asaltantes dentro de la casa.

“Luisito los había transformado bastante, pero toda precaución era poca. Hasta les compró sombreros de yarey para que parecieran campesinos. Eso ayudó a evitar sospechas cuando los embarcó en un coche motor hasta Las Tunas. Después irían por guagua hacia donde debían trasladarse. Mi corazón saltaba. El andén de Omaja y la estación de la policía estaban ahí mismitico, muy cerca. Hubo que sacarlos frente a las narices de los guardias”.

Pistola enterrada y fantasma bajo la cama

Animada por los recuerdos, la centenaria mujer relata que tres días después Luisito trajo a los otros dos revolucionarios.

“Por suerte la herida de Gerardo no era profunda y pudimos atenderlo en la misma casa. Lo que me preocupaba era su pistola. No sabíamos dónde esconderla. Por fin decidimos enterrarla y poner un hierro encima, para marcar el lugar.

“En general todo salió bien y ambos fueron sacados como los dos compañeros anteriores. ¡Menos mal! Yéndose ellos, apareció el Ejército en la finca de Balmaseda, detuvieron a Inocencio y por poco hasta disparan contra un par de botas



Esta placa consigna los hechos en la misma casa que ayer dio refugio a los asaltantes.

que había debajo de una cama, creyendo que se trataba de un hombre escondido allí. Por lo visto, alguien había dado un chivatazo”.

—¿Pero a ustedes...?

—Nunca nos sucedió nada. Quizás fue porque mucha gente no nos hubiera imaginado en líos de ese tipo. La posición de mi familia no era mala. Teníamos tierras, ganado y carnicerías.

“Pero lo principal fue la discreción que siempre mantuvimos. Meses después vino tres veces a mi casa, desde Manzanillo, un hombre llamado José Ramón Piñero; tenía la misión de rescatar la pistola de Gerardo. ¿Acaso sabía yo si era verdad? ¡Pues no sé de qué usted me habla! —le dije—. Y solo devolví el arma cuando se aclaró todo. Entonces aquel hombre dijo que por esa actitud mía me quería y me admiraba mucho más”.

Toda la verdad acerca de los asaltantes estuvo oculta hasta el triunfo de la Revolución. Ese día Mirtha, la hija de Encarnita, lució orgullosa el collar que Ramiro dejó antes de partir, en gratitud hacia aquella familia, en cuyo seno dos mujeres prepararon brazaletes rojinegros, notas que deslizaban bajo las puertas en la noche incitando a la desobediencia contra el régimen, banderas cubanas para festejar la victoria y toda la ternura del mundo hacia aquel joven brigadista habanero a quien también acogieron en casa, como a un verdadero hijo, mientras alfabetizaba en la zona...

Corazón en un libro y dos jabones

Julio de 1981. Han transcurrido 28 años desde que 25 jóvenes asaltaron el cuartel Carlos Manuel de Céspedes y una cifra superior arremetió contra el búnker de la muerte en el Moncada santiaguero.

Entre quienes llegan a Las '1unas, en aquella fecha sede central de la efeméride, está un hombre que agradece su existencia a una familia del territorio. No quiere irse de la provincia sin revivir aquel abrazo mudo, del año 53, entre la también muda madera de la casita situada en la entonces calle Prado (hoy Camilo Cienfuegos) # 105, de Omaja.

El sueño deviene realidad. Delante tiene a Encarnita y a su hijo Luis. Hablan, recuerdan, vuelan sobre el tiempo. Antes de despedirse quiere regalarles algo. Entonces toma un ejemplar del libro *Artemisa: uno de sus mártires*, lo dedica



y se los da. Luego, junto a otro asaltante, Carlos Lazo les entrega a madre e hijo dos pequeños jabones que la empleada del hotel había puesto en la habitación.

Mayo de 2009. Han pasado otra vez casi 28 años y Encarnación Lores conserva aquel obsequio que nunca quiso usar, ni siquiera en los más aciagos días de la década de 1990. “Para mí —enfático— estos jaboncitos tienen un inmenso valor humano y patriótico”.

Quizás el tiempo les ha exhalado toda fragancia. Pero la anciana atesora lo que nadie puede volatilizar en ellos: un fino hábito de vida, pedazos de historia y la sensibilidad con que Ramiro escribió sobre el libro esa dedicatoria que ella puede memorizar íntegramente:

A casi 28 años de aquel encuentro donde usted me tendió su mano amiga, con el desinterés y los riesgos que ello conllevaba, tengo y tendré hacia usted, Luis Batista Lores y su señora madre Encarnación Lores, el más profundo agradecimiento, a sabiendas de que lo hubieran hecho con cualquiera de los otros combatientes de la generación del centenario que aquel 26-7-53 tuvimos la oportunidad de aportar a la independencia definitiva de la Patria nuestro pequeño esfuerzo.

Ustedes son ejemplo de la fe que Fidel ha tenido en nuestro pueblo y en especial en este pueblo oriental.

*Con mi mayor respeto.
Ramiro Sánchez.*

Desde el vetusto paradero que hubo aquí, partieron seguros los cuatro revolucionarios.

Batista emitió una Ley Constitucional que sustituyó legalmente la Constitución del 40; por su parte, Díaz Tamayo, segundo jefe en la jerarquía del ejército, habló de matar a diez revolucionarios por cada soldado muerto en la acción. Se organizó entonces en el cuartel Moncada una criminal competencia de tiro al blanco, utilizando a los prisioneros como dianas humanas. BOHEMIA ofrece en este trabajo fragmentos de testimonios inéditos de testigos de excepción, ex militares de la tiranía



Foto de José M. Leyva Mestres con el número 30. Publica como reportero periodístico por el Estado Libre de Nueva York en el campo de Moncada.

Juicio sin garantías y carnicería humana

Por JOSÉ M. LEYVA MESTRES • Cuadro Andino de BOHEMIA

27 de julio del 2001

En 1953, el ejército batistiano emitió una Ley Constitucional que sustituyó legalmente la Constitución del 40; por su parte, Díaz Tamayo, segundo jefe en la jerarquía del ejército, habló de matar a diez revolucionarios por cada soldado muerto en la acción. Se organizó entonces en el cuartel Moncada una criminal competencia de tiro al blanco, utilizando a los prisioneros como dianas humanas. BOHEMIA ofrece en este trabajo fragmentos de testimonios inéditos de testigos de excepción, ex militares de la tiranía



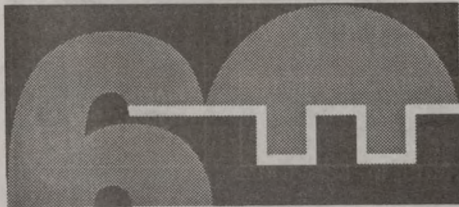
En la Causa 37 se juzgaron 133 acusados en 90 días, lo cual es un récord de rapidez en un proceso judicial. Se organizó entonces en el cuartel Moncada una criminal competencia de tiro al blanco, utilizando a los prisioneros como dianas humanas. BOHEMIA ofrece en este trabajo fragmentos de testimonios inéditos de testigos de excepción, ex militares de la tiranía



En la Causa 37 se juzgaron 133 acusados en 90 días, lo cual es un récord de rapidez en un proceso judicial. Se organizó entonces en el cuartel Moncada una criminal competencia de tiro al blanco, utilizando a los prisioneros como dianas humanas. BOHEMIA ofrece en este trabajo fragmentos de testimonios inéditos de testigos de excepción, ex militares de la tiranía

En la Causa 37 se juzgaron 133 acusados en 90 días, lo cual es un récord de rapidez en un proceso judicial. Se organizó entonces en el cuartel Moncada una criminal competencia de tiro al blanco, utilizando a los prisioneros como dianas humanas. BOHEMIA ofrece en este trabajo fragmentos de testimonios inéditos de testigos de excepción, ex militares de la tiranía

Edición del 21 de julio de 2001.



VICTORIA DE LAS IDEAS

MEMORIAS DEL MONCADA

Juicio sin garantías y carnicería humana

Batista emitió una Ley Constitucional que sustituyó ilegalmente la Constitución del 40; por su parte, Díaz Tamayo, segundo jefe en la jerarquía del ejército, habló de matar a diez revolucionarios por muerto en la acción. Se organizó entonces en el cuartel Moncada una criminal competencia de tiro al blanco, utilizando a los prisioneros como dianas humanas. BOHEMIA ofrece en este trabajo fragmentos de testimonios inéditos de testigos de excepción, ex militares de la tiranía

Por JOSÉ M. LEYVA MESTRES

RESULTARÍA imposible realizar una investigación exhaustiva en torno a los asaltos a los cuarteles del ejército de la dictadura batistiana efectuados el 26 de julio de 1953, sin estudiar la tramitación de la Causa 37 del Tribunal de Urgencia de la Audiencia de Santiago de Cuba.

La causa se inició a las once de la noche del propio domingo 26, día de los asaltos, por el juez de instrucción del norte de Santiago de Cuba, doctor Leoncio Despaigne y Grave de Peralta, quien al día siguiente se inhibió a favor de la Sala Segunda de Vacaciones de la Audiencia santiaguera, en funciones de Tribunal de Urgencia.

Esta última tramitó la causa hasta el 31 de agosto –treinta y siete días–, término del periodo vacacional de los tribunales de la

justicia y posteriormente la causa pasó a la Sala Primera de lo Criminal, tal como correspondía procesalmente para que el tribunal juzgara.

Sin garantías

En la Causa 37 se juzgaron 133 acusados en 13 vistas. Se tramitó en noventa días naturales y consecutivos, estigmatizados por la suspensión de las garantías constitucionales, que cancelaban los derechos individuales establecidos en la Constitución de 1940; esta fijaba en 45 días la máxima aplicación de esa medida con el requerimiento expreso de su confirmación por el Congreso.

A los pocos días de su asalto al poder, Batista había emitido la llamada Ley que sustituyó ilegalmente la Constitución de 1940, y que el

dictador manipulaba a su antojo, aplicándola y modificándola cuando le convenía.

La dictadura usurpaba los poderes ejecutivo y legislativo. Ese mismo día del asalto a los cuarteles, emitió la Ley decreto 989, que suspendía las garantías constitucionales de los derechos individuales en todo el territorio nacional por noventa días.

Automáticamente después de la suspensión de las garantías, regía la Ley de Seguridad y Orden Público. Data del 23 de abril de 1870 y durante la República había sido modificada, según determinaran las circunstancias.

Como que la Ley resultaba obsoleta, Batista emitió su versión el 4 de agosto mediante la Ley-decreto 997, pero con efectos retroactivos al 26 de julio. De manera que, vencido el término de suspensión de las garantías constitucionales, continuaba vigente la ley de Seguridad y Orden Público durante 192 días—hasta el 3 de mayo de 1954—cuando fue derogada para restablecer el régimen de garantías y poder dar cumplimiento a los términos electorales establecidos por la Ley, previos a las elecciones que se convocaron para noviembre de ese año.

En la práctica, la Ley de la Seguridad y Orden Público mantenía vigente la censura previa a la prensa. Censura que generalmente se aplicaba con cheques de una cuenta que el doctor Domingo Morales del Castillo, secretario de la presidencia, mantenía en el Banco de los Colonos, constituida por jugosos ingresos de la Lotería Nacional, distribuidos generosa y sistemáticamente a diferentes directores de periódicos, jefes de planas políticas o individualmente a periodistas de otras categorías.

En realidad, como práctica Batista no clausuraba los periódicos, sino que les abría cuentas bancarias. Aunque hubo excepciones como es el diario **Noticias de Hoy** (diario del Partido Socialista Popular), que no solo fue cerrado y prohibido, sino desbaratado salvajemente.

Por otra parte, Batista modificó el apartado C del artículo 69, del Código de Defensa Social, que regulaba el traslado de los presos o detenidos a los centros penitenciarios. Por eso los acusados como asaltantes a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes fueron reclusos en la Prisión de Boniato, fuera de la ciudad de Santiago de Cuba y posteriormente en el Presidio de Isla de Pinos, lejos de La Habana y del resto del territorio nacional.

La Causa 37 se cerró cuando el Congreso aprobó la Ley número 2, del 6 de mayo de 1955, Ley de Amnistía, que cobró vigencia al publicarse en la **Gaceta Oficial de la República** el 7 de mayo, y fue promulgada por presión de la opinión pública, movilizad a favor de los revo-

MEMORIAS DEL MONCADA

dispersados por diferentes lugares del campamento, muchos de ellos con horribles mutilaciones, semidesnudos y descalzados; otros, con armas colocadas junto a sus cadáveres para simular que habían muerto combatiendo.

Aun no había terminado el combate cuando comenzó la indiscriminada matanza de los revolucionarios prisioneros.

Se desencadenó la violencia con sus matices más brutales. La chusma cuartelaria exaltada, asesinala con bestial enfuero.

Luego de múltiples torturas, los asaltantes prisioneros eran conducidos al campo de tiro del campamento. Los sacaban por el fondo del edificio del cuartel y los llevaban directamente al lugar de la ejecución.

Se organizó una criminal competencia de tiro al blanco utilizando a los prisioneros como dianas humanas. Oficiales y soldados empujados organizaban las ejecuciones según la disposición de los tiradores a "hacer el blanco".

Claro que hubo excepciones. Algunos militares asqueados por el sórdido espectáculo se negaron a participar en el macabro deporte.

Así lo vieron

A continuación ofrecemos fragmentos de testimonios inéditos a partir de las transcripciones de declaraciones ofrecidas por ex militares de la tiranía:

Ex soldado del ejército de la tiranía:

"Los fusilamientos del campo de tiro comenzaron con los capturados en el Hospital Sotomayor Lora. Llegó el grupo completo, incluyendo a las dos mujeres conducidas por un grupo de hombres al mando del segundo teniente Manuel Pita Martínez. Se distinguía en primer plano la figura del doctor Mario Muñoz, quien fue el primero en penetrar por la puerta cuatro escudado de un lado por el perro Pita y por otro soldado (...).

Llegaron a las 9:00 horas. Todos los soldados se agruparon allí para verlos y cuando el doctor Muñoz gritó exigiendo garantías a Chaviano se hizo silencio absoluto. Fue el cabo Cazo el primero en reaccionar dándole un tiro, según se vio por órdenes, para encorsetarse ante los demás.

En ese momento matan a dos soldados más; de ahí nuestro, al resto, que eran catorce o quince jóvenes, los empujaron al campo de tiro que quedaba sólo a unos metros de la puerta (...) y los fueron matando.

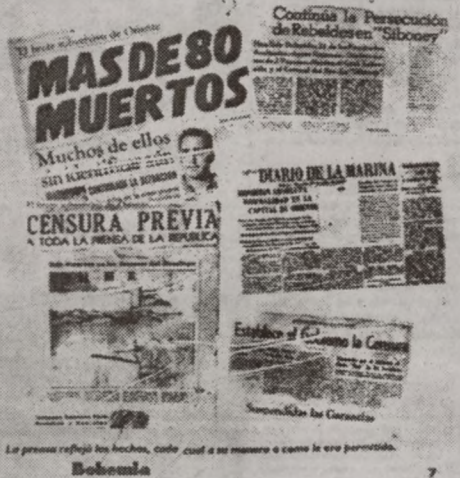
Luego trajeron a otros grupos. Venían de la jefatura u oficina del SEM, los traía el sargento Eulalio González; Armador, conocido por *Caballón* o *El Mulo*, y también el sargento Patricio Castillo, conocido por *Castillito* (...).

Allí, en el campo de tiro, se encontraban presenciando los fusilamientos el capitán Teodoro Chaviano, el comandante Morales y otros. El sargento Reyes

Calleja era el encargado de enviar a los soldados para aquel lugar para efectuar los asesinatos. Morales observaba todo lo que allí ocurría e iba tomando notas en una libreta, a la vez que invitaba a to-

dos los guardias. El personal del pelotón de ametralladora fue enviado por Cardenas.

"Las armas que utilizaron fueron cosas de las que no se quería hacer mo-



Año 93 No. 15

lucionarios sancionados y por la acción de todos los factores progresistas y el reclamo de las grandes masas populares.

Chaviano burla el procedimiento judicial

En Santiago de Cuba, el coronel jefe del Regimiento Uno, Alberto R. del Río y Chaviano se burló del procedimiento judicial: Antes de dar cuenta a las autoridades y sin importarle las normas de Derecho que violaba, aprovechó para torturar y asesinar a los revolucionarios prisioneros y sospechosos que había detenido en horas de la mañana.

Sus víctimas fueron los heridos, los incapacitados de locomoción o autonomía o los que fueron capturados en la ciudad y sus alrededores, además de otros sospechosos, ajenos por completo a los hechos.

Una carnicería humana

Desde la mañana, hasta las primeras horas de la tarde del domingo 26 de julio, el cuartel Moncada se convirtió en una carnicería humana donde se torturaba antes de asesinar a los prisioneros.

MEMORIAS DEL MONCADA

teniente Gamboa, junto con otros presos para incorporarme a las actividades del cuartel. Cuando eso sucede, siendo las 9:00 y 9:30 horas ya habían comenzado a traer moncadistas a los calabozos, en el Cuerpo de Guardia donde se encontraban los soldados presos.

"Luego los sacaban y los hacían subir a la jefatura, para posteriormente bajarlos por la misma escalera frente al Cuerpo de Guardia; entonces doblaban entre la última compañía y el cine que salía directamente al campo de tiro y al poco rato se sentían los tiros de los fusilamientos.

"Considero que ese día 26 fusilaron como a treinta y pico en el campo de tiro; aquello duró toda la mañana. Estando aún en los calabozos había muchos detenidos, tanto moncadistas como sospechosos de la población (...).

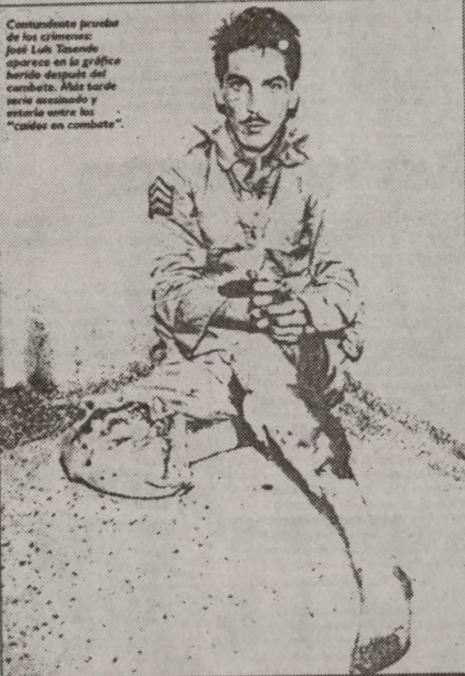
"Los mataban y regaban sus cadáveres por el cuartel para plantear que habían caído durante el combate. Los situaban detrás de las compañías, en el interior, por la parte por donde habían intentado entrar, por el comedor, pasillos y en el campo de tiro, donde los fusilaban.

"Yo oía cómo les daban culatazos, los tiraban por el aire. Posteriormente los reintegraban a los calabozos o al campo de tiro.

"Cuando regresé a los calabozos el 27, como a las 15:00 o 15:30 horas fue que vi a Melba y Haydee en una celda que quedaba a la derecha y pude percatarme de cómo Caballón ventaba de vez en cuando y las insultaba.

"Todos los asaltantes no fueron fusilados en el campo de tiro. Sacaban a los que iban capturando y los trasladaban en camiones hacia otros lugares, entre ellos al campo de tiro de Vista Alegre, donde los ultimaban."

Constante prisionero de los criminales: José Luis Tamayo aparece en la gráfica herido después del combate. Más tarde sería asesinado y enterrado entre los "caídos en combate".



En los años que corren, Estados Unidos actúa como especial "velador" de los derechos humanos en el mundo y en especial contra Cuba. Sin embargo, y pese a la cercanía geográfica, ni una sola protesta se escucha en estos tristes días de la década del 50, en que fueron asesinados en forma tan cruel los jóvenes revolucionarios cubanos. No podía ser de otra forma: Batista estaba a sus órdenes y por tanto contaba con su respaldo. Así, una vez más, se demuestra históricamente la doble moral del gobierno norteamericano.

Nota: El autor de este trabajo, José M. Leiva Mestres, ha dedicado más de treinta años de su vida a investigar los hechos del asalto al cuartel Moncada. Los testimonios aquí reproducidos, son cuidadosamente indagados e integran un libro nuevo en proceso de publicación.

Año 93/No. 15

Bohemia

9

Las autoridades castrenses superiores y los usufructuarios de la tiranía quisieron dar un escarmiento inolvidable. Enviaron al general de brigada Martín Díaz Tamayo, inspector general del ejército y segundo en jerarquía militar después del general Tabernilla, jefe del cuerpo amado, para dar un recado del tirano y sus compinches más allegados, de que había que matar a 10 revolucionarios por cada militar muerto en la acción, orden que fue cumplida eficaz y concienzudamente.

Después de la matanza posterior al asalto, los militares colocaron los cadáveres de los revolucionarios en distintos lugares del campamento y del edificio principal del cuartel, como *mise en scene* debidamente apropiada para que los vieran periodistas, camarógrafos y otras personas.

El espectáculo que vieron esos visitantes durante el recorrido realizado en las últimas horas del día del asalto, fue escalofriante: los cuerpos de 35 jóvenes diseminados por diferentes lugares del campamento, muchos de ellos con horribles mutilaciones, semidesnudos y descalzos; otros, con armas colocadas junto a

sus cadáveres para simular que habían muerto combatiendo.

Aún no había terminado el combate cuando comenzó la indiscriminada matanza de los revolucionarios prisioneros. Se desencadenó la violencia con sus matices más brutales. La chusma cuartelaria exaltada, asesinaba con bestial ensañamiento.

Luego de múltiples torturas, los asaltantes prisioneros eran conducidos al campo de tiro del campamento. Los sacaban por el fondo del edificio del cuartel y los llevaban directamente al lugar de la ejecución.

Se organizó una criminal competencia de tiro al blanco utilizando a los prisioneros como dianas humanas. Oficiales y soldados enardecidos organizaban las ejecuciones según la disposición de los tiradores a "hacer el blanco".

Claro que hubo excepciones. Algunos militares asqueados por el sórdido espectáculo se negaron a participar en el macabro deporte.

ASÍ LO VIERON

A continuación ofrecemos fragmentos de testimonios inéditos a partir de las transcripciones de declaraciones ofrecidas por exmilitares de la tiranía:

Exsoldado del ejército de la tiranía:

"Los fusilamientos del campo de tiro comenzaron con los capturados en el Hospital Saturnino Lora. Llegó el grupo completo, incluyendo a las dos mujeres conducidas por un grupo de hombres al mando del segundo teniente Manuel Piña Martínez. Se distinguía en primer plano la figura del doctor Mario Muñoz, quien fue el primero en penetrar por la posta cuatro escoltado de un lado por el propio Piña y por otro soldado (...).

"Llegaron a las 9:00 horas. Todos los soldados se agruparon allí para verlos y cuando el doctor Muñoz gritó exigiendo garantías a Chaviano se hizo silencio absoluto. Fue el cabo Caso el primero en reaccionar dándole un tiro, según su propio criterio, para engrandecerse ante los demás.

"En ese momento matan a dos asaltantes más; de ahí mismo, al resto, que eran catorce o quince jóvenes, los empujaron al campo de tiro que quedaba solo a unos metros de la posta (...) y los fueron matando.

"Luego trajeron a otros grupos. Venían de la jefatura u oficina del SIM, los traía el sargento Eulalio González Amador, conocido por *Caballón* o el *Mudo*, y también el sargento Patricio Castillo, conocido por *Castillito* (...).

“Allí, en el campo de tiro, se encontraban presenciando los fusilamientos el capitán Tandron, Chaviano, el comandante Morales y otros. El sargento Reyes Calleja era el encargado de enviar a los soldados para aquel lugar para efectuar los asesinatos. Morales observaba todo lo que allí ocurría e iba tomando notas en una libreta, a la vez que invitaba a todos los guardias. El personal del pelotón de ametralladoras fue enviado por Cardines.

“Las armas que utilizaron fueron cortas debido a que no se quería hacer mucho ruido, aunque hubo algunos fusiles M-1. Las órdenes eran impartidas por Lavastida. A medida que iban llegando los grupos al campo de tiro, en la forma ya descrita, se les vendaban los ojos, pero muchos reaccionaban con mucho valor y se negaban a ser vendados. Recuerdo a un joven rubio, corpulento, que se abalanzó sobre los soldados y hubo que reintegrarlo a la fuerza entre varios militares.

“Allí, los soldados seleccionaban a sus víctimas para luego pasar a despojarlos de sus prendas y pertenencias; otros soldados recogieron también relojes, cadenas, sortijas, uno le quitó un pantalón de frescolana a un cadáver y luego trató de ponerle el suyo. Algo inenarrable. Algunos trataban de acercarse a un cadáver para despojarlo y en eso venía otro con la pistola en la mano y le decía: ‘Este muerto es mío’. Parecían pirañas”.

Excabo del ejército de la tiranía:

“En el campo de tiro del cuartel existía una barrera desde la cual los soldados tomaban posición para efectuar los fusilamientos. Allí regaron también a otros asaltantes muertos y pusieron dos postas fijas para que nadie pudiera acercarse.

“El día en que comenzaron a sacar los cadáveres de los moncadistas, los metían en cajas y trasladaban en rastras y camiones para el cementerio, sacándolos por la puerta que daba al hospital civil por la Carretera Central.

“El día 28, llegaron los bomberos para limpiar aquello. Después sacaron los muertos que se encontraban en el cuartel, y comenzaron a traer detenidos, esto era a cualquier hora del día y de la noche. Los sacaban en jeeps junto con otros soldados y no regresaban más, por lo que supongo que los mataban o trasladaban de prisión”.

Exsoldado del ejército de la tiranía (se encontraba preso en el Moncada en el momento del asalto, posteriormente se alzó y se unió al Ejército Rebelde):

“(…) Me despiertan los disparos cuando se produce el ataque, el cual dura un tiempo muy corto; me va a buscar el teniente Gamboa, jun-

Multiplicad por diez el crimen del 27 de noviembre de 1871 y tendréis los crímenes monstruosos y repugnantes del 26, 27, 28 y 29 de julio de 1953 en Oriente. Los hechos están recientes todavía, pero cuando los años pasen y el cielo de la patria se despeje, cuando los ánimos exaltados se aquieten y el miedo no turbe los espíritus, se empezará a ver en toda su espantosa realidad la magnitud de la masacre, y las generaciones venideras volverán aterrorizadas los ojos hacia este acto de barbarie sin precedentes en nuestra historia.

Fidel Castro

La Historia me absolverá

to con otros presos para incorporarse a las actividades del cuartel. Cuando eso sucede, siendo las 9:00 y las 9:30 horas ya habían comenzado a traer moncadistas a los calabozos, en el Cuerpo de Guardia donde se encontraban los soldados presos.

“Luego los sacaban y los hacían subir a la jefatura, para posteriormente bajarlos por la misma escalera frente al Cuerpo de Guardia; entonces doblaban entre la última compañía y el cine que salía directamente al campo de tiro y al poco rato se sentían los tiros de los fusilamientos.

“Considero que ese día 26 fusilaron como a treinta y pico en el campo de tiro; aquello duró toda la mañana. Estando aún en los calabozos había muchos detenidos, tanto moncadistas como sospechosos de la población (...).

“Los mataban y regaban sus cadáveres por el cuartel para plantear que habían caído durante el combate. Los situaban detrás de las compañías, en el interior; por la parte por donde habían intentado entrar, por el comedor, pasillos y en el campo de tiro, donde los fusilaron.

“Yo oía cómo les daban culatazos, los tiraban por el aire. Posteriormente los reintegraban a los calabozos o al campo de tiro.

“Cuando regresé a los calabozos el 27, como a las 15:00 o 15:30 horas fue que vi a Melba y Haydée en una celda que quedaba a la derecha y pude percatarme de cómo Caballón venía de vez en cuando y las insultaba.

“Todos los asaltantes no fueron fusilados en el campo de tiro. Sacaban a los que iban capturando y los trasladaban en camiones hacia otros lugares, entre ellos al campo de tiro de Vista Alegre, donde los ultimaban”.

“Que algunos de ellos en el Hospital Civil se quitaron las ropas y para confundirse y matar a mansalva se pusieron trajes de enfermos, disparando con rifles automáticos marca Remington con balas de doble explosión”.

“Que cuando hicieron estos malos cubanos y extranjeros su entrada subrepticia en el Hospital Militar, con cuchillo en mano, abrieron el vientre a tres enfermos, dos de ellos operados el día anterior destrozándolos con brutal ferocidad”

“Siendo de notar que a muchos individuos que fueron hechos prisioneros y otros muertos se le encontraron en las manos guanteletes color ladrillo, que es de inferirse que los usaron para no dejar huellas”.

“Significando que el grupo de atacantes se hizo fuerte en el ala derecha del Cuartel Moncada con el objeto seguramente de apoderarse de las armas allí existentes, defendiéndose desesperadamente en esos momentos con granadas de mano”.

Termina diciendo el informe de Chaviano que el número de “los sediciosos que intentaron tomar el Cuartel se calcula en más de 400 o 500 hombres en combinación con otros elementos y dirigentes políticos”.

Por supuesto que todas esas falacias fueron destruidas en el juicio oral con pruebas contundentes y declaraciones de testigos presenciales, muchos de ellos miembros del ejército.

Entre los grupos revolucionarios que el Arzobispo de Santiago de Cuba, Monseñor Pérez Serantes entregó, según las normas de neutralidad convenidas con el alto Mando Militar de la Provincia, no estaba Fidel Castro. Y aunque se presumía que para él habría las mismas garantías que para los demás alzados, la realidad era muy distinta; el propio acto de su detención en las proximidades de Siboney revela que no estaba en el ánimo de las autoridades respetarle la vida.

Rendidos por el sueño, sin parque ni alimentos una patrulla militar de recorrido sorprendió, guardados en un bohío, a un pequeño grupo de alzados en las primeras estribaciones de la Sierra Maestra; por el Barrio de Sevilla en el Caney. Entre ellos estaba el doctor Fidel Castro.

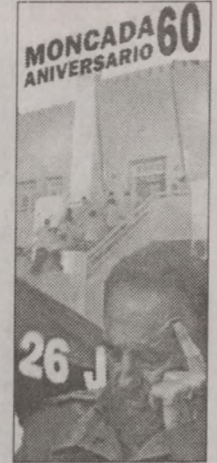
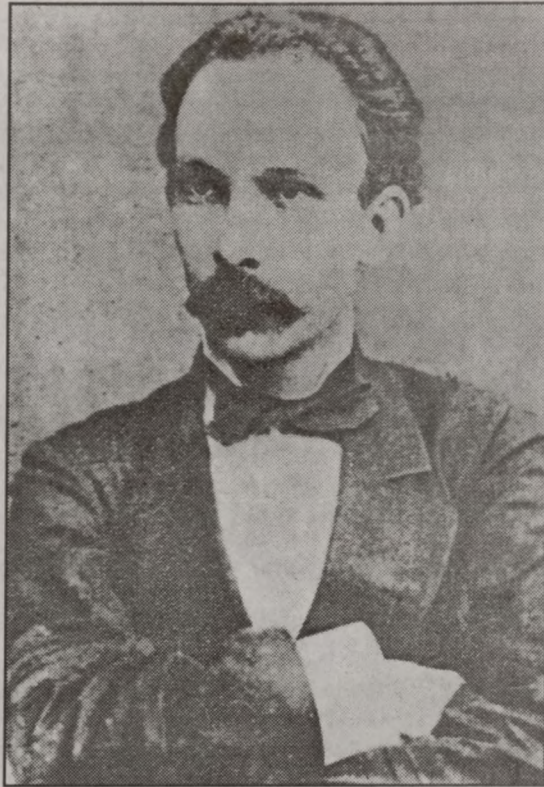
La patrulla rodeó el bohío y el Teniente Pedro Sarría, que iba al mando de la misma entró con un grupo de soldados. De todos sólo Sarría reconoció, entre los extenuados rebeldes, a Fidel Castro. Acercándose a él le susurró al oído:

—No diga su nombre porque peligrará su vida, y las ideas no se matan.

Rápidamente el Teniente Sarría se volvió y ordenó a sus hombres con severidad que los prisioneros fueran conducidos al Vivac Municipal.

—¿Al vivac o al Moncada?—preguntó uno de los guardias extrañados, pues a todos los grupos de detenidos, anteriormente, los habían conducido primero al Cuartel Moncada.

—¡Al vivac!—reiteró Sarría.



José Martí,
el autor
intelectual.

Con Fidel integraban el grupo Oscar Alcalde, Armando Mestre Martínez —expedicionario del *Granma* asesinado luego en Alegría del Pío—, Eduardo Montano, Francisco González, Pepe Suárez, Mario Chanez de Armas y Juan Almeida Bosque.

Al retornar el teniente Sarría al Cuartel, la reprimenda que recibió de sus superiores fue violenta costándole la confinación en su hogar, primero, y luego su retiro militar.

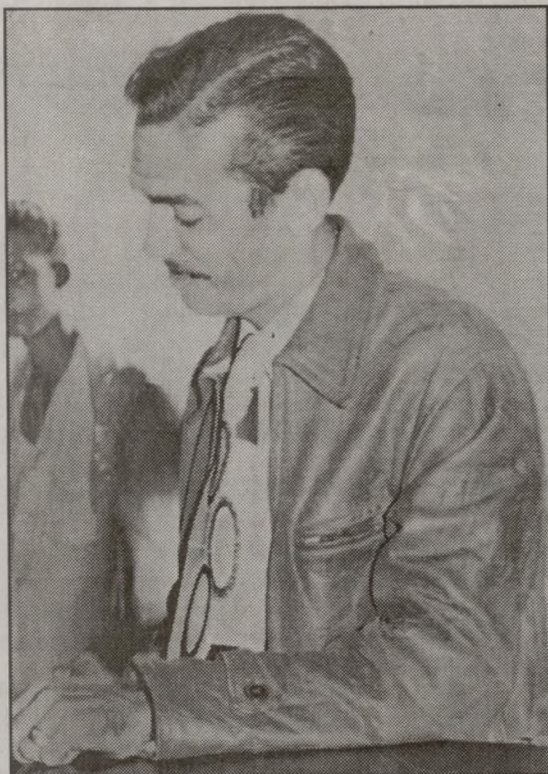
El comandante Morales coronó a Sarría de improperios y lo acusó de desobediencia.

—¿No sabía usted cuáles eran las órdenes?—le preguntó. Sarría no respondió.

—A Fidel Castro no se podía traer vivo y de traerlo tenía que ser al Moncada no al Vivac—insistió Morales. El teniente Sarría hoy hombre de confianza del Comandante en Jefe de la Revolución, doctor Fidel Castro Ruz, tampoco respondió.

En el Vivac Municipal de Santiago de Cuba, un antiquísimo edificio enclavado en Marina y Padre Pico, próximo a la plaza del mercado, Fidel Castro lanzó su primera arenga a los soldados.

—No fui al Moncada a matar soldados—dijo tan pronto hizo su entrada como detenido en el Vivac—: atacé el Moncada porque es la segunda fortaleza militar de la República, y esas fortalezas militares sostienen al régimen; los revolucionarios no estamos en contra del ejército, sino en contra de Batista que le hace mucho daño al ejército; Batista los perjudica a ustedes, ustedes tienen que convencerse de eso, Batista los echa a pelear contra el pueblo, el enemigo principal del ejército y de los soldados es Batista.



Adolfo Alomá, un héroe anónimo de este proceso.



“... en este último caso está comprendido Vicente Chávez”.

La terrible tensión que se experimentó al penetrar el líder de la revolución en el vetusto case-rón, con guardia reforzada, fue cediendo después de sus palabras.

Ante los periodistas presentes Fidel Castro negó todo vínculo del grupo que lideraba con otros factores o núcleos políticos y declaró que sus compañeros y él, estaban ungidos de las enseñanzas e ideales de José Martí. En esa fecha el **movimiento** no se llamaba **26 de julio**; podía titularse Generación del Centenario, si precisaba un nombre, porque en sus proclamas se referían insistentemente al hecho de que ese año, (1953) se conmemoraba el Centenario del Apóstol, y que ellos se producían acorde con los postulados de sacrificio y desinterés por la Libertad de la Patria; que el Maestro predicó y practicó hasta su inmolación en Dos Ríos.

Del Vivac los detenidos fueron conducidos a la Cárcel Provincial de Boniato en Jeeps y carros celulares. Fidel Castro fue transportado en un auto verde marca Buick, chapa 172 427, manejado por el propio supervisor militar del penal, ex Teniente del ejército Jesús Yáñez Pelletier, hoy capitán rebelde. Con Fidel Castro viajaban también las dos mujeres, doctora Melba Hernández, y Haydée Santamaría. El Capitán Morales y sus dos hijos, ambos soldados, completaban la custodia del viaje hasta el penal. En menos de quince minutos cruzaron el umbral del reclusorio, para una estancia de 51 días hasta el inicio del juicio calificado, por el Presidente del Tribunal y los Magis-

trados, como “el proceso más trascendental de Cuba Republicana”.

La Causa 37

A medida que transcurrían las horas de la tarde del domingo 20 de septiembre de 1953, se disipaban las dudas que existían con respecto al inicio del sensacional proceso político donde fue condenado a largos años de prisión el doctor Fidel Castro y sus compañeros y del que se derivaron causas por asesinatos, robos y otras depredaciones cometidas por miembros de las antiguas fuerzas armadas.

Al iniciarse la vista del juicio, la Causa 37 estaba compuesta por 15 Piezas –se trabajaba en la número 16– de 200 fojas cada una. Iban a ser juzgados 122 encartados y actuarían en su defensa 26 abogados: **Doctores Baudulio Castellanos, Abogado de Oficio que defendió a todos los procesados confesos**; Domingo Estrada de Beatón, Recaredo García Fernández, Andrés Silva Adán, Luis A. Gómez Domínguez, Juan José García Benítez, Jorge Nariño Branet, Raúl de Villalvilla, Elizardo Díaz Lorenzo, Miguel Pérez Lamy, Roberto García Ibáñez, acusado que asumió su propia defensa, al igual que los Doctores Fidel Castro Ruz y Ramiro Arango Alsina, Conrado Castell C., Héctor Canciano Laborit, Jorge Paglieri Corde-ro, Presidente del Colegio de Abogados de Santiago de Cuba que fue comisionado por el Decano Nacional para que se hiciera cargo de la defensa de la doctora Melba Hernández que por no encon-

trarse bien de salud declinó el derecho que tenía que asumir su propia defensa; Luis Pérez Rey, Eduardo Eljaick Eldidi, José María Badell Romero, abogado y poeta, que recogió en versos las facetas más interesantes del juicio. Rubén Alonso Álvarez, Rafael Cisneros, Genaro Hernández, José Valls Tamayo, Lucas Morán, Roberto Rosillo, y Carlos Peña Jústiz.

El voluminoso sumario comenzó a ser confeccionado por la Sala de Vacaciones del Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba y terminado por el Tribunal que actuó en el juicio oral y que estaba integrado por el doctor Adolfo Nieto Piñeiro—Osorio como Presidente y los Magistrados doctores Juan Francisco Mejías Valdívieso—en sustitución de Rafael Arango Bustamante que se excusó por ser familiar del acusado Aureliano Sánchez Arango—y Ricardo Díaz Olivera. Actuando como Fiscal el doctor Francisco Mendieta Echavarría; de Secretario el doctor Raúl Mascaró Yarine y de Oficial de Secretaría el señor Adolfo Alomá Serrano, un héroe anónimo de este proceso judicial.

La causa 37 se ventiló en tres escenarios distintos: el Palacio de Justicia entre los días 21 de septiembre al 6 de octubre de 1953, en el Hospital Civil Saturnino Lora el 16 de octubre del propio año, donde fue juzgado el doctor Fidel Castro y en el Centro Benéfico de la Colonia Española el 23 de octubre.

La víspera del juicio fue un día lleno de fatales presagios, los rumores en la ciudad eran, entre otros, que a los acusados se les iba a aplicar la Ley de fuga porque el Gobierno no podía permitir que en la Audiencia se dijese las verdades. Las gestiones que hicimos los periodistas cerca del excoronel Chaviano para que permitiera la entrada de fotografías al Palacio de Justicia no tuvieron el menor éxito.

Al amanecer del lunes 21 un recio cordón de unidades blindadas cerró el paso de la avenida Garzón a la Carretera Central, esquina donde está enclavado el majestuoso Palacio; otro cordón interrumpió el acceso a la Carretera Central por la Avenida de Las Enfermeras; un tercer cordón circular impedía toda comunicación, hacia la Avenida de Los Libertadores, de las calles que desembocan a la Rotonda de Martí y Sueño. Alrededor de mil soldados portando armas automáticas fueron apostados a lo largo y ambos lados de la vía que conduce a la prisión de Boniato, unos 10 kilómetros de carretera. El alarde de fuerza era imponente.

Repartidos en varios ómnibus con las ventanillas a medio cerrar fueran trasladados a la Audiencia los procesados de la Causa 37, la clara y calurosa mañana del 21 de septiembre. El líder del movimiento doctor Fidel Castro fue conducido, solo, con una gruesa escolta en un jeep del ejército; vestía traje azul marino de casimir, que lo hacía sudar excesivamente, camisa blanca y corbata estampada de fondo rojo, zapatos y me-

dias negras; su rostro rasurado y su cabello bien peinado, esposadas las manos y tranquilo el semblante.

Ese primer día el pueblo, apostado detrás de la fila de soldados, saludó la caravana con timidez moviendo discretamente las manos o insinuando una sonrisa; pero estuvo presente en todo el curso del viaje hasta el Palacio de Justicia. En los días sucesivos salió el pueblo, hasta el mismo medio de la carretera portando banderas cubanas y penca de guano.

Los detenidos penetraron al Palacio de Justicia por el fondo del edificio, en fila de dos. Atravesando diagonalmente el patio, fueron dirigidos hacia el elevador en el sótano. En pequeños grupos muy bien custodiados entraron en el ascensor automático que los llevó a la biblioteca y allí esperaron a ser llamados a la Sala del Pleno, donde se celebraría la primera vista. También esa fue la primera oportunidad que tuvieron para hablar con sus abogados y la única en que fueron trasladados hasta el tercer piso en el elevador.

Cuando todos estuvieron en la biblioteca Chaviano dio órdenes especiales al Capitán Pedro Rodríguez Mirando que auxiliado de los extenientes Vicente Camps, que acaba de ser condenado a pena de muerte por crímenes cometidos, y Luis Figueroa se encargaría de la custodia de los procesados. Antes de retirarse Chaviano lo interceptamos para que permitiera el acceso a los fotografías.

—No—dijo rotundo—ya sé que el Presidente del Tribunal lo permite, pero yo no y yo mando en la calle así que no pueden pasar los fotografías ni por frente al edificio, porque los que pasen serán detenidos, si de La Habana no viene una contra orden no habrá fotografías, ya tengo experiencias en eso, lo del Moncada no me volverá a ocurrir.

A la diez y treinta a. m. se abrió el proceso.

El Presidente del Tribunal dio un timbrazo, los escoltas se situaron en sus puestos: Uno detrás de cada banqueta de los abogados y dos al extremo de cada uno de los bancos donde iban a sentarse los acusados.

El primero en entrar a la Sala del Pleno, fue el doctor Fidel Castro.

Su presencia en la Sala provocó un profundo silencio, tras el cual se generalizó el comentario: “¡Ese es Fidel, ése es él!”

Precedida de otro timbrazo se escuchó la voz del Presidente del Tribunal anunciando que se daba inicio a la primera vista del juicio.

Con el doctor Roberto García Ibáñez, ex Representante Ortodoxo, acusado de autor intelectual, se abrió el proceso. García Ibáñez negó los cargos, manifestando que como casi todos los santiagueros se había enterado de los sucesos por referencia posteriormente al ataque del cuartel Moncada.

El segundó en declarar fue el doctor Ramiro Arango Ansina al que se señalaba como el puente entre el doctor Fidel Castro y los políticos reunidos en Montreal para producir el pacto de unidad liderado por el ex Presidente doctor Carlos Prío





El doctor Nieto no disimula su disgusto.

Socarrás. Arango Ansina, acusado también de ser autor intelectual, negó los cargos.

El tercero fue el **doctor Fidel Castro Ruz**. Después de escuchar las acusaciones que se le imputaban, con gran serenidad, en las que se le señalaba como autor y líder material de la insurrección Contra los Poderes del Estado, el doctor Castro se dispuso a responder el interrogatorio del Fiscal, jurando decir verdad.

—¿Usted participó de los asaltos a los cuarteles de Bayamo y Santiago de Cuba el 26 de julio pasado, en forma física o intelectual? —preguntó el doctor Mendieta Hechavarría.

—Sí —responde Fidel, tajante. Y agrega: —Esos jóvenes —señalando para un grupo de compañeros que como él ocupan los bancos de los acusados— aman como yo la libertad de su Patria y luchan por ella.

—Limítese a contestar las preguntas del señor Fiscal —advierte el Presidente del Tribunal.

Seguidamente el Fiscal pregunta en qué forma el acusado expuso a sus seguidores el plan que se proponía llevar a efecto y si les explicó el bagaje político del mismo y el hecho criminal en que incurrieron, desde el punto de vista jurídico; advirtiéndole, además, al acusado que no debía hacer una arenga política, cosa que el Tribunal reprocharía.

—No tengo interés en hacer política —dijo Fidel—; sólo quiero que se abra paso la verdad. Todos mis compañeros militan en el Partido Ortodoxo, o, mejor dicho, casi todos mis compañeros; en realidad yo no tuve que convencerlos, ellos se manifestaron gustosos de tomar este camino y aproveché ese momento psicológico para exponerles mi plan, el cual aceptaron. Ignoro el propó-

sito o el pensamiento de los líderes del Partido, pero estoy convencido de que el 99 por ciento de la juventud piensa como estos jóvenes que están en el banquillo de los acusados, y entienden que la única solución posible para derrocar este régimen que el pueblo detesta es la guerra. No se pudo llegar a la armonía, aunque fue el deseo de todos porque la dictadura es intransigente.

—¿Por qué para lograr su propósito no usó la vía civil? —pregunta el fiscal.

—Sencillamente porque no hay libertad en Cuba, porque desde el 10 de Marzo, ya no se puede hablar; ya le dije que se hicieron gestiones pero el Gobierno, intransigente siempre, no quiso ceder. Yo acusé a Batista ante los tribunales de justicia, pero los tribunales no resolvieron como esperábamos.

Inmediatamente el Fiscal pregunta al doctor Fidel Castro dónde obtuvo el dinero para comprar los armamentos y organizar el alzamiento.

—El dinero se obtuvo mediante la donación generosa de los hombres que me siguieron —respondió Fidel—; tengo una lista con el nombre de cada uno de ellos y de la cantidad con que contribuyeron; la mayoría ha muerto, pero yo tengo datos donde se puede comprobar que fueron ellos quienes aportaron el dinero para la revolución. La cantidad ascendió a \$16,480.00 gastados todos.

Y agregó:

—Así como Martí no aceptó dinero de Manuel García, Rey de los campos de Cuba, esta revolución no acepta el dinero mal habido de nadie.

A continuación Fidel Castro detalla las armas que se compraron con ese dinero y dice: “sólo teníamos una ametralladora y no poseíamos granadas de mano, si hubiésemos lanzado alguna habría quedado la marca, un enorme boquete”.

Teníamos diez mil balas de todos los calibres y armas distintas; entre el parque había tres Winchester de la época de Buffalo Bill; las armas eran en realidad pocas y deficientes en su mayoría. Entre los que estamos vivos y los asesinados, dieron dinero las siguientes personas: Jesús Montané, que está presente, aportó la cantidad de \$4 000 que cobró como gratificación de la Compañía General Motors, donde trabajaba, cuando liquidó sus negocios en Cuba; Ernesto Tizol, dueño de la granja de pollos, la cual puso a disposición de la revolución; Oscar Alcalde hipotecó su laboratorio por la suma de \$3 600 y liquidó una oficina de contabilidad de su propiedad, haciendo por este concepto otro aporte; Renato Guitart dio \$1 000; Pedro Marrero vendió el juego de comedor de su casa, el refrigerador, el juego de sala y no vendió el juego de cuarto porque yo se lo impedí, además le pidió a un Garrotero \$200.00 para aumentar la contribución a la causa, no tuvo tampoco reparo en perder un empleo en la Tropical donde ganaba doscientos cincuenta pesos de sueldo. Fernando Chenard empeñó pertenencias personales incluso su cámara fotográfica: él era fotógrafo que retrató para la revista **BOHEMIA** el estudio del

escultor Fidalgo cuando fue asaltado por la tiranía, por el único delito de haber esculpido una obra de Martí que tituló "Para Cuba que sufre"; Chenard dio mil pesos; Elpidio Sosa vendió la plaza donde trabajaba, un alto cargo Tesorero de una importante compañía. Abel Santamaría empeñó su automóvil, pero no sólo fue ese su aporte, dio mucho más y, por si fuera poco dio su vida y así puedo seguir ampliando la lista pero me parece mejor que ordenadamente se la entregue escrita este Tribunal.

El Fiscal le preguntó al doctor Fidel Castro si el señor Abel Santamaría había extraído cheques de la casa comercial donde trabajaba para engrosar los fondos de la revolución, a lo que respondió el procesado negativamente, añadiendo que el compañero fallecido era uno de los más valientes y que le dolía se quisiera manchar su recuerdo con una ignominiosa calumnia.

—¿Cómo no asaltaron Columbia? Era allí donde se encontraba todo el grueso de la fuerza del país, y no en el Moncada —le preguntó el Fiscal.

—Porque nuestros pertrechos eran muy pobres —respondió Fidel—; el Moncada pensábamos tomarlo sin un tiro; advertí a los compañeros que solo en última instancia se derramara sangre. El plan era atacar por sorpresa, la psicología militar dice que el soldado solo responde a la orden o al tiro, de lo contrario no reacciona. Por eso no queríamos que hubiese disparos. Además en Oriente comenzó la libertad de Cuba y si era menester nos proponíamos reeditar la invasión alzándonos en el monte, por eso indiqué a los compañeros la vuelta a Siboney y luego internarnos en la Sierra Maestra.

Fidel Castro manifestó seguidamente que entre los armamentos foliados no había ninguna arma blanca y que sus compañeros, a excepción de uno o dos, no conocían siquiera el Hospital Militar. Además dijo extrañarse al conocer el número tan elevado de muertos, cuando muchos de los que aparecen como fallecidos ni siquiera participaron del ataque. Dijo que, sin embargo, los que ocuparon el Palacio de Justicia donde participó su hermano Raúl Castro habían respetado la vida de un grupo de guardias que detuvieron al penetrar en el edificio y que luego otros soldados mataron a mansalva a los revolucionarios.

Después le preguntó el Fiscal a Fidel Castro con quiénes contaba si él negaba que los líderes políticos estuvieran en colaboración con el movimiento.

—Si nos hubiéramos podido poner en contacto con el pueblo, el pueblo habría respondido; ése era nuestro aliado, el pueblo. Nuestro plan era tomar las estaciones de radio, tan pronto nos hiciéramos fuertes en el Moncada y propagar simultáneamente en todas el último discurso que pronunciara el fallecido líder Eduardo R. Chibás. Entonces todos los líderes opositoristas de la República se hubieran unido a nosotros y así derro-

caríamos al Gobierno de facto, la dictadura de Batista.

—¿Con qué prestigio político contaba usted para levantar a un pueblo tan descreído y tantas veces engañado como el de Cuba? —preguntó el Fiscal a Fidel.

Con una repregunta Fidel respondió:

—¿Con qué prestigio contaba el abogadito Carlos Manuel de Céspedes y el arriero Antonio Maceo cuando se alzaron en la manigua redentora?

Fidel insistió en el contenido del último discurso de Chibás y en el calor que tenía en las masas el extinto líder ortodoxo.

—Pero ese líder está muerto —señaló el Fiscal.

—No importa; los hombres, ya se ha dicho no siguen hombres sino ideas, señor Fiscal —ripostó Fidel.

Al terminar su interrogatorio el doctor Mendieta Echavarría los abogados defensores inquirieron cerca del acusado Castro sobre la intervención de sus representados en los hechos del Moncada o la inocencia de los mismos.

El doctor Luis Pérez Rey preguntó a Castro si algún líder del Partido Socialista Popular había colaborado con él; Fidel respondió negativamente.

Después, Pérez Rey, le preguntó si él o sus compañeros iban provistos de libros.

—Todos son aficionados a la lectura —dijo Fidel.

—¿Se le ocupó a Santamaría alguna obra de Lenin? —insistió el doctor Pérez Rey.

—Es posible, pues leemos todo tipo de libros; a quien no se haya interesado nunca por la literatura socialista es un ignorante —fue la respuesta del doctor Castro.

El doctor Ramiro Arango Alsina acusado de ser autor intelectual del movimiento, pregunta a Fidel.

—¿He sido yo autor intelectual de este movimiento?

—No; usted no ha sido autor intelectual, porque el único autor intelectual de esta revolución es **José Martí**.

Después de Fidel declararon Juan Manuel Martínez el propietario de la casa que alquilaron los revolucionarios que asaltaron el Cuartel de Bayamo; y Fernando Fernández Catá, un amigo de Renato Guitart; ambos negaron los cargos. Luego fue llamado a declarar Andrés García Díaz, que confesó haber participado de la acción y acusó a miembros del Ejército.

—Me detuvieron en Manzanillo con mi hermano —dice—, en Veguita nos maltrataron, luego asesinaron a mi hermano, yo le pido al Tribunal que haga constar en acta esta acusación, yo vi cuando lo ahorcaron, aunque herido pude huir y me presentó al Ejército monseñor Pérez Serantes.

Fidel Castro, en su condición de abogado, interrogó al acusado:

—¿Esos alistados que usted dice cometieron los crímenes y los maltrataron actuaron por





La doctora Melba Hernández escribió de su puño y letra: "Este es Zenén Carabia".

cuenta propia u obedeciendo ordenes, del oficial del puesto?

—Obedecían órdenes—respondió García Díaz.

Cuando Fidel Castro iba a continuar el interrogatorio, el Tribunal dio un fuerte timbrazo:

—Esta vista será continuada el próximo jueves, las horas regulares de audiencia han sido consumidas—dijo el Presidente.

Pero el jueves 24, Chaviano anunció al Tribunal que no contaba con fuerzas suficientes para cuidar el orden porque el ex-dictador Batista llegaba esa mañana a Holguín y se necesitaban refuerzos en esa plaza.

El sábado 26 se celebró la tercera vista del juicio.

¡Sin la presencia de Fidel Castro!

El Presidente de la Sala, visiblemente molesto, interroga al capitán Rodríguez Medrano sobre la ausencia del acusado Fidel Castro. El capitán extiende un sobre al doctor Nieto. Nieto lo rasga,

extrae la carta que contiene y lee para sí. Al concluir se la entrega a los Magistrados y al Fiscal e inmediatamente después anuncia:

—El acusado doctor Fidel Castro Ruz no podrá concurrir a esta vista. Acabo de recibir un comunicado de la prisión en el que se hace constar que está enfermo y necesita reposo absoluto. (Después de intercambiar varias expresiones con los Magistrados el Tribunal se vuelve a dirigir a la Sala.)

—El Tribunal estima que este juicio, por su trascendencia, de suspenderse indefinidamente, causaría trastornos con el daño natural para el derecho de la defensa de los acusados que han comparecido ya. En vista de ello (toma aliento), en vista de ello—repite—queda parcialmente anulado en cuanto al procesado doctor Castro Ruz.

Con un no disimulado gesto de disgusto el doctor Nieto deja caer el documento sobre la mesa e inmediatamente toca el timbre y deja abierta la sesión.

—¡Señor Presidente! —una voz femenina vibra en la Sala del Pleno—, ¡Fidel Castro no está enfermo!

Es la doctora Melba Hernández; su declaración deja paralizados a todos.

—Señor Presidente, aquí traigo una carta del doctor Fidel Castro escrita de su puño y letra dirigida a este respetable y honorable Tribunal—dice.

Hay expectación. El capitán, los tenientes, los guardias y todos los escoltas la miran desafiantes. Ella se incorpora y a paso lento se dirige a la mesa, sube al estrado y entrega al doctor Nieto el pequeño rollito de papel de seda que minutos antes sacó de entre sus cabellos. El Presidente y los Magistrados leen el papelito casi a la vez con extraordinario interés. Luego el doctor Nieto llama al oficial de Secretaria, Adolfo Alomá y le ordena que una esa carta a las actuaciones, advirtiéndole que es muy importante. El juicio continúa en cuanto a los demás acusados.

—En cuanto a la carta que se acaba de entregar a este Tribunal se procederá en el momento oportuno—dice el doctor Nieto y prosigue la vista.

(El documento de referencia fue copiado para **BOHEMIA** con la colaboración del señor Adolfo Alomá Serrano y su texto íntegro aparece en un cuadro aparte de esta información.)

Se pretendía asesinar a Fidel en la prisión de Boniato. El teniente Angel Machado Rofes, ayudante de Chaviano, ordenó al exteniente Jesús Yáñez Pelletier, supervisor militar de la prisión de Oriente que le echara determinado veneno en la comida al doctor Fidel Castro. Al negarse el oficial a cumplir órdenes superiores fue trasladado del destacamento y semanas después retirado. El plan no pudo llevarse a efecto porque ya el Tribunal tenía conocimiento del asunto a virtud de la denuncia de Castro, y por órdenes de la Sala, el doctor Juan Martorell García, médico del penal, vigilaba los alimentos que le eran suministra-

dos al acusado y le hacía un examen facultativo periódicamente.

La siguiente vista del juicio comenzó con el acusado de delito intelectual, Millo Ochoa Ochoa, que negó los cargos que se le imputaban. Siguieron a Millo Ochoa en la vista del juicio, también negando los cargos, los líderes políticos Arturo Hernández Tellaheche, Sergio Mejías, Luis Casero, José Manuel Gutiérrez, Oscar Alvarado, Aida Pelayo y Aracelio Azcuy. Azcuy manifestó que él simpatizaba y respetaba la rebeldía de los muchachos, pero que nada tuvo que ver en este movimiento y que se encontraba en Santiago de Cuba ventilando problemas relacionados con su profesión de abogado.

Después fueron llamados a declarar los comunistas Joaquín Ordoqui, Lázaro Peña, Bernardo Hernández, José Cabrejas, Antonio Pérez, Armando Díaz, Juana María Llosa, Rolando Hevia Ruiz, quienes al igual que otros afiliados al Partido Socialista Popular involucrados en la causa 37 negaron los cargos manifestando, que se encontraban en Santiago junto con otros **compañeros porque festejaban** el onomástico del “camarada” Blas Roca. A continuación declararon José Batista Lotti, José Villa Romero, Leonel Gómez, el doctor Ignacio Fiterre, y René Betancourt, que rechazaron las imputaciones. (En nuestro primer artículo citamos a René Betancourt entre los que participaron del asalto al Moncada, fue un error mecanográfico, ya que nos referíamos a René Bedía.)

La tercera vista del juicio continuó con lo declaración de treinta y cuatro acusados que no tuvieron participación alguna en los hechos del Moncada y así lo hicieron constar.

Sin embargo, otros detenidos que negaron su intervención en el asalto, directa o indirectamente, lo hicieron ciñéndose a una consigna revolucionaria.

Eran los que, habiendo concurrido a la acción bélica, tuvieron oportunidad de escapar a la persecución posterior y eran necesarios para la lucha clandestina que debía seguir al frustrado asalto al cuartel Moncada. Gran número de ellos se incorporaron a la expedición del *Granma* en 1956, a las fuerzas rebeldes de Fidel Castro en la Sierra Maestra o cayeron asesinados en alguna estación policíaca de La Habana; en este último caso está comprendido el joven Vicente Chávez, que fue muerto el 9 de abril de 1958, después de haber sido torturado. Otros de los que negaron haber participado en el asalto cumpliendo la consigna trazada, pero que en realidad concurrieron a la cita del 26 de julio en el Moncada fueron: Pedro Celestino Aguilera, Florencio Hernández Henríquez, Ramón Pez Ferro, Antonio San Román Yáñez, Mario Collazo Cordero, Ramón Collado Díaz, Generoso Yáñez Machado, Guillermo Elizarde, Tomás Rodríguez, Humberto Valdés Casañas, Isidro Peñalver, Gerardo Sosa, Ulises Sarmiento y Abelardo Crespo Arias; los que en su

mayoría fueron absueltos por el Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba al concluir la causa 37.

En la cuarta vista del juicio celebrada el día 28 de septiembre se revelaron los detalles sensacionales sobre los hechos del 26 de julio de 1953. En esta sesión del tribunal declararon casi todos los autores materiales de la organización y asalto al Cuartel Moncada de Santiago de Cuba.

Jesús Montané Oropesa fue uno de ellos.

—Participé en la organización del movimiento de la Generación del Centenario con absoluta responsabilidad porque creo que hay que salvar a Cuba de la opresión —dijo— respondiendo a una pregunta del Fiscal.

—¿Usted participó en la acción de las postas donde asesinaron a cuchillo a los soldados? —preguntó el doctor Mendieta Echavarría a Montané, veterano del Moncada y del *Granma*.

—No se asesinó a nadie —dijo—; cuando nos fuimos, los soldados estaban vivos; si aparecieron muertos sería a causa de la gran confusión que se origino y el tiroteo. Yo fui detenido con tres compañeros por Siboney. Cuando nos llevaron al cuartel dijeron unos militares: “Con éste —refiriéndose a mí— que tiene cara de profesor no hay que hablar: vamos a matarlo, pero antes apretarlo para que suelte”, e inmediatamente comenzaron a extirparme los testículos, morir por Cuba es una satisfacción para nosotros. Un oficial que llegó allí en ese momento suspendió el ultraje.

—¿Usted nos podría relatar algo más del movimiento? ¿Conocía sus interioridades? —interrogó el Fiscal.

—La dirección del movimiento estaba a cargo de un grupo de diez compañeros que dirigía el doctor Fidel Castro; eran ellos Abel Santamaría, Boris Luis Coloma, Pedro Miret, José Luis Tasende, Ernesto Tizoll, Mario Muñoz Monroy, el era médico pero también hizo la planta de radio con que íbamos a transmitir a toda Cuba una vez rendido el Moncada, Raúl Martínez Arará, Geraldo Pérez Poey, Renato Guitart y yo. La dirección militar del movimiento la integraban el doctor Fidel Castro, Santamaría, Tizol y Martínez Arará.

A Jesús Montané siguió Reinaldo Benítez Nápoles, herido en una pierna; Benítez confesó haber participado. A continuación declaró Pedro Miret Prieto, quien mantuvo por espacio de cerca de una hora la atención de la Sala. Miret narró su larga odisea como herido en el Hospital Militar, y en el Saturnino Lora. Denunció que dos veces le fueron inyectados en las venas 20cc de aire y una vez alcanfor con el propósito de ultimarle y que lo dejaron tranquilo al estimar que ya estaba muerto. También declaró que el médico militar Porro lo amenazó con una pistola para que dijera que Villa Romero, Aida Pelayo y la Dra. Martha Frayde estaban comprometidos, en el movimiento lo que él negó.

Ernesto Tizol y Oscar Alcalde, el primero responsable de la granja de Siboney y el segundo de



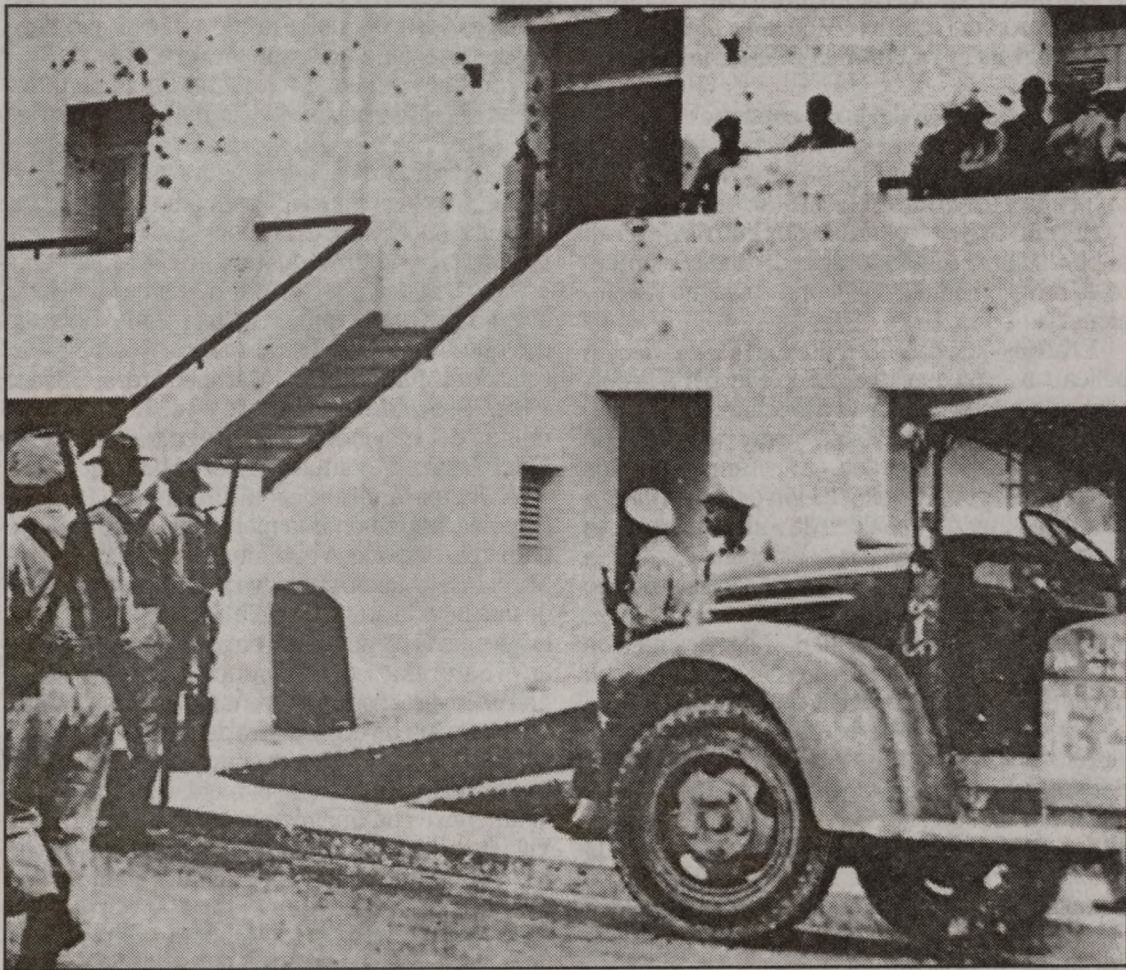
los aportes económicos, relataron, a preguntas del Fiscal, cómo desenvolvían sus actividades y declararon enfáticamente que ellos se habían incorporado al movimiento por convicción. A continuación se presentó a declarar Ciro Redondo, admitiendo todos los cargos que se le imputaban aunque negó que él o sus compañeros portaran armas blancas. Ciro Redondo denunció que se había dado muerte a Marcos Martí después de ser retenido. En la siguiente vista del juicio declaró Raúl Castro Ruz:

—Vine por resolución propia —manifestó—. Recibí instrucciones de tomar el Palacio de Justicia para evitar que el Ejército lo tomara y se hiciese fuerte en él. No encontramos resistencia, detuvimos a los custodios del lugar y los desarmamos, en total hicimos prisioneros a ocho policías y militares y a un civil. No traíamos armas blancas —siguió diciendo Raúl—; ese fue un ardid de Chaviano en su primera declaración para enervar el espíritu, para incitar al crimen, con ello demostró su debilidad e impotencia; quería echar a guerrear los soldados contra el pueblo.

También declararon esa mañana Haydée Santamaría y la doctora Melba Hernández. Haydée denunció una serie de torturas y crímenes que presenció en las galeras del Moncada,

negando tanto ella como Melba que se hubiera opuesto a que se curara un militar herido. Dijo Haydée que cuando vio caer al militar próximo a la entrada del Hospital Civil se dirigió a un médico y se lo informó: “No era de los nuestros, pero era un hombre, un ser humano: el médico fue a rescatarlo, había muerto.”

La doctora Melba Hernández siguió a Haydée. Dijo que ellas habían ido en calidad de enfermeras junto con el doctor Mario Muñoz, que era médico —al doctor Muñoz lo detuvieron con nosotros en el Hospital y en presencia nuestra lo mataron; Julio Trigo, un compañero que de primera intención no pudo ir al Moncada ni al Hospital porque sufrió una hemoptisis en el hotel donde estaba hospedado, al escuchar los tiros se dirigió al Saturnino Lora, incorporándose al grupo de los compañeros que fueron ultimados más tarde. Un caso similar fue el de Raúl Gómez García, el poeta del 26 de Julio, asesinado, como Abel y veinticinco compañeros más. La patrulla militar no reconoció a nuestros compañeros en el primer recorrido por el Hospital porque estaban vestidos de enfermos en sus camas, pero ocurrió una desgracia un hombre grueso de mediana estatura de espejuelos al que reconoceríamos perfectamente porque lo tuvimos muy cerca y cuyo nombre



El grupo de atacantes se hizo fuerte en el ala derecha del cuartel Moncada con el objeto seguramente de apoderarse de las armas allí existentes.

en su oportunidad se revelará, llamó a los soldados y los entregó a todos –agregó.

(La doctora Melba Hernández, actual delegada personal del Ministro de Gobernación en la Cárcel de Mujeres de Guanajay, entregó para su publicación en la revista **BOHEMIA** una fotografía, detrás de la cual escribió, de su puño y letra, lo que sigue: “Este señor, Zenén Carabia; fue el que entregó al grupo del Hospital Civil Saturnino Lora, de cuyo grupo sobrevivimos Haydée y yo.” Fdo. doctora Melba Hernández. Febrero 1° de 1959. La fotografía, por su gran valor histórico, aparece en este reportaje.

En vistas sucesivas, del juicio oral de la causa 37 se declararon responsables de haber participado en el asalto del cuartel Moncada Enrique Cámara, René Bedía Morales, Eduardo Montano, Mario Chanet de Armas, Juan Almeida Bosque, Armando Mestre Martínez, Francisco González Hernández, José Ponce Díaz, Fidel Labrador, Ramiro Valdés Menéndez, Julio Díaz González y Agustín Díaz Cartaya.

Testigos de cargo

Fueron los testigos de cargo nombrados por el propio coronel Chaviano, los que se encargaron de destruir las falacias contenidas en su informe al Presidente del Tribunal de Urgencia, con motivo de los sucesos del Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953.

El primero en ser llamado fue el comandante Rafael Morales Álvarez.

–A las seis y treinta de la mañana llegué al cuartel –dijo– estaba en mi casa cuando oí los primeros disparos llamé al capitán ayudante del Coronel por teléfono y él me dijo que me dirigiera inmediatamente al Regimiento. Con esas instrucciones entré en el Moncada. Me hice cargo de la defensa del campamento donde ya a esa hora se estaba peleando.

–¿Mataron los revolucionarios a los soldados de la posta con armas blancas? –preguntó el Fiscal.

–Cuando están muertos, imagínese...

–Concretamente –dijo el Fiscal –¿hubo heridos con armas blancas?

–Eso se comentó en el Cuartel; yo no vi a los heridos. Como yo estaba en mi puesto de mando, no supe de esas cosas.

–¿Llevaron los revolucionarios granadas de mano?

–Ya le dije que yo estaba en mi puesto; no sé si las llevaron o no –fue la respuesta del comandante Morales, que asumió el mando en el Moncada mientras duró la batalla.

El director del Hospital, capitán médico Edmundo Tamayo Silveira, era, sin duda, uno de los testigos de cargo que resultaban más importantes en la causa 37, pues como médico y militar debía de consignar con exactitud si efectivamente se asesinaron los enfermos en las camas con armas blancas.

–Me trasladé a las cinco y cuarenta y cinco al hospital Militar, llamado por el Cuerpo de Guardia –manifestó el capitán Tamayo, y agregó–: cuando llegué al Hospital Militar encontré al sanitario Vázquez herido y a un cabo muerto.

–¿Con qué hirieron al sanitario Vázquez? ¿Es cierto que usaron para matarlo armas blancas? –interrogó el Fiscal.

La pregunta del Fiscal causó expectación en la Sala. Más expectación causaría inmediatamente la respuesta del capitán médico.

–No, Vázquez sólo tenía una herida lineal cerca del cuello, pero tan simple, que ni le di importancia alguna. En mis curaciones a los heridos no aprecié ninguna herida producida por cuchillo u otra arma blanca, todos los heridos militares murieron a consecuencia de heridas sufridas por armas de fuego; uno solo, ese sanitario Vázquez que mencioné, tenía una herida lineal muy leve que pudo haberse hecho con una navajita de afeitar.

–¿Es cierto que un enfermo disparó desde el Hospital?

–No; solo un escolta de un preso militar hizo uso de su arma.

–¿Entonces ese enfermo que fue condecorado, que se dijo que había matado a varios revolucionarios, no disparó?

–No señor, ningún enfermo tenía armas–. Fue la respuesta categórica del Director del Hospital Militar, el cual con sus declaraciones destruía toda la posible veracidad del informe de Chaviano.

Después del capitán Edmundo Tamayo, también como testigo de cargo, declaró el capitán médico Sainz de la Peña. Dijo Sainz de la Peña:

–Enfermo muerto en su cama solo hubo uno, de apellido Bolevich, que se asomó a la ventana, fue muerto por disparos de perdigones.

Camelia Rodríguez, enfermera de la sala de niños del Hospital Civil, otro testigo de cargo enviado por el capitán Porro, Supervisor del Hospital Civil Saturnino Lora, también destruyó otra falacia.

–Vi a dos mujeres que entraron en la sala de niños. No llevaban armas, me ayudaron a calmar a los que lloraban asustados por los tiros.

El Fiscal preguntó si podría reconocerlas y la enfermera, Camelia Rodríguez, señaló en la Sala para donde estaban Melba y Haydée.

El doctor Mauricio León, médico del Hospital Civil, facultativo de guardia el 26 de julio de 1953, declaró:

–Había dos mujeres; una de ellas me llamó para informarme que había caído un militar herido y me condujo hasta el lugar; allí lo reconocí pero ya estaba muerto.

El Fiscal pidió al doctor Mauricio León que relatara algún pasaje del Hospital en cuanto a lo que hicieron los revolucionarios allí.

–Las muchachas me preguntaron después dónde estaban las ropas de los enfermos. Yo les indi-



“Llamé al médico para qué atendiera a un militar herido, se trataba de un ser humano herido y nada más”, dijo Haydée.



qué el lugar; muchos jóvenes se cambiaron. Con ellas iba otro individuo que decía que era médico.

Al preguntarle el Fiscal si tanto las muchachas como el supuesto médico portaban armas, el doctor León declaró que no. Seguidamente el doctor Mendieta Echavarría le pidió que reconociera en la Sala en Pleno, si podía, a esas mujeres. El médico del Hospital Civil señaló para Haydée y dijo:

—Aquella vestida de negro fue la que me llamó.

Eusebio Barrios y Heriberto Amador, expertos en balística, se encargaron de esclarecer el asunto de las granadas.

—¿De acuerdo con los impactos que ustedes reconocieron en el cuartel Moncada pueden determinar si fueron causados por granada de mano? —inquirió el Fiscal.

—No, los impactos no fueron causados por granadas de mano —dijeron.

—¿Encontraron ustedes en su incursión por los terrenos del Regimiento alguna granada o guantes color ladrillo? —insistió el Ministerio Público.

—Encontramos una granada en el terreno, una igual a la que usa el ejército color olivo. En cuanto a guantes no vimos ninguno. Las armas que examinamos y que eran de los rebeldes constituían un verdadero muestrario y no eran de primera calidad. No vimos entre ellas ninguna arma blanca.

Más de cincuenta testigos de cargo desfilaron ante el Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba antes de concluir la primera parte de la causa 37, que se ventiló en el Palacio de Justicia.

Ninguno de los testigos sostuvo categóricamente las acusaciones contenidas en el falaz informe de Chaviano al Presidente del Tribunal, en el se atribuían crímenes horrendos a los revolucionarios que atacaron al Cuartel Moncada. La culminación de esta primera parte del proceso fue la condena de Oscar Alcalde Valls, Ernesto Tizol Aguilera, Pedro Miret Prieto, y Raúl Castro Ruz, a trece años de prisión; así como las de Andrés García Díaz, Enrique Cámara, Agustín Díaz Cartaya, René Bedía Morales, Eduardo Montano Benítez, José Suárez Blanco, Mario Chanet de Armas, Armando Mestre Martínez, Francisco González, Ciro Redondo, José Ponce Díaz, Ramiro Valdés Menéndez, Julio Díaz González, Israel Tápanes, Jesús Montané, Reynaldo Benítez, Fidel Labrador, Gabriel Gil y Juan Almeida Bosque a diez años de prisión.

En esa misma oportunidad fueron condenados, también a tres años de prisión Eduardo Rodríguez Alemán, Orlando Costez Gallardo y Manuel Lorenzo Costa. Y a siete meses de reclusión en la cárcel de mujeres de Guanajay a la doctora Melba Hernández Rodríguez y a Haydée Santamaría Cuadrado.

Durante seis años guardamos celosamente las notas y pruebas, del Juicio oral de la Causa 37, que terminó con las vistas celebradas en un Salón del Sanatorio de la Colonia Española y en la Sala de Enfermeras del Hospital Civil. En la Colonia Española juzgaron al joven Gustavo Arcos Bergnes, que se encontraba herido y a un grupo de dirigentes políticos, y en el Hospital Civil a Abelardo Crespo Arias, también herido, y al doctor Fidel Castro Ruz, hoy victorioso Comandante, el jefe del Ejército Rebelde. Crespo y Bergnes fueron condenados a diez años de cárcel; y Fidel Castro a quince años.

El doctor Fidel Castro ejerció su derecho, como letrado, de asumir su propia defensa. En el diminuto salón de enfermeras, el 6 de octubre del 53, pronunció un extenso y brillante alegato jurídico-revolucionario, en el que expuso los objetivos del movimiento patriótico que dirigía. Basó principalmente su defensa en los ideales martianos, diciendo que los jóvenes que lo siguieron en el empeño de libertar a Cuba de la opresión no hicieron otra cosa que tratar de llevar a la práctica las prédicas de Martí.

Posteriormente un grupo de amigos del doctor Fidel Castro recogió íntegramente en un folleto impreso, con el título de *La Historia me absolverá*, su defensa.

La larga censura de prensa, que aunque discontinua cubrió una etapa de casi cuatro años, a partir del 26 de julio de 1953 impidió que el pueblo conociera la verdad de cuanto ocurrió en el Moncada y lo que se reveló en el juicio histórico. Todo lo cual acabamos de relatar en este y en artículos anteriores.

Para la familia de los que cayeron ese día, de un bando u otro, nuestro respeto.

CÓMO DENUNCIA FIDEL CASTRO AL TRIBUNAL QUE VA A SER ASESINADO

Al tribunal de urgencia

FIDEL Castro Ruz, abogado personado en su propia defensa en la causa número 37 del presente año ante esa Sala expone respetuosamente lo siguiente:

1-Que se trata de impedir mi presencia en el Estado del Juicio de que se destruyan las fantásticas falsedades que han tejido alrededor de los hechos del 26 de julio, de que no se conozcan los horribles crímenes que se cometieron ese día en las personas de los prisioneros, esencial, digo, escenificándose la más espantosa matanza que conoce la Historia de Cuba. -Con tal motivo en el día de hoy se me ha comunicado que no concurriré al juicio por estar enfermo, siendo la verdad que me encuentro perfectamente bien de salud sin dolencia física de ninguna índole, pretendiéndose de ese modo burlar de la manera más inaudita a ese Tribunal.

2-Que a pesar de las reiteradas comunicaciones del Poder Judicial y de la última que dirigiera esa Sala a las autoridades de la Prisión demandando el cese de nuestra incomunicación por ser ilegal y delictiva, sigo totalmente incomunicado sin que en los cincuenta y siete días que llevo en esta Prisión se me haya permitido tomar el sol, hablar con nadie, ni ver mi familia.

3-Que he podido conocer con toda certeza que se trama mi eliminación física, bajo el pretexto de fuga, envenenamiento o cualquier cosa parecida y que a tal efecto se han estado elaborando una serie de planes y coartadas que faciliten la consumación de los hechos. Reiteradamente lo he denunciado. Los motivos son los mismos que expuse en el número uno de este escrito.

Igual peligro corren las vidas de otros presos, entre ellos las de las dos muchachas, (Melba y Haydée) que son testigos excepcionales de la masacre del día 26 de julio.

4-Solicito de esa Sala que proceda a ordenar inmediatamente mi reconocimiento

por un médico prestigioso y competente como pudiera ser el Decano del Colegio Médico de Santiago de Cuba. Le expongo así mismo la alta conveniencia de que un miembro de esa Audiencia especialmente designado acompañe a los presos políticos en los viajes que se hacen de esta Prisión al Palacio de Justicia y viceversa. Que comunique a los particulares de este escrito al Colegio Local y Nacional de Abogados, al Tribunal Supremo de Justicia y a cuantas instituciones legales que esa Sala estime deban conocer estos hechos.

La importancia y la categoría del Juicio que se está celebrando impone obligaciones excepcionales.

Si se lleva adelante en las condiciones que he denunciado no será más que una farsa ridícula e inmoral con el repudio pleno de la Nación.

Cuba entera tiene los ojos puestos en este Juicio. Yo espero que este Tribunal defienda dignamente los fueros de su jerarquía y de su honor que es al mismo tiempo en estos instantes el honor de todo el Poder Judicial ante la Historia de Cuba.

La actuación hasta el presente de esa Sala y el prestigio de sus Magistrados la acreditan como una de las más honorables de la República por lo que expongo estas consideraciones con fe ciega en su viril actuación.

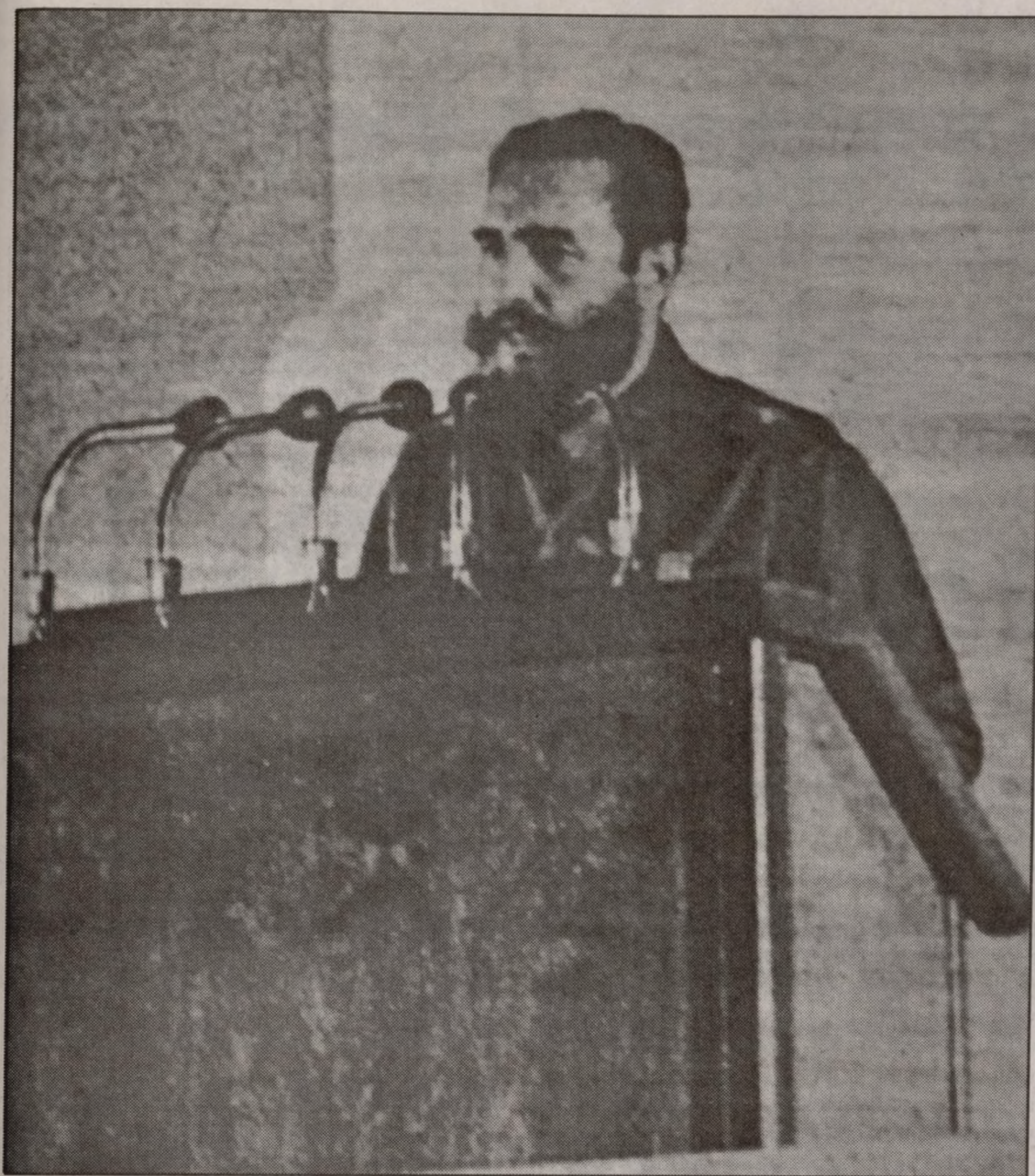
Por mi parte, si para mi vida tengo que ceder un ápice de mi derecho o de mi honor prefiero perderla mil veces: "un principio justo desde el fondo de una cueva puede más que un Ejército".

Cárcel Provincial de Oriente, Septiembre 26 de 1953.

Fdo. **Fidel Castro Ruz.**

Otrosí: designo a la doctora Melba Hernández para que presente este escrito en mi nombre. **F. C.**





lucionario lucha con la vista puesta en el día en que los hechos que se deriven de su acción vayan a recibir los honores de la conmemoración. “El deber debe cumplirse sencilla y naturalmente”, dijo Martí. El cumplimiento de un deber nos condujo a esta acción sin que nadie pensara en las glorias y los honores de esa lucha.

(...)

Era necesario enarbolar otra vez las banderas de Baire, de Baraguá y de Yara. Era necesaria una arremetida final para culminar la obra de nuestros antecesores, y esta fue el 26 de Julio. Lo que determinó esa arremetida no fue el entusiasmo o el valor de un puñado de hombres, fue el fruto de profundas

meditaciones sobre el conjunto peculiar de factores objetivos y subjetivos que imperaban en aquel instante en nuestro país.

Dominada la nación por una camarilla sangrienta de gobernantes rapaces, al servicio de poderosos intereses internos y externos, que se apoyaban descarnadamente en la fuerza, sin ninguna forma o vehículo legal de expresión para las ansias y aspiraciones del pueblo, había llegado la hora de acudir otra vez a las armas.

Pero hecha esta conclusión, ¿cómo llevar a cabo la insurrección armada si la tiranía era todopoderosa, con sus medios modernos de guerra, el apoyo de Washington, el movimiento obrero fragmentado y su dirección ofi-



cial en manos de gánsters, vendida en cuerpo y alma a la clase explotadora, los partidos de opinión democrática y liberal desarticulados y sin guía, el Partido marxista aislado y reprimido, el maccarthismo en pleno apogeo ideológico, el pueblo sin un arma ni experiencia militar, las tradiciones de lucha armada distantes más de medio siglo y casi olvidadas, el mito de que no se podía realizar una revolución contra el aparato militar constituido, y por último la economía con una relativa bonanza por los altos precios azucareros de posguerra, sin que se vislumbrara todavía una crisis aguda como la que en los años 30 de por sí arrastró a las masas desesperadas y hambrientas a la lucha?

¿Cómo levantar al pueblo, cómo llevarlo al combate revolucionario, para superar aquella enervante crisis política, para salvar al país de la postración y el retraso espantoso que significó el golpe traicionero del 10 de marzo y llevar adelante la revolución popular y radical que transformara al fin a la república mediatizada y al pueblo esclavizado y explotado en la patria libre, justa y digna, por la cual lucharon y murieron varias generaciones de cubanos?

Tal era el problema que se planteaba el país en los meses que siguieron al nuevo ascenso de Batista al poder.

Cruzarse de brazos y esperar o luchar era para nosotros el dilema.

Pero los hombres que llevábamos en nuestras almas un sueño revolucionario y ningún

propósito de resignarnos a los factores adversos, no teníamos un arma, un centavo, un aparato político y militar, un renombre público, una ascendencia popular. Cada uno de nosotros, los que después organizamos el movimiento que asumió la responsabilidad de atacar el cuartel Moncada e iniciar la lucha armada, en los primeros meses que sucedieron al golpe de Estado, esperaba que las fuerzas opositoristas se unieran todas en una acción común para combatir a Batista. En esa lucha estábamos dispuestos a participar como simples soldados, aunque solo fuese por los objetivos limitados de restaurar el régimen de derecho barrido por el 10 de marzo.

Los primeros esfuerzos organizativos del núcleo inicial de nuestro movimiento se concretaron a crear e instruir los primeros grupos de combate, con la idea de participar en la lucha común con todas las demás fuerzas opositoristas, sin ninguna pretensión de encabezar o dirigir esa lucha. Como humildes soldados de fila tocábamos a las puertas de los dirigentes políticos ofreciendo la cooperación modesta de nuestros esfuerzos y de nuestras vidas y exhortándolos a luchar. Por aquel entonces, aparentemente, los hombres públicos y los partidos políticos de oposición se proponían dar la batalla. Ellos tenían los medios económicos, las relaciones, la ascendencia y los recursos para emprender la tarea de los cuales nosotros carecíamos por completo. Dedicados febrilmente al trabajo revolucionario, un grupo de cuadros, que constituyó después

la dirección política y militar del movimiento, nos consagramos a la tarea de reclutar, organizar y entrenar a los combatientes. Fue al cabo de un año de intenso trabajo en la clandestinidad, cuando arribamos a la convicción más absoluta de que los partidos políticos y los hombres públicos de entonces engañaban miserablemente al pueblo. Enfrascados en todo tipo de disputas y querellas intestinas y ambiciones personales de mando, no poseían la voluntad ni la decisión necesarias para luchar ni estaban en condiciones de llevar adelante el derrocamiento de Batista. Un rasgo común de todos aquellos partidos y líderes políticos era que, a tono con la atmósfera maccarthista y con la vista siempre puesta en la aprobación de Washington, excluían a los comunistas de todo acuerdo o participación en la lucha común contra la tiranía.

Entretanto, nuestra organización había crecido notablemente y disponía de más hombres entrenados para la acción que el conjunto de todas las demás organizaciones que se oponían al régimen. Nuestros jóvenes combatientes habían sido reclutados, además, en las capas más humildes del pueblo, trabajadores en su casi totalidad, procedentes de la ciudad y del campo, y algunos estudiantes y profesionales no contaminados por los vicios de la política tradicional ni el anticomunismo que infestaba el ambiente de la Cuba de entonces. Esos jóvenes llevaban, en su corazón de patriotas abnegados y honestos, el espíritu de las clases humildes y explotadas de las que provenían y sus manos fueron suficientemente robustas y sus mentes suficientemente sanas y sus pechos suficientemente valerosos para convertirse más tarde en abanderados de la primera revolución socialista en América.

Fue entonces cuando, partiendo de nuestra convicción de que nada podía esperarse de los que hasta entonces tenían la obligación de dirigir al pueblo en su lucha contra la tiranía, asumimos la responsabilidad de llevar adelante la Revolución.

¿Existían o no existían las condiciones objetivas para la lucha revolucionaria? A nuestro juicio existían. ¿Existían o no existían las condiciones subjetivas? Sobre la base del profundo repudio general que provocó el golpe del 10 de marzo y el regreso de Batista al poder, el descontento social emanado del régimen de explotación reinante, la pobreza y el desamparo de las masas desposeídas, se podían crear las condiciones subjetivas para llevar al pueblo a la revolución.

La historia después nos ha dado la razón. ¿Pero qué nos hizo ver con claridad aquel camino por donde nuestra patria ascendería a una fase superior de su vida política y nuestro pueblo, el último en sacudir el yugo colonial, sería ahora el primero en romper las cadenas imperialistas e iniciar el período de la segunda independencia en América Latina?

Ningún grupo de hombres habría podido por sí mismo encontrar solución teórica y práctica a este problema. La Revolución Cubana no es un fenómeno providencial, un milagro político y social divorciado de las realidades de la sociedad moderna y de las ideas que se debaten en el universo político. La Revolución Cubana es el resultado de la acción consciente y consecuente ajustada a las leyes de la historia de la sociedad humana. Los hombres no hacen ni pueden hacer la historia a su capricho. Tales parecerían los acontecimientos de Cuba si prescindimos de la interpretación científica. Pero el curso revolucionario de las sociedades humanas tampoco es independiente de la acción del hombre; se estanca, se atrasa o avanza en la medida en que las clases revolucionarias y sus dirigentes se ajustan a las leyes que rigen sus destinos. Marx, al descubrir las leyes científicas de ese desarrollo, elevó el factor consciente de los revolucionarios a un primer plano en los acontecimientos históricos.

La fase actual de la Revolución Cubana es la continuidad histórica de las luchas heroicas que inició nuestro pueblo en 1868 y prosiguió después infatigablemente en 1895 contra el colonialismo español; de su batallar constante contra la humillante condición a que nos sometió Estados Unidos, con la intervención, la Enmienda Platt y el apoderamiento de nuestras riquezas que redujeron nuestra patria a una dependencia yanqui, un jugoso centro de explotación monopolista, una moderna Capua para sus turistas, un gran prostíbulo, un inmenso garito. Nuestra Revolución es también el fruto de las heroicas luchas de nuestros obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales, durante más de 50 años de corrupción, y explotación burguesa y dominio del imperialismo que intentó absorbernos culturalmente y destruir los cimientos de nuestra nacionalidad; es fruto de la ideología revolucionaria de la clase obrera; del movimiento revolucionario internacional; de las luchas de los obreros y campesinos rusos que en el glorioso octubre de 1917, dirigidos por





Lenin, derribaron el poder de los zares e iniciaron la primera revolución socialista; del debilitamiento del poder imperialista y los enormes cambios de correlación de fuerzas ocurridos en el mundo.

Sin la prédica luminosa de José Martí, sin el ejemplo vigoroso y la obra inmortal de Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo y tantos hombres legendarios de las luchas pasadas; sin los extraordinarios descubrimientos científicos de Marx y Engels; sin la genial interpretación de Lenin y su portentosa hazaña histórica, no se habría concebido un 26 de Julio.

Martí nos enseñó su ardiente patriotismo, su amor apasionado a la libertad, la dignidad y el decoro del hombre, su repudio al despotismo y su fe ilimitada en el pueblo. En su prédica revolucionaria estaba el fundamento moral y la legitimidad histórica de nuestra acción armada. Por eso dijimos que él fue el autor intelectual del 26 de Julio.

Céspedes nos dio el sublime ejemplo de iniciar con un puñado de hombres, cuando las condiciones estaban maduras, una guerra que duró 10 años.

Agramonte, Maceo, Gómez y demás próceres de nuestras luchas por la independencia, nos mostraron el coraje y el espíritu combativo de nuestro pueblo, la guerra irregular y las posibilidades de adaptar las formas de lucha armada popular a la topografía del terreno y a la superioridad numérica y en armas del enemigo.

Era necesario formar de nuevo el Ejército Mambí. Pero la Revolución ahora ya no podía tener el mismo contenido que en 1868 y 1895. Había transcurrido más de medio siglo. A la cuestión de la soberanía popular y nacional se añadía con toda su fuerza el problema social. Si la Revolución de 1868 fue iniciada por la clase terrateniente y proseguida en 1895 fundamentalmente por las masas campesinas, en 1953 ya existía una clase obrera; a ella, portadora de una ideología revolucionaria, en estrecha alianza con los campesinos y las capas medias de nuestra población, correspondía el lugar cimero y el carácter de la nueva Revolución.

¿Qué aportó el marxismo a nuestro acervo revolucionario en aquel entonces? El concepto clasista de la sociedad dividida entre explotadores y explotados; la concepción materialista de la historia; las relaciones burguesas de producción como la última forma antagónica del proceso de producción social; el advenimiento inevitable de una sociedad sin clases, como consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo y de la revolución social. Que “el gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa”. Que “los obreros modernos no viven sino a condición de encontrar trabajo, y lo encuentran únicamente mientras su trabajo acrecienta el capital”. Que “una vez que el obrero ha sufrido la explotación del fabricante y ha recibido su salario en metálico, se convierte en víctima de los otros elementos de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etcétera”. Que “la burguesía produce ante todo sus propios sepultureros”, que es la clase obrera.

El núcleo fundamental de dirigentes de nuestro movimiento que, en medio de intensa actividad, buscábamos tiempo para estudiar a Marx, Engels y Lenin, veía en el marxismo-leninismo la única concepción racional y

científica de la Revolución y el único medio de comprender con toda claridad la situación de nuestro propio país.

En el seno de una sociedad capitalista, contemplando la miseria, el desempleo y la indefensión material y moral del pueblo, cualquier hombre honesto tenía que compartir aquellas irrefutables verdades de Marx, cuando escribió: "Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada. Pero en vuestra sociedad actual la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros. Precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes existe para vosotros. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de propiedad".

El marxismo nos enseñó sobre todo la misión histórica de la clase obrera, única verdaderamente revolucionaria, llamada a transformar hasta los cimientos a la sociedad capitalista, y el papel de las masas en las revoluciones.

"El Estado y la Revolución", de Lenin, nos esclareció el papel del Estado como instrumento de dominación de las clases opresoras y la necesidad de crear un poder revolucionario capaz de aplastar la resistencia de los explotadores.

Únicamente a la luz del marxismo es posible comprender no solo el curso actual de los acontecimientos, sino también toda la evolución de la historia nacional y el pensamiento político cubano en el siglo pasado.

Cuando las naciones hermanas de este continente sacudieron el yugo español, Cuba permaneció uncida al carro colonial hasta casi 100 años después, y en tiempos en que aquellas se liberaban en enérgica lucha, ella recibió de los reyes absolutos de España el título dudosamente honroso de "la siempre fiel isla de Cuba". Las relaciones de producción basadas en la esclavitud, sistema espantoso de explotación, que echó profundas raíces en la vida colonial de este país, explican con toda nitidez aquel fenómeno político. La población criolla blanca poseedora de las riquezas y la cultura, en conflicto permanente de intereses con España, no estaba, sin embargo, en disposición de arriesgar el disfrute de los privilegios económicos y las prerrogativas sociales que le daba su condición de esclavista, a cambio de la independencia. El temor a poner en riesgo el propio régimen de la esclavitud la opuso sistemáticamente a la idea de luchar

por la emancipación. Le horrorizaba una sublevación de los esclavos. Necesitaba el poder militar de España para mantener la sumisión de los explotados. Y España, apoyándose en esta realidad más que en las armas, mantuvo el dominio de Cuba.

El reformismo, doctrina política que predominó en el pensamiento político cubano durante más de medio siglo, tuvo también su origen en los mismos factores. Y la corriente en favor de la anexión a Estados Unidos, que en instantes cobró fuerza extraordinaria, nació del temor a la abolición que llevaba, a las clases dirigentes cubanas y a los propios españoles propietarios de esclavos, a buscar el amparo de sus privilegios por el camino de convertir a Cuba en un Estado esclavista de Norteamérica.

Arango y Parreño, José Antonio Saco y José de la Luz y Caballero, figuras prominentes en el pensamiento político cubano, durante la primera mitad del pasado siglo, no obstante su señalada preocupación por los progresos del país y sus sentimientos nacionales, conformaron totalmente su doctrina y su conducta a la trágica situación de una clase social que no podía luchar contra el amo español porque ella, a su vez, era ama de esclavos.

Las guerras de independencia comenzaron al fin precisamente en aquellos puntos de la isla donde la esclavitud tenía una base mínima en la vida económica y social, y continuó siendo a su vez un terrible freno a la lucha en las regiones donde era la forma absolutamente predominante de producción. Al recordar que nuestro país fue en este continente, hasta hace solo decenas de años, escenario de esa forma odiosa de explotación del hombre por el hombre, sentimos el deber de rendir el tributo que merecen aquellos abnegados luchadores esclavos que el año 1843, en numerosos centrales de Matanzas, se sublevaron, lucharon y murieron por centenares en los combates, en el cadalso, o apelando al suicidio, para romper las inhumanas cadenas que ataban de por vida sus cuerpos al trabajo.

Poco se escribiría después sobre el extraordinario valor humano y político de estos hechos en las historias oficiales de los explotadores, y ningún monumento se erigiría en memoria de estos oscuros gladiadores, verdaderos héroes anónimos de las clases explotadas, que fueron como precursores en nuestra patria de la revolución de los que después de ellos fueron los modernos esclavos, los obreros.



Lo más admirable de aquellos hombres que participaron en la operación, es que habiendo entrado en combate por primera vez, arremetieron con tremenda fuerza los objetivos que tenían delante, creyendo que se hallaban ya dentro de las fortificaciones, cuya configuración exacta ignoraban. Pero la lucha se había entablado por desgracia en las afueras de la fortaleza. Con aquel ímpetu con que descendieron de sus carros, ninguna tropa desprevenida los habría podido resistir.

Pero la estrategia política, militar y revolucionaria, concebida a raíz del Moncada, fue en esencia la misma que se aplicó cuando tres años más tarde desembarcamos en el *Granma* y ella nos condujo a la victoria. Aplicando un método de guerra ajustado al terreno, a los medios propios y a la superioridad técnica y numérica del enemigo, los derrotamos en 25 meses de guerra, no sin sufrir inicialmente el durísimo revés de la Alegría de Pío, que redujo nuestra fuerza a siete hombres armados, con los que reiniciamos la lucha. Este increíblemente reducido número de efectivos con que nos vimos obligados a seguir adelante, demuestra hasta qué punto la concepción revolucionaria del 26 de Julio de 1953 era correcta.

Cinco años y medio más tarde, el primero de enero de 1959, desde la ciudad de Palma Soriano, rodeada ya Santiago de Cuba y los 5 000 hombres de su guarnición por nuestras fuerzas, lanzamos la consigna de huelga general revolucionaria a los trabajadores. El país entero se paró de modo absoluto pese al control gubernamental del aparato oficial del movimiento obrero, y en horas de la tarde las vanguardias rebeldes ocupaban el Moncada sin disparar un tiro. El enemigo estaba vencido. En 48 horas todas las instalaciones militares del país fueron dominadas por nuestras tropas, el pueblo ocupó las armas, y el golpe militar en la capital, instigado por la embajada yanqui, con que pensaban escamotear el triunfo, quedó deshecho. Los asesinos aterrorizados vieron surgir de los cadáveres heroicos de los hombres asesinados en el Moncada el espectro victorioso de sus ideas. Era la misma consigna de huelga general que pensábamos lanzar el 26 de Julio de 1953, después de tomada la ciudad de Santiago de Cuba. Es cierto que esta vez ya en posesión del poder revolucionario, fue que procedimos a aplicar el programa del Moncada, pero la concepción de que la lucha misma forjaría en las masas la conciencia política superior que

nos llevaría a una revolución socialista, ha demostrado en las condiciones de nuestra patria su absoluta justeza.

Las leyes revolucionarias enfrentaron a los explotadores y explotados en todos los terrenos. Latifundistas, capitalistas, terratenientes, banqueros, grandes comerciantes, burgueses y oligarcas de todo tipo y su incontable cohorte de servidores, reaccionaron inmediatamente contra el poder revolucionario en contubernio con el imperialismo, privilegiado propietario en Cuba de grandes extensiones de tierra, minas, centrales azucareros, bancos, servicios públicos, casas comerciales, fábricas, amo y señor de nuestra economía, que ya no tenía un ejército a su servicio. Comenzaron entonces las conjuras, los sabotajes, las grandes campañas de prensa, las amenazas exteriores.

Pero el pueblo no había recibido solo los beneficios de las leyes revolucionarias. Había conquistado ante todo y por primera vez en la historia de nuestra patria, el sentido pleno de su propia dignidad, la conciencia de su poder y de su inmensa energía.

Por primera vez el obrero, el campesino, el estudiante, las capas más humildes del pueblo, ascendían a lugares cimeros de la vida nacional. El poder revolucionario era su poder; el Estado era su Estado, el soldado era su soldado porque él mismo se convirtió en soldado; el rifle su rifle, el cañón su cañón, el tanque su tanque, la autoridad su autoridad, porque él era la autoridad. Ningún ser humano volvería jamás a sufrir humillación por el color de su piel; ninguna mujer tendría que prostituirse para ganarse el pan; ningún ciudadano tendría que pedir limosna; ningún anciano quedaría en el desamparo; ningún hombre sin trabajo; ningún enfermo sin asistencia; ningún niño sin escuela; ningunos ojos sin saber leer; ninguna mano sin saber escribir.

Lo que la Revolución significó desde el primer instante para el decoro del hombre, lo que significó en el orden moral fue tanto o más que lo que significaron los beneficios materiales.

La conciencia de clase se desarrolló en forma inusitada. Bien pronto los obreros, los campesinos, los estudiantes, los intelectuales revolucionarios, tuvieron que empuñar las armas para defender sus conquistas frente al enemigo imperialista y sus cómplices reaccionarios; bien pronto tuvieron que derramar su sangre generosa luchando contra la



plenamente en las leyes de la historia y en la energía sin límite de un pueblo liberado.

Ningún programa económico y social se cumplió jamás en este continente como se ha cumplido el programa del Moncada. Con el devenir del tiempo y la propia lucha se han superado con creces todas las esperanzas de entonces y avanzamos hace rato mucho más allá, por la senda gloriosa de la revolución socialista.

Martí, Marx, Engels y Lenin guiaron nuestro pensamiento político. Céspedes, Agramonte, Maceo, Gómez y demás patriotas del 1868 y el 1895, inspiraron nuestra acción militar. El pueblo de Cuba, en especial sus clases humildes, nos acompañaron en esta larga ruta; ellas engendraron nuestras luchas; ellas fueron los protagonistas verdaderos de la epopeya revolucionaria; ellas dieron sus mejores hijos que en el Moncada, en el *Granma*, en la Sierra, en el llano, en Palacio, en Goicuría, en el *Corynthia*, en Cienfuegos, en todas las batallas y combates contra la tiranía, en las cámaras de tortura y en las manos de los verdugos, en el *Escambray*, en Playa Girón, en la lucha contra la CIA y sus agentes, en las aulas —como Benítez—, alfabetizando —como Asuncé—, en los puestos de trabajo produciendo para la sociedad o en otras tierras donde los llamara el deber internacionalista, entregaron sus vidas. Millones de cubanos humildes han trabajado abnegadamente en la producción, en la defensa, en la salud, en la educación, en los servicios, en la administración y en las duras y arduas responsabilidades del trabajo político y de las organizaciones de masa. A ellos corresponde el honor inmenso de haber llevado sobre sus hombros al país en la lucha que nos ha conducido a esta emocionante conmemoración (...)

El Moncada nos enseñó a convertir los reveses en victorias. No fue la única amarga prueba de la adversidad, pero ya nada pudo contener la lucha victoriosa de nuestro pueblo. Trincheras de ideas fueron más poderosas que trincheras de piedras. Nos mostró el valor de una doctrina, la fuerza de las ideas, y nos dejó la lección permanente de la perseverancia y el tesón en los propósitos justos. Nuestros muertos heroicos no cayeron en vano. Ellos señalaron el deber de seguir adelante, ellos encendieron en las almas el aliento inextinguible, ellos nos acompañaron en las cárceles y en el destierro, ellos combatieron junto a nosotros a lo largo de la guerra. Los vemos renacer en las nuevas generaciones

que crecen al calor fraternal y humano de la Revolución; en nuestros estudiantes trabajadores que aquí vinieron a recibir su copa, en cada obrero de vanguardia, en los jóvenes que representan con honor a Cuba en el Festival Mundial, en los Camilitos que se educan para ser soldados como ellos, en los cadetes que juraron la bandera el día 22.

(...) en todos los que no habían nacido todavía están ellos: en los niños que estudian en las escuelas creadas por la Revolución, en cada vida infantil que preservan de la muerte nuestros médicos revolucionarios; en cada victoria, en cada alegría, en cada sonrisa, en cada corazón de nuestro pueblo.

Sobre la sangre generosa que comenzó a derramarse el 26 de Julio, Cuba se levanta para señalar un camino en este continente y poner fin al dominio del "Norte revuelto y brutal" sobre los pueblos de nuestra América, marcando un punto de viraje histórico en el proceso de su ininterrumpido y arrogante avance sobre nuestras tierras, nuestras riquezas y nuestra soberanía, que duró 150 años.

En el instante en que tiene lugar la Revolución Cubana, ninguna región del mundo, ningún continente estaba tan completamente sometido a la política y los dictados de una potencia extraña como la América Latina.

Estados Unidos cercenó a México, intervino a Cuba, ocupó a Guantánamo, se apoderó de Puerto Rico, yuguló a Panamá, deshizo la unión de Centroamérica e intervino con las armas en sus repúblicas dispersas, envió la infantería de marina a Veracruz, Haití, Santo Domingo; se apoderó del cobre, del petróleo, del estaño, del níquel, del hierro del continente; dominó los bancos, el transporte marítimo, el comercio, los servicios públicos y las industrias básicas en todos nuestros pueblos; exigió y obtuvo convenios onerosos de intercambio; forjó por último con el rótulo de OEA un verdadero instrumento de administración colonial a cuyo amparo impuso el pacto militar de Río de Janeiro, la Junta Interamericana de Defensa, las maniobras militares conjuntas con las que trata de influir, adoctrinar y dominar los cuerpos armados: manejó gobiernos, fomentó golpes, armó tiranías sangrientas e impuso su ley soberana en todo el hemisferio, arrastrándonos a la guerra fría en su cruzada reaccionaria contra el socialismo y el movimiento de liberación de los pueblos.

Como nuestra patente de la nefasta influencia ejercida por los Estados Unidos en sus intervenciones militares están las satrapías





que dejaron a su paso los marinos, en Haití, Santo Domingo, Nicaragua, Guatemala y otros países de Centroamérica (...)

(...)

El camino de los pueblos de América Latina no es fácil. El imperialismo yanqui defenderá tesoneramente su dominio en esta parte del mundo. La confusión ideológica es todavía grande. Los Estados que han emprendido un curso de acción independiente de Estados Unidos y políticas de cambios estructurales aumentan en número, pero tienen aún que vencer grandes dificultades.

Pero el proceso de liberación nadie podrá detenerlo a la larga. Los pueblos de Latinoamérica no tienen más salvación posible que liberarse del dominio imperialista, hacer la revolución y unirse. Solo esto nos permitirá ocupar un lugar en el mundo entre las grandes comunidades humanas. Solo esto nos daría las fuerzas para enfrentar los gigantescos problemas alimenticios, económicos, sociales y humanos de una población que ascenderá a 600 millones en 25 años más. Solo esto

haría posible nuestra participación en la revolución científico-técnica que conformará la vida del futuro. Solo esto nos hará libres. Sin esto nuestras riquezas naturales se agotarán en beneficio exclusivo de las sociedades capitalistas de consumo y seremos los parias del mundo del mañana, ausentes de la civilización.

Luchar por estos objetivos debiera ser la tarea de una adecuada organización regional. Por mucho que la OEA se reforme y hasta cambie de nombre seguirá siendo la OEA. Mientras Estados Unidos permanezca en el seno de una organización regional de nuestros pueblos manejando los votos de sus títres, ejerciendo poderosa influencia económica sobre los gobiernos individuales, intrigando, conspirando y tomándose la libertad de hacer en cada caso lo que más convenga a sus intereses, seguiremos teniendo una OEA.

La organización regional solo tendría razón de existencia como representante de nuestros pueblos en la defensa de sus intereses frente al imperialismo y luchar por la unión. Para que la familia en su conjunto pueda tratar con Estados Unidos no hace falta tener al imperio en el seno de la familia.

Si es cierto que en las actuales circunstancias, dada la correlación de fuerzas entre gobiernos progresistas y gobiernos reaccionarios en el seno de la familia latinoamericana, no es viable todavía crear esta organización regional propia porque Estados Unidos aún controla numerosos gobiernos, tampoco es posible revivir la vieja OEA, ni tiene sentido hacerla. Dejémosla que fallezca de muerte natural.

Cuba sabrá esperar pacientemente. La solidez de nuestra Revolución es hoy mayor que nunca, y será joven todavía cuando ya ella haya muerto y, con ella, todo lo que significó de humillación y bochorno para nuestro pueblo. A su tumba llevará la vergüenza de los crímenes que se cometieron contra el pueblo guatemalteco, cuyo gobierno popular destruyeron los yanquis con su complicidad y beneplácito; el oprobio de la invasión de Santo Domingo por las tropas de Estados Unidos que con cinismo aprobó, santificó y apoyó, incluso, unidades militares, para impedir la liberación de ese heroico pueblo, bajo la dirección de su inmortal paladín Francisco Caamaño; la infamia del ataque mercenario a Playa Girón, el aislamiento de Cuba, el bloqueo económico, los ataques piratas, las filtraciones, los lanzamientos de armas para equipar bandidos, los sabotajes y demás fechorías que con su apoyo realizó el imperialismo contra el pue-

blo de Cuba. Frente a todos los augurios nuestro pueblo con la solidaridad internacional de sus hermanos de clase, resistió y salió victorioso de todas las pruebas, y hoy las condiciones creadas para el esfuerzo revolucionario son mejores que nunca.

Los gobiernos tiránicos y opresores, al servicio de los explotadores, esgrimen siempre el argumento de la paz y el orden para justificar la violencia contra el pueblo y combatir la rebelión. Para ellos las revoluciones son sinónimos siempre de anarquía y caos. La absoluta paz interna y el orden ejemplar de que hoy disfruta nuestra patria, emanados de la disciplina consciente y el apoyo pleno a la Revolución de nuestros obreros, campesinos, estudiantes, profesionales, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, que nos permite dedicarnos por entero al trabajo creador, no existieron jamás en Cuba, ni han existido en grado semejante en ninguna otra sociedad latinoamericana.

Nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias, orgullo de nuestro pueblo, porque ellas, sus soldados, sus oficiales y sus reservas, igual que los combatientes del Ministerio del Interior, son el pueblo uniformado, constituyen un modelo de disciplina, humildad, abnegación y lealtad a la Revolución, al Partido y a la patria.

Cuando contemplamos el panorama convulso que reina en los países capitalistas y en casi todos los pueblos de América Latina, no podemos menos que meditar en el extraordinario avance que significó para nuestro país, en el orden moral, la abolición radical del sistema capitalista de producción y de toda forma de explotación del hombre por el hombre, con su secuela de vicios, de corrupción, injusticia y mezquino egoísmo que aparta a los hombres de todo sentimiento de solidaridad humana.

La solidez granítica de la Revolución Cubana surge de su propio carácter socialista, que ha traído a nuestro pueblo un inmenso caudal de equidad y justicia.

El sueño de Marx de una sociedad sin explotadores ni explotados, que la concibió como desenlace natural de los regímenes capitalistas desarrollados, es, incluso en los pueblos pobres y subdesarrollados, el único camino de avanzar económica y socialmente sin los horrores y los sufrimientos del desarrollo capitalista.

Hay algunos dirigentes de países pobres que, para excusar sus debilidades políticas,

han dicho que no quieren socializar la pobreza. Pero incluso la pobreza socializada es mucho más justa que mantener las masas en la miseria y permitir que goce de la riqueza una minoría privilegiada. Capitalizar la pobreza es peor que socializarla.

Nuestra Revolución ha tenido que confrontar, y confronta todavía, las dificultades inevitables para llevar adelante su cometido en las condiciones de un país pobre y atrasado económicamente. Nuestra escasa riqueza apenas bastaba para satisfacer un mínimo de las necesidades inmensas de una población que crece además rápidamente. La provincia de Oriente que en 1953 tenía un millón y medio de habitantes tiene ahora 3 100 000. (Hoy las provincias orientales tienen alrededor de 4 millones. NR)

Para obstruccionar nuestro camino, el imperialismo, que fue precisamente el responsable principal de nuestras miserias, aparte de que nos obligó a gastos extraordinarios en los servicios de la defensa nacional, nos impuso, con todo su poder de influencia mundial, un rígido bloqueo económico, llevándose además muchos de los pocos técnicos que existían en Cuba al servicio de la burguesía.

El hecho de que nuestra economía dependiera de un solo producto de carácter agrícola, con bajísima productividad por hombre, que se aseguraba con el ejército de los desempleados sometida a las irregularidades del tiempo y a las más increíbles oscilaciones del precio, complicaba la tarea. La ausencia total de fuentes energéticas, de industrias mecánicas y químicas, de producción de aceros, de maderas y otros productos básicos, constituían sin duda obstáculos muy serios en nuestro camino. Quizás por ello los imperialistas estaban completamente seguros de que la Revolución no sobreviviría a sus agresiones.

A sobrevivir tuvimos que dedicar el grueso de nuestras energías en los primeros años de la Revolución. Pero no solo hemos sobrevivido sino que también, con la generosa cooperación de nuestros hermanos soviéticos, hemos avanzado considerablemente en múltiples aspectos.

En nuestro país no existe ya el desempleo, y nuestro estándar de salud, educación y seguridad social supera al de todos los países de América Latina.

(...)

Desde que el 26 de Julio de 1953 atacamos el Moncada hemos logrado e incluso rebasado



los objetivos que nos propusimos entonces, aunque las tareas eran más difíciles de lo que en aquel tiempo fuimos capaces de suponer.

Pero si aquel día éramos un puñado de hombres, hoy somos un pueblo entero conquistando el porvenir.

Si antes nuestras manos, casi inermes, se enfrentaban al poder que nos tiranizaba, hoy disponemos de un formidable ejército que nació del esfuerzo tesonero de aquellos combatientes, equipado con los medios más modernos y del cual todos los compatriotas capaces de empuñar las armas son soldados.

Si antes nuestro aparato político era un reducido contingente de cuadros y los hombres que militaban en nuestras filas eran unos cuantos cientos, hoy tenemos un Partido de más de 100 000 militantes y miles de cuadros abnegados y firmes. De la unión de todos los revolucionarios nació ese partido. Unión que se forjó en el desinterés y el renunciamiento más ejemplar, como símbolo de que una nueva era surgía en nuestra patria. Así, de una forma admirable, comenzamos a recorrer el nuevo camino, sin caudillos, sin personalismos, sin facciones, en un país donde históricamente la división y el conflicto de personalidades fue la causa de grandes derrotas políticas. Como el Partido Revolucionario Cubano de la independencia, hoy dirige nuestro Partido la Revolución. Militar en él no es fuente de privilegios sino de sacrificios y de consagración total a la causa revolucionaria. Por ello en él ingresan los mejores hijos de la clase obrera y del pueblo, velando siempre por la calidad y no la cantidad. Sus raíces son las mejores tradiciones de la historia de nuestro pueblo, su ideología es la de la clase obrera: el marxismo-leninismo. Él es depositario del poder político y garantía presente y futura de la pureza, consolidación, continuidad y avance de la Revolución. Si en los tiempos inciertos del 26 de Julio y en los primeros años de la Revolución los hombres jugaron individualmente un rol decisivo, ese papel lo desempeña hoy el Partido. Los hombres mueren, el Partido es inmortal.

Consolidarlo, elevar su autoridad, su disciplina, perfeccionar sus métodos de dirección, su carácter democrático y elevar el nivel cultural y político de sus cuadros y militantes, es deber ineludible de todos los revolucionarios.

Junto al Partido, su organización juvenil, la Unión de Jóvenes Comunistas y las organi-

zaciones de masa: los sindicatos, los Comités de Defensa de la Revolución, la Federación de Mujeres Cubanas, la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños, la FEU, la FEEM, la UPC, constituyen la gigantesca fuerza política y social que lleva adelante la obra que iniciamos el 26 de Julio.

A los jóvenes me dirijo especialmente en este instante. A ellos ha consagrado la Revolución el máximo de su esfuerzo y en ellos ha puesto sus mayores esperanzas. Para las nuevas generaciones se trabaja con verdadero amor, para ellas se realiza fundamentalmente la Revolución; por ellos, por los que no habían nacido todavía el 26 de Julio, derramaron su sangre generosa y pura los jóvenes que cayeron en el Moncada, para ellos se construyen cientos de excelentes escuelas, para ellos se desarrolla una economía que no conocerá las limitaciones de hoy; con ellos trabajarán decenas de miles de técnicos que hoy se forman; ellos poseerán un nivel de cultura que hoy no somos apenas capaces de imaginar. Nuestra generación, que inició sus luchas cuando los sueños no podían siquiera expresarse sin riesgos de ser incomprendidos; cuando la palabra socialismo no podía pronunciarse sin suscitar temores y prejuicios, en ustedes deposita sus más puros ideales, en la íntima convicción de que sabrán recogerlos, llevarlos adelante y transmitirlos a los que los sucedan, hasta el día en que la sociedad cubana puede inscribir en su bandera la fórmula fraternal y humana de la vida comunista.

Rubén Martínez Villena en encendidos versos patrióticos escribió un día:

*"Hace falta una carga para matar bribones,
para acabar la obra de las revoluciones,
para vengar los muertos que padecen ultraje,
para limpiar la costra tenaz del coloniaje,
para no hacer inútil, en humillante suerte,
el esfuerzo y el hambre, y la herida y la muerte;
para que la República se mantenga de sí,
para cumplir el sueño de mármol de Martí;
para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos,
la patria que los padres le ganaron de pie..."*

Desde aquí te decimos, Rubén: el 26 de Julio fue la carga que tú pedías.

(...)

Bohemia



23 DE JULIO DE 2004. AÑO 96. No. 15

Bohemia



